LOS PLANTAGENET

DANIEL FERNÁNDEZ DE LIS

NUEVA EDICIÓN
REVISADA, AMPLIADA
E ILUSTRADA

LOS PLANTAGENET

DANIEL FERNÁNDEZ DE LIS

NUEVA EDICIÓN
REVISADA, AMPLIADA
E ILUSTRADA

© Daniel Fernández de Lis
Título original: Los Plantagenet (edición revisada, ampliada e ilustrada)
Autor: Daniel Fernández de Lis Alonso
Diseño de cubierta: Pedro Viejo
Diseño de árboles genealógicos y mapas: Juan Pérez Ventura
Revisión final: Israel Sánchez y María Juarros
Diseño de interior y maquetación: María Juarros
1ª edición agosto 2021
ISBN 978-84-09-32343-2
Depósito Legal M-24342-2021
No se permite la reproducción parcial o total de este libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Índice

Capítulo 1

Antecedentes: la invasión normanda de Inglaterra

1.1. Emma de Normandía, esposa y madre de reyes sajones y daneses de Inglaterra y nexo con los invasores normandos

1.2. 1066: el año en que el destino de Inglaterra cambió tres veces

1.3. Los primeros años de gobierno normando y la oposición sajona

1.4. La sociedad inglesa tras la conquista normanda

Capítulo 2

El nacimiento de la dinastía y el origen del nombre de los Plantagenet: Godofredo de Anjou y la emperatriz Matilda

2.1. La sucesión de Guillermo el Conquistador

2.2. La sucesión de Enrique I

2.3. La guerra civil entre el rey Esteban y la emperatriz Matilda

2.4. Enrique de Anjou y el fin de la guerra civil

2.5. La Inglaterra que heredaron los Plantagenet

Capítulo 3

Enrique II (1154-1189): el primer Plantagenet

3.1. Leonor de Aquitania

3.2. Años de esperanza

3.3. La cruda realidad

3.4. Las relaciones Iglesia-Estado en el reinado de Enrique II: auge y caída de Thomas Becket

3.5. Enrique II contra su familia: la guerra contra sus hijos y su esposa

3.6. Enrique II como gobernante más poderoso de Europa

3.7. Los años finales y la sucesión de Enrique II

3.8. El sistema de justicia que Enrique II dejó a sus sucesores

Capítulo 4

Ricardo Corazón de León (1189-1199): la leyenda frente a la

historia

4.1. Los inicios del reinado de Ricardo: Inglaterra como una máquina de hacer dinero para las cruzadas

4.2. Camino de Tierra Santa: la boda con Berenguela de Navarra

4.3. Ricardo Corazón de León en estado puro: las cruzadas

4.4. El cautiverio de Ricardo en Alemania

4.5. El regreso a Inglaterra y los últimos años del reinado de Ricardo I

4.6. El difícil legado de Ricardo Corazón de León

4.7. La polémica sobre la supuesta homosexualidad de Ricardo Corazón de León

Capítulo 5

Juan sin Tierra (1199-1216): la oveja negra de los Plantagenet

5.1. La sucesión de Ricardo Corazón de León: Juan sin Tierra contra Arturo de Bretaña

5.2. Guerra en Francia: la lucha con Felipe Augusto por las posesiones continentales de los Plantagenet

5.3. El reinado de Juan en Inglaterra: malos augurios

5.4. Juan sin Tierra contra la Iglesia de Roma

5.5. La extorsión de los judíos y los plebeyos ingleses

5.6. La expansión territorial por las islas británicas

5.7. Nueva invasión de Francia

5.8. *Magna Carta*

5.9. Lucha por la imposición de *Magna Carta*, invasión francesa y muerte de Juan sin Tierra

5.10. El descubrimiento de los restos de Juan sin Tierra

5.11. La herencia de Juan sin Tierra

Capítulo 6

Enrique III (1216-1272): el rey gobernado por sus nobles

6.1. La lucha contra el candidato francés al trono y la consolidación de la sucesión de Juan sin Tierra

6.2. Los primeros años del reinado de Enrique III y la ratificación de *Magna Carta*

6.3. La mayoría de edad de Enrique III

6.4. Alianzas matrimoniales

6.5. Una vieja historia: conflicto con los nobles del reino

6.6. Las Provisiones de Oxford (1258)

6.7. La defunción del imperio Plantagenet

6.8. La «monarquía parlamentaria»: de Lewes a Evesham

6.9. Los años finales del reinado de Enrique III: el paso adelante del príncipe Eduardo

6.10. La cruzada que casi cuesta la vida a Eduardo y la muerte de Enrique III

6.11. ¿Nació el Parlamento moderno inglés en el reinado de Enrique III?

Capítulo 7

Eduardo I (1272-1307): la construcción de Gran Bretaña

7.1. El regreso a Inglaterra y los inicios del reinado de Eduardo I

7.2. La incorporación de Gales a la Corona inglesa

7.3. La conquista de Escocia (I): la muerte del rey Alejandro III (1286) y el problema de su sucesión

7.4. La conquista de Escocia (II): de Stirling Bridge a Falkirk

7.5. La conquista de Escocia (III): parón por la oposición en Inglaterra: el *Forest Charter*

7.6. La conquista de Escocia (IV): consolidación

7.7. El reinado de Eduardo I en Inglaterra

7.8. El futuro de Escocia

7.9. La muerte de Eduardo I

Capítulo 8

Eduardo II (1307-1327): el rey dominado por sus favoritos

8.1. La complicada sucesión de Eduardo I y la relación con Piers Gaverston

8.2. Las Ordenanzas del Reino (1311) y la ejecución de Piers Gaveston

8.3. Desastre en Escocia: la batalla de Bannockburn (1314)

8.4. Hugh Despenser el Joven, nuevo favorito de Eduardo II

8.5. La guerra civil de 1321

8.6. El gobierno de Hugh Despenser el Joven y la gestación de la gran rebelión

8.7. Roger Mortimer e Isabel de Francia

8.8. La invasión de Inglaterra y la abdicación de Eduardo II

8.9. El principio del fin de la dinastía Plantagenet

Capítulo 9

Eduardo III (1327-1377): el rey que inició la guerra de los Cien Años

9.1. La muerte de Eduardo II

9.2. El asalto al castillo de Nottingham y la muerte de Roger Mortimer

9.3. La reconstrucción de un reino devastado

9.4. La guerra de los Cien Años (I): el origen del conflicto

9.5. La guerra de los Cien Años (II): la primera batalla y los problemas financieros en Inglaterra

9.6. Crécy (1346), la primera gran victoria inglesa

9.7. La peste negra

9.8. La década prodigiosa

9.9. Planes de futuro

9.10. Los años finales y la muerte de Eduardo III

9.11. La herencia de Eduardo III

Capítulo 10

Ricardo II (1377-1399): el rey niño que acabó destronado

10.1. Subida al trono y primeros problemas: *The Peasant's Revolt*

10.2. Robin Hood: el trasfondo histórico detrás de la leyenda

10.3. La mayoría de edad de Ricardo II

10.4. Lucha por el poder

10.5. Venganza

10.6. El final del reinado de Ricardo II

10.7. ¿El final de una dinastía?

Capítulo 11

Enrique IV (1399-1413): usurpador del trono de Inglaterra

11.1. La tarea de asentarse en el trono

11.2. Viejos enemigos

11.3. La estrella emergente del príncipe de Gales

11.4. Tensiones con el príncipe de Gales y la muerte de Enrique IV

Capítulo 12

Enrique V (1413-1422): el héroe de Agincourt

12.1. Los primeros años: el problema lolardo

12.2. Campaña en Francia: la victoria en Agincourt

12.3. Las consecuencias de Agincourt: el Tratado de Troyes
12.4. Enfermedad y muerte de Enrique V
12.5. La sucesión de Enrique V

Capítulo 13

Ramas familiares protagonistas de la guerra de las Rosas
13.1. La muerte de Eduardo III y su sucesión: el germen de la guerra de las Rosas
13.2. Eduardo de Woodstock: la rama primogénita cortada de raíz tras la deposición y muerte de Ricardo II
13.3. Lionel de Amberes: las casas de Mortimer y York
13.4. Juan de Gante. Las casas de Lancaster, Beaufort y Tudor
13.4.1. La casa de Lancaster
13.4.2. Matrimonio con Constanza de Castilla y reclamación del trono
castellano: la primera princesa de Asturias
13.4.3. Matrimonio con Katherine (Catalina) Swynford: la casa Beaufort
y su exclusión del derecho al trono
13.5. Edmundo de Langley: la casa de York
13.6. Thomas de Woodstock: la casa de Stafford, duques de Buckingham, y los Bourchier
13.7. Otros actores protagonistas: las familias Percy, Neville, Stanley y De la Pole

Capítulo 14

Enrique VI (1422-1461, 1470-471): el principio del fin
14.1. El niño que fue rey de Francia y de Inglaterra
14.2. Últimas victorias inglesas en Francia: la figura del duque de Bedford
14.3. Juana de Arco y la coronación de Enrique VI como rey de Inglaterray de Francia
14.4. Primeros síntomas de la debilidad del rey
14.5. Problemas en la guerra de los Cien Años: el congreso de Arras y la muerte del duque de Bedford
14.6. Catalina de Valois y Owen Tudor
14.7. La mayoría de edad de Enrique VI y el ascenso de William de la Pole
14.8. El Tratado de Tours (1444) y la boda de Enrique VI

con Margarita de Anjou

14.9. La muerte del duque de Gloucester: ¿Origen de la guerra de las Rosas?

14.10. Pérdidas en Francia

14.11 La muerte de William de la Pole y el desenlace de la guerra de los Cien Años

14.12. La rebelión de Jack Cade

14.13. Lucha por el poder entre los duques de Somerset y York

14.14. La enfermedad mental de Enrique VI

14.15. El Protectorado del duque de York

14.16. La recuperación de la lucidez del rey y la deposición del duque de York

14.17. La primera batalla de St. Albans, ¿inicio de la guerra de las Rosas?

14.18. Margaret Beaufort y el nacimiento de Enrique Tudor

14.19. Los primeros enfrentamientos, la muerte del duque de York y la subida al trono de Eduardo IV

Capítulo 15

Eduardo IV: el primer rey de la casa de York

15.1. Los primeros años del reinado de Eduardo IV: la muerte del conde de Warwick y la batalla de Tewkesbury

15.2. La muerte de Enrique VI y el aparente fin de la guerra de las Rosas

15.3. El reinado de Eduardo IV: la familia del monarca

15.4. Los últimos años y la muerte de Eduardo IV

15.5. Los planes de Margaret Beaufort frustrados por la muerte de Eduardo IV

Capítulo 16

Ricardo III: el último Plantagenet

16.1. La lucha por el poder, la subida al trono de Ricardo III y el enigma de los príncipes de la Torre de Londres

16.2. La fallida invasión de 1483

16.3. El proyecto político de Ricardo III: el Parlamento de 1484

16.4. Consecuencias de la fallida invasión de 1483

16.5. Nueva invasión

16.6. La batalla de Bosworth, la última carga de los

Plantagenet
16.7. La subida al trono de Enrique Tudor
16.8. El descubrimiento de los restos de Ricardo III
Capítulo 17
Los príncipes de la Torre de Londres
17.1. La suerte de los príncipes: los hechos conocidos
17.2. Argumentos en favor de la autoría de Ricardo III
17.3. Teorías en contra de la culpabilidad de Ricardo III
17.4. El descubrimiento de «los restos de los príncipes de la Torre» y su enterramiento en Westminster
17.5. La posible supervivencia de los príncipes de la Torre de Londres
17.6. La historia «oficial» de Lambert Simnel: hijo de Jorge de Clarence y conde de Warwick
17.7. La coronación en Dublín y la batalla de Stoke Field
17.8. ¿Era Lambert Simnel en realidad Eduardo V?
17.9. Si el rey de Dublín era Eduardo V, ¿por qué ninguna fuente lo menciona?
17.10. La aparición de Perkin Warbeck en la historia
17.11. Reivindicación del trono y muerte de Perkin Warbeck
17.12. ¿Perkin Warbeck o Ricardo de York?
Bibliografía

Capítulo 1

Antecedentes: la invasión normanda de Inglaterra

1.1. Emma de Normandía, esposa y madre de reyes sajones y daneses de Inglaterra y nexo con los invasores normandos

Aunque hay que situar el inicio del reinado de la dinastía Plantagenet en el año 1154, con la coronación como reyes de Inglaterra de Enrique II y de su esposa Leonor de Aquitania, resulta imposible entender la historia de esta dinastía inglesa sin hablar previamente de su relación con las posesiones familiares en el actual territorio francés, de donde procedía el primer Plantagenet. Eso nos obliga a retroceder algo en el tiempo, para explicar los motivos que llevaron a un duque normando a invadir Inglaterra en el año 1066 y las consecuencias de dicha invasión.

A comienzos del siglo XI parecía que Inglaterra por fin comenzaba a afianzarse como reino sajón bajo la regencia de los descendientes del vencedor de los vikingos Alfredo el Grande… hasta la subida al trono de Aethelred II.

Estatua de Alfredo el Grande (Winchester)

El apodo con el que Aethelred ha pasado a la historia, The Unready (el Indeciso podría ser una traducción adecuada) proviene de un juego de palabras entre el significado de su nombre sajón: Aethelraed (noble consejo) frente a Unraed (mal consejo, o sin consejo, e incluso aún peor, ya que podría significar consejo maligno o traición). Alude a su falta de preparación para gobernar, y quizá no sea del todo justo, ya que era un administrador competente y realizó una compilación de leyes conocida como Wantage Code que sería usada durante muchos años como base de las leyes civiles del reino. Además a él se debe la creación de una famosísima figura que perdura hoy en día incluso en los Estados Unidos: los jueces (*reeves*) de condado (*shire*); es decir, los *shire-reeves*, de cuya contracción deriva la palabra *sheriff*.

Pero Aethelred no era un líder carismático y tampoco un soldado. Por eso, cuando Inglaterra se vio sometida a un recrudecimiento de las invasiones danesas, Aethelred no estuvo a la altura. Los guerreros daneses estaban dirigidos por el rey Harald Bluetooth y su hijo Sweyn Forkbeard. Las fuerzas de Harald y Sweyn no se parecían a las bandas de asaltantes vikingos del siglo IX, sino que constituían un ejército bien armado y mejor organizado que llegó a Inglaterra con intención de sacar el mayor beneficio de la situación y, sobre todo, no pretendía atacar y retirarse. Su propósito era asentarse en territorio inglés.

Restos de la iglesia de St. Oswald (Gloucester), construida en época de Aethelflaed, hija de Alfredo el Grande, como señora de los mercios (alrededor del año 900)

Aethelred basó su estrategia en dos pilares fundamentales: ofrecer a los asaltantes daneses ingentes cantidades de dinero en contraprestación por el mantenimiento de cierta paz en su reino (el tributo así pagado se conoció con el nombre de *danegeld*) y buscar una alianza con los descendientes de los vikingos del conde Rollo que se habían instalado en Normandía, casándose en segundas nupcias con la hermana del duque de Normandía, Ricardo II, de nombre Emma. Esta decisión de unir su destino con los normandos tendría enormes consecuencias en el futuro del país a partir del año 1066.

Sin embargo, Aethelred cometió un error fatal cuando ordenó que todos los daneses que habitaban Inglaterra fuesen masacrados, dando lugar a hechos como la llamada Matanza del día de San Brice. Como hemos comentado más arriba, ni Aethelred era un caudillo militar ni los sajones se encontraban en situación de hacer frente a los daneses cuando, en el año 1013, el rey de Dinamarca, Sweyn Forkbeard, se dio cuenta de que Inglaterra era una fruta madura lista para ser recogida y organizó una invasión en toda regla para hacerse de manera definitiva con el dominio del país. Zarpó desde Dinamarca acompañado por su hijo Knut con una impresionante flota de barcos ornamentados de modo lujoso, que provocaron una mezcla de miedo y admiración en los sajones, azotados durante años por la pobreza y el hambre como consecuencia de las invasiones danesas.

Aethelred y Emma se instalaron en Londres, donde opusieron resistencia junto al vikingo Thorkell, que había abandonado a Sweyn. Este prosiguió la conquista del resto del país y fue reconocido como soberano por diversos nobles y señores en Bath. Temiendo por su suerte si mantenían su resistencia, los londinenses acabaron por someterse a Sweyn.

Aethelred y su esposa buscaron entonces refugio junto con sus hijos en el condado natal de esta, Normandía, y aunque no llegó a ser coronado, Sweyn se convirtió *de facto* en rey (las fuentes de la época hablan de que en todo el país se le consideraba como el verdadero rey) en reconocimiento a su dominio de toda Inglaterra, un logro que había sido esquivo a sus antecesores. Lamentablemente para él no pudo disfrutar mucho de su situación, puesto que solo tres meses después fallecía.

Cuando tuvieron noticia de su muerte y del regreso de su hijo

Knut a Dinamarca para defender su derecho al trono danés, los nobles ingleses decidieron llamar de vuelta del exilio a Aethelred para que ocupara de nuevo el trono de Inglaterra. El hecho de que impusieran como condición para su apoyo a Aethelred «que gobernara el reino de una manera más justa a como lo había hecho en el pasado» demuestra el grado de insatisfacción que sus súbditos tenían hacia la forma en que se había desempeñado como rey. El monarca volvió a Inglaterra acompañado de su esposa Emma, pero dejaron en Normandía a sus hijos, entre ellos al futuro rey Eduardo el Confesor.

La tarea iniciada por Sweyn de conquistar Inglaterra fue completada por su hijo Knut, quien tras la muerte de Aethelred contendió por el dominio del país con el hijo del primer matrimonio del rey sajón, llamado Edmund Ironside. En 1016 Edmund también falleció y el camino de Knut quedó libre; sometió de manera definitiva al país, y fue coronado rey, adoptando la forma sajona de su nombre y pasando a la historia como Canute el Grande. Una de sus primeras medidas fue casarse con la viuda de Aethelred, Emma, para dar así apariencia de continuidad dinástica a su subida al trono. Knut concentró en sus manos el gobierno de las islas británicas, Dinamarca, Noruega y parte de Suecia, y gobernó de manera no disputada hasta su muerte en 1035. De su matrimonio con Emma nació Harthacnut.

A la muerte de Knut le siguió un período de incertidumbre, derivado de las disputas entre los candidatos a sucederle en el trono y acrecentado por el papel protagonista que los señores del reino, *earls* (condes), habían ido adquiriendo gracias a la política de Knut (quien dividió el reino en cuatro *earldoms*, cada uno de ellos regido por un *earl)*; entre ellos destacaba de manera especial Godwin, *earl* de Wessex.

Tras un breve lapso en que el hijo de Emma y Canute, Harthacnut, ciñó la corona (1040-1042) emerge la figura de uno de los monarcas ingleses más recordados: Eduardo el Confesor, hermanastro de Harthacnut e hijo de Emma y Aethelred.

Eduardo, a quien sus largos años de exilio en la tierra de su madre (Normandía) habían dejado un especial vínculo con ese lugar y sus parientes maternos, gobernó hasta su muerte en 1066 luchando contra la dura oposición de Godwin y sus hijos. El mayor de estos, Harold, estaba destinado a ser el último rey sajón muerto en batalla.

1.2. 1066: el año en que el

destino de Inglaterra cambió tres veces

Eduardo, elevado con posterioridad a la categoría de santo, murió sin descendencia el 5 de enero de 1066. Tres grandes figuras de la época reclamaron el derecho a la sucesión en el trono inglés:

- Harold Godwinson: al ser el más poderoso entre los pretendientes al trono de origen sajón, Harold era el heredero oficial, y de hecho fue coronado rey por el Witenagemot (asamblea de nobles sajona) tras la muerte de Eduardo, si bien era plenamente consciente de las reivindicaciones de sus formidables enemigos.
- Harald Hardradda, rey de Noruega: reclamaba el derecho a la sucesión basándose en su vínculo con los reyes nórdicos que precedieron a Eduardo. El predecesor de Harald en el trono de Noruega, Magnus el Bueno y el rey de Dinamarca Harthacnut, hijo de Canute el Grande, habían acordado que el que sobreviviera de los dos heredaría todos los reinos del fallecido. Cuando el danés murió en 1042, Magnus se convirtió en rey de Dinamarca y heredó las pretensiones de los daneses al trono de Inglaterra. Estas fueron a su vez transmitidas a Harald Hardradda cuando sucedió a Magnus como rey de Noruega. Harald tenía fama de ser el mejor guerrero de su tiempo, reputación ganada a golpe de espada a lo largo de los campos de batalla del mundo conocido desde Escandinavia a Constantinopla.
- Guillermo el Bastardo, duque de Normandía: intentaba basar su derecho a través de su tía y madre de Eduardo el Confesor, Emma de Normandía. Guillermo era la persona con menos posibilidades de acceder al trono que se pudiera imaginar. Como su propio apodo indica, era hijo bastardo de Roberto, duque de Normandía, lo que hacía poco probable que le sucediese. Esta dificultad se agravó porque cuando su padre murió, aunque le designó heredero, Guillermo solo tenía ocho años, lo que hacía muy improbable en aquella época que sobreviviese a todas las intrigas para desposeerlo de sus derechos. Guillermo lo hizo y a la muerte de Eduardo puso sus

ojos en la apetecible manzana que era Inglaterra. Sostenía para ello que, ya en 1051, el arzobispo de Canterbury le había comunicado el deseo del rey inglés de que fuera su sucesor, intención que había confirmado el propio Harold Godwinson en un viaje a Normandía en 1064, en el que le juró obediencia como futuro rey inglés, poniendo su mano sobre reliquias sagradas. Las fuentes sajonas niegan que se produjera el viaje o alegan que el juramento se produjo bajo coacciones y amenazas. En todo caso, este argumento sirvió de excusa a Guillermo, quien proclamó que su invasión de Inglaterra se produjo por su santa indignación ante el quebrantamiento del juramento sagrado prestado por Harold. Guillermo obtuvo incluso el beneplácito para su expedición del papa Alejandro II, lo que no era baladí en la época. El carácter de «guerra santa» con el que se invistió la invasión normanda de Inglaterra inclinó la balanza de muchos nobles y caballeros indecisos en favor de la causa del Bastardo.

Durante todo el año 1066, Harold sabía que iba a sufrir dos invasiones, una por el norte (de Harald) y otra por el sur (de Guillermo), por lo que tuvo que mantener sus fuerzas preparadas para ambos supuestos y exprimir a sus servicios de información con el fin de que le tuvieran al tanto hasta del más mínimo movimiento en sus costas.

Fue Harald el primero en mover ficha (contando con el apoyo del hermano de Harold, Tostig) y la jugada le salió mal. Consiguieron una pírrica victoria inicial contra los sajones en la batalla de Fulford. Sin embargo, finalmente el más poderoso guerrero de la época fue derrotado por Harold en la batalla de Stamford Bridge, el 25 de septiembre de 1066. Harald y Tostig perecieron en la batalla.

Pero Guillermo también había movilizado a sus tropas, obligando a Harold a recorrer con su agotado y mermado ejército todo el país para detener esta segunda invasión. Al final, ambas fuerzas se encontraron en Hastings el 14 de octubre de 1066 y, aunque los hombres de Harold combatieron con bravura y tuvieron sus opciones, al final la batalla se decantó por los normandos y Harold falleció. Guillermo pudo cambiar su apodo de Bastardo por el de Conquistador.

1.3. Los primeros años de gobierno normando y la oposición sajona

Una cuestión era haber derrotado por la vía militar a los sajones en Hastings y otra muy diferente que ello supusiese la sumisión del país al ejército normando. De hecho, las fuerzas sajonas supervivientes tras la derrota organizaron una dura resistencia contra los normandos en su avance hacia Londres e incluso llegaron a elegir un sucesor. En Londres, apoyado por el arzobispo de York y los condes de Mercia y Northumbria, Edgar Aetheling fue elegido rey por un Witenagemot con muchas ausencias y reunido a toda prisa para suceder al fallecido Harold.

Edgar era descendiente de la casa real de Wessex y por sus venas corría la sangre del gran rey sajón Alfredo el Grande. Su mismo sobrenombre de Aetheling implicaba en el reino de Wessex un reconocimiento a su vinculación al trono.

Pero aunque la vieja tradición sajona contemplaba la elección del Witenagemot como forma de designar un rey, la costumbre continental requería una ceremonia de coronación como la definitiva toma de posesión del trono. Y Edgar no llegó a ser coronado en Westminster. Por ello, los normandos jamás reconocieron a Edgar como rey de Inglaterra.

Guillermo de Normandía aceleró su avance hacia Londres, en el que alternaba una violenta política de tierra quemada (arrasando poblaciones como Romney o Dover) con negociaciones con los magnates de la nobleza y el clero sajón para sumarlos a su causa, perdonando a la gente de ciudades como Winchester a cambio de una importante suma.

Sin embargo, a medida que se aproximaba a la capital, Guillermo supo que los ciudadanos habían cerrado sus puertas y no tenían intención de permitirle entrar en la ciudad. Las noticias de la elección de Edgar tampoco contribuyeron a tranquilizar al normando. Pero la toma militar de Londres era muy complicada, entre otras cosas porque el río Támesis se interponía entre el ejército de Guillermo y la ciudad.

Guillermo, que contaba con el problema añadido de dotar de suministros a sus tropas, optó por una táctica que ya había usado antes y que repetiría años después, cuando el norte del país se levantó contra él, y que puede resumirse en tres pilares fundamentales: quema de poblaciones, asesinato de hombres y

apropiación de las cosechas de los condados circundantes (Sussex, Kent, Hampshire, Middlesex y Hertfordshire).

La escasez de alimentos que esta política supondría y la partida de los condes de Mercia y Northumbria con sus tropas acabaron doblegando a los ciudadanos de Londres, y una delegación encabezada por el propio Edgar se dirigió a Berkhamsted, donde rindió homenaje a Guillermo. No sería un sometimiento definitivo.

Guillermo I llegó a su coronación con dudas. Por un lado prefería esperar a tener un mayor dominio militar del país y a la llegada de su esposa desde Normandía para que fuera coronada junto a él. Por otro, le resultaría más sencillo obtener la sumisión de los que todavía no le reconocían si lo hacía como rey proclamado en Westminster, y con ello se pondría fin además a la discusión sobre si Edgar era o no el sucesor de Harold. Se impuso la segunda opinión y se hicieron todos los preparativos para que Guillermo fuese coronado en una brillante y solemne ceremonia en Westminster el día de Navidad de 1066.

Al principio todo se desarrolló de conformidad con el ritual habitual en las ceremonias sajonas, con el arzobispo de York presidiendo la celebración y el nuevo rey realizando el tradicional juramento sobre el desempeño de su cargo. Pero en un momento determinado los acontecimientos dejaron de seguir su curso conforme a lo establecido. Las versiones de los hechos varían según la fuente. Para los historiadores normandos, a la guarnición que se encontraba en el exterior nadie le había explicado que, como parte del ceremonial, se preguntaría a los notables presentes dentro de la abadía si aceptaban al nuevo rey y que esta pregunta debía ser contestada a viva voz, en primer lugar en inglés por los sajones y después en francés por los normandos. Al escuchar el griterío, los soldados normandos que se encontraban en el exterior pensaron que se había producido una traición sajona de última hora y se lanzaron a la quema de las casas cercanas a la abadía, aprovechando para dedicarse al pillaje y a atacar a los ciudadanos londinenses.

Por su parte las fuentes sajonas niegan esta versión, con un argumento que parece muy sólido: si los soldados normandos hubiesen sospechado que Guillermo se encontraba en peligro se hubiesen dirigido al interior de la abadía en auxilio del rey, en vez de someter a las viviendas cercanas al fuego y al robo. Para añadir más confusión a la ceremonia, entre las personas que se encontraban dentro cundió el pánico y huyeron de la iglesia: algunas fueron pasto de las llamas y otras se sumaron al

saqueo que estaban llevando a cabo los soldados normandos.

Con la abadía casi evacuada y las pocas personas que permanecieron en ella temblando de miedo, la celebración sin embargo siguió adelante y Guillermo fue coronado y ungido con los óleos sagrados que le confirmaron como rey de Inglaterra.

Durante los años siguientes Guillermo tuvo que seguir sofocando diversas rebeliones sajonas. En su lucha contra los focos de resistencia se comportó en ocasiones con sus súbditos y sus tierras más como lo haría un vándalo que como un rey de Inglaterra. Habíamos apuntado que el sometimiento de Edgar Aetheling en Berkhamsted no fue definitivo. Más bien todo lo contrario; a partir de ese momento, el objetivo de su vida fue la recuperación del trono inglés. Inició diversas rebeliones contra el dominio normando, pero todas ellas acabaron en fracaso y en su necesidad de buscar refugio fuera de Inglaterra. En 1069 encabezó un intento de tomar la ciudad de York que no pudo llevar a cabo y se vio obligado a huir a Escocia. En 1070 se unió a una invasión de Inglaterra llevada a cabo por los daneses; llegaron a tomar York, pero después la abandonaron y regresaron a sus barcos.

Al final, Guillermo consiguió derrotar a los daneses y Edgar debió buscar refugio primero en Escocia y luego en Flandes, cuando Guillermo, harto de las incursiones de los escoceses y los exiliados ingleses sobre su reino, decidió lanzar una intrusión sobre su vecino del norte. Con ello pretendía, y consiguió, poner fin a la amenaza del rey Malcolm de Escocia, que se había vuelto más grave cuando este había contraído matrimonio con la hermana de Edgar Aetheling.

Este último no abandonó su idea de recuperar el trono inglés y, una vez en el continente, buscó el apoyo del rey de Francia. Felipe I le ofreció encantado un castillo desde el que amenazar las posesiones de Guillermo en Normandía y Edgar volvió a embarcar, con destino a Escocia, para buscar el apoyo financiero y militar de su cuñado, el rey Malcolm, para una nueva invasión de Inglaterra. Pero cuando navegaba de regreso a Francia su barco naufragó. Edgar perdió todo su tesoro y estuvo a punto de perder también la vida. De vuelta a Escocia, el rey Malcolm logró convencerle de la inutilidad de sus intentos de recuperar el trono inglés y de la necesidad de someterse y hacer las paces con el que ya era el indiscutido rey de Inglaterra, Guillermo I.

En 1075 Edgar Aetheling juró fidelidad a Guillermo el Conquistador, quien le perdonó sus intentos de rebelión permitiéndole pasar el resto de sus días como un miembro más de

su corte. Llegó a combatir por él en Italia y participó en las cruzadas. No sería el final de las correrías de Edgar.

A la muerte de Guillermo I le sucedió su hijo Guillermo II, para el que Edgar realizó funciones diplomáticas en Escocia. Cuando Guillermo II falleció, sus dos hermanos Roberto y Enrique se disputaron el trono de Inglaterra. Edgar se puso una vez más del lado perdedor y se alineó con Roberto, que finalmente fue derrotado por Enrique I. Edgar fue hecho prisionero por el nuevo rey en 1106, pero fue liberado y pasó el resto de sus días retirado en sus posesiones en Hampshire, sin meterse (esta vez sí) en más problemas hasta su muerte en 1125.

Edgar no fue el único sajón que luchó contra la conquista normanda de Inglaterra. La resistencia fue dura sobre todo en el norte del país, donde la presencia e influencia de los daneses estaban todavía muy vigentes. Tan es así, que Guillermo emprendió una brutal campaña para someter a los rebeldes territorios norteños, conocida como «The Harrying of the North» («El Hostigamiento del Norte»), y en ella el Conquistador no tuvo piedad alguna ni con la población (se estima que murieron asesinadas por los normandos cerca de cien mil personas), ni con el ganado ni las cosechas (arrambló con toda la tierra fértil que se puso a su alcance).

Entre los sajones que se negaron a aceptar el dominio de Guillermo destaca en la cultura popular inglesa la figura de Hereward the Wake (Hereward el Proscrito). Era hijo de un noble sajón que fue asesinado junto con su hermano por los normandos. Tras vengar la muerte de sus familiares, Hereward se convirtió en un proscrito y tuvo que huir de las propiedades familiares.

Él y sus hombres se refugiaron en las marismas pobladas de densos bosques cercanos a Ely. A semejanza del bosque de Sherwood, los partidarios de Hereward (curiosamente conocidos como «hombres de los bosques») se refugiaron en un terreno de difícil acceso y que era necesario conocer como la palma de la mano; de esa forma, ocultos en las boscosas y pantanosas tierras de Ely, evitaban el acoso de las tropas normandas de Guillermo.

Este grupo de desterrados, a los que se unieron algunos daneses (Hereward tenía antepasados daneses), se dedicó a atacar y a asaltar a las partidas de soldados normandos que patrullaban por la zona. La más famosa de sus correrías los llevó a atacar la abadía de Peterborough con el fin de salvar sus tesoros de la rapiña normanda. Al final, y todo apunta que con la intervención de los monjes de Ely (que señalaron a los normandos un camino secreto para llegar hasta el campamento de Hereward), este y sus

hombres fueron desalojados de dicho campamento y Hereward tuvo que huir fuera de Inglaterra. Al parecer, años después obtuvo el perdón real y recuperó sus propiedades, ya que figuran a su nombre en el recuento de tierras realizado por Guillermo y conocido como *The Domesday Book*.

Hubo otros sajones, como Gytha, madre del rey Harold derrotado en Hastings, o Waltheof, señor de Northumbria, quienes también se opusieron por la vía militar a la dominación normanda, pero ha sido Hereward el que ha pasado al imaginario inglés como héroe de la resistencia sajona contra la invasión normanda, hasta el punto de que se considera que alguno de los rasgos atribuidos a Robin Hood le corresponde a él.

1.4. La sociedad inglesa tras la conquista normanda

Cabe preguntarse qué cambios supuso para los habitantes sajones de Inglaterra la conquista normanda del país tras la batalla de Hastings. Dejando a un lado la ya comentada política de tierra quemada llevada a cabo por Guillermo en los alrededores de Londres y en el norte, lo cierto es que esta respuesta varía en función del grupo social al que nos refiramos. Así, para los esclavos situados en el escalafón más bajo poca diferencia pudo suponer la procedencia o el idioma de sus amos. En el mismo sentido, los agricultores y hombres libres siguieron más preocupados por sus cosechas y por sus medios de alimentación que por los vaivenes políticos.

Los más afectados fueron los alrededor de cinco mil *thengs* o señores, que pasaron de ser la clase dominante del país a verse relegados en posesiones, riqueza y poder por la élite del ejército normando. Tuvieron que adaptarse a la nueva situación y eso no siempre fue fácil y llevó su tiempo.

Uno de los principales cambios entre el sistema sajón y el normando se produjo en las normas sobre la propiedad de tierras y la herencia. Para los sajones el concepto de propiedades era de carácter familiar, en el sentido de que el derecho a su uso incluía a hijos, hermanos, sobrinos, tíos y demás parientes, y cuando un *theng* fallecía sus propiedades se dividían entre sus descendientes. Para los normandos, sin embargo, el principio fundamental era el mantenimiento del imperio familiar, por lo que la primogenitura era el elemento esencial para tener derecho a la herencia. Los

demás hijos varones tenían que buscarse la vida como caballeros en batallas y torneos, o en el ámbito eclesiástico; las hijas eran moneda de cambio para las alianzas estratégicas familiares. Este principio era aplicable también en lo referente al reino; el tiempo de la designación del sucesor del rey fallecido por elección del Witenagemot propio de la monarquía sajona terminó dando paso (no sin dificultades como veremos) al de la monarquía hereditaria normanda.

Otro cambio singular en la mentalidad de la nobleza después de la conquista fue el de la obligación de prestar servicios militares y tropas a la Corona en caso de conflicto. Para los *thengs* sajones, era su condición de terratenientes con recursos económicos y humanos la que justificaba que tuvieran que acudir a la llamada del rey. Tras la conquista, Guillermo cambió el orden de los factores: primero estaba la obligación de prestar hombres y servicios militares al rey. Si esta se cumplía (como hicieron los nobles que le acompañaron desde Normandía) el rey podía ceder las tierras confiscadas a la derrotada aristocracia sajona y convertirlos en propietarios, en terratenientes. Los nuevos propietarios afianzaban su posición de dos formas: mediante la construcción de castillos (primero de madera y luego de piedra) poblados con una guarnición de caballeros y mediante la cesión de parte de sus tierras a miembros de su mesnada que, a cambio, se comprometían a obedecer la llamada a las armas de su señor en caso de necesidad.

Como consecuencia, aquí el orden de los factores sí alteraba el producto, puesto que la desobediencia de los señores normandos a la llamada de auxilio del rey (o de los súbditos de un conde o un duque a la petición de su señor) constituía un motivo suficiente para que se les desposeyera de esas tierras y le fuesen otorgadas a otro señor leal.

Esta fue una de las justificaciones del brutal trabajo estadístico y burocrático que Guillermo mandó elaborar en 1085, *The Domesday Book* («Libro del día del juicio»), que recopilaba todas las propiedades del reino: sus dueños, su extensión, cada uno sus bienes, cada uno de sus esclavos y de sus siervos, incluso cada una de sus vacas, bueyes y cerdos. Cuando algún terrateniente faltaba a su juramento y no prestaba el apoyo bélico necesario, el rey sabía hasta qué punto tenía que llegar para coaccionar, multar o incluso expropiar al señor en cuestión. La compilación de la riqueza del país también le permitía conocer con exactitud cómo de lejos podía llevar a cabo su política de exacción de impuestos.

El riesgo de este sistema feudal vendría cuando un gobernante

no tuviese la fuerza necesaria para obligar a prestarle servicios a los dueños de los castillos y ejércitos privados. Los sucesores de Guillermo tuvieron oportunidad de sufrir esta situación en numerosas ocasiones.

El Conquistador aplicó este mismo principio al gobierno de la Iglesia en Inglaterra. Tal y como hacía en Normandía, depuso a los obispos y abades sajones que no habían muerto durante la invasión y los sustituyó por religiosos de origen normando que debían su cargo al rey y, por tanto, tenían que jurarle obediencia. En esta tarea Guillermo contó con la inestimable ayuda del arzobispo de Canterbury, Lanfranc, al que designó para sustituir al sajón Stingand.

Desde el punto de vista geopolítico y económico, Hastings supuso que Inglaterra pasara de ser un estado sometido al área de influencia nórdica que la invasión danesa de principios de siglo había llevado consigo (más notable en el norte y el este del país y más laxa en Wessex y Mercia) a conformarse como un estado implicado en la política continental, como consecuencia de sus vínculos con Francia. Esta tendencia se mantendrá hasta finales del siglo XV, en que, coincidiendo con el fin de la dinastía Plantagenet y la pérdida de sus posesiones en Francia tras la guerra de los Cien Años, los monarcas Tudor tuvieron que acometer la tarea de «reinventar» desde el punto de vista político y estratégico el papel de Inglaterra en el escenario internacional.

Capítulo 2

El nacimiento de la dinastía y el origen del nombre de los Plantagenet: Godofredo de Anjou y la emperatriz Matilda

2.1. La sucesión de Guillermo el Conquistador

Una muestra de la complejidad que la conquista de Inglaterra por parte de un duque normando suponía nos la ofrece la divergente suerte que corrió la sucesión de Guillermo I en Normandía y en Inglaterra. En su ducado siguió la costumbre normanda y fue sucedido allí por su primogénito Roberto Curthose (piernas cortas). Pero en Inglaterra no existía ley ni costumbre alguna respecto de la sucesión de la recién nacida monarquía normanda del reino.

Por ese motivo, y dado que en los últimos años había tenido diferencias con su primogénito, Guillermo I se consideró en libertad para privar a Roberto de la corona inglesa y cedérsela a su muerte en 1087 a su siguiente hijo, Guillermo II conocido como Rufus por sus cabellos rojizos. Esto provocó un conflicto entre los dos hermanos, que pretendieron hacerse con la parte de la herencia de su padre que no les había correspondido. Al final, Roberto (que llevaba las de perder) aceptó ceder Normandía a Guillermo a cambio de diez mil marcos de plata con los que partió hacia las cruzadas.

Es posible que Roberto esperara que tanto el ducado que ahora cedía a su hermano como el reino que su padre le había negado pasasen a sus manos a la muerte de Rufus, que no tenía descendencia. Pero lo que no pudo anticipar es que, mientras él se

encontraba en Italia, el 2 de agosto del año 1100, Guillermo II muriera en un extraño accidente de caza al recibir el impacto de una flecha perdida en el corazón.

Quien sí se encontraba en el momento adecuado en el lugar oportuno, es decir junto al agonizante Guillermo cuando sufrió su mortal accidente, era el hermano pequeño de ambos, Enrique. Este no perdió el tiempo cuando comprobó que el rey de Inglaterra había expirado. Cabalgó primero hacia Winchester (la vieja capital del reino de Wessex del que procedían los reyes sajones de Inglaterra), donde se hizo con el tesoro real, asistió al entierro de Rufus junto con los barones del reino y convenció a estos para que le reconocieran como rey. A continuación viajó hasta Londres y se hizo coronar en Westminster el 5 de agosto. No habían pasado tres días desde que la flecha alcanzó a Guillermo II.

Ante los hechos consumados, a Roberto Curthose no le quedó más remedio que olvidarse de Inglaterra y centrarse en tratar de hacerse con el dominio en Normandía. Lo consiguió durante un breve periodo de tiempo, hasta que en 1106 Enrique lo derrotó y lo hizo preso en Tinchebray. El resto de su vida (casi treinta años) lo pasó Roberto en cautividad en el castillo de Cardiff. Enrique I era el indiscutible rey de Inglaterra y duque de Normandía.

Pero si la sucesión de su padre Guillermo I había sido compleja, la del propio Enrique I no le iría a la zaga.

2.2. La sucesión de Enrique I

Enrique decidió que una buena forma de asentar su posición como rey normando de Inglaterra sería contraer matrimonio con Edith, hija del rey Malcom III de Escocia, una joven por cuyas venas corría por parte materna la sangre sajona de la vieja familia real de Wessex. Los descendientes de Edith y Enrique lo serían tanto de Alfredo el Grande como de Guillermo el Conquistador. Era una manera de consolidar el derecho al trono de la dinastía.

El matrimonio tuvo dos vástagos, Guillermo y Matilda. La sucesión parecía asegurada con su hijo varón, pero entonces ocurrió algo que alteró todos los planes del rey y la historia del país. Al ostentar los reyes de Inglaterra soberanía en las tierras francesas de Normandía eran habituales los viajes en barco de la familia real entre ambas orillas del canal de la Mancha. En uno de ellos, a bordo del *Barco Blanco* naufragó y pereció el heredero

Guillermo el 25 de noviembre de 1120.

La muerte de Guillermo ocasionó a Enrique I un enorme problema sucesorio; solo tenía otro descendiente legítimo (aunque dejaba más de veinte hijos naturales) y además de ser una mujer era viuda y sin hijos. Enrique trató de engendrar un nuevo heredero varón y se casó con Adela de Lovaina. El rey de Inglaterra había demostrado con creces su capacidad para tener hijos y Adela sería madre siete veces en su segundo matrimonio tras la muerte de Enrique. Pero el destino se mostró caprichoso con tan prolífica pareja y su unión no produjo ningún retoño.

Resulta significativo, teniendo en cuenta que el primer rey normando de Inglaterra era él mismo un hijo natural, que no se planteara en ningún momento la posibilidad de que quien sucediese a Enrique I fuese el mayor de sus hijos extramatrimoniales, Roberto, conde de Gloucester. Se trataba, además, de una figura carismática y que había demostrado dotes militares y políticas.

Tampoco había nada regulado en la reciente monarquía anglonormanda sobre la posibilidad de que una mujer heredase la corona, pero para la mentalidad de la época, en la que los reyes eran los primeros en la línea de batalla, parecía poco probable que su único vástago legítimo superviviente, Matilda, fuese a ser aceptada como reina.

Como era de esperar, el papel inicial de Matilda fue el de ser ofrecida en esponsales a un monarca con el que a su reino le interesase estrechar relaciones; en este caso con el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Enrique. De ahí el título de emperatriz que, a pesar del temprano fallecimiento de su esposo, ella siempre insistió en conservar. En 1110, cuando solo tenía ocho años, fue enviada a la corte de su nuevo esposo, de veinticuatro. El matrimonio se celebró cuatro años después (la ley canónica permitía el matrimonio a partir de los doce años).

Al morir el emperador en 1125, el papel de Matilda en el Sacro Imperio quedó vació de contenido, pues no había tenido descendencia y no tenía, por tanto, nada que decir ni que hacer en la sucesión imperial, como sí hubiese podido suceder de haber engendrado un hijo, en cuyo caso podía haber actuado como regente del heredero.

Por eso retornó a Inglaterra con un papel poco definido y Enrique I decidió que era necesario volver a casarla. Si no tenía un hijo heredero varón, quizá pudiera tener un nieto antes de morir. Y la elección de marido para su hija fue una obra maestra de estrategia política: Godofredo de Anjou, nativo del ducado del

mismo nombre, situado en la frontera sur de los dominios normandos de Enrique. Esta situación podía servir para amortiguar la tensión con Francia. De hecho, antes de fallecer en el naufragio del *Barco Blanco*, el heredero Guillermo se había casado también con una princesa de Anjou, hermana de Godofredo.

La pareja contrajo matrimonio el 17 de junio de 1128 en Le Mans y desde ese mismo momento Godofredo se convirtió en duque de Anjou, por la renuncia que su padre hizo en su favor. Los Anjou eran conocidos por su procedencia como angevinos y Godofredo, según la leyenda, acostumbraba a llevar como adorno en su sombrero una planta que en latín se conoce como *planta genista*. Aunque no existe certeza a este respecto, y a pesar de que no fue usado por sus descendientes hasta que lo hizo Ricardo de York en 1460, lo cierto es que, con el tiempo, el nombre Plantagenet se generalizó para denominar a los reyes ingleses descendientes de Godofredo y Matilda. El 5 de marzo de 1133 nació el primer hijo de la pareja, al que bautizaron con el nombre de Enrique, en honor de su abuelo materno.

Enrique I, consciente del problema sucesorio que se le plantearía a su única hija legítima cuando él falleciese, se empeñó en que el reino reconociese y jurase reconocer a Matilda como heredera. El hecho de que hiciera repetir la ceremonia hasta en tres ocasiones (1128, 1131 y 1133) demuestra que ni siquiera el rey tenía nada claro que el juramento fuera a ser respetado. Y para complicar aún más la cuestión, apunta Matthew Lewis, «al menos según Guillermo de Malmesbury, Enrique no hizo que se reconociese a Matilda como su heredera al trono o que sus súbditos prometiesen convertirla en su reina, sino solo que la aceptaran como su señora. Esto podía conllevar connotaciones de realeza, pero era lo suficientemente impreciso como para dejar espacio a la interpretación de los planes de Enrique. Un espacio que bastaría para causar serios problemas[1]».

2.3. La guerra civil entre el rey Esteban y la emperatriz Matilda

Como era previsible, al fallecer Enrique I el 1 de diciembre de 1135, los principales nobles del reino renegaron del juramento de lealtad que, hasta en tres ocasiones, prestaron a instancias del rey a su hija Matilda. Alguno alegó que hizo el juramento bajo la

condición de que Matilda no contrajese matrimonio con un príncipe extranjero y que, al haberse casado con Godofredo de Anjou, se consideraba liberado de la promesa formulada.

El más importante de los nobles del país, que había puesto un especial empeño en colocarse a la cabeza de los magnates que prestaron juramento a Matilda mientras Enrique I vivía, fue el primero en no cumplir su palabra; se trataba del sobrino del fallecido rey y primo de la emperatriz, Esteban de Blois (que se libró del naufragio del *Barco Blanco* al cambiar de navío poco antes de zarpar, alegando sufrir dolores estomacales, aunque es posible que lo hiciera al ver el estado de embriaguez en el que se hallaban tanto tripulantes como pasajeros).

En cuanto recibió noticia de la muerte de Enrique I, Esteban viajó desde Boulogne-sur-Mer a Londres y a Winchester, se proclamó rey, se apropió del tesoro real y se hizo coronar por el arzobispo de Canterbury en Winchester el 22 de diciembre. A continuación, consiguió el apoyo de los barones y obispos de Inglaterra y de Normandía, tanto a un lado del Canal como al otro (los grandes señores tenían tierras tanto en la isla como en el continente, por lo que les interesaba que quien gobernara en Inglaterra lo hiciera también en Normandía). Al fin y al cabo, en los dos únicos precedentes de sucesión en la monarquía normanda de Inglaterra (tanto en el caso de la subida al trono de Guillermo II como en de la de Enrique I) el nuevo rey no había sido quien mejor derecho al trono tenía, sino quien había conseguido imponerse *de facto*.

Y Esteban (que ni siquiera era el primero en la línea sucesoria en su rama familiar, ya que contaba con un hermano mayor de nombre Teobaldo), era sin embargo un candidato más que razonable para un nombramiento por méritos: rico, de modales cortesanos, con un buen ganado prestigio militar en los campos de batalla de Flandes y Normandía y bien relacionado con la nobleza y el clero (su hermano Enrique era obispo de Winchester). Estaba cercano a los cuarenta años y su matrimonio con Matilda de Boulogne era importante desde una perspectiva económica para el comercio de lana inglés. Y, sobre todo, fue muy hábil en su rápida reacción ante el vacío de poder creado por la muerte de Enrique I; supo estar en el lugar preciso en el momento adecuado. Es decir, exactamente lo mismo que había hecho su predecesor para apropiarse de la corona.

Pero Esteban encontró en Matilda un formidable enemigo. Aunque no pudo reaccionar tan rápido como su primo (se encontraba en Anjou y estaba embarazada), no se mostraba

dispuesta a dar su brazo a torcer. Acostumbrada a ejercer el poder (en varias ocasiones ocupó la regencia del Imperio ante las ausencias de su primer esposo), la emperatriz estaba además apoyada por su belicoso segundo marido, el bajo pero robusto pelirrojo Godofredo de Anjou, procedente de una familia conocida por su tempestuoso carácter, que será también un rasgo distintivo de los reyes Plantagenet.

Sin embargo, este matrimonio tenía también su lado negativo: la histórica rivalidad y mala relación entre Anjou y Normandía hacía que los señores normandos mirasen con desconfianza e incluso desprecio al esposo de Matilda. Y sus hijos Enrique y Godofredo, de tres y un año respectivamente, poco apoyo podían recibir de las fuerzas relevantes del reino.

Matilda inició una lenta tarea de reconquista de las posesiones de su padre. En Normandía mediante el ataque militar desde Anjou dirigido por Godofredo, quien nunca pareció mostrar interés alguno en las pretensiones de su esposa al otro lado del Canal. Y en Inglaterra aprovechando las dificultades que Esteban encontró en el gobierno del país para aglutinar a su alrededor a los descontentos: Roberto de Gloucester (hijo natural de Enrique I y hermanastro por tanto de Matilda) que era el noble más poderoso y con más ascendente entre los notables del país; Roger, obispo de Salisbury, que fue arrestado junto con dos sobrinos también obispos por mostrar su descontento con la forma de gobernar del rey; por último los nobles perjudicados por la política de favores de Esteban y la red de competentes funcionarios creada por Enrique I para administrar el país, que fue desmantelada por el nuevo rey.

Un caso especial era el de Enrique, obispo de Winchester y hermano del rey Esteban. Algunas de sus acciones parecen confirmar que se había sentido ofendido por haber sido relegado en la elección para el cargo de arzobispo de Canterbury, que ambicionaba, y que había decidido castigar a su hermano por ello. Llegó a promover en su condición de legado papal un concilio eclesiástico en Winchester en el que el rey fue convocado y requerido para explicar su decisión de arrestar a tres obispos. Sin embargo, el hecho de que la conclusión del concilio fuese la reprobación de los actos de los obispos al inmiscuirse en asuntos temporales parece apuntar a que Enrique no actuó por rencor a su hermano, sino para delimitar de manera clara los poderes de la Iglesia y el Estado en la convulsa Inglaterra de la época.

Ruinas del castillo Wolvesey, residencia del obispo Enrique, en Winchester

En 1139 Matilda empezó a mover ficha: planteó su caso ante el papa en Roma solicitando ser reconocida como heredera de su padre (aunque el papa terminó lavándose las manos al tener problemas más acuciantes a los que enfrentarse) y desembarcó en Inglaterra, concretamente en el castillo de Arundel, contando con el apoyo de Roberto de Gloucester y otros barones ingleses y galeses descontentos.

Esteban, siguiendo con probabilidad el consejo de su hermano Enrique, decidió no sitiar a su prima en Arundel (una maniobra que podía haberle hecho impopular, pues Matilda hasta el momento no había realizado ninguna reclamación expresa del trono) y le permitió avanzar hasta Bristol, donde instaló su corte. De nuevo se ha puesto en entredicho el papel del obispo Enrique de Winchester al aconsejar a su hermano esta línea de actuación, que terminó por mostrarse errónea cuando Matilda (mucho más asentada en Bristol de lo que hubiera podido estarlo si se encontrase sitiada en Arundel) comenzó a maniobrar para hacerse con la corona. Pero también en este caso es posible que Enrique no actuase para perjudicar a Esteban por sentirse ofendido al habérsele negado el arzobispado de Canterbury, sino para evitar en su papel de prelado eclesiástico un enfrentamiento entre cristianos que, además, resultaban ser su hermano y su prima.

Enrique llegó a convocar una reunión entre representantes de Esteban y de Matilda cerca de Bath, pero se disolvió sin que se alcanzara ningún acuerdo. Lo mismo sucedió cuando viajó al continente y se reunió con el hermano mayor de Esteban (y, por tanto, suyo) Teobaldo de Blois, y con el nuevo rey de Francia, Luis VII. Se demostró que la conciliación de las posturas de uno y otra era inviable.

Dio así comienzo un periodo de cruenta guerra civil de resultado incierto, pues ninguno de los contendientes poseía fuerza suficiente para derrotar de manera definitiva a su rival. Matilda se hizo fuerte en el oeste, mientras que Esteban dominaba el sureste del país. En la parte central y en el norte ninguno logró asentar sus dominios, por lo que quedó en manos de diversos señores feudales. Y en todo el reino la situación fue aprovechada para dirimir disputas privadas entre señores y ciudades, y bandas de maleantes atacaron iglesias, monasterios y granjas para hacerse con sus riquezas y sus alimentos.

En 1141 la balanza pareció inclinarse hacia el bando de Matilda cuando su ejército, dirigido por Roberto de Gloucester,

atacó Lincoln y tomó prisionero al rey Esteban, a pesar de que, como reconocen todas las crónicas, el monarca luchó fieramente y con gran bravura. En esas circunstancias Matilda negoció con el obispo Enrique de Winchester (su primo y hermano del rey) y consiguió de este una declaración de la Iglesia de Inglaterra según la cual: «elegimos señora *(domina*) de Inglaterra y de Normandía a la hija de un rey que trajo la paz, un rey glorioso, un rey próspero, un buen rey, que no tuvo igual en su tiempo, y le prometemos nuestra fe y nuestro apoyo[2]».

Matilda era reconocida como «señora de Inglaterra», no como «reina de Inglaterra». Este título genera cierta confusión. Hay quien ve en él una designación de Matilda como regente en nombre de su hijo Enrique o incluso de su esposo Godofredo. También es posible que fuese un título con reminiscencias del ostentado por una de las grandes mujeres de la época sajona, Aethelflaed, hija de Alfredo el Grande, quien había ostentado el título de «señora de los mercios» y que había gobernado en nombre propio, sin depender de esposo ni regir en nombre de un hijo. Quizás lo que Matilda pretendía con este título es dejar claro que ella no gobernaría como consorte de ningún marido ni como depositaria de los derechos de ningún hijo.

El siguiente paso era su coronación, y eso pasaba por una ceremonia solemne en Westminster. Pero entre la resistencia de las fuerzas leales a Esteban (dirigidas por su esposa) y la rápida pérdida de apoyo entre nobles y clero, se le escapó su oportunidad. Las crónicas definen su actitud como altanera, desafiante e insolente. Helen Castor, sin embargo, llama la atención no solo sobre que alguna de estas crónicas fue escrita por partidarios de Esteban, sino también sobre la influencia que el sexo de Matilda tenía sobre los citados relatos.

> Matilda afrontaba el desafío de convertirse en reina de Inglaterra […] no en el sentido convencional de ser la mujer de un rey, sino en la forma sin precedentes de ser un rey mujer. Y los reyes no se conducían con «caminar modesto y modales adecuados». Al contrario, eran (y se les exigía que fueran) extremadamente imperiosos y autoritarios, como habían sido su padre y su primer esposo. […] Cuando (Matilda) trató de emular a su extraordinario padre y a su primer marido, los dos grandes reyes cuyos reinados conocía mejor, topó no con una obediencia atemorizada, sino con el resentimiento que provocaba una «altivez e insolencia» que se consideraba antinatural y poco femenina[3].

Matthew Lewis plantea la misma cuestión en estos términos: «¿cómo podía Matilda gobernar como un rey sin actuar como uno?[4]».

Los ciudadanos de Londres, partidarios de Esteban, le abrieron

con renuencia las puertas de la ciudad. A partir de ahí, las versiones de lo ocurrido difieren. Para la *Gesta Stephani* (favorable, como su propio nombre indica, al rey Esteban) la emperatriz exigió «no con una delicadeza sin pretensiones, sino con voz autoritaria» su apoyo financiero mediante el pago de un elevado impuesto a los aterrados ciudadanos de Londres y, cuando estos alegaron carecer de fondos y ser pobres, «ella, con expresión adusta y el ceño fruncido y desaparecido ya cualquier rastro de la delicadeza de una dama, descargó sobre ellos toda su furia[5]».

Para Guillermo de Malmesbury, sin embargo, fueron los ciudadanos de Londres, quienes «siempre habían provocado sospechas y habían estado indignados en secreto», los responsables del desencuentro con Matilda, hacia quien «no escondieron expresiones de odio[6]». Fuese cual fuese la causa, lo cierto es que una multitud exaltada se dirigió a Westminster y forzó a Matilda a huir con precipitación a Oxford. Su plan de ser coronada como reina de Inglaterra sufrió un golpe mortal.

Además de estos problemas, la alianza con el obispo Enrique de Winchester hizo aguas cuando él y Matilda discreparon sobre el destino de las tierras que pertenecían al apresado rey Esteban. Desde Winchester, Enrique se desdijo de sus palabras anteriores sobre la «señora de Inglaterra» e hizo una declaración pública contra Matilda. Para colmo de males, la expedición que lideró para meter en vereda al obispo de Winchester finalizó de forma desastrosa cuando Roberto de Gloucester fue hecho prisionero. Matilda (que pudo huir de Winchester a uña de caballo montando durante dos días al estilo masculino) no tuvo más remedio que intercambiar a Gloucester por el rey Esteban.

La situación volvió al punto de partida, si bien más complicada de resolver aún, pues los acontecimientos de 1141 habían expuesto las debilidades de ambos bandos para hacerse con el poder de manera definitiva, así como las fortalezas de uno y otra para impedir que el adversario se impusiera.

En 1142 el estado del conflicto sufrió un cambio radical y fue Esteban quien tuvo sitiada a Matilda en Oxford, aprovechando que Roberto de Gloucester había viajado a Normandía a solicitud de Godofredo de Anjou para apoyarle en sus avances militares en el continente. En una posición desesperada, la emperatriz tomó una no menos desesperada medida que se convirtió en uno de los momentos más recordados del conflicto: en una fría y nevada noche invernal se vistió con una capa blanca y se escabulló fuera de Oxford sin ser advertida por el ejército agresor. Tras una

caminata de casi quince kilómetros a través de la campiña llegó a Abingdon, donde fue recibida por varios leales a su causa que la pusieron a salvo para continuar la lucha.

Comenzó de nuevo una guerra civil sin un dominador claro, en la que el mayor perdedor era el pueblo inglés, que se vio sacudido por las violentas escaramuzas entre uno y otro ejército, además de estar sometido al pillaje de bandas de criminales que aprovechaban la falta de ley y orden para robar, violar y asesinar con impunidad. Para terminar de arreglar el desastroso panorama inglés, el rey David I de Escocia decidió que era el mejor momento para invadir el norte del país.

Muy gráficamente, la crónica anglosajona describió este período de guerra así: *When Christ and His Saints Slept* («Cuando Cristo y los santos descansaron»), refiriéndose a que el país estaba dejado de la mano de Dios por la violencia que se expandió a lo largo de todo el reino durante el conflicto.

Matthew Lewis advierte que este retrato de lo sucedido debe ser matizado, pues los cronistas que describen la situación eran monjes que habitaban en lugares golpeados con especial crudeza por la guerra y que narraban lo que veían, pero que esto no refleja lo que ocurría en toda Inglaterra y, mucho menos, lo que sucedió durante los diecinueve años de guerra civil:

> Aunque hubo sin duda momentos puntuales en los que se dieron situaciones horrorosas, estas fueron atajadas con rapidez: la lucha no era la regla, por mucha devastación que los periodos de ruptura de la paz causaran en la población, las tierras y las cosechas. […] Si estallaban disturbios, estaba en el interés de casi todos los implicados restaurar la calma y la paz lo más rápido y con los mínimos daños posibles. Aunque los cronistas traten de narrarnos exactamente lo contrario, diecinueve años de estado de guerra no beneficiaban los intereses de nadie[7].

En 1146 hubo un tímido e infructuoso intento de buscar una solución pacífica al conflicto, que fracasó cuando la emperatriz reclamó su derecho al trono y Esteban se negó a plantearse renunciar a él. Por otro lado, cuestiones externas como el llamamiento para la segunda cruzada y para la conquista cristiana de Lisboa de manos musulmanas, ofrecieron a numerosos caballeros y soldados de a pie la excusa perfecta para dejar Inglaterra y ahorrarse la peliaguda decisión de tomar partido por uno de los bandos con el riesgo de elegir el perdedor y pagar las consecuencias de ello durante muchos años.

Otros nobles, en un precedente de lo que ocurriría años más tarde, llegaron a suscribir acuerdos privados entre ellos para poner límites a las luchas armadas a las que pudieran verse

obligados en defensa del bando en el que militaran. Esta inaudita circunstancia es una muestra del grado de hartazgo que el prolongado conflicto estaba generando en el país.

Esto provocó que la situación permaneciese estancada hasta que, en 1148, Matilda, que acababa de recibir la devastadora noticia de la muerte de su hermanastro y gran apoyo Roberto de Gloucester, decidió dejar Inglaterra e instalarse en Normandía. Este territorio sí había sido conquistado por su esposo Godofredo, quien había sido investido como duque de Normandía en Ruan y había sido reconocido como tal por el rey de Francia. Un nombramiento que siembra dudas sobre si actuaba en defensa de los derechos hereditarios de su esposa o si su designación como duque lo era en su propio nombre y por derecho de conquista.

Que Matilda fijase su residencia en Normandía no significaba que tirase la toalla en la lucha por la corona de Inglaterra, sino que, convencida de que ella nunca conseguiría ser aceptada como reina de pleno derecho, «cedía los trastos» a su joven e impetuoso hijo Enrique, que estaba cerca de cumplir dieciséis años y en disposición de irrumpir de manera estruendosa en la historia inglesa.

2.4. Enrique de Anjou y el fin de la guerra civil

Desde su adolescencia Enrique dio muestras de una enorme personalidad y de una ambición equiparable. De temperamento tempestuoso, capaz de pasar de la calma a la ira en segundos, con una energía vital que le acompañaría durante toda su vida y le permitiría viajar de manera incesante entre las diferentes regiones de sus vastas propiedades, Enrique era más angevino que inglés. Visitó la isla por primera vez a los nueve años en 1142 y pasó quince meses en la universidad de Bristol bajo la tutela de Adelardo de Bath, hasta que sus padres decidieron en 1144 que sería más seguro para él continuar su formación en Normandía.

En 1147, con solo trece años, había hecho una espectacular aunque algo chusca primera aparición en el escenario político inglés, cuando desembarcó al frente de un pequeño grupo de mercenarios para tratar de ayudar a su madre en la guerra. Al pánico inicial le sucedió un colectivo suspiro de alivio cuando el impulsivo adolescente vio frenado en seco su esfuerzo, al no poder pagar a sus soldados y ser abandonado por estos. En un

curioso gesto, el rey Esteban asumió la entrega de la soldada de los mercenarios… a cambio de que volviesen a Normandía. El cachorro regresó al continente con el rabo entre las piernas. Pero el cambio no le vino mal, pues a su vuelta siguió aprendiendo de su padre el difícil arte de la política y de la guerra.

Por eso, cuando en 1149 regresó al país lo hizo con una madurez y visión política muy superiores a su edad, y con el claro objetivo de ganarse el respeto y el apoyo de los principales barones y señores del reino en su pretensión al trono. También es probable que se tratara de una forma de poner a prueba las fuerzas de Esteban y su grado de dominio sobre el país.

En primer lugar se dirigió a Escocia para ser ordenado caballero por su tío abuelo, el rey David. A partir de entonces pasó su tiempo a caballo (o más bien de barco en barco) entre Inglaterra, donde participó en diferentes escaramuzas de la guerra civil con éxito desigual, y Francia, donde su padre le cedió el título de duque de Normandía en 1150. En 1151 se convirtió también en conde de Anjou a la muerte de su progenitor. Y en 1152 contrajo matrimonio con Leonor de Aquitania, tema que analizaremos en detalle en el siguiente capítulo.

Para concluir con la narración de la guerra civil entre Esteban de Blois y la emperatriz Matilda y su hijo, baste decir que el Enrique de Anjou que regresó a Inglaterra en 1153 no era ya el adolescente de trece años con un puñado de mercenarios mal pagados. Era un adulto con experiencia militar y política, conde y duque por derecho propio, casado con la mujer más famosa de Europa y dueño por nacimiento y matrimonio de una extensión territorial en el continente equiparable a la del rey de Francia. Y, como consecuencia de todo ello, con las tropas y los fondos necesarios para sostener la contienda civil iniciada por su madre.

Enrique de Anjou desembarcó en enero de 1153 en una Inglaterra devastada por diecinueve años de desgobierno y guerra civil al mando de una fuerza de tres mil infantes y ciento cuarenta caballeros. Sus hombres sitiaron y masacraron a los habitantes de la población de Malmesbury, forzando al ejército de Esteban a recorrer todo el país en pleno invierno en penosas condiciones para hacer frente a la amenaza. En una muestra del estado de hartazgo que la interminable contienda había producido en el pueblo inglés, los soldados de Esteban se negaron a combatir y forzaron la retirada del rey.

Poco a poco, los señores del reino fueron viendo en Enrique no solo un poderoso señor, un gobernante hábil y capaz y un guerrero en condiciones de llevarlos a la victoria en el campo de

batalla, sino sobre todo a alguien que podía, por fin, lograr que terminase el enfrentamiento que venía sangrando al reino durante años.

Con el fin de ganarse el favor de una población más que harta, la primera medida de Enrique fue enviar de vuelta a Normandía a quinientos de sus temidos mercenarios que habían sembrado el pánico tras su actuación en Malmesbury (por cierto, la flota en la que regresaban naufragó en el Canal y todos ellos perecieron, por lo que algunos vieron en ello un castigo divino). Enrique entró en conversación con los magnates del país favorables a Esteban e incluso abrió una vía de negociación con este a través del arzobispo de Canterbury y del obispo de Winchester (que, recordemos, era hermano del rey).

Otro factor favoreció la rápida adhesión de los principales nobles del país a la causa de Enrique: casi todos ellos eran de origen normando, descendientes de los compañeros de Guillermo el Conquistador y, por tanto, dueños de importantes propiedades en Normandía. Solo Enrique estaba en condiciones de darles garantías sobre sus tierras en el continente o amenazarles con perderlas si no le prestaban su apoyo en Inglaterra.

Durante la primavera y el verano de 1153 recorrió Inglaterra, pero no lo hizo sembrando la muerte y la destrucción ni quemando las cosechas, sino recibiendo en paz a los notables del reino y garantizando el retorno de la ley y el orden cuando ciñese la corona. Fue así ganando poco a poco apoyos para su causa, aunque sabía que tarde o temprano tendría que vérselas cara a cara con Esteban.

Este enfrentamiento tuvo lugar en julio de 1153 en Wallingford, donde Esteban mantenía bajo sitio el castillo local, fiel a la causa angevina. Cuando ambos ejércitos se encontraron se repitió lo ocurrido en Malmesbury: tanto las fuerzas de Esteban como las de Enrique se mostraron reacias a seguir dejándose la vida en una fútil y ya muy larga contienda fratricida, en la que la peor parte se la llevaban los ciudadanos ingleses. Conscientes de que sus soldados amenazaban con no combatir, Esteban y Enrique acordaron reunirse para tratar de buscar una solución pacífica y definitiva a la guerra. Solo había una opción obvia: que Esteban reconociese como su heredero a Enrique y que este refrenase sus ansias de ceñir la corona hasta que el rey, que rondaba ya los sesenta años, falleciese.

Pero esa opción tropezaba con un obstáculo: Esteban tenía un hijo, Eustaquio, conde de Boulogne. En diversas ocasiones el monarca había intentado organizar una ceremonia al estilo

franco, en la que su hijo fuese coronado como rey asociado todavía en vida de su padre, un ritual que perseguía asegurar una transición de poder tranquila. Pero ello requería la aquiescencia de la jerarquía eclesiástica, ya que debía ser el arzobispo de Canterbury quien llevase a cabo la ceremonia. Y ni la iglesia inglesa ni, más importante aún, el papado, estaban por la labor de inmiscuirse en un conflicto dinástico de resultado incierto y en el que estaban implicados dos poderosos señores dueños de extensos territorios. El papa llegó a escribir al arzobispo de Canterbury con expresas instrucciones de no celebrar tal ceremonia.

Por eso, cuando en 1152 Esteban conminó al arzobispo para que llevara a cabo la coronación de Eustaquio, este se negó, mostrándole las instrucciones recibidas de Roma. Es muy probable que el de Canterbury tuviera sus propios motivos, pues llevar a cabo lo que le pedía el rey se interpretaría como que tomaba partido en la disputa. Además, se trataría de una acción que contribuiría a alargar el conflicto, lo que iría en perjuicio del interés general en Inglaterra, algo que la cabeza visible de la Iglesia del país no estaba dispuesta a hacer. Ni siquiera un desesperado movimiento del rey, que llegó a encarcelar a varios obispos, hizo variar la decisión del arzobispo y el hijo de Esteban no llegó a ser coronado como rey de Inglaterra.

No era por tanto de extrañar que Eustaquio considerara que Enrique era una amenaza contra sus derechos al trono inglés. Además era su jurado enemigo en Francia (ya que su esposa era hermana del rey Luis VII). El conde de Boulogne encontró otro aliado en el hermano menor de Enrique, Godofredo, que sentía que este le había despojado de parte de su herencia paterna. Eustaquio dio rienda suelta a su ira rapiñando la localidad de Bury St. Edmunds y la campiña circundante. Sin embargo, su amenaza tuvo escaso recorrido porque falleció poco después, en septiembre de 1153. Fuese por consumir alimentos en mal estado o, como algunos sospechan, por envenenamiento, lo cierto es que el único obstáculo para la paz entre Esteban y Enrique desapareció de manera más que oportuna, allanando el camino hacia el final de la guerra civil inglesa.

Las conversaciones entre ambas facciones progresaron de forma rápida desde entonces, con la mediación del arzobispo de Canterbury y del obispo de Winchester. En noviembre se acordó una tregua en Winchester y Esteban adoptó a Enrique como hijo y heredero, en una solemne y magnífica ceremonia a la que asistieron todas las fuerzas vivas del reino. Desde allí se dirigieron a Londres en paz y armonía, y en Westminster sellaron de manera formal el acuerdo alcanzado en Winchester. A partir de ese

momento Esteban contó con el consejo de Enrique para poner fin a la situación de desgobierno y violencia a la que el país se había visto sometido, y para terminar con las descontroladas bandas de mercenarios que no querían aceptar la nueva situación.

Asentada la paz en Inglaterra, Enrique volvió a Normandía para poner las cosas en orden en sus otros dominios. En octubre de 1154 se encontraba en el Vexin, luchando contra varios señores rebeldes, cuando le llegó la noticia de que el día 25 de octubre Esteban había fallecido y que el trono de Inglaterra era suyo sin discusión ni oposición. Por primera vez desde la muerte de Guillermo el Conquistador, la sucesión a la corona no dependía de quién se encontrara a la muerte del monarca de turno más próximo al tesoro real y a la abadía de Westminster para apropiarse del trono.

Fue así como, tras el deceso de Esteban, Enrique II logró la corona inglesa y, junto con su formidable esposa Leonor de Aquitania, inició el reinado de la dinastía que ocuparía el trono inglés durante más de trescientos años: los Plantagenet.

En cuanto a Matilda, desarrolló durante los años siguientes una activa labor de asesoramiento a su hijo en diversas cuestiones de gobierno, que incluyó gestiones diplomáticas ante el emperador Federico I Barbarroja y ante el rey de Francia, hasta su muerte el 10 de septiembre de 1167. Inicialmente fue enterrada en la abadía de Bec y sus restos sufrieron diversas peripecias hasta que al final descansaron en la catedral de Ruan. En su sepulcro se hizo labrar la inscripción: «grande por nacimiento, ilustre por matrimonio, magnífica en su descendencia, aquí yace la hija, la esposa y la madre de Enrique».

2.5. La Inglaterra que heredaron los Plantagenet

Cuando Enrique de Anjou subió al trono en 1154 se encontró con dos cuestiones que constituirían problemas recurrentes en los gobiernos de los sucesivos monarcas de la dinastía: la nobleza y el clero.

Habíamos apuntado que el sistema de dependencia feudal establecido por Guillermo el Conquistador funcionaría mientras los señores propietarios de los castillos y los ejércitos del reino estuviesen sometidos a las riendas de un monarca fuerte y poderoso. Eso ocurrió con el propio Conquistador y con sus hijos

Guillermo II y Enrique I. Pero cuando la guerra civil entre Esteban y Matilda estalló, la situación que se produjo fue descrita por un monje de la época en los siguientes términos:

> Cuando los traidores se dieron cuenta de que Esteban era un hombre amable y bienintencionado que no castigaba sus conductas, cometieron todo tipo de atrocidades. Le habían rendido homenaje y jurado fidelidad, pero no mantuvieron ninguno de sus juramentos, sino que renunciaron y rompieron sus juramentos. Cada gran hombre construyó castillos y los puso contra el rey. Cargaron a la desgraciada población del país con duros y forzados trabajos. Construyeron sus castillos por todo el reino y, después de terminarlos, los llenaron de demonios y hombres malvados. Durante las veinticuatro horas del día persiguieron a todo aquel que creían que tenía alguna riqueza, los encarcelaron y los torturaron, colgándolos por los pies y ahogándolos con humo. Cuando no podían sacarles nada más destrozaban y quemaban las aldeas, dejando que la pobre gente muriera de hambre. Nunca un país se vio sometido a tal miseria y nunca los paganos actuaron con tal vileza como lo hicieron ellos[8].

Es probable, como apunta Matthew Lewis, que la visión de los cronistas se viese influida por el hecho de encontrarse en las zonas donde el conflicto se desarrolló con más crudeza y que no en todo el país ni durante todos los años de guerra la situación fuese tan extrema ni todos los magnates se comportaran así. Aun así, lo cierto es que el pulso por el poder entre monarquía y nobleza sería una constante de todos los reyes de la dinastía Plantagenet. En palabras de Martin Aurell:

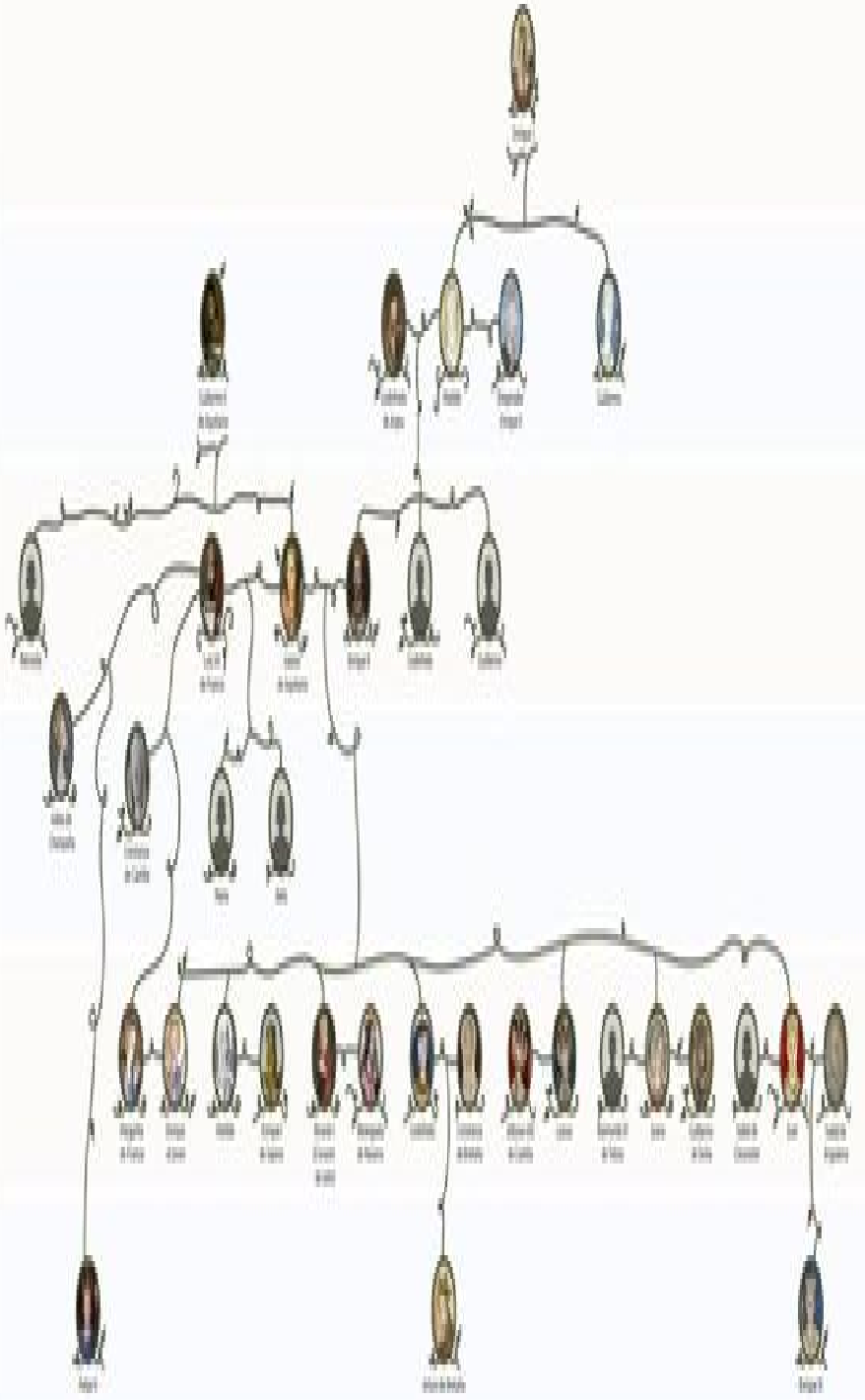
> En el siglo XII, el incremento del poder real a menudo se producía a expensas de la nobleza, cuya cultura era esencialmente guerrera. A partir de ese momento, se hizo inevitable un enfrentamiento entre el Estado embrionario, que era el único que podía utilizar la violencia de modo legítimo, y la aristocracia, cuyo comportamiento era con frecuencia brutal. […] La violencia formaba parte del estilo de vida aristocrático, cuyo propósito principal y la justificación para su preponderancia social era la guerra, tanto privada como pública, y estaba relacionada tanto con sus señoríos como con el Estado. […] Así pues, entre los años 1154 y 1224 los objetivos del rey (embarcado en un proceso de centralización militar y judicial) y los de la nobleza (dentro del cual cada familia buscaba aumentar su poder) se opusieron. Dentro de los territorios de los Plantagenet, las rebeliones nobiliarias se hicieron frecuentes. Estos levantamientos periódicos revelaban la hostilidad de la aristocracia hacia un rey cuya habilidad para actuar y oprimir aumentaba cada vez más[9].

En cuanto al clero, no fue tanto un problema específico de Inglaterra sino genérico en toda Europa. Como otros gobernantes, tanto los reyes sajones como los duques de Normandía estaban acostumbrados a nombrar obispos y abades, que eran dependientes y juraban fidelidad a los reyes que los designaban y les cedían tierras. Desde finales del siglo XI la Iglesia empezaba a

asentar su independencia basándose en que, dado que el poder del papa venía de forma directa de Cristo, los obispos y abades debían ser designados por su superior espiritual, y no por el poder terrenal del lugar donde ejercían su ministerio.

El primer problema en Inglaterra lo tuvo Guillermo II cuando el designado arzobispo de Canterbury, el obispo Anselmo, se negó a realizar la tradicional ceremonia en la que el rey le hacía entrega de su sello y su anillo, al tiempo que el obispo rendía homenaje al monarca. Anselmo quería hacer notar con esta oposición a la ceremonia que su poder no procedía del rey, sino de Dios a través de su representante en la tierra, el papa. Una solución de compromiso se encontró ya con Enrique I: el arzobispo Anselmo no recibiría los símbolos de su cargo del rey, pero sí le prestaría la ceremonia de homenaje. Sin embargo, cuando Anselmo falleció, el problema volvió a plantearse y el cargo permaneció vacante durante cinco años. Como ya vimos, durante el reinado de Esteban el nuevo arzobispo de Canterbury (Teobaldo), rehusó celebrar la ceremonia de coronación como rey asociado de su hijo Eustaquio.

Este enfrentamiento se vería muy agravado en el reinado de Enrique II con un dramático y sangriento desenlace.



Capítulo 3

Enrique II (1154-1189): el primer Plantagenet

3.1. Leonor de Aquitania

En diciembre de 1154, Enrique II fue coronado en Westminster como rey de Inglaterra. Le acompañaba su mujer, uno de los personajes más extraordinarios de la Edad Media: Leonor de Aquitania.

Leonor era nueve años mayor que su marido, duquesa de Aquitania, rica, bella, poderosa, dueña de una dote excepcional que se extendía desde Anjou a los Pirineos, experimentada en política, amante de la cultura y de la poesía, veterana de las cruzadas, famosa en toda Europa... y hasta dos meses antes de la boda, esposa del rey de Francia Luis VII, con el que ya había tenido dos hijas.

Leonor de Aquitania es uno de los personajes capitales de la Europa medieval por su personalidad, por su independencia, por la fiera defensa de sus derechos y los de sus hijos, por su patrocinio cultural, por su capacidad política y por los escándalos que le acompañaron desde bien joven. Hija de Guillermo X, duque de Aquitania y conde de Poitiers, nacida en 1124 en una corte en la que florecían el arte, la poesía y el amor galante, Leonor pronto destacó por su personalidad y su carácter independiente. Cuando solo contaba trece años murió su padre en Santiago de Compostela y Leonor heredó un rico y extenso territorio, equivalente a una tercera parte de la actual Francia, que incluía el señorío de Gascuña, las ciudades de Burdeos y Bayona y los condados de Angulema, Saintonge, Perigord, Limousin, Auvergne y La Marche.

Pero el regalo venía con sorpresa, desagradable además. Aquitania era un condado tradicionalmente difícil de gobernar, con poderosos señores feudales acostumbrados a hacer su voluntad y a oponerse a la política del duque de turno, del que eran vasallos solo de forma nominal. Si esta situación era difícil de controlar para hombres adultos con años de experiencia en los campos de batalla y en la política, mucho más lo parecía para una inocente e inexperta chica de trece años. En la mentalidad de la época solo cabía una solución para ella: encontrar un marido fuerte y poderoso que le prestase apoyo político y militar. Y el candidato ideal para ello no podía ser otro que el soltero más poderoso de la Europa continental: el príncipe heredero de la Corona de Francia.

Así, solo tres meses después de la muerte de su padre, Leonor se casó con el príncipe Luis de Francia; además, pocos días después, murió el rey francés Luis VI y su hijo le sucedió con el nombre de Luis VII, con lo que Leonor se convirtió en reina de Francia. Se produjo un inmediato y brutal choque de culturas entre la austeridad de la corte francesa del norte y del propio Luis (que según cronistas de la época «vestía como un monje» y que

había estado destinado en principio a la carrera eclesiástica hasta que murió su hermano mayor Felipe cuando él tenía once años) con la alegría y la despreocupación de la corte aquitana del sur, a la que representaba la joven Leonor, cuya actitud y costumbres causaron escándalo tras escándalo en la monacal aristocracia parisina.

La pareja real tomó parte en la segunda cruzada en 1147, pero los rumores escandalosos, maliciosos y con toda probabilidad falsos en su mayoría, acompañaron de forma continua a Leonor: que si aconsejaba sobre estrategia militar a su esposo con desastrosas consecuencias; que si tuvo un romance con su propio tío y gobernador de Antioquía Raimundo de Tolosa; que si participó en una fiesta en Constantinopla disfrazada de amazona y con un pecho al aire; que si se enamoró y estuvo a punto de fugarse con un caudillo musulmán…

La relación con Luis VII se vio deteriorada de forma inevitable y progresiva; ni las severas admoniciones del papa Eugenio III ni el nacimiento de dos hijas (María, condesa de Champagne y Alix, condesa de Blois, nacidas en 1145 y 1150 respectivamente) pudieron evitar que al final la pareja solicitase la nulidad de su matrimonio. Luis no soportaba los escándalos y el fomento del amor cortés de su esposa, ni que no le hubiera dado un heredero varón; Leonor, que poco tuvo que decir cuando fue prometida en matrimonio, no aguantaba la severidad de Luis y la pacatería de su corte. Y es probable que ya tuviera en mente otro candidato para ser su esposo si se decretaba la nulidad matrimonial, como así hizo una asamblea de obispos franceses el 21 de marzo de 1152, con la socorrida excusa de la consanguinidad entre los cónyuges. El hecho de que la pareja no hubiese tenido un hijo varón facilitó esta decisión, pues con un heredero al trono de Francia Luis no hubiese estado dispuesto a poner en duda su legitimidad disolviendo el matrimonio con la madre del futuro rey. Y con un heredero al ducado de Aquitania, Leonor no hubiese resultado un partido tan apetecible para nuevos pretendientes.

Territorios de la Corona inglesa bajo Enrique II y Leonor de Aquitania
Territorios del Ducado de Leonor de Aquitania
ESCOCIA
GALES
INGLATERRA
Mar del Norte
Oxford
Windsor
Londres
Canterbury
Portsmouth
Canal de la Mancha
FLANDES
Rouen
Reims
NORMANDÍA
París
BRETAÑA
ANJOU
Poitiers
AQUITANIA
Limoges
Golfo de Vizcaya
Burdeos
Toulouse
NAVARRA
Marsella
ARAGÓN
Golfo de León

Una vez anulada su unión con Luis, la frágil soltería de Leonor ya no contaba con la protección del reino de Francia, y más de un candidato a su mano intentó sin éxito secuestrarla para obligarla a contraer matrimonio y poner al resto del mundo frente a los hechos consumados. Mientras volvía en secreto a sus dominios, Leonor pensó que la mejor forma de protegerse de los depredadores que pretendían conseguir (de grado o por la fuerza) su jugosa herencia era que el inevitable nuevo matrimonio que debía contraer lo fuese en sus propios términos y con la persona que ella eligiese. Había conocido a Enrique de Anjou en 1151 cuando él y su madre rindieron homenaje al rey de Francia por sus señoríos normandos. Es imposible saber si la pareja había experimentado en aquel momento atracción física, pero lo que es indudable es que uno y otro fueron plenamente conscientes de lo que supondría una alianza matrimonial entre sus respectivas casas.

Sea como sea, en cuanto llegó en secreto a Poitiers, Leonor envió un mensaje a Enrique, que se encontraba en Lisieux preparando una invasión a Inglaterra, para que de forma urgente se reuniera con ella. Enrique no perdió tiempo, canceló todos sus planes y se reunió con Leonor en Poitiers donde se celebró la boda el 18 de marzo de 1152. Grande fue la sorpresa de toda Europa (sobre todo la del monarca francés, que aunque debía saber que Leonor se volvería a casar, pensaría que ella, como su antigua esposa, y Enrique, como su vasallo en Normandía, le pedirían permiso antes de comprometerse) ante esta unión, solo dos meses después de la nulidad del primer matrimonio de ella. Sumadas las posesiones de Leonor en Aquitania a las de Enrique en Anjou y Normandía, la pareja tenía en el continente tantas tierras como el propio rey de Francia, y ello sin contar con el derecho de Enrique al trono de Inglaterra. Para empeorar las cosas para Luis VII, en poco tiempo Leonor quedó embarazada y dio a Enrique un hijo varón, lo que no solo constituía una burla a la supuesta incapacidad de tener un heredero de Leonor, sino que suponía una amenaza para los derechos de sus hijas con el rey francés a heredar el ducado de Aquitania. Las relaciones entre Luis VII y Enrique de Anjou no mejoraron precisamente.

3.2. Años de esperanza

A la coronación de Enrique como rey de Inglaterra le sucedió un período de ilusión en el país. William de Newburgh escribió:

«A lo largo de todo el país la gente gritaba: "¡Larga vida al rey!". Tenían grandes esperanzas de que las cosas mejoraran con el nuevo monarca, sobre todo cuando comprobaron que era un hombre de remarcada prudencia, constancia y celo por la justicia y que desde el principio demostró las maneras de un gran príncipe[10]».

El monarca de veintiún años se ganó a sus súbditos por sus buenos modales y educación, su vitalidad (que hacía que se desplazase con inusitada rapidez por todo el reino, con toda su corte corriendo tras él), su trato fácil y accesible con sus súbditos, su fama de competente líder militar y su habilidad a caballo y en los deportes.

Pedro de Blois, secretario de Leonor, describió cómo era la vida junto a Enrique II:

> Si decía que iba a permanecer en un sitio, podías estar seguro de que dejaría el lugar a primera hora, trastornando los planes de todo el mundo con sus prisas. Pero si anunciaba que partía temprano hacia un lugar determinado no cabía la menor duda de que cambiaría de opinión durmiendo hasta el mediodía. Si comentaba la ruta que iba a seguir, la cambiaría con toda seguridad por otra en la que con toda probabilidad habría una sola casa y con comida para nadie más. Y creo que el rey disfrutaba con nuestras dificultades[11].

Martin Aurell pone en duda este relato:

> A pesar del punto de vista de Pedro de Blois, los viajes del rey no eran de ningún modo una cuestión puramente caprichosa. Seguían un itinerario previamente acordado, racionalmente diseñado, que era además el fruto de largos debates. Las cuentas de las finanzas reales de los *Pipe Rolls* muestran que los movimientos del rey estaban planificados con seis semanas de antelación, en colaboración con los administradores de los señoríos reales de donde el cortejo real obtenía la mayor parte de los suministros […] Las etapas de 35 km diarios a caballo o en vehículos con ruedas que se hacían estaban lejos de ser agotadoras. No eran en absoluto arduas, pues se ponía un especial cuidado en la organización del viaje, como revelan las detalladas cuentas del Tesoro. […] Los viajes de la corte no eran tan penosos como afirmaban Pedro de Blois o Walter Map[12].

Cuando el 28 de febrero de 1155 nació Enrique, segundo hijo del matrimonio real después de Guillermo que había venido al mundo un año antes de la coronación en Westminster, se hizo necesario establecer una residencia oficial de la familia real, que se instaló en el palacio de Bermonsdey, cerca de Londres. La tristeza por la prematura muerte del primogénito Guillermo fue reemplazada por la alegría del nacimiento en rápida sucesión de nuevos príncipes reales: Matilda (1156), Ricardo (1157) y Godofredo (1158). Después vendrían Leonor (1162), Juana

(1165) y Juan (1166 o 1167). La supervivencia hasta la edad adulta de tantos vástagos aseguraba la sucesión real, pero terminarían convirtiéndose en una fuente de problemas para Enrique.

3.3. La cruda realidad

Después del idilio inicial entre el nuevo monarca y su reino, Enrique aterrizó en la situación de la Inglaterra posterior a los casi veinte años de guerra civil que ya hemos descrito y se dio cuenta de que la misma distaba mucho de ser perfecta. Si quería volver a los tiempos de la indiscutible autoridad real propia de los normandos y ejercida hasta el reinado de su abuelo Enrique I, el nuevo rey tendría que acometer una quimérica tarea. Los ingresos reales descendieron a una tercera parte después del conflicto; la Corona había perdido la posesión de numerosos castillos y edificios; los impuestos recaudados por las granjas de los condados casi habían desaparecido; existían numerosos señores que gobernaban casi como soberanos independientes sobre sus posesiones; fortalezas construidas en la línea fronteriza con Gales habían caído en manos de caciques locales; el norte del país estaba en manos del rey de Escocia; y a la compleja relación con el clero se sumaba el conflicto iniciado en el reinado de Esteban con Teobaldo, el arzobispo de Canterbury, sobre quién era competente, si la jurisdicción del Estado o la Iglesia, para sancionar los delitos comunes cometidos por religiosos.

Enrique comenzó por ordenar que todos los castillos, pueblos y tierras que Esteban había cedido a diversos señores fuesen confiscados y volviesen a manos de la Corona. En muchos casos optó por volver a entregarlos a los mismos señores, pero el mensaje era que nada de lo acordado por Esteban seguía teniendo validez y que las cosas empezaban de cero con él: todos debían sus posesiones y sus tierras a Enrique II Plantagenet.

Ya en 1155 Enrique ordenó también la destrucción de numerosos castillos construidos sin permiso real durante la guerra y la expulsión de los mercenarios (casi todos flamencos) que los ocupaban. Fueron derruidos a lo largo del año y los barcos hacia el continente iban repletos de soldados de vuelta a Flandes, bajo la amenaza de cárcel o ejecución si permanecían en Inglaterra. En algunos casos fue necesario recurrir a la fuerza para desalojar a señores especialmente poderosos, como William de Aumerle en Scarborough o Roger de Hereford en Gloucester y Hereford, o

Hugh Mortimer. Este último poseía tres castillos en las Midlands y, tras ser sometido por la vía militar, juró obediencia a Enrique y le fueron devueltas sus fortalezas.

En Escocia, Enrique recuperó los condados que habían caído durante la guerra civil en manos del rey Malcolm IV, que le rindió homenaje a cambio de la cesión del señorío de Huntingdon. Y en Gales, aunque estuvo a punto de morir en una emboscada, terminó recuperando las posesiones inglesas y obteniendo la sumisión de los principales caudillos galeses a la vista de la aplastante superioridad militar inglesa.

Asentado su dominio en Inglaterra, Enrique trató de reforzar su posición en Francia, invadiendo en 1159 el condado de Tolosa con un formidable ejército y poniendo sitio a la poderosa ciudad del mismo nombre ante la negativa del conde Raimundo a reconocer al de Anjou como señor. Enrique reclamaba un antiguo y dudoso derecho de su esposa sobre Tolosa. Y la cuestión no era baladí, ya que el condado se extendía desde Aquitania hasta el Mediterráneo y controlaba alguna de las más importantes rutas comerciales de Europa.

Los sitiados, sin embargo, resistieron los intentos de tomar la villa y recibieron los refuerzos del rey de Francia Luis VII. El primer marido de Leonor de Aquitania no podía permitir que su ya complicada situación frente al de Anjou se viera en tesitura aún más delicada si se perdía el estratégico condado de Tolosa. El conde Raimundo era además hermano de su segunda esposa. La ayuda del rey de Francia fue decisiva para poner fin al asedio de Tolosa, que constituyó el primer gran fracaso en el hasta entonces estelar camino de Enrique II. Los barones normandos y angevinos de su ejército declararon en el consejo real que no era apropiado atacar en suelo francés al rey de Francia, al que el propio Enrique había prestado homenaje por sus posesiones en el continente. Enrique decidió levantar el sitio, desoyendo los consejos de su canciller y fiel amigo Thomas Becket. Sería el principio del fin de una hermosa amistad.

3.4. Las relaciones Iglesia-Estado en el reinado de Enrique II: auge y caída de Thomas Becket

Habíamos apuntado más arriba las principales líneas del

conflicto que enfrentaría a Enrique II con la Iglesia durante su reinado. Cuestiones como la coronación de los reyes y sus herederos, la designación de obispos o arzobispos por los reyes, la disolución de matrimonios reales, el derecho de los obispos a abandonar sus diócesis para viajar a Roma, su capacidad para excomulgar a oficiales reales o a nobles sin autorización previa del rey y, sobre todo, el derecho de los clérigos a apelar al papa, venían causando grandes problemas entre los reyes europeos y la Iglesia.

En Inglaterra existía una cuestión especialmente peliaguda: los crímenes cometidos por los miembros del clero eran juzgados por tribunales eclesiásticos. Se estima que en el siglo XII uno de cada seis ingleses formaba parte de una orden religiosa; muchos de ellos eran hombres de baja cuna que veían en su ordenamiento una forma de garantizarse el sustento diario. Estos clérigos cometían robos, violaciones o asesinatos que eran juzgados por tribunales eclesiásticos y no civiles. Las penas impuestas eran menores, entre otras cosas porque los tribunales eclesiásticos ingleses del siglo XII no podían condenar a muerte o a castigos físicos.

Enrique II intentó atajar este problema de raíz y someter a los clérigos que cometían delitos a la jurisdicción civil para que determinara si el caso era o no de naturaleza eclesiástica, y ello sin derecho a apelar la resolución a Roma, pero tropezó con la oposición de Teobaldo, arzobispo de Canterbury. El pulso entre Teobaldo y los monarcas ingleses venía de lejos, pues, recordemos, ya se enfrentó al rey Esteban al negarse a celebrar una ceremonia en la que se coronara a su hijo como heredero al trono y rey asociado. Enrique pretendía hacer lo mismo con su propio hijo, y lo previsible era que Teobaldo se opusiera también a ello.

Por eso, cuando el 18 de abril de 1161 Teobaldo falleció, Enrique decidió instalar en la sede del arzobispado de Canterbury a uno de sus mejores amigos y su más fiel servidor, al que había ido ascendiendo en sus responsabilidades desde que le conoció como escribano al servicio de Teobaldo y que en ese momento ocupaba el cargo de canciller del reino y de archidiácono de Canterbury: Thomas Becket. Era un hombre culto y mundano y con un gusto por el lujo y la ostentación que suplía una de las carencias de Enrique II, que no se preocupaba en absoluto del despliegue de grandeza y majestad que en ocasiones debe acompañar a un rey. La embajada a París que Becket dirigió en 1158 dejó boquiabiertos a los franceses por el tamaño y la magnificencia de la escolta que le acompañaba.

Enrique pensaba que con Becket en el más importante puesto eclesiástico de Inglaterra podía imponer sus posturas frente a las de la Iglesia. Sin embargo, desde el momento que tomó posesión de su cargo Becket sufrió una tremenda transformación en sus ideas y en su modo de vida. Pasó de ser el principal valedor de las ideas de Enrique II a un acérrimo defensor de los derechos de la Iglesia frente al Estado; pasó de llevar un modo de vida lujoso y relajado a transformarse en un asceta y someterse a sí mismo a castigos físicos y flagelaciones.

No está muy claro qué es lo que produjo este cambio radical en la actitud de Becket. Hay quien sostiene que se vio en la necesidad de demostrar a una comunidad religiosa que no vio su nombramiento con buenos ojos (fue ordenado sacerdote el día antes de iniciar su arzobispado) que no era una marioneta manejada por el rey; otros ven en ello la intervención divina. También circuló una historia según la cual, mientras se recuperaba de una enfermedad en Francia, Becket jugaba al ajedrez con un viejo amigo que le planteó qué pasaría si el rey le ofreciera el puesto de arzobispo de Canterbury. Según esta historia Becket contestó que conocía a tres pobres sacerdotes a los que preferiría ver en el cargo antes que a él, porque si él era elegido «conociendo como conozco a fondo al rey, sería inevitable que o bien perdiese el favor de Enrique II o, Dios no lo quiera, incumpliese mis obligaciones hacia el Todopoderoso».

Fuese cual fuese el motivo, Thomas empezó a oponerse sistemáticamente a la política real. Y lo hizo no solo en asuntos relacionados de manera directa con la Iglesia como el de la jurisdicción competente para juzgar los crímenes de los clérigos (Becket argumentó que el clero era una institución separada del poder del Estado y que solo ante los representantes de Dios en la Tierra podían ser juzgados sus miembros). También se opuso en cuestiones que resultaban ajenas a sus intereses, como la pretensión de Enrique de hacer que los tributos que los nobles pagaban a los *sheriffs* pasasen a abonarse a la Corona.

En Clarendon, en enero de 1164, el rey convocó un consejo al que asistieron todos los magnates y barones, así como todos los obispos y arzobispos. En él publicó una serie de normas, conocidas como las Constituciones de Clarendon, y exigió a los presentes un juramento de obediencia a las «leyes y costumbres del reino», referenciadas a las del tiempo de su abuelo Enrique I. Se trataba de convertir en ley escrita lo que se venía aplicando de manera consuetudinaria. Becket sabía que ello implicaba el reconocimiento del sometimiento del clero a la jurisdicción real.

Sin embargo, al principio aceptó jurar el contenido de las Constituciones de Clarendon; pero al cabo de unos días, al comprobar el alcance total del contenido de las normas, cambió de opinión y se desdijo de su juramento. Las pretensiones de Enrique incluían el consentimiento previo del rey para la excomunión de oficiales reales; el control real de las comunicaciones entre el clero inglés y Roma; la prohibición de que los obispos saliesen del país sin permiso del rey y el sometimiento de los clérigos a la justicia real para ser juzgados por los delitos de los que fuesen acusados.

Becket y el rey se enzarzaron en fuertes discusiones y este último terminó desposeyéndole, tanto de sus atribuciones como de las posesiones que le cedió cuando era canciller. Becket trató de huir a Francia, pero fue detenido y llevado a presencia del monarca. Más tarde, en una asamblea de nobles en Northampton el 6 de noviembre de 1164, Enrique sometió al arzobispo a juicio acusado de malversación, de quebrantar su juramento y tratar de dejar el país sin su permiso. A ello se sumaba otra gravísima acusación, también contraria a las Constituciones de Clarendon: trató de apelar al papa pasando por encima del poder real, lo que constituía un delito de traición.

Becket fue declarado culpable. Hundido moral y políticamente, Thomas consiguió huir a Francia con la magra compañía de cuatro sirvientes. Permaneció cinco años allí, escribiendo amargas cartas en las que criticaba a Enrique y se quejaba ante el papa, a quien solicitó que pusiera a Inglaterra bajo interdicto. El papa Alejandro III tenía sus propios problemas, pues había sido desalojado de Roma por el emperador Federico I Barbarroja y se encontraba exiliado en Francia, donde dependía de la buena fe de los reyes de Francia e Inglaterra. Así que los mensajeros enviados por Becket no obtuvieron más que vagas declaraciones de condena del pontífice sobre las Constituciones de Clarendon, pero ninguna medida concreta contra Enrique.

Tampoco en Inglaterra encontró Becket grandes valedores. Los que hablaban a su favor o eran sospechosos de favorecerle sufrían la persecución del rey. El clero inglés tampoco era un gran apoyo, pues siempre habían visto en él a un advenedizo y los principales obispos, como los de Londres y York, eran enemigos declarados suyos. Consideraban que la vanidad y egoísmo de Becket habían destrozado lo que era una razonable y pragmática relación con el rey y habían terminado empeorando la posición de todo el clero del país.

Varios intentos de mediación entre ambos llevados a cabo por

el rey de Francia fracasaron ante la intransigencia y la fuerte personalidad de uno y otro. Según las crónicas, ambos habían llegado a un consenso para zanjar sus diferencias, pero el acuerdo no llegó a buen puerto porque Enrique se negó a dar a Becket el beso de la paz que lo sellaría; cuando se intentó convencer al arzobispo de que prescindiera de dicho ceremonial, este insistió en que era necesario llevarlo a cabo. Ninguno cedió y el acuerdo se rompió.

Viendo que la reconciliación era imposible, Enrique decidió realizar su viejo anhelo, propio de los reyes franceses, de coronar en vida a su hijo como rey para compartir el gobierno del país y confirmarlo como heredero y rey asociado sin la participación de Becket y llevó a cabo la ceremonia en Westminster, bajo los auspicios del arzobispo de York. La indignación de Becket hizo que volviera a Inglaterra el 30 de noviembre de 1170, después de iniciar en Francia una furiosa campaña de discursos contra todos los que participaron en la coronación, incluyendo la excomunión del arzobispo de York y el resto de los eclesiásticos que tomaron parte en ella.

Cuando Enrique se enteró, según la leyenda, pronunció ante sus nobles una frase que ha pasado a la historia: «¿Cómo es posible que, de entre todos los vagos y traidores a los que he cargado de riquezas, ninguno sea capaz de evitar que un clérigo de baja cuna se burle de mí?». Cuatro de los caballeros presentes en la sala, ansiosos por demostrar su lealtad al monarca pues habían luchado en el bando del rey Esteban en los años de la Anarquía, se tomaron estas o las similares palabras pronunciadas por Enrique al pie de la letra, atravesaron el canal de la Mancha, cabalgaron hacia Canterbury y asesinaron a Thomas Becket dentro de la catedral. Martin Aurell narra con detalle lo ocurrido:

> Los caballeros cometieron un crimen de una violencia inusual. Persiguieron a Becket y a los clérigos desde el claustro hasta el transepto. Se produjo una discusión y el arzobispo se negó con obstinación a levantar las excomuniones (de los religiosos que habían participado en la coronación del hijo de Enrique). Empujó a Reginaldo fitz Urse, llamándolo "león". Inmediatamente, uno de los caballeros le asestó a Becket un golpe sobre los hombros con la parte plana de la hoja de la espada. El arzobispo cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos mientras se encomendaba a la Virgen, cuya estatua dominaba la escena, a san Dionisio y a san Alfege. Uno de los monjes recibió una herida en ese momento. Reginaldo golpeó a Becket en la cabeza: la espada le partió en dos la tonsura y penetró hasta el hombro izquierdo. También hirió a Eduardo Grim, que trataba en vano de proteger a su señor. Al ver sangre derramada, Becket pronunció su última oración y extendió sus brazos en forma de cruz. Guillermo Tracy lo golpeó una vez más. El cuerpo de la víctima cayó al suelo. Ricardo de Brito le partió la cabeza en dos al

arzobispo con un golpe de espada tan fuerte que esta se rompió al golpear contra el suelo. Hugo Mauclerc, uno de los sargentos de los caballeros, puso el pie sobre el cuello de Becket y esparció su cerebro con la punta de la espada mientras gritaba: "¡este traidor ya no se levantará más!". Mientras tanto, Hugo de Morville se había encargado de mantener a la multitud a distancia. Tras salir de la catedral, los asesinos saquearon el palacio episcopal y los establos[13].

La muerte de Becket causó gran impresión en Enrique, quien con toda probabilidad pronunció esa frase en uno de sus típicos ataques de ira y sin pretender en realidad que ninguno de sus caballeros asesinase a Thomas. En prueba de penitencia por este hecho, peregrinó a Canterbury, donde la tumba del arzobispo se había convertido ya en un lugar de culto. Thomas Becket fue proclamado santo por la Iglesia católica tres años después de su muerte.

En todo caso, sometida la nobleza del país a su dominio y resueltas sus diferencias con la Iglesia (se alcanzó un acuerdo en 1172 en el Compromiso de Avranches, que rebajaba en parte lo dispuesto en las Constituciones de Clarendon), parece que ningún obstáculo serio amenazaba ya su reinado. Sin embargo le faltaba por sufrir la más dura de las pruebas que un hombre, rey o no, puede afrontar y que terminaría costándole la salud y la vida: la rebelión de su propia familia, de sus hijos Enrique, Godofredo, Ricardo y Juan, todos ellos apoyados por su formidable esposa Leonor de Aquitania.

3.5. Enrique II contra su familia: la guerra contra sus hijos y su esposa

Las cuestiones sucesorias de la abundante progenie de Enrique II y Leonor de Aquitania, para las que también debía de tenerse en cuenta la opinión del rey de Francia por el vasallaje al que estaban sometidas las posesiones continentales de los Plantagenet, parecían haber quedado resueltas en una conferencia que mantuvieron ambos monarcas en enero de 1169 en Montmirail. Los planes de Enrique eran que su hijo del mismo nombre heredara Inglaterra, Normandía y Anjou. Bretaña sería para Godofredo, que se había prometido con Constanza, hija del duque Conan IV (aunque el matrimonio no se formalizó hasta que ella fue mayor de edad en 1181). Conan, interesado en estar en

buenos términos con el rey inglés pues era también conde de Richmond (Yorkshire), abdicó en 1166 en favor de su hija y de Godofredo, garantizando así el control del ducado por parte de Enrique II. En cuanto a Aquitania, quedó reservada para Ricardo, ojito derecho de Leonor.

Aquitania mantendría su independencia de Inglaterra, pues se consignó de manera expresa que Ricardo rendiría homenaje por su ducado a Luis VII y no a su padre ni a su hermano. Por el contrario, Godofredo a quien rendiría pleitesía por Bretaña sería a su hermano Enrique. Juan, de apenas tres años, y sobre el que todavía no se sabía si llegaría a la edad adulta, quedó fuera del reparto (de ahí su sobrenombre de Sin Tierra).

También se acordó la unión matrimonial del hijo mayor del rey, ya conocido como Enrique el Joven con la hija del rey de Francia y de su segunda esposa Constanza de Castilla, Margarita; la dote de ella incluía el condado del Vexin, fronterizo entre Francia y Normandía y tradicional fuente de conflictos entre ambos reinos. También se fijó el enlace entre los hermanos de ambos Ricardo y Aelis (también conocida como Adela, Alicia o Alix), un proyecto que generaría muchos problemas en el futuro. Incluso se acordó una tregua entre Enrique II (Enrique el Viejo) y Luis VII de Francia, que puso fin a las escaramuzas fronterizas que habían proliferado en los dos últimos años en Aquitania y Bretaña.

Lo acordado permitió celebrar la coronación como rey asociado de Inglaterra de Enrique el Joven. Si con ello pretendía garantizarse una transición tranquila entre él y su hijo y fomentar la estabilidad en sus dominios, el error de cálculo fue tremendo. Aparte de la ya comentada reacción de Thomas Becket y las fatales consecuencias de esta (que obligaron a Enrique a pasar seis meses poniendo orden en Irlanda mientras se apagaban los ecos de la indignación que su asesinato provocó en todo el mundo conocido), la ceremonia llevada a cabo causó la inquietud de los franceses, ya que la princesa Margarita no fue coronada junto a su prometido. Eso obligó a celebrar una segunda ceremonia tres meses después en la que la princesa francesa también fuera coronada.

Pero la consecuencia más grave del error padecido por Enrique el Viejo fue que, de forma casi inmediata, comenzaron los problemas y las discrepancias con el recién coronado Enrique el Joven. Parece que padre e hijo interpretaron de manera diferente lo que la coronación de este último conllevaba en el ejercicio diario del poder en Inglaterra y Normandía.

El joven de dieciocho años consideraba que, para tener algún sentido, el acto formal de imponerle la corona debía ir acompañado de un ejercicio real del poder, de la cesión de algunas propiedades y, sobre todo, de la tenencia de ingresos propios con los que mantener a la creciente corte que había generado alrededor suyo y de su esposa. Para su padre, sin embargo, se trataba más de una ceremonia formal al estilo francés; una confirmación de que su hijo había llegado a la edad adulta y se encontraba en condiciones de heredar el poder cuando llegase su hora. De forma significativa, las monedas que se emitieron con la efigie de Enrique el Joven después de coronarle lo representaban sin espada. Enrique el Viejo no cedió ni un ápice de poder a su hijo y la provisión de los fondos necesarios para su sustento se realizaba con cuentagotas. El austero Enrique II gastaba con mesura en su propia corte (era famosa la pésima calidad de sus vinos) y ni entendía ni aprobaba el boato que su joven hijo pretendía mantener a su alrededor.

Esto hirió el orgullo del Joven, que encontró dos importantes pares de oídos dispuestos a escuchar sus quejas y a alentar una rebelión contra su padre; estos oídos fueron los de su madre Leonor y los de su suegro Luis VII, rey de Francia. Y la chispa estalló en 1173 cuando Enrique II decidió casar al menor de sus hijos, Juan, que por entonces contaba seis años, con la hija del conde de Saboya. Juan había quedado fuera del reparto de la herencia de sus padres acordado en Montmirail, y como dote matrimonial el monarca inglés decidió cederle la propiedad de los castillos de Chinon, Loudon y Mirebeau. Enrique el Joven entendió que con ello su padre estaba desposeyéndole de parte de su herencia (se trataba además de tres fortalezas con importancia estratégica) y el enfrentamiento velado entre padre e hijo estalló en un conflicto abierto.

Enrique abandonó la compañía de su padre junto con su esposa y se refugió en la corte del rey francés. Este hecho no sorprendió mucho, porque el enfrentamiento entre padre e hijo llevaba tiempo gestándose. Lo que sí constituyó una enorme sorpresa es que a la rebelión iniciada por Enrique el Joven se unieran sus hermanos Ricardo y Godofredo, de quince y catorce años respectivamente. Parece claro que el cerebro que se encontraba detrás de este sorprendente movimiento era su madre, Leonor de Aquitania. El propio Enrique II así lo entendió, pues envió una carta a su esposa en la que le conminaba a volver con sus hijos junto a su marido, al que debía obediencia y con el que estaba obligada a convivir.

Se ha sugerido que la causa por la que Leonor se volvió contra

su esposo fueron los celos porque el rey se había enamorado de su amante Rosamund Clifford. Esto resulta poco probable, porque era una situación tan habitual en las monarquías de la época que cualquier esposa real tenía que aprender a vivir con ella.

Además, no faltan las causas políticas para explicar de forma convincente los motivos que justifican la decisión de la reina. En efecto, Leonor, que había retomado sus funciones de duquesa de Aquitania, veía cómo Enrique decidía sobre sus propiedades y sobre los ingresos del ducado (que iban a las arcas de su esposo) sin contar con ella y teniendo más en cuenta los intereses de su imperio Plantagenet que los de la propia Aquitania. Su título hereditario y la herencia de su hijo Ricardo estaban en juego, y por eso Leonor fomentó que sus hijos menores se unieran a su hermano, aunque ello conllevara aliarse con su exesposo Luis VII de Francia.

Hay otro argumento que refuerza la tesis según la cual no se trataba de una revuelta ocasionada por una simple cuestión de celos. En palabras de Martin Aurell:

> Es […] más adecuado buscar las causas políticas de estas guerras intestinas y, en su lugar, hacer hincapié en el carácter heterogéneo del enorme territorio que controlaba Enrique II, en el que los principados no tenían una historia común, ni una tradición de cooperación y, además, soportaban la pesada carga de antiguas rivalidades. El Imperio angevino era divisible por su propia naturaleza; su integridad era frágil. Poderosas fuerzas centrífugas amenazaban con desmembrarlo. […] El rey tenía que enfrentarse a la oposición de la nobleza local, sobre todo en Anjou, Aquitania y Bretaña. Para mantener su independencia, la nobleza se aliaba contra Enrique II con el hijo que hubiese sido designado para gobernar el principado[14].

En efecto, la rebelión fue secundada, bien por descontento con Enrique II, bien por la promesa de ganancias y tierras, por importantes señores en el continente (Felipe de Flandes, Mateo de Boulogne y Teobaldo de Blois) y en las islas (los condes de Leicester y Norfolk, el obispo de Durham, varios barones del norte del país y el rey de Escocia Guillermo el León). Las promesas de recompensa en forma de tierras que Enrique el Joven realizó a sus nuevos aliados demuestran su bisoñez e ingenuidad y cómo fue manipulado con habilidad por el rey de Francia.

A finales de febrero, temiendo ser hecha prisionera, Leonor se disfrazó de hombre y huyó a uña de caballo tratando de llegar hasta París para unirse a sus vástagos. Pero durante el viaje fue reconocida y detenida por los agentes de su marido, que la trasladaron al castillo de Chinon, donde permaneció bajo custodia. Su cautiverio en diferentes plazas de Francia e

Inglaterra duraría casi diecisiete años, con momentos de más o menos rigor en su falta de libertad de movimientos.

La contienda entre padre e hijos duró dieciocho meses. En mayo de 1173 los rebeldes atacaron sin éxito varias ciudades del Vexin. En junio y julio tomaron Aumale y Driencourt, pero perdieron a Mateo de Boulogne (herido de muerte por una flecha). El sitio de Verneuil dirigido por Enrique el Joven y Luis VII fracasó cuando Enrique II acudió en rescate de la plaza. El ataque dirigido por el rey de Escocia en junio sobre Northumbria no pasó de ser una escaramuza en busca de rapiña, que terminó un mes después sin que conquistaran ninguna villa de importancia. Y en septiembre, una tentativa de invadir Inglaterra por un ejército de mercenarios flamencos dirigidos por Roberto de Leicester fue masacrado por las fuerzas reales en Bury St. Edmunds. La propia población inglesa, que recordaba las matanzas que los flamencos habían cometido durante la guerra civil treinta años antes, se sumó a la batalla y casi todos los flamencos acabaron ahogándose en las cercanas marismas.

La táctica de los rebeldes de atacar por varios frentes a la vez fracasó cuando Enrique II demostró otra vez su mayor virtud: su inagotable capacidad de desplazarse de un sitio a otro con inusitada rapidez y sus innatas cualidades militares, que a su vez dejaban al descubierto la incapacidad como general y estratega de Luis de Francia. A ello se unía otro de los grandes secretos del éxito del reinado de Enrique: su destreza nata para reconocer y reclutar para su causa a un grupo de experimentados y leales colaboradores, que se encargaron de defender sus intereses en aquellas partes de sus dominios a las que él no podía llegar.

Tras la tradicional tregua en los meses invernales, la guerra continuó en la primavera de 1174. Enrique el Viejo se vio obligado a regresar a Inglaterra, donde la situación se había vuelto complicada tras una nueva invasión del rey Guillermo de Escocia, que obtuvo varias victorias frente al ejército real en Northampton, Nottingham y Leicester. Por su parte, Felipe de Flandes había jurado emprender una invasión a gran escala de Inglaterra. Enrique embarcó en el mes de julio hacia la isla llevando consigo a su esposa Leonor, a la mujer de Enrique el Joven, Margarita de Francia, y a su propio hijo menor Juan sin Tierra.

Su primera acción en Inglaterra fue un teatral golpe de efecto. Consciente de que la opinión general que se había difundido era que los problemas que estaba atravesando eran un castigo divino por el asesinato de Thomas Becket, se dirigió directamente a

Canterbury, donde como un peregrino más llegó a la tumba del mártir y, tras rezar largo rato entre lágrimas y protestas de inocencia, juró que nada tenía que ver con la muerte del arzobispo pero pidió ser absuelto de su culpa por las palabras que pronunció y que causaron su asesinato. A continuación realizó ayuno y penitencia por tres días, llegando a ser flagelado por varios de los monjes de la comunidad. Todo ello, en presencia de numerosos testigos para dejar claro que había saldado su deuda con Becket y que el santo le había perdonado por sus pecados.

Y su actuación pareció dar resultado: se encontraba todavía en Canterbury cuando le llegó noticia de que su ejército había derrotado al rey Guillermo de Escocia en Alnwick, haciendo prisionero al propio monarca.

Castillo de Alnwick, una imagen que resultará familiar a los seguidores de Harry Potter
o la serie de televisión *Downton Abbey*

En menos de un mes, el resto de los barones rebeldes en Inglaterra o habían sido derrotados o se habían rendido al rey, que en agosto pudo retornar al continente. Allí, su rápido regreso tomó por sorpresa a Luis de Francia, Felipe de Flandes y Enrique el Joven, que habían invadido Normandía con la esperanza de tomar la capital, Ruan, antes de la vuelta del rey de Inglaterra. Al fracasar sus planes levantaron el sitio y Luis de Francia solicitó iniciar conversaciones de paz.

3.6. Enrique II como gobernante más poderoso de Europa

La conferencia de paz se celebró en Montlouis. Después de demostrar al mundo su fuerza frente a una formidable alianza de enemigos, Enrique II podía permitirse mostrar generosidad. Acordó devolver a los rebeldes las posesiones que tenían antes del inicio de la guerra y entregó a Enrique el Joven dos castillos en Normandía y quince mil libras de renta anual, a cambio de que este aceptara la cesión de los tres castillos como dote de boda de su hermano Juan, que había estado en el inicio del conflicto. A Ricardo y Godofredo les prometió la mitad de las rentas de Anjou y Bretaña a cambio de que terminaran de apagar los rescoldos de rebelión en sus tierras (tarea en la que Ricardo se mostró más que competente y empezó a ganarse el sobrenombre de «Corazón de León»). Y Juan, ya de siete años de edad, se incorporaba no solo a la corte de su padre, sino también al reparto de tierras familiares: a los tres castillos de entrada prometidos se añadían los condados y castillos de Nottingham y Marlborough en Inglaterra y una importante dote económica anual.

Otros no fueron tan afortunados. Enrique consideraba a Leonor la principal responsable de la traición de sus hijos y, después de su rebelión, nunca volvió a confiar en ella. Se pasó el resto del reinado de Enrique confinada en diferentes fortalezas. En cuanto a Guillermo el León de Escocia, Enrique le forzó a firmar en diciembre de 1174 el Tratado de Falaise, por merced del cual varios castillos fueron confiscados. El monarca y los nobles escoceses fueron obligados a prestar juramento de

obediencia a los dos reyes ingleses y a reconocer al reino de Escocia como vasallo del de Inglaterra.

En Irlanda, Enrique II reaccionó ante una amenaza que curiosamente había empezado como respuesta a una petición de ayuda solicitada por el depuesto rey de Leinster, Diarmait MacMurchada. Cuando perdió su reino en 1166, Diarmait solicitó auxilio a Enrique II, pero este no estaba en condiciones de acometer la tarea en ese momento, por lo que el rey irlandés se dirigió a los señores normandos que luchaban en la levantisca frontera galesa. Las fuerzas inglesas que desembarcaron en Irlanda en 1167 no eran, por tanto, en principio sino un grupo de mercenarios dirigidos por el normando Richard de Clare, que se casó con la hija del rey Diarmait. Pero cuando en 1171 este falleció, De Clare se encontraba en disposición de formar un dominio normando independiente en la práctica en Irlanda. Enrique reaccionó liderando un ejército que tomó tierra en Irlanda en octubre de 1171. Llegó a Dublín donde obtuvo el sometimiento de los señores irlandeses y normandos y siguió avanzando hacia el oeste, hasta encontrarse con las fuerzas del rey de Connaugh, Rory O´Connor. Por el Tratado de Windsor (1175) Rory también se sometió la autoridad de Enrique II, designándolo *overlord* o señor feudal de buena parte de Irlanda.

Otra vez parecía que Enrique se encontraba en la cima de su poder: sus hijos puestos en cintura; el rey de Escocia reconociendo ser su vasallo; el de Francia, derrotado y obligado a firmar la paz en Ivry en 1177; y en Irlanda, reconocido como *overlord* por los reyes y magnates locales.

En cuanto a Inglaterra, Enrique tomó posesión de todos y cada uno de los castillos del reino. Aquellos que pertenecían a señores leales a él durante la guerra contra sus hijos les fueron devueltos; los de los barones que se sumaron a la rebelión, entregados a nobles leales a él o destruidos. También acometió una ambiciosa reforma legislativa (*Assize* de Northampton) que garantizaba que la justicia dependía al final de los tribunales, jueces, *sheriffs* y oficiales reales y no de los nobles o eclesiásticos. Lo mismo ocurrió con las disputas por lindes o propiedades de tierra y con las normas sobre reclutamiento en tiempos de guerra. Las reformas de Enrique II cimentaron el poder centralizado de la monarquía en Inglaterra.

Vencidos sus enemigos, reconocido como el gobernante más importante de Europa, sentadas las bases legales de su reinado en Inglaterra, a Enrique solo le quedaba en sus últimos años de vida tomar las medidas necesarias para garantizar el mantenimiento de

su legado y la instalación de los Plantagenet como fuerza dominante en Europa en los años venideros. Y aquí fue donde el gran hombre falló en la consecución de sus objetivos.

3.7. Los años finales y la sucesión de Enrique II

Tan seguro estaba Enrique de haber dejado atada y bien atada su sucesión al haber asociado en vida al gobierno de sus vastas posesiones a sus hijos que, cuando otorgó testamento en Hampshire en 1182, lo dedicó sobre todo a detallar los legados que dejaría a las órdenes militares y a obras de caridad en Inglaterra, Normandía y Anjou conminando a sus hijos a hacer cumplir sus voluntades.

La muerte en 1180 del rey Luis de Francia supuso el acceso al trono de su hijo Felipe II, de solo dieciséis años, que había sido coronado como rey asociado un año antes. Esto supuso un motivo añadido de desasosiego para el impaciente Enrique el Joven, que veía que su tiempo iba pasando sin otra cosa que hacer que participar en justas y torneos en el continente, mientras que un chico mucho más joven que él se sentaba ya en el trono francés. A eso se añadía que su hermano Ricardo gobernaba Aquitania con un grado de madurez y de autonomía respecto de su padre que a él no se le permitía.

Cuando solicitó a Enrique II que le cediera el ducado de Normandía y este rehusó, el Joven buscó refugio en la corte de su cuñado francés y solo el compromiso del rey inglés de celebrar una conferencia familiar en Le Mans evitó que la situación de 1173 se repitiese.

En Le Mans (1182), Enrique II trató de buscar una solución de compromiso que dejara satisfecho el orgullo de su hijo mayor. Propuso que sus tres descendientes le rindieran homenaje a él y que luego los dos más pequeños prestaran juramento a su hermano mayor por Aquitania (Ricardo) y por Bretaña (Godofredo). Ricardo se negó, alegando que Aquitania debía homenaje al rey de Francia y no al de Inglaterra. Ricardo no perdonaba a Enrique que en los años anteriores hubiera tratado de minar su autoridad en Aquitania y de ganar a los nobles del ducado para su causa. Abandonó la conferencia y se fortificó en sus castillos aquitanos. Enrique el Joven se alió con Felipe de Francia y con Godofredo, preparándose para la guerra con su

belicoso hermano menor, al que su padre apoyaba.

Enrique el Joven demostró sus pocas habilidades guerreras durante el conflicto contra Ricardo. Fracasó al tratar de convencer a los nobles de Aquitania para que traicionaran a su señor y se dedicó a atacar a correos diplomáticos y a robar a ciudadanos, iglesias y lugares de culto por toda Aquitania. Su lamentable actuación fue, sin embargo, breve. El 11 de junio de 1183 murió de disentería en Martel y fue enterrado en la catedral de Ruan. Con él terminaba una guerra, pero se derrumbaba también como un castillo de naipes todo el plan sucesorio que durante tantos años había diseñado Enrique II.

En el otoño de ese mismo año, Enrique sugirió a su hijo Ricardo que renunciase a Aquitania en favor de su hermano Juan. A cambio heredaría Inglaterra, Normandía y Anjou. Ricardo rehusó. Tras un tímido intento de Godofredo y Juan de invadir Aquitania, al que Ricardo contestó saqueando Bretaña, Enrique llamó a capítulo a sus tres hijos y les ordenó que se reunieran con él en Inglaterra. Para tratar de poner fin a las disputas sacó también de su cautiverio a su esposa Leonor. Se alcanzó un primer compromiso: Enrique II enviaría a Juan a Irlanda, cediéndole el título de *overlord* que le había otorgado el Tratado de Windsor; por lo demás, hizo falta la intervención de Leonor para convencer a Ricardo de que le devolviera Aquitania. Ante su madre, Ricardo cedió, aunque sabía que en la práctica a quien entregaba el ducado era a su padre.

La situación permaneció sin resolver hasta que el 19 de agosto de 1186 Godofredo moría en París, donde se encontraba tras desarrollar una íntima amistad con Felipe de Francia. Aunque Roger de Hoveden sostiene que falleció en un accidente durante un torneo, más bien parece, como sostiene Martin Aurell, que la causa de su muerte fue un virus estival. Otras crónicas describen cómo Felipe se mostró inconsolable tras el suceso y cómo incluso hubo que sujetarle para que no se lanzara al hueco abierto para colocar la tumba de Godofredo durante el entierro.

Después del fallecimiento Enrique no nombró a Ricardo su único heredero, mientras que las relaciones con el rey de Francia se deterioraron de forma rápida y arreciaron los incidentes fronterizos entre uno y otro, sobre todo en el Vexin. Felipe inició entonces un acercamiento a Ricardo, aprovechando el enfado de este contra su padre por no designarlo heredero, lo que le impedía realizar su deseo de unirse a las cruzadas. Además, Ricardo terminó por creer los rumores que le llegaban, en el sentido de que su padre planeaba desheredarlo en favor de Juan.

Las tensiones estallaron entre Felipe y Enrique traduciéndose en enfrentamientos armados en Berry y Tolosa. Para tratar de poner fin a las desavenencias se celebró una reunión en Bonmoulins, cuyos resultados fueron desastrosos. Los reyes de Francia e Inglaterra se enzarzaron en agrias discusiones sin llegar a ningún acuerdo. Por su parte, Ricardo reclamó con insistencia que su padre le nombrara heredero y, al no conseguirlo, se convenció de que era cierto que planeaba desheredarlo, sobre todo cuando Enrique se negó a asumir el compromiso de que Juan acompañaría a Ricardo y a Felipe de Francia a las cruzadas. Ello le llevó a prestar juramento de homenaje por Aquitania y Normandía a Felipe.

Gervasio de Canterbury describe las conversaciones mantenidas en Bonmoulins:

> El primer día se comportaron de forma comedida y hablaron de manera calmada; al día siguiente empezaron poco a poco a alterarse y a discutir. Al tercer día, sin embargo, empezaron a pelearse y a contestar con tan serias amenazas que los caballeros que los acompañaban desenvainaron sus espadas15.

La brecha abierta entre padre e hijo era ya irreparable. Enfermo de gravedad desde enero, Enrique envió mensajes a Ricardo en Pascua para que retornase con él. Más allá de hacer oídos sordos a la petición de su padre, el futuro Corazón de León prestó su ayuda a Felipe en las escaramuzas fronterizas que mantenía con el rey inglés. Ambos trataron de hacer prisionero a Enrique en junio tras otra fallida conferencia de paz en La Ferté y persiguieron al viejo monarca cuando este se retiró a su ciudad natal de Le Mans. Enrique siguió huyendo mientras sus rivales prendían fuego a la ciudad.

Al final, Enrique se refugió en Chinon mientras el imperio que había construido durante tantos años se derrumbaba a su alrededor. El 3 de julio de 1189, en Balland, un débil y agotado Enrique se encontró con un crecido y arrogante Felipe, que le planteó una larga serie de exigencias a las que tuvo que plegarse (entre ellas su rendición total y la confirmación de Ricardo como heredero de todas sus posesiones). De vuelta a Chinon, según el relato de Gerald de Gales, Enrique solicitó una lista para saber cuántos de sus nobles apoyaban a Felipe y a Ricardo y, cuando vio que el nombre que encabezaba la lista era el de su otro hijo, Juan, el dolor y la sorpresa fueron tales que sufrió un colapso del que no se recuperó.

El primer rey de la dinastía Plantagenet murió en Chinon el 6 de julio de 1189. El hombre que había dominado Europa, que

venció y derrotó en el campo de batalla y en el de la diplomacia a todos sus enemigos, terminó sus días con su imperio desmoronándose, derrotado y humillado por un rey treinta años más joven que él y traicionado y desairado por sus propios hijos.

Pero el reinado de Enrique II transformó Inglaterra. Heredó un país destrozado por largos años de guerra civil y legó a sus hijos un reino completamente reconstruido, sobre todo en lo que a la administración de justicia se refiere.

3.8. El sistema de justicia que Enrique II dejó a sus sucesores

Aunque los medios utilizados no siempre fueran los más sutiles ni los más correctos desde una perspectiva legal, no se puede poner en dudad que los treinta y cinco años de reinado de Enrique II transformaron Inglaterra en lo económico, en lo social, en lo legal y en las relaciones con sus súbditos, sus nobles y su clero.

En especial la administración de justicia experimentó un cambio radical durante el mandato de Enrique. Se decretó que los oficiales de justicia reales debían visitar los condados con regularidad y asumir las funciones que venían desempeñando los *sheriffs* en la administración. También se estableció un sistema de seis grupos de tres jueces radicados en Westminster, cada uno de ellos encargado de la aplicación de la ley en varios condados del país. Aunque el nuevo sistema de justicia trajo consigo cierta corrupción (se decía que a las Cortes Reales les gustaba más el dinero que la justicia), lo cierto es que supuso una revolución en el concepto de aplicación de la ley que venía rigiendo en el país. Al tratarse de oficiales y jueces dependientes de la Corona, todos ellos aplicaban el mismo cuerpo legal; la base de uno de los principios esenciales del sistema, la ley común o *common law* había nacido. Ya no se referenciaba el caso a lo que constituía «el uso común de la tierra», sino a «la costumbre en Inglaterra». Por mucho que las motivaciones de Enrique fueran egoístas y buscaran una mayor recaudación de fondos para él, y aunque esta nueva «ley común» se aplicase solo a los «hombres libres» y no a los siervos atados a un magnate, lo cierto es que sus medidas promovieron la obediencia a la ley y aseguraron una administración de justicia coherente y unificada en toda Inglaterra que constituyó la base del sistema legal inglés durante

siglos. Eso promovió la existencia de profesionales de la ley, expertos en la aplicación de esta a lo largo del país. Se crearon escuelas de leyes en Westminster y Oxford.

Capítulo 4

Ricardo Corazón de León (1189-1199): la leyenda frente a la historia

4.1. Los inicios del reinado de Ricardo: Inglaterra como una máquina de hacer dinero para las cruzadas

El nombre de Ricardo Corazón de León se asocia con la caballeresca figura del gran guerrero y famoso rey de Inglaterra que luchó en la tercera cruzada contra Saladino y que jugó un papel protagonista en las aventuras de personajes de leyenda como Robin Hood e Ivanhoe.

No obstante, una aproximación más detallada a la figura histórica de este famoso personaje nos obliga a diferenciar entre el Ricardo Corazón de León guerrero y líder militar y el Ricardo I rey de Inglaterra. En la primera de las dos facetas, nuestro protagonista tiene más que ganada su fama; sin embargo, como rey de Inglaterra Ricardo I dista mucho de encontrarse en la lista de los monarcas más significativos o destacados en la historia del país británico.

Nacido en Oxford en 1157, Ricardo no estaba en principio destinado a heredar la corona inglesa. El camino que le llevó a ello ha quedado detallado en el capítulo anterior.

Cuando Enrique II murió en 1189, Ricardo tomó posesión de la totalidad de la herencia de su padre, excepto de aquellos territorios que había ocupado antes por su cuenta y con la ayuda de Felipe II de Francia (Maine, Touraine y diversos castillos de

Anjou). Mientras ponía orden en el desastre que el mismo había provocado en Normandía, envió de forma inmediata instrucciones a Inglaterra para que su madre fuera liberada del cautiverio en que su padre la había mantenido en los últimos diecisiete años. Raúl de Diceto señala que dichas instrucciones incluían que Leonor tuviera «el poder de hacer lo que deseara con el reino[16]». En efecto, la reina recorrió Inglaterra mientras se esperaba la llegada de Ricardo poniendo remedio a abusos de magnates locales y obteniendo juramentos de lealtad a su hijo y nuevo rey. En palabras de Mateo de París:

> Se dio orden también a los grandes del reino de que obedecieran en todo a la voluntad de la reina, En cuanto le concedieron este poder, liberó de su cautiverio a todos los prisioneros detenidos en Inglaterra; sabía por experiencia lo penoso que es a los humanos soportar los tormentos de la cautividad[17].

Tras la ceremonia de proclamación como duque de Normandía, que tuvo lugar en Ruan el 20 de julio de 1189 y después de asegurarse de que la situación en el resto de sus dominios continentales estaba bajo control, Ricardo se entrevistó con Felipe Augusto de Francia. Aunque todavía no había sido coronado rey de Inglaterra, afrontó esta entrevista como si lo fuera, es decir haciendo suyos los planteamientos de su padre que pocos meses antes había rechazado cuando él y el rey francés eran aliados. Felipe le planteó la exigencia de devolución del Vexin y de Gisors, reivindicación que Ricardo consiguió que el francés abandonara a cambio de una compensación económica. Y por enésima vez, se comprometió a llevar por fin a la práctica su compromiso matrimonial con la hermana del monarca francés.

Confiado en el estado de la situación a ese lado del Canal, cruzó este y desembarcó en Inglaterra para ser coronado en la abadía de Westminster el 13 de septiembre de 1189. El arzobispo de Canterbury ofició la ceremonia y se dispuso a imponer la corona sobre la cabeza de Ricardo; este la cogió de manos del arzobispo y se la colocó él mismo. Era un elocuente gesto de autosuficiencia real.

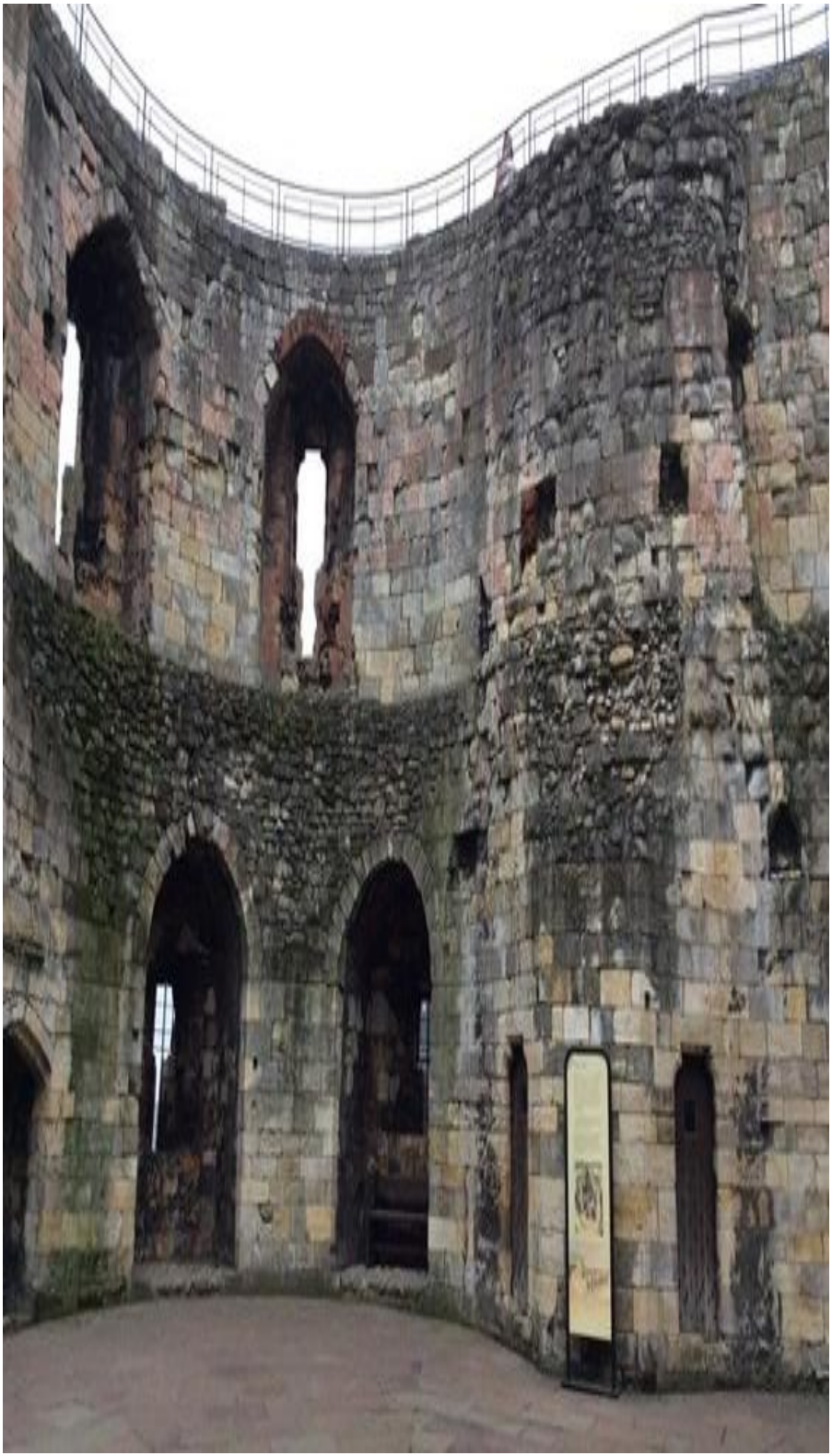
La coronación de Ricardo tuvo consecuencias graves para los judíos del país, sobre todo para los de York. Enrique II había seguido una política de protección de los judíos, porque le interesaba su faceta de prestamistas. En la proclamación de Ricardo se les prohibió la entrada, pero dos de sus más prominentes miembros en Londres fueron a Westminster para ofrecer regalos al nuevo rey y garantizarle la lealtad de su comunidad. En el camino fueron atacados por una multitud de

ciudadanos (el odio al pueblo elegido era generalizado por los elevados intereses que cobraban en sus préstamos, una actividad que la Biblia prohibía a los cristianos) y se extendió el rumor de que Ricardo había ordenado una masacre (al fin y al cabo estaba a punto de partir a una cruzada contra los enemigos de Cristo). Pronto este ataque se extendió a todos los hebreos residentes en Londres. Sus casas fueron quemadas y sus enseres robados.

Y después se propagó a otras ciudades del reino, siendo los judíos de York los más damnificados. En marzo de 1190, viendo la situación, estos solicitaron (y obtuvieron) permiso para refugiarse en el castillo de la ciudad y fueron instalados en una de las torres de madera de la fortificación, la Torre Clifford. Allí fueron rodeados por una multitud, apoyada por la milicia local, que exigió que se convirtieran al cristianismo para respetar sus vidas. Los judíos se negaron a hacerlo y, cuando los cristianos prendieron fuego a la torre donde estaban, prefirieron poner fin a sus vidas; los padres mataron a sus hijos y a sus mujeres y después se suicidaron. Algunos fueron asesinados al tratar de huir de la torre. En total más de ciento cincuenta judíos murieron en York ante la pasividad de las autoridades locales y del gobierno de Ricardo; solo unos pocos de los responsables de la matanza fueron detenidos y la mayoría salió indemne de lo ocurrido.

La estancia de Ricardo en el país fue breve, apenas permaneció tres meses en Inglaterra. Jerusalén había caído en manos de los ejércitos de Saladino y se había convocado la tercera cruzada para recuperarla para la cristiandad. Las noticias que llegaban de ultramar eran descorazonadoras: la caída de Jerusalén, la desastrosa batalla de los Cuernos de Hattin, donde fallecieron más de doscientos caballeros templarios que se negaron a rendirse, y la pérdida de la Vera Cruz, el trozo de madera que se pensaba era parte de la cruz donde Cristo fue colgado por los romanos. Además, la reina de Jerusalén, Sibila, era pariente lejana de Ricardo y su marido Guy de Lusignan era vasallo de los Plantagenet.

Ricardo estaba ansioso por marchar hacia ultramar. Había tomado la cruz en 1187 y solo el conflicto con su padre y la necesidad de asegurar su herencia habían retrasado su partida. Los tres meses que pasó en Inglaterra los dedicó casi de forma exclusiva a reunir fondos para su viaje a Tierra Santa: recaudó impuestos, pidió préstamos y vendió propiedades reales («Vendería Londres si encontrase un comprador», se dice que llegó a comentar). El afán recaudatorio de Ricardo generaría una corriente de resistencia en los notables del reino que pagarían sus sucesores.



Torre Clifford (York), parte de las ruinas del castillo de la ciudad donde tuvo lugar la matanza de los judíos

Esta visión de Inglaterra como una fuente de ingresos a la que explotar para conseguir fondos que financiaran sus aventuras en Tierra Santa y Francia fue una constante de su reinado, y es lo que lleva a muchos historiadores ingleses a negar a Ricardo un papel significativo en la historia del país, más allá de sus méritos como soldado. Alguno ha llegado a promover una campaña en redes sociales para proponer la retirada de la estatua del monarca que preside el edificio del Parlamento en Westminster.

4.2. Camino de Tierra Santa: la boda con Berenguela de Navarra

Obtenidos sus fondos, Ricardo zarpó hacia la cruzada, aunque tuvo que hacer un alto prolongado en Francia. Varios asuntos tenían que ser resueltos antes de poder dirigirse a Tierra Santa. Algunos afectaban a la relación entre Ricardo y el rey francés Felipe, que también iba a tomar la cruz. Era preciso asegurarse que ni uno ni otro iban a aprovechar la situación para alterar el delicado equilibrio entre ambos reinos, por lo que fue firmada una tregua.

Pero Ricardo tenía otras preocupaciones que necesitaba solucionar antes de partir. Ni su hermano Juan sin Tierra (a quien Ricardo había provisto de generosas rentas y tierras en Inglaterra, aunque sin valor militar) ni su hermanastro Godofredo, arzobispo de York, iban a participar en la cruzada y Ricardo no se fiaba de ellos (con razón, como después se vería). El rey obtuvo el compromiso de Juan y Godofredo de no poner pie en suelo inglés en un período de tres años. Con posterioridad, y a instancias de la reina Leonor, esta obligación se suavizó y a Juan se le permitió viajar a Inglaterra, siempre previo consentimiento de uno de los regentes del reino.

A Juan, además de Irlanda, le fueron concedidos numerosos señoríos en Inglaterra y Normandía, así como la mano de Isabel de Gloucester, que aportaría también una generosa dote. La única solución para tratar de conseguir que Juan se conformase con su situación era ofrecerle numerosas propiedades, pero no nombrarle heredero ni otorgarle ningún poder como representante suyo en Inglaterra. Ricardo se reservó la posesión de los castillos

existentes en los condados cedidos a Juan, que de ese modo no podría defender militarmente sus propiedades si se rebelase. Las facultades de gobierno las delegó en clérigos de su confianza (Hugh de Puisat, obispo de Durham, y William de Longchamp, obispo de Ely) bajo la atenta dirección de su madre Leonor, que era la única que podía meter en cintura al díscolo Juan. El tiempo demostraría que la elección de Longchamp no fue acertada.

Puestos en orden sus asuntos en Europa, Ricardo partió de Borgoña junto con Felipe de Francia en julio de 1190. Antes ambos monarcas llegan a un acuerdo que explica en estos términos Jean Flori:

> Los dos reyes firman un verdadero pacto de no agresión, cuyas cláusulas pueden resumirse así: el rey de Inglaterra se compromete a defender al rey de Francia si atacan París; el rey de Francia, a defender al rey de Inglaterra si atacan Ruan; los condes y barones de ambos bandos juran no hacerse la guerra mientras sus señores estén en la cruzada; los dos reyes deciden que, si uno de los dos muere o vuelve de la cruzada antes que el otro, dejará sus tropas y sus bienes al servicio de Dios, a disposición del que se quede[18].

En Lyon ambas comitivas se separaron; Felipe se dirigió a Génova y Ricardo a Marsella. La pretensión era zarpar cada uno en su destino y reunirse ya en ultramar.

Mientras tanto, la inagotable Leonor de Aquitania había viajado a Pamplona para recoger y acompañar a la prometida de Ricardo, Berenguela de Navarra. Leonor también la acompañó durante un fatigoso viaje hasta Italia. Puede sorprender que el soltero más codiciado de Europa eligiera como esposa a la joven princesa de un pequeño reino de la península ibérica. Martin Aurell ofrece una clave que explicaría esta decisión:

> En la ausencia de Ricardo, jefe principal de la Tercera Cruzada, los navarros debían mantener el orden en Gascuña en su nombre, ya que los barones desafiaban constantemente el poder de los Plantagenet. […] Receloso de los barones gascones y de Raimundo V de Tolosa, acordó un tratado con el rey Sancho VI de Navarra, por medio del cual Sancho supervisaría a los gascones y a Raimundo en su ausencia. Este tratado tuvo como consecuencia el matrimonio de Ricardo con Berenguela, hija de Sancho[19].

El proyectado matrimonio no estaba exento de dificultades: la primera, convencer al padre de la novia de permitir a su hija realizar un largo y azaroso viaje atravesando reinos no siempre amigos, fue allanada por la presencia de la prestigiosa Leonor de Aquitania; la segunda no sería tan fácil de solventar. Ya sabemos que Ricardo, prometido durante años a la hermana del rey de Francia, Aelis, había siempre dado largas a los requerimientos de Felipe II de llevar a cabo el enlace. Que cuando ambos monarcas debían luchar codo con codo por reconquistar Jerusalén llegase la noticia de que Ricardo había contraído matrimonio con una princesa navarra no iba a contribuir al clima de concordia necesario en ultramar.

La pareja real se encontró en Sicilia, donde Ricardo había llegado desde Marsella y donde su hermana Juana era reina. Antes, la flota de Ricardo había conseguido ir sembrando la discordia allí por donde pasaban sus tropas: parte de su ejército procedente de Inglaterra (sin su presencia) había hecho un alto en Lisboa donde rapiñaron, violaron, robaron y asesinaron de manera indiscriminada; el propio Ricardo, ya en Sicilia, había tomado la ciudad de Mesina, haciendo ondear la bandera inglesa y enfrascando a sus hombres en enfrentamientos con la población local; y además, había comunicado por fin a Felipe II que no se casaría con su hermana Aelis, haciendo referencia a malintencionados rumores que acusaban a la joven de haber tenido un romance con el fallecido Enrique II, con el que se decía había tenido un hijo. El rey francés aceptó los hechos consumados y percibió una compensación de diez mil marcos.

Solventada esta cuestión, Felipe partió hacia Acre, poco antes de que Leonor y Berenguela llegaran a Sicilia. Cumplida su misión, Leonor regresó a Inglaterra para seguir vigilando a Juan y participar de manera directa en el gobierno de Inglaterra. En su función de escoltar a Berenguela fue reemplazada por su hija Juana, que acompañaría a su futura cuñada hasta Tierra Santa; la primera escala sería Creta. Sin embargo, el mal tiempo hizo que la flota que llevaba a las dos mujeres tuviese que desviarse a Chipre, por entonces bajo el dominio bizantino. Ricardo montó en cólera ante el trato ignominioso que se otorgó en Chipre a ambas mujeres y su séquito, se encaminó a la isla, la tomó militarmente y una vez conquistada, como no tenía utilidad para él, se la vendió a la Orden del Temple, obteniendo así más fondos para su ejército.

En Limasol contrajo matrimonio el 12 de mayo de 1191 con Berenguela. Fue una curiosa ceremonia: un rey de Inglaterra contrayendo matrimonio con una adolescente princesa navarra en una iglesia chipriota, con un obispo normando como oficiante y como testigo del enlace un noble de origen aquitano y pretensiones al trono de Jerusalén (Guy de Lusignan).

4.3. Ricardo Corazón de León en estado puro: las cruzadas

Ricardo continuó entonces viaje a Tierra Santa y se incorporó al ejército que bajo el mando de Felipe de Francia ponía sitio a

Acre. Aunque las defensas de la ciudad y los ánimos de sus habitantes ya estaban muy deteriorados por el prolongado asedio, la llegada de Ricardo y su poderoso ejército contribuyó con vigor a que Acre cayese en manos cristianas el 5 de julio de 1191, a pesar de que nada más llegar a Ricardo le sobrevino una grave enfermedad y tenía que hacerse llevar a primera línea de batalla en una lujosa litera, portando un arco que disparaba mortales flechas contra los defensores con el que llegó a matar a más de uno. Se acrecentaba así la leyenda del guerrero Corazón de León.

Aunque el desgaste de las defensas y la caída de Acre eran atribuibles al esfuerzo conjunto de todos los cruzados, la cercanía de la rendición de la ciudad a la llegada de Ricardo provocó no pocas envidias en el ejército cruzado. Debe tenerse en cuenta, además, que Saladino accedió, a cambio de que la vida de la guarnición de la ciudad fuese respetada, a pagar una multa de doscientos mil dinares, a liberar a dos mil prisioneros cristianos y a devolver la Vera Cruz. Una vez en Acre, Ricardo ocupó con su esposa y su hermana el palacio real, arrancando de allí la insignia del duque Leopoldo de Austria, que llevaba meses jugando un papel fundamental en el sitio de la ciudad. Este hecho tendría sus consecuencias en el futuro.

Felipe II, con una mezcla de emociones que iban desde los celos a la añoranza de su casa y el hartazgo, alegó no haberse recuperado físicamente de una enfermedad que sufrió durante el asedio, declaró que su juramento como cruzado estaba cumplido con la toma de Acre y regresó a Francia. Es probable que la muerte en Acre del conde Felipe de Flandes también tuviera algo que ver en la decisión del francés. Flandes era un riquísimo condado clave en el comercio medieval europeo, en el que Francia tenía puestos los ojos desde hacía tiempo, y que quedara de repente sin conde era una circunstancia demasiado importante para que un rey francés la dejara pasar.

Jean Flori expone de esta forma las consecuencias de esta retirada:

> La marcha de Felipe Augusto deja a Ricardo solo frente a Saladino. El prestigio de una victoria sobre el príncipe musulmán, que ha sido derrotado por primera vez por los dos soberanos en Acre, recae ahora solo en el rey de Inglaterra, por muchos méritos, innegables, que hubieran tenido los ejércitos mandados por Felipe. La deserción poco gloriosa del rey de Francia borra, a los ojos de los contemporáneos y en gran medida de los historiadores que los utilizan, los hechos de armas y la acción perseverante de los cruzados de Francia. En otros términos, la gloria de Ricardo se alimenta al tiempo de sus propios éxitos, reales y magníficos, y de la conducta vergonzosa de su rival francés. La comparación inevitable entre las actitudes de los dos reyes se vuelve de

forma demoledora en favor del rey de Inglaterra: ha llegado, ha visto, ha vencido; no ha abandonado el terreno a la primera ocasión. Se ha hecho vencedor de la cristiandad. Felipe, por su parte, ha vuelto a casa, si no como un cobarde, al menos como un político demasiado realista que ha puesto sus intereses por delante del servicio de Dios[20].

Ricardo continuó avanzando por Tierra Santa, ya sin más apoyos y como líder incontestable del ejército europeo. Logró una prestigiosa victoria contra Saladino en la batalla de Arsur y después tomó el importante enclave de Jaffa, el puerto de Jerusalén. En sus acciones no faltaba la crueldad, como cuando ejecutó a sangre fría a más de dos mil prisioneros musulmanes frente a las murallas de Acre (alguna fuente lo justifica alegando que no podía dejar atrás a tanto enemigo ni cargar con ellos en un avance que los musulmanes ya se encargaban de hacer bastante penoso).

Sin embargo, a partir de entonces la tercera cruzada entró en una situación de punto muerto, con diversas escaramuzas entre los ejércitos de Ricardo y Saladino pero sin una batalla que decidiera la contienda. Ricardo volvió a recuperar el puerto de Jaffa, que había caído de nuevo en manos musulmanas, en un audaz golpe de mano, pero pronto se dio cuenta de que carecía de fuerzas para tomar Jerusalén. Además, graves noticias le llegaron de lo que estaba ocurriendo en Europa, donde Felipe de Francia y Juan sin Tierra aprovechaban su ausencia para poner en peligro sus dominios tanto en Francia como en Inglaterra.

Ricardo se veía forzado a regresar de Tierra Santa sin culminar su tarea. El 2 de septiembre de 1192 firmó una tregua de tres años con Saladino, que conservaba Jerusalén, aunque permitiendo que un número limitado de cristianos peregrinara cada año a la ciudad. Alguno de sus soldados visitó Jerusalén como peregrinos. «Ricardo se abstiene. Los cronistas que le son favorables dan una razón que puede aumentar su fama: a quienes le azuzaban, respondía que se negaba a recibir de unos paganos, como una gracia, lo que no había sido capaz de obtener por don de Dios[21]».

4.4. El cautiverio de Ricardo en Alemania

Corazón de León se dispuso a retornar a Europa y poner las cosas en orden, pero no le resultaría fácil. El viaje de vuelta no

estaba exento de peligros; si por mar comenzaba la peor época del año para acometer la larga navegación desde ultramar hasta Inglaterra, el recorrido no era menos peligroso por tierra, porque obligaba a Ricardo a pasar por territorios pertenecientes a viejos y nuevos enemigos, todos ellos deseosos de evitar que Corazón de León retornase a su país.

Dos de los principales interesados en capturar a Ricardo eran el rey Felipe de Francia y su aliado, el hermano menor de Ricardo, Juan sin Tierra. Felipe había aprovechado su regreso a Europa después de la toma de Acre mientras Ricardo continuaba en Tierra Santa para lanzarse a la conquista de los territorios que los Plantagenet poseían en territorio francés, e incluso había promovido una invasión sobre Inglaterra desde sus nuevas posesiones de Flandes. Además, Felipe se sentía humillado por la decisión de Ricardo de desdecirse de su compromiso matrimonial con Aelis, hermana del rey de Francia, y su matrimonio con Berenguela de Navarra.

En cuanto a Juan sin Tierra, había incumplido su compromiso de no poner pie en territorio inglés en el plazo de tres años y además, aprovechó un incidente entre el canciller del reino, William Longchamp, y su hermanastro Godofredo, arzobispo de York, para acelerar sus planes de hacerse con Inglaterra. Godofredo había desembarcado en Dover (aunque también había prometido no volver a Inglaterra) y fue detenido y apresado por las fuerzas de Longchamp, a pesar de acogerse a sagrado en una iglesia.

Juan, ya en Inglaterra por entonces, convocó un consejo de nobles y miembros del clero; tanto él como Longchamp se dirigieron a Londres. Este último llegó antes y trató de convencer a los londinenses de que cerraran las puertas al príncipe, pero los ciudadanos se negaron y acusaron a Longchamp de ser «un traidor y perturbador de la paz del reino»; Longchamp se encerró en la Torre de Londres y Juan fue recibido entre vítores a su llegada a la ciudad.

Al día siguiente el consejo de nobles y obispos destituyó de sus cargos a Longchamp, que se había ganado la inquina de todo el reino por su proceder despótico y su búsqueda del provecho personal, sustituyendo a hombres competentes por otros de su cuerda y poco preparados que solo defendían sus intereses. El consejo decidió asimismo nombrar a Juan regente del reino. Y todos sus miembros (empezando por el príncipe) renovaron su juramento de lealtad a Ricardo, comprometiéndose el resto a obedecer a Juan mientras el rey estuviese ausente y a aceptarlo

como rey si su hermano no retornaba al país. Estaba claro el motivo por el que Juan no deseaba que Ricardo regresase a Inglaterra.

Corazón de León se había ganado más enemigos en su paso por Tierra Santa. Como mencionamos más arriba, tras tomar Acre Ricardo había arrancado del castillo de la ciudad el emblema del duque Leopoldo de Austria, quien se consideró deshonrado y desde entonces había declarado su odio hacia el rey inglés.

Un último acontecimiento contribuyó a mermar la fama que sus conquistas guerreras le habían hecho ganar. En una clara muestra de las dificultades no solo militares sino políticas que la cruzada encerraba, se habían mantenido arduas negociaciones entre los líderes cristianos para decidir quién sería designado rey de Jerusalén si la ciudad era tomada. Felipe de Francia apoyaba a Conrado de Montferrat, mientras que Ricardo optaba por Guy de Lusignan. Pues bien, Conrado falleció tras ser atacado por dos miembros de la secta de los asesinos, en Tiro, en abril de 1192, pero pronto se corrió la voz de que Ricardo era quien se encontraba detrás de la muerte del rival de su candidato al trono de Jerusalén.

La suma de todas estas circunstancias hacía que, como hemos dicho, el viaje de retorno de Ricardo a Europa estuviese plagado de dificultades. Ricardo zarpó en octubre de 1192. Hizo una primera escala en Corfú, donde se enteró de que la práctica totalidad de caminos de Europa estaban bajo vigilancia de sus enemigos y que cualquiera de las rutas a seguir para retornar a sus dominios cruzaba territorio hostil.

A los pocos días de volver a embarcar con un puñado de fieles, las difíciles condiciones de la mar le obligaron a tomar tierra en Istria (en la actual Croacia) y tener que seguir su viaje por tierra. Se disfrazaron de peregrinos y siguieron su camino a pie tratando de llegar a los dominios en Alemania de su cuñado Enrique el León, rey de Sicilia.

Pero todo fue en vano. En noviembre de 1192, a cincuenta millas de Viena y mientras cruzaba los territorios del duque Leopoldo de Austria, Ricardo fue reconocido y hecho preso. En febrero de 1193, Leopoldo a su vez procedió a entregar a precio de oro a Ricardo a su soberano, el emperador del Sacro Imperio Enrique VI, quien encerró al rey inglés en el castillo de Hagenau y solicitó un cuantioso rescate para liberar a su prisionero.

Tanto Felipe de Francia como sobre todo Juan sin Tierra reaccionaron con gran alegría ante la noticia y trataron de conseguir que Enrique mantuviera cautivo a Ricardo. Felipe

ofreció a Juan reconocerle como señor de todas las posesiones continentales de su hermano y le ofreció la mano de su hermana, rechazada por Ricardo. Juan no se lo pensó dos veces, viajó al continente y rindió homenaje a Felipe como señor feudal por sus posesiones en Francia, prometiendo casarse con
Aelis y aceptando rendir el Vexin al francés. Felipe le concedió el condado de Artois, arrebatado poco antes a Flandes. Ambos empezaron a preparar una invasión a Inglaterra desde Francia.

Sin embargo, a pesar de encontrarse preso, Ricardo pudo maniobrar para enderezar las cosas en su país y que se designara como arzobispo de Canterbury y canciller a Hubert Walter, compañero suyo en la aventura en Tierra Santa. Walter fue capaz de contrarrestar las maniobras de Juan para apoderarse de la corona (volvió al país con un grupo de mercenarios flamencos, empezó a extender el rumor de que Ricardo había muerto y se dirigió a Londres, donde su petición de que le entregaran el reino le fue denegada) y con la inestimable ayuda de Leonor de Aquitania consiguió exprimir (no sin dificultad ni oposición) a nobles, comerciantes, clero y en general al pueblo inglés hasta conseguir la cifra del rescate requerida por Enrique VI para devolver la libertad a Ricardo.

Leonor se permitió incluso escribir una durísima carta al papa para afearle su inactividad ante la injusta captura de quien debería estar protegido por su condición de cruzado. El tono y el contenido de la misiva son muy indicativos de la personalidad y del grado de confianza en sí misma de esta formidable mujer, que se atreve a dirigirse a la máxima autoridad religiosa de la cristiandad en estos términos:

> A menudo, por cosas de menor importancia, habéis mandado a vuestros cardenales a los más recónditos rincones de la tierra con poderes soberanos; pero en un asunto tan desesperante y deplorable, no solo no habéis empleado a un simple subdiácono, ni siquiera a un acólito. Los reyes y príncipes de la tierra han conspirado contra mi hijo; lejos del Señor, lo guardan con cadenas, mientras que otros destrozan sus tierras; unos lo retienen mientras otros lo flagelan. Y durante todo este tiempo, la espada de san Pedro se ha mantenido envainada. Habéis prometido tres veces que enviaríais legados, y no lo habéis hecho [...]. Por desgracia, ahora sé que las promesas de un cardenal no son más que palabras[22].

Entretanto, Felipe de Francia y Juan sin Tierra habían ofrecido a Enrique una generosa cantidad si mantenía a Ricardo en prisión o si se lo entregaba al francés. Eso hizo que el emperador anulase su decisión respecto de la fecha en que estaba previsto liberar al rey de Inglaterra, que era el 17 de enero de 1194. Convocó a los principales magnates alemanes para tomar una decisión sobre qué

hacer con el espinoso asunto de Corazón de León. A sus casi setenta años Leonor de Aquitania realizó otro duro viaje en pleno invierno para estar presente en la reunión convocada por Enrique. Le acompañaban Walter de Coutances y William Longchamp, además de los cofres que contenían el importe del rescate solicitado.

Las negociaciones fueron duras. Aunque los príncipes alemanes se mostraban partidarios de aceptar el acuerdo al que se había llegado con Ricardo, Enrique no estaba tan dispuesto a hacerlo. En un momento exigió que Ricardo le cediese el reino de Inglaterra para luego hacerle de nuevo entrega de este como feudo imperial, todo ello como un símbolo de vasallaje al emperador. Leonor convenció a su hijo de que aceptara incluso esta humillante condición, haciéndole ver que lo importante era recobrar la libertad y que la efectividad práctica de esa sumisión sería prácticamente nula.

Al final la liberación se produjo el 4 de febrero de 1194, contra el pago de cien mil marcos y la promesa de abonar otros cincuenta mil, en garantía de la cual diversos rehenes fueron entregados al emperador. Roger de Hoveden narra que Felipe Augusto escribió a Juan sin Tierra para comunicarle la noticia en unos términos que se han hecho famosos: «Tened cuidado. El diablo anda suelto».

4.5. El regreso a Inglaterra y los últimos años de reinado de Ricardo I

Lo acontecido una vez que Corazón de León consiguió regresar a Inglaterra dista mucho de las leyendas que hemos visto y leído en las películas y novelas de Ivanhoe y Robin Hood. Aunque sí mantuvo en secreto la fecha e itinerario de su viaje para evitar nuevos problemas, una vez puso pie en Inglaterra Ricardo no lo hizo de incógnito ni estuvo un mes recorriendo el país, buscando aliados para recuperar su corona e informándose de primera mano del estado en que se encontraban sus súbditos sajones, para remediar las injusticias que estos padecían.

Desembarcó en Sandwich el 13 de marzo de 1194 y se dirigió de inmediato a Londres, ciudad a la que llegó tres días después y por la que se paseó en todo su esplendor para dejar claro que

estaba de vuelta y que iba a retomar las riendas del país. Desde allí viajó a Winchester, donde recuperó una vieja costumbre normanda, consistente en una ceremonia semejante a una segunda coronación, y luciendo su corona y su espada desfiló por la ciudad. Era importante desde un punto de vista simbólico demostrar a los habitantes del reino que quien había regresado era el héroe guerrero de las cruzadas y que ni la enfermedad, ni el cautiverio, ni el homenaje prestado a un rey extranjero habían afectado al carácter y a la majestad del rey de Inglaterra.

Gracias a los buenos oficios de su madre y de los nobles, como Hubert Walter (canciller y arzobispo de Canterbury), en los que había confiado, la oposición a Ricardo en Inglaterra se limitaba a un grupo de barones leales a Juan sin Tierra que se encontraban en los castillos de Tickhill y Nottingham (el propio Juan se había apresurado a huir al continente), a los que no le fue muy difícil derrotar. Ricardo se personó ante el castillo de Nottingham, lo que bastó para que la guarnición se rindiera. Confiscó numerosas propiedades de su hermano y de sus secuaces, sustituyó a diversos *sheriffs* y funcionarios que habían servido a Juan por otros leales a él y nombró vicerregente al fiel y competente Hubert Walter. Reclamó un juicio «contra el conde Juan, su hermano que, contraviniendo la fidelidad que le había jurado, ocupó sus castillos, saqueó sus tierras a ambos lados del mar y firmó un tratado con su enemigo el rey de Francia». Se le concedían cuarenta días para comparecer y defenderse, so pena de perder cualquier derecho futuro sobre el reino.

Retomado el orden en Inglaterra, Ricardo se dispuso a ajustar cuentas con Felipe de Francia y Juan sin Tierra. Dejando a Hubert Walter a cargo del país y de la recaudación de los fondos necesarios para su nueva campaña, zarpó hacia Francia el 12 de mayo de 1194. Nunca más pisó suelo inglés.

En primer lugar llamó al orden a su hermano Juan, que acudió a pedirle perdón en Normandía. A pesar de los problemas que le había causado, Ricardo se limitó a darle un breve tirón de orejas, a achacar su actuación al hecho de encontrarse rodeado de malos consejeros y a perdonarle. Parece que tras esta generosa actitud de Ricardo se encontraba el sabio consejo de su madre Leonor. Ricardo no tenía descendencia ni se esperaba que la tuviera porque no convivía con su esposa Berenguela; Juan sin Tierra era, junto con Arturo de Bretaña (hijo del hermano de ambos, Godofredo), el único heredero al trono de Inglaterra y resto de posesiones de los Plantagenet. Y Arturo se encontraba bajo el área de influencia de Felipe Augusto de Francia.

Perdonado, Juan demostró su verdadera naturaleza: viajó a Evreux, ciudad que había cedido a Felipe, y ordenó matar a toda la guarnición francesa, anunciando que ahora pertenecía al rey de Inglaterra.

A partir de ese momento Ricardo dedicó todos sus esfuerzos a reconquistar las posesiones que Felipe de Francia le había arrebatado con la ayuda de su hermano (el Vexin, con el formidable y estratégico castillo de Gisors, y buena parte del oeste de Normandía, incluyendo las importantes ciudades portuarias de Arques y Eu). Esto, unido a la apropiación por parte de Felipe II del condado flamenco de Artois, situaba por primera vez a un rey francés en condiciones de amenazar a Inglaterra por mar. Otras cesiones de Juan sin Tierra (varios castillos de Touraine y la soberanía sobre Angulema), aunque sin tanta importancia estratégica, sí suponían preocupaciones adicionales que dificultaban que Ricardo se centrase en un solo frente.

Aquí volvió a surgir la figura del guerrero Corazón de León. Se puso al mando de un variopinto ejército de caballeros feudatarios ingleses y normandos, mercenarios galeses, unidades expertas en manejo del fuego griego, un exótico grupo de sarracenos, bandas de arqueros y un elevado número de máquinas de asedio.

El choque entre los ejércitos de Ricardo y Felipe no se produjo en una sola y decisiva batalla, sino que se desarrolló durante varios años en numerosas y agotadoras escaramuzas a lo largo de los diferentes lugares en disputa entre uno y otro. En el invierno de 1195-1196 Ricardo llevaba la iniciativa, tomando el puerto de Dieppe y desbaratando el intento de Felipe de sitiar la ciudad de Issoudun, en el Berry. El rey francés pidió la paz y renunció a todas sus pretensiones territoriales excepto el Vexin y algunos importantes castillos. También renunció a la alianza con la ciudad de Tolosa acordada por su padre y que amenazaba de forma grave el sur de Aquitania.

Así las cosas, quedó claro que Felipe Augusto de Francia no pretendía desmantelar la totalidad del imperio continental de los Plantagenet, sino centrarse en el Vexin. El dominio de esta región supondría una amenaza constante para los duques de Normandía. Y en 1196 la posición de Felipe se vio consolidada cuando consiguió la custodia de Arturo de Bretaña. Hijo del hermano fallecido de Ricardo, Godofredo, era el heredero de Bretaña y contendiente con Juan sin Tierra como posible heredero de Ricardo. Este solicitó que Arturo, de nueve años de edad, fuera enviado a Normandía. Los bretones se negaron y decidieron llevarlo a París, bajo el ala protectora de Felipe Augusto.

Los altibajos de la guerra continuaron entre muestras de crueldad de unos y otros para con el enemigo y la población. En 1197 de nuevo fue Corazón de León quien volvió las tornas en su favor, construyendo el formidable Chateau Gaillard (obra maestra de las fortificaciones de la época), desmantelando una peligrosa alianza de Felipe con el conde de Flandes y consiguiendo que Arturo regresara a Bretaña. Felipe solicitó una tregua de un año.

Ricardo había recuperado buena parte del Vexin y las conversaciones para una paz definitiva se hallaban avanzadas cuando, el 26 de marzo de 1199, fue herido por una flecha mientras examinaba las defensas del castillo de Châlus-Chabrol como parte de una campaña para terminar con una rebelión menor de pequeños barones en Angulema (Flori descarta, tras estudiar en detalle las fuentes que lo sostienen, que el motivo del asedio fuese hacerse con un supuesto tesoro custodiado en el castillo). La herida no recibió un buen tratamiento y se fue agravando; diez días después Ricardo Corazón de León fallecía como consecuencia de la gangrena. Terminaba así la historia de uno de los reyes más famosos de la historia.

Ricardo fue el paradigma del rey guerrero medieval. Se ganó su fama luchando en primera línea de combate tanto en Francia como en Tierra Santa, enfrentándose a Saladino y sosteniendo durante un tiempo más los dominios cristianos de ultramar.

Sin embargo, desde el punto de vista de la historia de Inglaterra, Ricardo no fue ni mucho menos uno de los monarcas que más huella han dejado: solo pasó seis meses de sus diez años de reinado en el país, buena parte de los cuales dedicó a exprimir a sus súbditos para financiar sus campañas, y dejó una compleja situación sucesoria a su muerte. Se sentía más ligado a sus posesiones en territorio francés, que era además el idioma en el que se expresaba (aunque es posible que tuviese algunas nociones de inglés) y a su muerte pidió que su corazón fuese enterrado en Ruan y su cuerpo en Fontevraud, donde descansaba su padre Enrique II y donde se les uniría después Leonor de Aquitania, que sobrevivió a ambos.

4.6. El difícil legado de Ricardo Corazón de León

La muerte sin descendencia de Ricardo I no solo ocasionó un complicado problema sucesorio en sus posesiones. Tres cuestiones

recurrentes que los reyes ingleses habían tenido que afrontar desde la conquista normanda y a los que nos hemos referido en todos los capítulos del libro estallaron durante el reinado del hermano y sucesor de Ricardo I, Juan sin Tierra. Estos tres problemas fueron la relación con el clero, la lucha con la Corona francesa por las posesiones continentales de los reyes ingleses y la oposición de los grandes barones al sistema centralizado de poder y de recaudación de impuestos de los monarcas. En lo que respecta a este último aspecto, la ausencia en Inglaterra de Ricardo durante casi todo su reinado resultó desastrosa para la futura relación entre los monarcas ingleses y los magnates del reino; un cronista de la época lo resumió así:

> Al igual que la tierra se congela cuando falta el sol, del mismo modo cambió la faz del reino con la ausencia del rey: los nobles miraron por sus propios intereses, los castillos se fortalecieron, las ciudades se amurallaron y se cavaron fosos.

Es cierto que Juan sin Tierra ha pasado a la historia como con toda probabilidad el peor rey de la dinastía Plantagenet, pero también lo es que tuvo que enfrentarse de manera conjunta con el estallido de todos los problemas incubados durante los reinados de sus predecesores.

4.7. La polémica sobre la supuesta homosexualidad de Ricardo Corazón de León

En los últimos tiempos proliferan las opiniones que afirman que Ricardo Corazón de León era homosexual. Hablar sobre las preferencias sexuales de una persona que vivió hace más de ocho siglos es, como mínimo, complicado y, a estas alturas del siglo XXI, incluso un poco ridículo. Pero como se trata de una cuestión recurrente que se plantea siempre que se menciona a Ricardo, no está de más dedicarle un espacio al tema.

En este sentido llama la atención que hasta 1948 no existe casi ninguna referencia a la homosexualidad de Ricardo, teoría que se extendió a partir de entonces. El primer elemento que se cita para argumentarlo es la renuencia inicial y la negativa final para contraer matrimonio con Aelis, la hermana del rey de Francia Felipe Augusto, con la que estaba comprometido desde que ambos eran niños. Sin embargo, este rechazo parece tener más que ver

con razones personales contra ella que con las preferencias sexuales de Ricardo. Después del compromiso, la joven fue entregada a la custodia de Enrique II. A pesar de que era todavía una niña, en la corte corría el rumor de que el rey había mantenido relaciones sexuales con Aelis y que incluso la pareja había tenido un hijo. Sin entrar a valorar si este rumor era cierto, lo que sí parece comprensible que Ricardo, que sin duda lo conocía, se mostrara reacio a consumar su unión. Y si tardó tanto en comunicar de forma oficial su decisión era por las implicaciones políticas de la misma, pues la dote de la novia incluía territorios estratégicos como el Vexin.

Más dudas ofrece la relación de Ricardo con su esposa Berenguela de Navarra. La tardanza en contraer matrimonio pudo deberse al tiempo que llevó romper el compromiso con Aelis sin que ello implicara una grave crisis con Francia. En cuanto a la teoría según la cual fue su madre Leonor de Aquitania la que eligió como esposa a Berenguela y que le forzó a contraer matrimonio, es una tesis aceptada generalmente, pero, aunque solo existe una fuente que habla de que entre ambos existía una historia de amor, esa fuente es muy autorizada. Se trata de *L'Estoire de la Guerre Sainte*, escrita por un hombre llamado Ambroise que acompañó a Ricardo en las cruzadas.

Lo que sí parece más indiciario es el hecho de que tanto a la ida como a la vuelta a Tierra Santa y después de su boda en Limasol, la pareja viajó en barcos distintos y que después de las cruzadas no convivieron de manera regular y tampoco estuvieron juntos en la segunda coronación de Ricardo tras su cautiverio. Menos importante parece el dato de que Berenguela fue la única reina de Inglaterra que no pisó nunca suelo inglés, porque el propio Ricardo solo pasó tres meses de sus ochos años de matrimonio en las islas británicas. Que no había afecto entre ellos parece claro, pero no se puede asegurar si se debió a la homosexualidad de Ricardo o a falta de atracción hacia Berenguela.

Se habla también de que en la fiesta posterior a la coronación de Ricardo no se permitió el acceso a las mujeres. Sin embargo, señalan algunos, no se trató tanto de una prohibición como de una antigua costumbre de la corte bretona, en la que determinadas celebraciones eran realizadas en ceremonias separadas para hombres y mujeres, que Ricardo recuperó de la época a que se remiten las leyendas artúricas. En la misma ceremonia también se prohibió la presencia de los judíos y tanto una decisión como otra parecen haber provenido de forma directa de Ricardo. Esto sí parece que sería un síntoma de misoginia, pero

no necesariamente de homosexualidad.

El argumento más utilizado para hablar de la homosexualidad de este monarca se basa en las fuentes contemporáneas que hablan de sus encuentros con Felipe Augusto de Francia, según las cuales durante las negociaciones de paz:

> […] ambos comían todos los días en la misma mesa, en el mismo plato y de noche el lecho no los separaba. El rey de Francia lo quería como a su alma; y tanto se amaban uno a otro que, a causa de la intensidad de este afecto que existía entre ellos, el señor rey de Inglaterra, perplejo de estupor, se preguntaba qué significaba aquello. Por precaución sobre lo que pudiera venir, postergó su decisión de volver a Inglaterra hasta que pudiera saber qué quería decir un amor tan repentino.

Para un lector actual este párrafo de Roger de Hoveden parece aludir de forma clara a una relación homosexual, pero Hoveden escribió en el siglo XII; en aquella época no era posible hablar de forma tan abierta de que dos reyes cometieran un acto tan perseguido entonces como la sodomía. Compartir la mesa o la cama no tenía entonces, además, la misma connotación que hoy. Es posible que el comentario de Hoveden hiciera referencia como licencia poética a una camaradería propia entre caudillos militares de la época. Así, cuando se hablaba de una reconciliación entre el padre y el hermano mayor de Ricardo, ambos de nombre Enrique, otro cronista de la época (Matthew Paris) señalaba que padre e hijo «cada día comían en la misma mesa y disfrutaban en el mismo lecho del reposo tranquilo de la noche».

También se citan dos ceremonias públicas en las que Ricardo se sometió a una expiación de sus terribles pecados al darse cuenta de la «fealdad repulsiva» de su existencia y de que «los matorrales espinosos de la libido» habían invadido su espíritu. Que el pecado por el que Ricardo se sometió a una penitencia que incluía la flagelación era de índole sexual parece evidente. Siendo hijo de Enrique II, cuyos constantes adulterios (e incluso pedofilia) no habían merecido excesivos reproches públicos, es posible que ese horrible pecado cometido por Ricardo fuese la sodomía. Así parece indicarlo la segunda ceremonia de penitencia realizada por el rey en 1195 en la que un eremita le recuerda la destrucción de Sodoma y le insta a «abstenerse de los actos ilícitos» y a reconciliarse con su mujer, con la que no yacía desde hacía tiempo.

Aquí difieren dos fuentes autorizadas. John Gillingham argumenta que en la mayoría de los pasajes bíblicos en los que se habla de la destrucción de Sodoma no se hace referencia a la

homosexualidad. Jean Flori sí considera que la mención a Sodoma es una indicación expresa de las prácticas homosexuales, pues en la Biblia existen otras referencias, en el caso de que la práctica sexual en pecado de Ricardo fuese el adulterio. En lo que coinciden ambos autores es que existen multitud de ejemplos en los que el rey inglés causó escándalo por su pasión por mujeres casadas o por monjas (incluso se reseña la anécdota según la cual en su lecho de muerte seguía pidiendo que le llevaran mujeres). Gillingham ve en esto una prueba de la no homosexualidad de Ricardo, mientras que para Flori lo sería de lascivia e incluso de bisexualidad. Una tercera autora, Ann Trindade, en su obra dedicada a Berenguela de Navarra, sí considera que la mención a Sodoma es una clara evidencia de la homosexualidad del rey inglés.

Como decía, resulta más que complicado pronunciarse sobre las preferencias sexuales de un monarca muerto hace más de ochocientos años, y lo único que podemos hacer es poner sobre la mesa los argumentos de unos y otros al respecto para que el lector saque su propia conclusión.

Capítulo 5

Juan sin Tierra (1199-1216): la oveja negra de los Plantagenet

5.1. La sucesión de Ricardo Corazón de León: Juan sin Tierra contra Arturo de Bretaña

Ricardo Corazón de León murió sin descendencia. A su muerte le sucedió su hermano Juan sin Tierra. A pesar de su sobrenombre y de tener hasta cuatro hermanos mayores, lo improbable se convirtió en realidad y heredó todas las posesiones de su padre (su falta de relevancia se manifiesta por el hecho de que no existe constancia de la fecha exacta de su nacimiento en 1166 o 1167, como si el dato careciese de importancia al tratarse del octavo hijo de sus padres).

Juan se había dedicado en sus primeros años, haciendo honor a su sobrenombre de Lackland (Sin Tierra), a vivir la existencia ociosa de un joven despreocupado por el futuro, que no le parecía deparar ninguna responsabilidad: el buen comer, el buen beber, el disfrutar de las mujeres y de los lujos y placeres propios de un príncipe eran su única preocupación. Esto se convirtió en una losa cuando tuvo que hacer frente a sus responsabilidades frente a nobles que le conocían y despreciaban por su falta de credibilidad. Donde la simple palabra de su padre o de su hermano era ley, la de Juan necesitaba ser ratificada por escrito.

Además tuvo que disputar la herencia familiar con su sobrino, Arturo de Bretaña, hijo póstumo de Godofredo, hermano de Juan, nacido en 1187. La preocupación de Juan por su sobrino obedecía a dos motivos.

En primer lugar, durante el largo periplo de Ricardo en las cruzadas, este había llegado a designar heredero a su sobrino Arturo, aunque parece que lo hizo más como una medida para conseguir para el entonces niño (de apenas tres años) una ventajosa alianza matrimonial tras la conquista de Chipre por parte de Ricardo, y también como una advertencia hacia Juan por su intento de hacerse con Inglaterra durante la ausencia de su hermano que como verdadera declaración de intenciones sobre la sucesión.

En segundo lugar, Juan temía que, en el caso de tener que hacer frente a una rebelión de los nobles de sus dominios, el joven Arturo podría ser utilizado como cabeza de dicho movimiento para deponerlo. En esto hay que reconocer que no le faltaba razón, porque, cuando al final de su reinado Juan sin Tierra tuvo en efecto que hacer frente a una abierta rebelión de nobles, estos llegaron a pedir auxilio para hacerse con el control de Inglaterra a un ejército francés dirigido por el hijo del rey de Francia, esposo de otra sobrina suya.

Como hemos visto, en 1196, a su vuelta de las cruzadas, Ricardo acometió la tarea de recuperar las posesiones en el continente que habían sido ocupadas por el rey de Francia Felipe Augusto, aprovechando su estancia en Tierra Santa y su cautiverio posterior. Entre los lugares atacados se encontraba Bretaña. Ricardo intentó hacerse con la custodia del joven Arturo, por entonces ya duque de Bretaña; pero este había sido puesto por su madre y los nobles bretones bajo la custodia del rey de Francia. Ricardo no tenía intención de nombrar heredero a un adolescente que se encontraba bajo la influencia de su peor enemigo. Este hecho, junto con los constantes esfuerzos de su madre Leonor de Aquitania, fue decisivo para que Ricardo designara como heredero a su hermano Juan y no a su sobrino Arturo.

Tras el fallecimiento de Ricardo en 1199, salvo Bretaña, Anjou, Maine y Touraine, cuyos nobles juraron obediencia a Arturo como su señor, el resto de las posesiones de Ricardo se puso (no sin dificultades, y de nuevo con una importante participación de Leonor de Aquitania) de parte de Juan sin Tierra. Se trataba en realidad de elegir entre un mal menor; el poco popular pero adulto e independiente Juan o el joven e inexperto Arturo, apoyado por el rey de Francia. La opción de Juan se impuso a pesar de sus credenciales previas (se había rebelado contra los representantes designados por su hermano cuando este se encontraba en las cruzadas, había interferido en el nombramiento de cargos eclesiásticos, contribuido a la

destitución de William Longchamp, promovido una invasión de Inglaterra desde Escocia, aireado el rumor de la muerte de su hermano, jurado obediencia y cedido tierras a Felipe de Francia y demostrado su grave incapacidad para gobernar en Irlanda).

Pero Juan no se olvidó en ningún momento de la amenaza que suponía su sobrino, tanto en sus posesiones continentales (sobre todo por el apoyo del siempre intrigante Felipe Augusto de Francia) como en las del otro lado del canal de la Mancha. Arturo, por su parte, podía ser joven pero no era tonto y estaba bien aconsejado (sobre todo por su madre, Constanza). Ya en 1199 y después de firmar un acuerdo de paz con su tío en Le Mans, acabó sospechando de las intenciones de Juan y huyó de la plaza hacia Angers.

Cuando Arturo cumplió dieciséis años, fue armado caballero por Felipe Augusto y prometido a una de sus hijas, lo que suponía un reconocimiento a su mayoría de edad y una forma de decir al mundo que estaba dispuesto a luchar por su herencia. Felipe puso a su disposición una fuerza de doscientos hombres y Arturo se unió a ellos en Tours, desde donde trataron de hacer prisionera a Leonor de Aquitania, que se refugió en el castillo de Mirebeau y tuvo tiempo de enviar un mensajero informando a Juan, que se encontraba en Le Mans. Juan, actuando por una vez con el típico estilo angevino, recorrió ciento cincuenta kilómetros en cuarenta y ocho horas para acudir en auxilio de su madre y sorprendió a las fuerzas de Arturo, que fue hecho prisionero el 1 de agosto de 1202. Las dotes como general de Juan quedaron demostradas, aunque fue de las pocas veces en que lo consiguió. Acabó ganándose el mote de *Softsword* como consecuencia de su reluctancia a entablar batalla.

Arturo fue encarcelado en Falaise, mientras el resto de su ejército era distribuido por otras fortalezas tanto en Francia como en Inglaterra, no sin antes ser atados y encadenados y sufrir humillaciones por cada población que atravesaban. Esta cruel forma de trato y el lamentable estado en que se encontraban los prisioneros creaban pocas esperanzas sobre el futuro que les esperaba a manos de Juan sin Tierra, en especial en el caso de Arturo de Bretaña.

A finales del año 1202 los principales nobles de Bretaña y Anjou se levantaron en armas contra Juan, ante la negativa de este de poner en libertad a su sobrino y los rumores sobre que había mandado ejecutarlo. El efecto que consiguieron fue precisamente el contrario. Si bien no existe evidencia por escrito al respecto, las fuentes contemporáneas apuntan a que Juan dio

orden primero de cegar y castrar a Arturo en su prisión, pensando que con ello dejaría a sus seguidores sin ánimo de seguir peleando, ya que su señor no podría gobernar. Aunque al final dicha orden no fue llevada a cabo, sí llegó a conocimiento de Arturo. De todas formas, el rumor que se había extendido era que Arturo había muerto y el efecto en los nobles bretones fue redoblar sus ataques contra Juan.

Cuando en enero de 1203 Juan se desplazó a Falaise y ofreció la libertad a su sobrino a cambio de jurarle fidelidad, apartarse de Felipe de Francia y ordenar a sus súbditos que pusieran fin a la revuelta en Bretaña, Arturo se negó de forma airada y reclamó sus derechos hereditarios, amenazando a su tío con no darle un momento de paz. En contestación a ello, Juan ordenó que varios de los seguidores de Arturo que había hecho prisioneros fueran trasladados a prisiones inglesas y que allí se les dejase morir de hambre.

Esto hizo que la rebelión en las posesiones francesas de Juan se generalizara y fue lo que decidió la suerte de Arturo, pues Juan optó por poner fin a la rebelión asesinando a su sobrino. Las versiones sobre cómo se llevó a cabo esa muerte difieren, desde algunos que sugieren que Juan lo asesinó con sus propias manos y lanzó su cadáver a un río hasta otros que señalan a alguno de sus súbditos, William de Braose (o de Briouze) o Peter de Maulay, como responsable del crimen.

Fuese quien fuese la mano ejecutora, lo cierto es que la orden de asesinar al joven duque de Bretaña procedió sin ninguna duda de Juan sin Tierra y que en abril de 1203 Arturo ya estaba muerto. Matar a otro hombre en el campo de batalla era una cosa; asesinar a sangre fría a un sobrino de dieciséis años al que podía haber mantenido simplemente preso bajo su custodia para atajar la amenaza que pudiera suponer, era otra muy diferente. A finales de 1203 ya era pública y notoria la noticia de que Arturo había fallecido y que el responsable de su muerte era su tío Juan. Aunque la pérdida del imperio continental de los Plantagenet se hubiera producido en todo caso de forma independiente de este hecho, lo cierto es que la muerte de Arturo de Bretaña sería desde entonces utilizada a lo largo de la historia por los detractores de Juan sin Tierra como uno de los actos más reprochables de su denostado mandato.

5.2. Guerra en Francia: la lucha

con Felipe Augusto por las posesiones continentales de los Plantagenet

El principal logro de los últimos años del reinado de Ricardo I había sido el mantener a raya los intentos de Felipe Augusto de Francia por conquistar las posesiones que los Plantagenet tenían en el continente. En esa tarea Ricardo se había mostrado capaz de recuperar las tierras que Felipe invadió durante su cautiverio y probó que podía derrotar al francés y expulsarlo hasta del último rincón de sus posesiones. La tregua a la que se había llegado entre ambos monarcas demostraba que Felipe II era también consciente de ello. Por tanto, la muerte de Ricardo ponía todos estos logros personales en peligro. Juan era consciente, y apenas estuvo quince días en Inglaterra después de su coronación antes de embarcar hacia el continente, donde pasaría los primeros años de su reinado.

En la primera reunión entre Juan y Felipe, en enero de 1200, quedó claro que la diferencia entre el arte de gobernar de uno y otro era mucho mayor que los dos años de edad que le sacaba el rey francés al inglés. Felipe conocía las debilidades de Juan de la época en que ambos fueron aliados cuando Ricardo se encontraba cautivo en Alemania, y sabía que era un negociador débil, fácil de manipular y de doblegar. Para complicar más la situación, los principales aliados de Juan en el continente (los condes de Flandes, Blois y Perche y el marqués de Monferrat) habían anunciado que partirían hacia las cruzadas en primavera, dejando el bando del rey inglés muy debilitado. Juan se avino a firmar el Tratado de Le Goulet el 18 de mayo de 1200, que establecía una tregua, supuestamente estable, entre ambos reyes y rindió homenaje a Felipe por sus posesiones continentales, a cambio de que el francés le reconociese como heredero de su hermano en dichos territorios.

Por su parte, Arturo (antes de su apresamiento y muerte) prestó homenaje a Juan por Bretaña y, para sellar todos estos acuerdos, la sobrina de Juan, Blanca de Castilla (hija de Alfonso VIII y Leonor Plantagenet), contrajo matrimonio con el heredero de Felipe, el futuro Luis VIII.

La opinión general fue que Juan había cedido demasiado en ese tratado. Aunque se reconocía la soberanía del inglés sobre buena parte de las posesiones continentales heredadas de Ricardo

y la obligación de Arturo de rendir homenaje a Juan, quedaban fuera del mismo el Vexin e importantes fortalezas fronterizas como Evreux, Issoudun, Graçay y Bourges. Las pequeñas concesiones, como sabían Enrique II y Ricardo I, traían grandes problemas. Y, además, Juan convirtió lo que era una simple formalidad, el homenaje rendido por los reyes Plantagenet a los Capetos franceses por sus posesiones continentales, en una obligación real, que incluía el pago de veinte mil marcos anuales por las cesiones territoriales del francés, obligación además de carácter hereditario.

Juan podía esgrimir argumentos en favor de lo firmado: su reino estaba exhausto desde el punto de vista financiero tras las brutales recaudaciones de impuestos realizadas por Ricardo, no podía pagar ni a los mercenarios ni los castillos necesarios para mantener la guerra iniciada por su hermano y todos sus aliados continentales se habían marchado a las cruzadas. Sea como sea, en solo cinco meses de reinado Juan entregó parte de la posición que había llevado cien años conseguir a su abuelo, su padre y su hermano.

Con su habitual estilo, había ido ganándose más enemigos, como la familia Lusignan. En 1200 había entrado en el condado vecino al de los Lusignan, Angulema, había raptado a la prometida de Hugo de Lusignan, Isabel de Angulema, y se había casado con ella, al considerar que era un partido más adecuado desde una perspectiva estratégica que su primera esposa, Isabel de Gloucester, de la que se divorció de forma ignominiosa para contraer la nueva alianza. Desde el punto de vista estratégico no le faltaba razón: Lusignan ya era conde de La Marche y, si hubiese sumado Angulema por matrimonio, sus posesiones serían más grandes que Normandía, lo que le convertiría en una seria amenaza. Pero desde un punto de vista político su actitud de poner a los demás frente a los hechos consumados sin intentar una solución amistosa y el hecho de haber secuestrado a la novia, supuso una nueva muesca en la mala opinión que los magnates del continente tenían de él.

Desde entonces había aprovechado cada ocasión para humillar a los Lusignan en todos sus castillos y propiedades. Felipe había acogido a la indignada familia y los había sumado a la causa de Arturo de Bretaña, o más bien, a la suya propia. Los De Lusignan fueron los principales artífices del ataque contra Leonor de Aquitania en Mirebeau, que terminó con la captura tanto de Arturo de Bretaña como de los propios De Lusignan comentada con anterioridad.

Felipe también explotó con habilidad el tradicional odio entre normandos y angevinos, que Ricardo había contenido por su carisma personal, para volver a unos y a otros contra Juan. Y el rey inglés también ponía su granito de arena enviando a los brazos del francés a algunos de sus aliados, como William des Roches o Aimery de Thouars, al incumplir las promesas que les hizo para que se unieran a él. Un mes después de abandonar a Juan, ambos lideraron la conquista de Angers. Pronto Anjou y Aquitania se unieron a las revueltas contra el Plantagenet, que cometió el error de liberar a los hermanos De Lusignan; incumplieron la promesa de no levantarse contra él, a pesar de las garantías aportadas con su juramento. Y a finales de diciembre de 1202 se ganó la enemistad del pueblo normando cuando los mercenarios que envió a defender los castillos de la región se dedicaron al saqueo, al robo y al pillaje en las poblaciones que en teoría debían defender.

La situación de Juan sin Tierra cuando llegó la primavera de 1203 no era muy esperanzadora: Felipe y sus aliados dominaban Bretaña y buena parte de Anjou, Maine y Touraine; los De Lusignan amenazaban Poitou sin que la reina Leonor pudiera organizar una defensa adecuada y los franceses atacaban sin piedad las fortalezas fronterizas de Normandía.

En el verano de 1203, cuando ya la noticia del asesinato de Arturo de Bretaña era de dominio público, Juan se encontraba atrapado en Ruan, con Bretaña y Poitou en manos rebeldes. Felipe campaba a sus anchas por el corazón de los dominios de los Plantagenet y los castillos fronterizos normandos, repletos de desmoralizadas tropas que iban rindiéndose a él en cuanto se acercaba. El símbolo definitivo de la derrota de Juan sin Tierra en Francia llegó cuando en las navidades de 1203 abandonó Ruan con dirección a Inglaterra.

El sitio del castillo de Gaillard guardaba un simbolismo especial, porque era la joya de las fortalezas guerreras construidas por Ricardo I y se consideraba inexpugnable. Un golpe de mano diseñado por Juan y dirigido por el experimentado caballero William Marshal para liberar el castillo del asedio francés fracasó y, aunque las formidables defensas continuaron aguantando meses, ninguna ayuda más les llegó por parte del rey y sus defensores acabaron rindiéndose. A partir de entonces, Felipe avanzó casi sin oposición por Normandía y tomó la localidad natal de Guillermo el Conquistador (Falaise), la plaza donde estaba su tumba (Caén) y Cherburgo. Quedaba la capital del ducado, Ruan, que al ser sitiada prometió rendirse si en el plazo de un mes no llegaba ayuda desde Inglaterra. El intento de Juan

de mandar un ejército en su auxilio tropezó con la negativa de sus barones y la guarnición se rindió el 24 de junio de 1204.

Además, tras la muerte de Leonor de Aquitania en abril de 1204 a los ochenta años de edad, su ducado se puso en manos de Felipe, que entró en Poitiers en agosto. Todo lo que quedaba en manos de Juan era el sur de Aquitania (Gascuña) y algunos castillos sitiados en Anjou.

De las tierras conquistadas por Enrique II y mantenidas por Ricardo I no quedaba prácticamente nada. Se hubiese necesitado lo mejor de su padre y de su hermano para resistir la tarea de reconquista emprendida por Felipe Augusto de Francia, pero Juan sin Tierra no poseía las cualidades para hacerle frente, así que abandonó el imperio continental construido por su familia. Entre sus nobles, algunos mantuvieron una férrea lealtad hacia el monarca (habían perdido todo y dependían de él para ostentar nuevas tierras o ingresos), otros no tuvieron que lamentar tanto la pérdida (habían repartido en diferentes ramas de la familia las propiedades a uno y otro lado del Canal, en previsión de un evento como este) y el resto se vio forzado a buscar una solución de compromiso por sus propiedades continentales (Felipe Augusto les ofreció la posibilidad de mantener sus propiedades por un año y un día a cambio del pago de quinientos marcos y si, transcurrido ese plazo, Juan no había recuperado sus posesiones, sus nobles prestarían juramento a Felipe como su señor feudal en Francia o perderían sus tierras para siempre).

5.3. El reinado de Juan en Inglaterra: malos augurios

El primer año que Juan pasó en Inglaterra después de su fracaso en Francia no hacía presagiar nada bueno. El invierno de 1204-1205 fue uno de los más duros que se recordaba, con heladas hasta bien entrado marzo (se decía que en Londres se podía cruzar de una orilla a otra del congelado Támesis) y cosechas arruinadas que provocaron una escasez alimentaria importante en todo el reino. A ello se sumaron acuciantes rumores de invasiones de la isla desde Francia. Juan había decidido desposeer de sus tierras en Inglaterra a los barones normandos que habían optado por jurar obediencia a Felipe Augusto y, aunque era una medida lógica, solo había dejado a esos señores la opción de aliarse con el francés si querían

recuperar sus posesiones.

Y para acabar de arreglar la situación, Alfonso VIII de Castilla invadió Gascuña alegando el derecho de su mujer Leonor, hermana mayor de Juan. En octubre de 1204 Alfonso había recibido en San Sebastián el homenaje como señor de Gascuña del obispo de Dax, el conde de Armagnac y los vizcondes de Bearn, Orthez y Tarras. Poco después, a instancias del papa Inocencio III, Alfonso alcanzó una tregua con el resto de los reinos cristianos peninsulares, lo que hizo que se decidiese a emprender una expedición a Gascuña. Dicha campaña se inició a finales de verano de 1205 y, aunque Alfonso llevaba consigo un contingente armado, se trató más bien de una toma de posesión de las tierras cuyos nobles le habían jurado homenaje que de una campaña de conquista militar. De hecho, en los lugares donde los habitantes le cerraron sus puertas y se declararon leales al rey de Inglaterra (Bayona, La Réole y Burdeos) solo tuvo lugar un asedio simbólico sin que ninguna de dichas plazas fuese conquistada por el rey de Castilla. Alfonso VIII retornó a principios del año siguiente a Burgos donde hizo expedir un documento en el que buena parte de los nobles y prelados gascones le reconocían como señor de Gascuña, aunque ese documento no fue acompañado de un efectivo dominio en el ducado gascón.

En cuanto a Juan se tomó muy en serio la amenaza de invasión francesa y temía que algunos de sus súbditos se sumaran a esta si llegaba a producirse, en especial los barones de origen normando que habían vuelto con él a Inglaterra, que podían esperar así recuperar sus posesiones continentales. Por ello obligó a todos los habitantes del país a prestar un juramento de defensa del reino y mantenimiento de la paz; el incumplimiento de este se penaba con la pérdida vitalicia del derecho a heredar propiedades o con la esclavitud. Pero el juramento no le salió gratis al rey: además de verse obligado a llegar a un acuerdo sobre el llamado *scutage* (un impuesto que permitía evitar la obligación de acudir a la llamada militar del rey), los barones requirieron a Juan para que a su vez prestara el juramento de «mantener los derechos del reino inalterables» y que constara que lo hacía siguiendo su consejo. Era un anticipo de lo que vendría años después.

La invasión francesa, sin embargo, no llegó y en el verano de 1205, viendo su reputación por los suelos por (según las crónicas de Melrose) «haber perdido de forma ignominiosa sus tierras y sus castillos al otro lado del mar», Juan se dispuso a volver a Francia con un ejército suficiente para recuperar todo lo perdido a manos de Felipe. Una flota partiría desde Portsmouth para desembarcar en Normandía y recuperar el ducado; una segunda fuerza, al

mando de William *Longsword* conde de Salisbury y hermano ilegítimo del rey, saldría desde Darmouth para retomar Poitou. Juan requisó cualquier barco que se mantuviese a flote, por pequeño que fuera, y cargó en todos ellos una impresionante fuerza de hombres, caballos, suministros, armas y alimentos. Según Ralph de Coggeshall, era el mayor ejército inglés jamás reunido y la mayor cantidad de embarcaciones inglesas ancladas en un mismo puerto.

Pero antes de partir se produjo una fuerte discusión entre Juan sin Tierra y William Marshal. Este era una de las más prominentes figuras entre la nobleza inglesa; había sido tutor en materia de armas de Enrique el Joven, famoso como el más formidable caballero en las justas y torneos que se habían celebrado en territorio galo en los últimos treinta años. Habían llegado noticias de que Marshal había viajado a al continente y rendido homenaje a Felipe Augusto por sus posesiones en Francia (recordemos que el francés había dado para ello un plazo de un año y un día, que estaba a punto de vencer).

Tras acusaciones mutuas entre Juan y Marshal, este alegando que el rey le había dado permiso para someterse a Felipe y aquel negando que hubiera sido así, el monarca solicitó al resto de nobles que juzgaran a Marshal, a lo que estos se negaron. Juan se retiró a su tienda donde pidió consejo a sus asesores legales. Le dieron la razón sobre que la conducta de Marshal era motivo suficiente para someterlo a juicio pero advirtieron que, si este ejercía su derecho a un juicio por combate, no se encontraría una sola persona en el reino que aceptase batirse con el formidable caballero.

Al día siguiente se presentaron ante el rey Marshal y el canciller y arzobispo de Canterbury, Hubert Walter, que junto al noble trató de explicar al rey los motivos que desaconsejaban la aventura francesa: la mayor riqueza y fortaleza económica y militar de Felipe, la escasez de plazas fuertes aliadas en las que los ingleses pudieran establecerse, la necesidad de confiar en los traicioneros nobles de Poitou para que la invasión tuviera éxito, no dejar indefensa a Inglaterra ante la todavía probable amenaza de una invasión francesa y, por último, que si el rey Juan caía en la batalla, no tenía un heredero para el trono inglés, lo que dejaría al país descabezado.

Furioso, Juan tuvo que desistir en sus planes, pues era imposible llevarlos a cabo sin el soporte militar y financiero de los magnates del reino, y la intervención de Walter dejaba claro que Marshal no estaba solo. Aunque las fuerzas del conde de

Salisbury sí zarparon y reforzaron las defensas de La Rochelle, ello no evitó que Felipe consiguiese hacerse con el dominio de dos plazas tan importantes como Chinon y Loches. Lo que Juan sin Tierra había planificado como una invasión para recuperar no solo sus dominios sino en especial su imagen ante el pueblo inglés consiguió el efecto contrario y abrió una brecha con sus nobles.

Pero aprendió la lección, y cuando al año siguiente lanzó una nueva expedición al continente se aseguró antes de contar con el apoyo de los nobles del norte de Inglaterra, que recorrió en persona, convenciendo, comprando o amenazando a los señores que le acompañaron; también consiguió el apoyo del importante noble angevino Aimery de Thouars. Juan llegó a La Rochelle en junio y consiguió recuperar parte de Aquitania y volver a consolidar su dominio en Gascuña, tras la aventura de Alfonso de Castilla. En octubre, cuando le llegaron noticias de que Felipe reunía un ejército para enfrentarlo, prefirió consolidar sus conquistas y acordó una tregua de dos años con el francés. Por fin había conseguido algún éxito.

En todo caso, Juan era consciente de que los días del dominio Plantagenet en Francia como en los tiempos de su padre y de su hermano habían terminado, y debía centrarse en el gobierno de Inglaterra. Decidido a conocer a fondo el país, se embarcó en un constante e incansable viaje por todo el reino, recordando los tiempos de su padre (en todo el año 1205 solo pasó 24 días en Londres), aunque a Juan le gustaban más el lujo y las comodidades que Enrique II despreciaba (impuso multas a las ciudades de York y de Newcastle por no recibirle con la pompa adecuada).

Con el rey se desplazaba por el país de forma toda su corte y de forma figurada todo el sistema judicial inglés. Juan se interesaba por impartir justicia por toda Inglaterra y se detenía hasta en las más pequeñas poblaciones para resolver en persona los litigios más insignificantes.

Tras la muerte del viejo arzobispo de Canterbury y canciller Hubert Walter, Juan empezó a rodearse de sus propios asesores («Ahora por fin soy rey de Inglaterra», dicen que exclamó cuando Walter murió). Algunos de ellos provenían del continente, pero el resto eran ingleses, y a unos y otros Juan encomendó la tarea de exprimir a sus súbditos para reunir fondos y retomar su guerra por las posesiones francesas perdidas. Pero se encontró con una dificultad que ni su padre ni su hermano tuvieron: ellos defendían *sus* tierras normandas y angevinas, que por tanto contribuían a la recaudación de fondos. Juan trataba de conquistar unas que ya no

eran suyas y a las que por tanto no podía cargar con impuestos. Todo lo que recaudase tenía que provenir de Inglaterra que, aunque esquilmada por años de guerra, disfrutaba de una notable riqueza.

Inventó nuevos impuestos que servirían de base a la política fiscal inglesa hasta la época de los Tudor (creó un precedente del impuesto sobre la renta en un consejo real en Oxford en febrero de 1207), y utilizó también el sistema de justicia para imponer multas con las que llenar sus arcas. Llegó a crear un cuerpo de jueces dedicados de forma específica a sancionar a los que incumplían la prohibición de cazar o cortar madera en los bosques reales creados por Enrique I[23]. Y también estableció una tarifa para aquellos nobles que pretendían usar la justicia real para solventar sus litigios, sistema que se prestaba en especial a los sobornos de los oficiales reales, cuyos ingresos iban a parar a las arcas de Juan.

5.4. Juan sin Tierra contra la Iglesia de Roma

El contencioso de Juan con el clero inglés y con Roma comenzó con su oposición al candidato elegido por la Iglesia para el cargo de arzobispo de Canterbury a la muerte de Hubert Walter. En teoría, después de lo ocurrido con Enrique II y Thomas Becket, la elección de obispos era cuestión del propio clero, pero los reyes siempre encontraban medios de influir en el caso de importantes arzobispos y obispos. Y ningún cargo eclesiástico en Inglaterra era más significativo que el de arzobispo de Canterbury.

El rey Juan propuso un candidato, el obispo de Norwich John de Gray. Por su parte, los monjes reunidos en Canterbury se opusieron a esto, alegando que era su derecho ancestral designar al arzobispo, y lo hicieron en la persona del superior de Canterbury, Reginald. En diciembre de 1205, Juan en persona llegó a Canterbury y coaccionó a los monjes para que eligieran a De Gray.

Por otro lado, en el ya citado consejo real de Oxford de 1207 en el que Juan propuso un impuesto para todos sus súbditos basado tanto en sus ingresos como en sus bienes, el rey señaló que entre dichos súbditos se encontraban también la Iglesia de Inglaterra y sus clérigos. Estos se opusieron haciendo ver la

ilegalidad y la falta de precedentes para una medida de ese tipo. Juan reculó ante esta oposición, pero no abandonaba su idea de gravar al clero y de hecho al final vio aprobada su propuesta, lo que era otro motivo de choque con la Iglesia. Su hermanastro, el arzobispo de York Godofredo, se negó a aceptarlo y tuvo que exiliarse en Roma.

Cuando el papa Inocencio III (tenaz partidario de la supremacía de la Iglesia frente al Estado) se enteró de la situación en Inglaterra, montó en cólera. En cuanto a la designación del arzobispo de Canterbury, anuló la designación de De Gray, rechazó la candidatura de Reginald y nombró a un candidato de su propia elección: el cardenal Stephen Langton, que fue consagrado en Roma en junio de 1207. El rey contestó expulsando a los monjes de Canterbury, declarando a Langton enemigo de la Corona y tomando posesión de la Sede de Canterbury, que quedó bajo la custodia real.

El papa Inocencio III declaró al país en interdicto. Esta era una estrategia típica del papado durante los siglos XII y XIII frente a numerosos estados europeos en la lucha por la supremacía en asuntos religiosos. La fuerza de esta arma esgrimida por Roma era que los súbditos del reino sufrían sus consecuencias, ya que cuando un país estaba en interdicto, se suspendían casi todos los oficios religiosos. Ni misas, ni bodas, ni comuniones, ni funerales se celebraban en las iglesias del país. Solo se permitían los sacramentos del bautismo y la extremaunción. Los matrimonios se celebraban en las casas y los muertos eran enterrados fuera de los muros de las ciudades, en ambos casos sin presencia de religioso alguno.

Juan reaccionó con un ostensible arranque de furia Plantagenet, aunque era solo fachada. Al principio aprovechó la inactividad del clero para desposeer a la Iglesia de multitud de sus bienes y enviar a sus oficiales a tomar posesión de ellos en nombre de la Corona («una Iglesia inactiva no necesita propiedades», argumentó). Poco después, empezó a permitir que los clérigos volvieran a tomar posesión de esos bienes... vendiéndoselos a un precio exorbitante. También hizo negocio tomando como rehenes a concubinas y amantes de sus clérigos y pidiendo después un rescate para devolvérselas.

Si el rey pensaba que había vencido al papa, estaba muy equivocado. En noviembre de 1209, Inocencio III excomulgó a Juan sin Tierra. Ello significaba que no solo el reino, sino el monarca mismo estaba también fuera de la protección de la Iglesia, e implicaba que cualquier soberano cristiano que tomara

las armas contra ese rey y conquistara su reino contaría con la bendición papal.

La crisis terminó en 1213, cuando, como parte de su estrategia para una nueva invasión de Francia, Juan decidió que con un enemigo formidable tenía bastante y se doblegó ante Roma no solo sometiéndose a sus exigencias, sino colocando a sus reinos de Inglaterra e Irlanda bajo su vasallaje. El 20 de julio de 1213, en una solemne ceremonia, Juan recibió al arzobispo de Canterbury designado por el papa, Stephen Langton, que tomó posesión definitiva de su cargo entre promesas del rey de amor y obediencia a la Iglesia.

5.5. La extorsión de los judíos y los plebeyos ingleses

El afán de Juan sin Tierra de recaudar fondos para su tesoro de todos su súbditos (nobles, plebeyos, religiosos) hacía previsible que una de las comunidades más ricas del país, los judíos, no escaparían a sus codiciosas garras. Tanto Enrique II como Ricardo I habían tenido sus choques con ellos (ya quedó contado lo sucedido en 1190 en York), pero, como siempre, Juan sin Tierra fue un paso más allá. En la Navidad de 1209, el rey dio orden de que los judíos pagaran la enorme suma de cuarenta mil libras por la protección real que les permitía desarrollar sus negocios en suelo inglés. De manera inmediata comenzó a perseguirlos, detenerlos y torturarlos por todo el país para que cumplieran sus órdenes. En palabras de Walter de Coventry: «Los judíos fueron detenidos, llevados a prisión y torturados duramente para que se hiciera la voluntad del rey con sus bienes. Algunos, después de ser torturados, entregaron todo lo que tenían y prometieron dar más[24]».

Y en cuanto a los súbditos de menor rango, un claro ejemplo lo tenemos en lo ocurrido en 1210. Un grupo de jueces itinerantes (llamados «justicias del otoño») recorrió el país identificando a aquellas personas que escapaban al escrutinio directo de los señores de mayor categoría, pero que disponían de una buena situación económica. Los jueces les acusaban de cualquier delito, de cuya condena solo se libraban mediante el pago de una multa. Otra forma de obtener dinero, que Juan no inventó pero sí generalizó hasta extremos impensables antes de su reinado, consistía en privar de sus tierras a toda persona (hombre o mujer,

grande o pequeño) que por cualquier motivo le hubiese desagradado. Para recuperar sus propiedades tenían que afrontar un largo y costoso proceso, durante el cual los oficiales reales se encargaban de esquilmar la propiedad de sus bienes (animales, muebles, cosechas, etc.).

La palabra «tirano» era la que comenzaba a salir por boca de los súbditos para nombrar a Juan junto con adjetivos sobre su gobierno como «arbitrario», «punitivo», «intolerable» y «malicioso». Esa era la opinión generalizada sobre el rey inglés.

5.6. La expansión territorial por las islas británicas

Muchos nobles y obispos ingleses optaron por tratar de evitar la persecución y la extorsión de Juan refugiándose en Irlanda o en Escocia. El más significativo fue el caso de William de Braose. Perteneciente a una de las más antiguas y nobles familias de ascendencia normanda, veterano de las guerras de Ricardo I (estaba en Châlus cuando este murió) y baluarte de las defensas fronterizas inglesas en las Marcas galesas, Juan le había también otorgado tierras en Irlanda e Inglaterra, por ser uno de sus más firmes y leales defensores. Y más significativo: estaba en Normandía en 1203, por lo que es probable que fuese uno de los pocos que sabían lo que en realidad había ocurrido con Arturo de Bretaña, pues ya vimos que el suyo fue uno de los nombres que se mencionó como posible responsable de su muerte.

En 1208, cuando su imperio continental se había perdido, Juan puso sus ojos en Irlanda como fuente de ingresos. Designado por su padre como lord de Irlanda, el título entonces no era más que simbólico. Cuando subió al trono, aunque le dedicó personalmente poca atención, comenzó a conceder tierras en esta isla a sus nobles más fieles. Entre ellos la familia De Braose.

Pero cuando su necesidad de fondos empeoró solicitó a los favorecidos en Irlanda que abonaran al tesoro real las cantidades que, según él, le adeudaban por todos los privilegios y tierras concedidos. Muchos de ellos, incluido De Braose, la poderosa familia De Lacy y el propio William Marshal, que tenía tierras en Irlanda, se opusieron y la situación entre los oficiales reales y los nobles en Irlanda degeneró en episodios de violencia y escaramuzas.

En un momento dado, De Braose se refugió en sus castillos

galeses y provocó que el rey tuviera que enviar hombres para restaurar el orden. Al final llegaron a un acuerdo y De Braose accedió a abonar los impuestos correspondientes y una multa por los gastos ocasionados. Juan exigió rehenes en garantía del pago de sus deudas y del mantenimiento de sus posesiones. Pero cuando la esposa de De Braose se enteró, se negó diciendo que Juan haría con sus hijos lo mismo que había hecho con Arturo de Bretaña. Esto ganó a la familia el rencor de Juan, y conocido era que el rey era un mal hombre para tener como enemigo: siguió exigiendo el pago, comenzó a desposeer a De Braose de cargos y bienes, y permitió que sus tropas saquearan y rapiñaran en las tierras de la familia. Ni siquiera la huida de esta a Irlanda, donde se establecieron bajo la protección de William Marshal y de otros señores y obispos ingleses que se habían instalado allí, les libró de la persecución real.

Juan pensó que Irlanda se había convertido en un peligroso foco de una importante oposición «en el exilio» y decidió invadir el país. Ante la noticia de la incursión muchos nobles recularon y declararon su lealtad al rey. El propio William Marshal viajó a Inglaterra para renovar su juramento y le acompañó cuando Juan desembarcó en Irlanda con un doble objetivo: establecer una fuerza de *sheriffs* para aplicar la ley inglesa en Irlanda y terminar con cualquier núcleo de oposición, así como con los principales señores rebeldes que se encontraban en la isla. Le llevó apenas dos meses hacerlo.

La familia De Braose escapó entonces a Escocia, con similares consecuencias. A Juan le habían llegado rumores de una alianza entre Francia y Escocia para atacar Inglaterra, por lo que invadió Escocia e impuso a Guillermo el León la firma del Tratado de Norham, que dejaba también sin refugio en el país a los opositores al rey inglés, le reconocía como señor feudal de Escocia y terminaba con la amenaza de una invasión conjunta con Francia. La esposa y el hijo de De Braose fueron arrestados y encerrados en prisión en el castillo de Windsor, donde se les dejó morir de hambre. El propio De Braose tuvo que huir a Francia, en cuya corte contó todo lo ocurrido con Arturo de Bretaña.

En cuanto a Gales, era tradicionalmente una espina en el talón del suroeste inglés. Vasallos nominales del rey de Inglaterra, los señores galeses se levantaban con cierta frecuencia contra este sometimiento. El último de ellos había sido Llywelyn el Grande. Había aprendido que, para tener alguna posibilidad de derrotar a los ingleses, debía evitar el enfrentamiento en campo abierto y sometió a las tropas inglesas a una incansable guerra de guerrillas y emboscadas aprovechando su perfecto conocimiento del

impracticable terreno galés, que dificultaba los movimientos de un ejército como el inglés, disciplinado pero incapaz de responder a las rápidas incursiones y retiradas de los galeses.

En 1205, para acometer la ya comentada invasión de Francia, Juan necesitaba de paz en el frente galés. Podría así dedicarse con plena atención a sus querellas en territorio francés. Por ello, y como parte de un tratado de paz con los galeses, propuso a Llywelyn darle en matrimonio a su hija Joanna. Aunque se trataba de una hija natural y mucho más joven que él, Llywelyn aceptó y la pareja contrajo matrimonio en 1206. Pero en 1211, en plena fiebre expansionista por las islas, Juan invadió Gales al frente de dos grandes ejércitos, lo que obligó a Llywelyn a firmar un leonino tratado de paz con el inglés: vio sus dominios reducidos a su original principado de Gwynedd mientras el resto del país era ocupado por los ingleses y además aceptó pagar un enorme tributo anual en ganado, caballos e incluso perros y pájaros, dejando treinta nobles galeses como rehenes del cumplimiento de sus obligaciones para con el rey inglés. Todos ellos morirían cuando años después Llywelyn volvió a rebelarse.

Castillo de Dolwyddelan (Gales), lugar de nacimiento de Llywelyn el Grande

Como consecuencia de ello, Juan fue el monarca Plantagenet que mayor dominio ejerció sobre las islas británicas, en compensación a sus pérdidas en el continente. Según Walter de Coventry: «En Escocia, Gales e Irlanda no había hombre que no obedeciera ante un gesto del rey de Inglaterra, algo que, como es bien conocido, no sucedió con ninguno de sus predecesores[25]».

En esas circunstancias, y con las riquezas que sus recaudaciones de impuestos y extorsiones al clero y a los judíos le habían otorgado, Juan se sintió con fuerza suficiente para intentar recuperar las posesiones perdidas en Francia. Pero con ello estaba en juego algo más que la recuperación de las posiciones familiares en el continente. El esfuerzo económico, militar y personal que la invasión exigiría de sus súbditos ingleses pondría a estos al borde la revuelta contra un rey del que muchos estaban ya más que cansados por su avaricia y crueldad.

5.7. Nueva invasión de Francia

Cuando Felipe Augusto de Francia se las prometía muy felices preparando la invasión de Inglaterra y contando con que el papa daría por fin su bendición a la operación, ordenando ejecutar la sentencia de excomunión de Juan sin Tierra y desposeerlo de su reino, llegó una noticia sorprendente: Inocencio III no solo no iba a excomulgar al rey inglés, sino que ambas partes habían solucionado sus diferencias y Juan incluso había entregado su reino al pontífice y lo había vuelto a recibir como feudo papal.

Felipe dirigió su enfado entonces contra el vecino condado de Flandes, que pidió ayuda a Inglaterra. Una flota dirigida por el hermano ilegítimo del rey, William *Longsword*, conde de Salisbury, zarpó hacia Flandes. Planeaba desembarcar en Zwin y unirse al ejército flamenco. Pero el 30 de mayo de 1213 se encontró de bruces con una enorme cantidad de barcos franceses (la cifra se fija en mil setecientas naves) atracada en Damme, el puerto de Brujas. El ejército que debía protegerla se había dirigido a sitiar Gante, por lo que los barcos estaban indefensos. Allí mismo los navíos franceses fueron destrozados e incendiados por los ingleses, que se hicieron con un abundante botín en barcos, bienes, armas y víveres. En un ataque de ira, Felipe ordenó que el resto de su flota fuese arrasada por el fuego.

La bendición papal y la pérdida de la flota francesa (con la eliminación de la amenaza de invasión de Inglaterra que conllevaba) inclinaron a Juan a lanzarse de forma definitiva a la reconquista del imperio continental de los Plantagenet.

Durante el otoño y el invierno de 1213, el rey se dedicó a forzar a sus recalcitrantes barones a acompañarle en su aventura (ofreciendo la condonación o la reducción de sus deudas, reales o supuestas, con el Tesoro) y a sacar dinero de las piedras para financiarla (cobraba a los señores por sus títulos, o a las viudas si deseaban evitar que les buscase un nuevo marido, o a los que deseaban casarse con una esposa de la nobleza y llegó a cobrar veinte mil marcos por la mano de su primera esposa Isabel de Gloucester). Con el dinero recaudado compró la alianza de diversos grandes señores del continente, desde su sobrino el emperador Otto IV a los condes de Holanda, Boulogne y Flandes. En febrero de 1214, partió rumbo al continente. Planeaba un movimiento de pinza de dos ejércitos contra Felipe. El primero desde Flandes al mando del conde de Salisbury, el segundo desde Poitou con el propio Juan al frente.

Los principios de la campaña fueron muy favorables al inglés. En junio había recuperado Poitou e importantes ciudades de Anjou como Angers y se dirigió a Bretaña. Pero a la primera amenaza del ejército francés, dirigido por el príncipe Luis, todos los aliados de Juan le abandonaron y el rey tuvo que refugiarse en el lugar donde había desembarcado, La Rochelle, dejando abandonados en su apresurada huida a caballo a la infantería y multitud de suministros e ingenios de guerra.

El éxito de la invasión quedaba en manos del conde de Salisbury y sus aliados, el emperador Otto y el conde de Flandes, que se encontraron con el ejército francés en Bouvines. Tras una durísima, reñida y violenta batalla en la que tanto Otto IV como Felipe de Francia llegaron a ser descabalgados, la caballería francesa impuso su potencia y la batalla se decantó del lado galo. El emperador consiguió a duras penas huir, mientras que los condes de Salisbury, Flandes y Holanda fueron hechos prisioneros y conducidos a París.

En La Rochelle, Juan recibía la noticia de la derrota y asimilaba lo que implicaba: se encontraba arruinado por el esfuerzo realizado para financiar la expedición, obligado a firmar una humillante tregua de cinco años con Felipe Augusto a cambio de una exorbitante cantidad económica, con su prestigio militar, que comenzaba a reflotar, por los suelos. Su sueño de recuperar las posesiones continentales había quedado destrozado para

siempre (solo le quedaba Gascuña y la zona cercana a Burdeos)… y lo peor le esperaba todavía a su vuelta a Inglaterra.

5.8. *Magna Carta*

Tras el fracaso de su expedición Juan tuvo que volver a Inglaterra con su fama y prestigio en su momento más bajo. En esas circunstancias, era previsible que los agravios y quejas que los magnates del reino llevaban años acumulando contra el monarca estallaran de forma definitiva. Parte de la culpa de estas ofensas (la pérdida de sus posesiones en el continente, la ingente exacción de impuestos y multas para una campaña militar fracasada, el ignominioso trato dado a nobles como la familia De Braose) eran achacables en su totalidad al actual rey, pero otros (como el sistema de justicia centralizada que iba en detrimento de las competencias que de forma tradicional correspondían a los magnates en sus propiedades, lo que erosionaba el poder de estos) eran consecuencia de la política histórica de la dinastía Plantagenet, aunque se agravaron con la obsesión de Juan sin Tierra de dictar justicia de forma personal y elegir como oficiales de justicia a personas ajenas al círculo de familia y vasallos de los nobles.

Juan trató de castigar a aquellos nobles que se habían negado a acompañarle en la aventura en Francia con la recaudación de un nuevo impuesto más alto que ningún otro. Lo hizo en la fase inicial de su invasión, en la que estaba recuperando terreno con rapidez y se sentía con confianza. Algunos se negaron y sus posesiones fueron expropiadas. Pero luego vinieron los fracasos y quienes le estaban esperando en Inglaterra eran los menos leales de sus señores y los más esquilmados o desposeídos.

Esta circunstancia fue aprovechada por algunos de sus nobles para rebelarse de forma abierta contra él. De los alrededor de doscientos grandes señores del reino, unos cuarenta eran de manera abierta hostiles al rey y un número similar le eran fieles; el resto estaba en la tradicional posición de «no sabe/ no contesta». La cuestión para los rebeldes era cómo establecer los límites del hasta entonces absoluto poder real. Juan y los nobles desafectos se reunieron por primera vez en Londres en enero de 1215. Allí el rey se limitó a manifestar que pondría el asunto en manos de su nuevo señor feudal, el papa, y escribió a Roma.

El clima se fue enrareciendo cada vez más durante la primavera de 1215, mientras cada parte exponía sus argumentos

al papa. Los nobles reclamaban que Juan se atuviese a las *Leges Henrici Primi* emitidas por su bisabuelo Enrique I al subir al trono en 1100, que cumpliese lo jurado en su propia coronación de respetar las buenas leyes e impartir justicia. Otra queja expuesta al papa era la de la obligación de sufragar las expediciones del rey para reconquistar sus dominios en Francia y solicitaban que se declarase dicha obligación injusta e ilegal. Juan, por su parte, se escudaba en su nueva condición de fiel vasallo papal que no debía ser molestado por reivindicaciones de sus súbditos e incluso llegó a tomar la cruz en marzo para invocar la protección debida a los cruzados.

Las *Leges Henrici Primi* a las que se referían los barones habían sido ratificadas en 1154 por Enrique II y contemplaban, entre otras disposiciones, que el rey no saquearía propiedades de la Iglesia, no cargaría impuestos abusivos sobre las herencias y matrimonios, no abusaría de los tutelajes ni ampliaría la extensión de los bosques reales. Y si era aceptada su primera cláusula (en la que el rey prometía abolir cualquier costumbre injusta que hubiera oprimido al pueblo inglés) todo lo demás (las levas en campañas militares, la obligación o no de prestar servicios militares fuera de Inglaterra) podía quedar para ulteriores negociaciones.

El papa Inocencio III delegó en el arzobispo de Canterbury las tareas de mediación entre las partes, pero después acusó a este de favorecer a los rebeldes y dejó claro que sus simpatías se inclinaban por el rey cruzado y vasallo de Roma. Escribió a los principales barones rebeldes instándoles a aceptar su situación y a cesar en su oposición al rey. Un grupo de nobles contestaron en un acto, el 5 de mayo de 1215, por el que renegaban de su juramento de obediencia al monarca y rechazaban a Juan como rey de Inglaterra. Este grupo estaba liderado por Robert Fitzwalter y Eustace de Vesci, que en 1212 habían sido condenados al exilio por el rey, acusados de dirigir un complot contra su vida. Formaban parte de la rebelión un levantisco grupo de nobles norteños unidos por lazos familiares y afectados de forma especial por las políticas de Juan y otros notables del país, como la familia De Vere (condes de Hertford y Oxford) o el conde de Essex y Gloucester, Richard de Mandeville.

Juan contestó al gesto de los barones manifestando que no les arrestaría ni perseguiría por la fuerza de las armas, sino que su causa sería sometida a un tribunal formado por sus pares y sugería un arbitraje de ocho nobles designados por el papa. Al ver sus propuestas rechazadas, ordenó la expropiación de los bienes de los rebeldes. La guerra civil había vuelto a estallar en

Inglaterra.

El primer movimiento de los barones, tras atacar el castillo de Northampton, fue dirigirse a Londres, que era el centro político, militar y comercial del país, además de un asentamiento de enorme simbolismo clave para dominar el reino. Los notables de la ciudad les abrieron gustosos las puertas, y cuando llegó el conde de Salisbury con las fuerzas leales al rey era demasiado tarde; Londres estaba en manos rebeldes. Esto supuso un punto de inflexión en el conflicto, pues los barones desafectos pasaron de golpe de tener un pequeño castillo a dominar la capital del país, con sus archivos, sus tesoros y su significación simbólica.

La situación era de punto muerto. Juan no podía tomar Londres por la fuerza y los rebeldes tampoco deseaban deponer al rey, sino que aceptara una serie de reformas en el gobierno que garantizaran alguna limitación razonable a los poderes que había ejercido de manera abusiva hasta el momento. Ambas partes intercambiaron mensajes tratando de llegar a un acuerdo que desbloqueara la situación y Juan solicitó una tregua a través del arzobispo de Canterbury.

A mediados de junio los rebeldes remitieron al rey un documento conocido como «Los Artículos de los Barones» conteniendo sus reclamaciones plasmadas en cuarenta y nueve puntos relativos a la administración de justicia, las tasas sobre herencias y matrimonios, los tutelajes reales (en el caso de nobles que se quedaban huérfanos siendo menores), las condiciones del comercio en el país, el servicio de armas fuera del reino, la independencia de la Iglesia y la extensión de los bosques reales.

Las discusiones parecían ir para largo cuando, el 15 de junio, el rey apareció en el escenario de la negociación y puso su sello en el documento. Así las cosas, los rebeldes tomaron la decisión de dar por bueno el mismo y el 19 de junio de 1215 tuvo lugar una ceremonia en Runnymede en la que los barones desafectos volvieron a jurar obediencia a Juan sin Tierra. El rey, los rebeldes y otros notables del reino juraron respetar las disposiciones contenidas en el acuerdo, al que se denominó *Magna Carta Libertatum*, traducida al inglés medieval como *Magna Carta* que, al contrario que otras cartas magnas posteriores, no tenía carácter de constitución. Para evitar posibles confusiones, a partir de ahora y durante el resto del libro, nos referiremos a este documento simplemente como *Magna Carta*.

En *Magna Carta* se contenían disposiciones que afectaban al día a día de los súbditos de Juan sin Tierra, pero también regulaba aspectos de los fundamentos del Estado, de la relación

de la Corona con sus súbditos, de los derechos de estos y de las limitaciones en el poder hasta entonces ilimitados de los monarcas Plantagenet; por primera vez se plasmaba por escrito que un rey debía responder por sus hechos no solo ante Dios, sino también ante la ley. Aunque el adjetivo «magna» con el que le calificaron sus redactores hacía referencia a su tamaño, no a su relevancia, y aunque sus redactores estaban más preocupados de corregir graves errores de gobierno que de proclamar derechos de los súbditos libres del reino, con el tiempo sus disposiciones han sido valoradas como un hito fundamental en la historia inglesa, cuyos efectos siguen celebrándose más de ochocientos años después de ser rubricado. Fue modificada en tres ocasiones y solo en 1225 se convirtió en ley. Desde entonces fue ratificada hasta en treinta y ocho ocasiones por diferentes reyes, el último de ellos Enrique VI en el siglo XV. En palabras del historiador Simon Schama, «*Magna Carta* no fue el certificado de nacimiento de la libertad, pero sí fue el certificado de defunción del despotismo[26]».

Martin Aurell reconoce el valor de *Magna Carta*, aunque considera que debe ponerse en contexto:

> La Carta Magna que Juan sin Tierra se vio obligado a ratificar todavía hoy se ve en gran parte como «la biblia de la constitución británica». Este juicio, inspirado por el positivismo jurídico y nacionalista de la historiografía del siglo XIX, es, sin duda, anacrónico. Da por supuesta una improbable continuidad -de nada menos que de mil años- en las instituciones del Estado y en las tradiciones de gobierno. La Carta Magna no surgió de la nada; tenía precedentes. […] Los historiadores del Derecho han señalado que presenta semejanzas con los documentos que los nobles les arrancaron a Pedro II de Aragón y a su hijo Jaime I en la víspera y tras la batalla de Muret (1213) y también con la Bula de Oro concedida por Andrés II de Hungría en 1231. La Carta Magna está en la misma línea evolutiva que se estaba desarrollando en otros reinos occidentales y no supone un fenómeno aislado en el tiempo y en el espacio.
>
> Sin embargo, las entusiastas apreciaciones sobre la Carta Magna de los constitucionalistas ingleses del siglo XIX contenían algunos elementos de verdad. El pacto con los nobles y los ciudadanos rebeldes puso fin a un proceso de creciente centralización y de arbitrariedad real que hubiese terminado, tarde o temprano, en una monarquía absoluta. La Carta Magna cercenaba considerablemente la libertad de actuación del rey; en el futuro sus decisiones tendrían que acordarse con un consejo de 25 nobles (art. 61); pero más importante aún era el hecho de que el propio rey estaba sometido a una ley superior que no debería transgredir. Esto se expresaba con claridad en los sesenta y tres artículos que componen la Carta Magna. Alguno de ellos es, con toda justicia, especialmente célebre[27].

Por ejemplo, la cláusula 39 dispone que: «Ningún hombre será

detenido, encarcelado ni exiliado ni perjudicado de forma alguna sin un juicio justo de sus pares según las leyes del reino». La 40 proclama lo siguiente: «El derecho a la justicia no será negado ni otorgado con retraso a nadie». La mano redactora de Stephen Langton se notaba en cláusulas que garantizaban la independencia de la Iglesia en Inglaterra para nombrar sus propios obispos sin interferencia real.

También se estipulaba la obligación del rey de gobernar de acuerdo con la ley y la cláusula final, como hemos visto, creó un consejo de veinticinco barones, designados de forma nominal para hacer la guerra al rey si no respetaba el contenido del acuerdo. A pesar de ello, el que un rey gobernara o no conforme a la ley y lo que podían hacer los barones del reino, si entendían que no lo hacía así, fue uno de los puntos de fricción constante durante todo el reinado de los Plantagenet.

5.9. Lucha por la imposición de *Magna Carta*, invasión francesa y la muerte de Juan sin Tierra

Tras un corto período inicial de euforia por lo logrado (salvo algún pequeño noble que se negó a atenerse a los acuerdos) y del levantamiento del sitio de algunos lugares por el ejército real, los nobles continuaron con sus ataques mientras que Juan sin Tierra tardó apenas dos meses en tratar de anular los compromisos asumidos en *Magna Carta*. Se dirigió para ello al papa Inocencio III. Este, en una clara muestra de apoyo, declaró que se trataba de un documento nulo, amenazó con excomulgar a quien lo aplicara y suspendió de su cargo al arzobispo Langton por su soporte a los desafectos. La guerra civil volvía a estallar.

Para acabar de arreglar la situación, Felipe Augusto hizo pública una proclama en la que afirmaba que Juan había sido declarado en juicio culpable de asesinar a Arturo de Bretaña, y que quedaba desposeído de su reino. Anunciaba acto seguido una invasión de Inglaterra y contaba para ello con el apoyo de los barones rebeldes en las islas. En un año, la nobleza inglesa pasó de invadir Francia para recuperar sus posesiones a solicitar a su rey que invadiera la isla para deponer a Juan. Incluso ofrecieron el trono de Inglaterra a Luis, hijo y heredero del francés (su esposa, Blanca de Castilla, era nieta de Enrique II y Leonor de

Aquitania).

Juan intentó detener la invasión en el mar, pero una fuerte tormenta hundió su flota y el camino quedó expedito. El 21 de mayo de 1216, Luis desembarcó en Stonar (cerca de Sandwich). El rey inglés tenía intención de plantear batalla en las playas mientras tenía lugar el desembarco, pero al final no lo hizo, al parecer por no confiar en los mercenarios que componían su ejército y temer que cambiaran de bando en mitad de la batalla. Luis completó el desembarco sin problemas y, tras tomar Canterbury y reconquistar Rochester, se dirigió a Londres, donde fue recibido con los brazos abiertos y entre muestras de alegría. De allí pasó a Winchester y volvió a Dover, a poner sitio al formidable castillo construido allí por Enrique II.

Juan recorría Inglaterra y Escocia (el nuevo rey, Alejandro, se había unido a los rebeldes, que le prometieron entregarle Northumbria). Su objetivo era sitiar y reducir a escombros los castillos de los nobles desafectos, pero después del verano de 1216, y mientras sus nobles (incluido su hermanastro el conde de Salisbury) le iban abandonando, el rey fue pasando de desgracia en desgracia. En septiembre perdió buena parte del tesoro real en las marismas de Lincolnshire. Para colmo de males enfermó de disentería y tuvo que detenerse en el castillo de Newark-on-Trent, donde fue atendido por el abad del lugar, que tenía conocimientos médicos. Nunca salió de allí y murió en Newark el 19 de octubre de 1216. Una leyenda local dice que fue envenenado por los monjes que le trataban.

Como dice Dan Jones en su libro *The Plantagenets*:

> Juan no era probablemente ni más cruel ni más avaricioso que su padre Enrique II o su hermano Ricardo I, pero carecía del carisma magnético de ambos y, sobre todo, a diferencia de ellos, acabó fracasando en todo lo que intentó[28].

Y respecto a la imagen de él que ha quedado para la posteridad, Marc Morris advierte, en la biografía que dedica a Juan sin Tierra, que buena parte de las crónicas que critican su reinado fueron redactadas por monjes que escribieron después del mismo, y que adaptaron su relato de los hechos a su conocimiento del final de la historia y además lo hicieron desde la crítica propia de un eclesiástico a un rey que contendió largo tiempo con la Iglesia (Matthew Paris llegó a escribir que el objetivo de Juan era rechazar el cristianismo y convertir Inglaterra en un reino súbdito del emirato musulmán del Norte de África).

Pero tampoco los adjetivos de traidor y cobarde son injustos para calificar a Juan sin Tierra. El primero se lo ganó por su intento de apoderarse del reino de su hermano cuando este estaba preso en Alemania y el segundo por sus retiradas siempre que se encontraba en una situación peliaguda (frente a Felipe Augusto en Francia, en 1204, y su hijo Luis, en el continente en 1214 y cuando desembarcaba en Inglaterra en 1216). Desde el punto de vista político, su reinado está plagado de malas decisiones que luego tuvo que tratar de enmendar. Y si con algún aspecto de su carácter se quedaron sus súbditos fue con su crueldad, que algunos sufrieron en carnes propias mientras otros fueron testigos de ella y la hicieron pública.

Sin embargo, muy a su pesar, con episodios como la pérdida del imperio continental angevino (que obligó a centrar los esfuerzos de gobierno en Inglaterra) y con la redacción de *Magna Carta*, así como con el perfeccionamiento del sistema de justicia real basado en la ley común, en el reinado de Juan sin Tierra se pusieron los cimientos de una conciencia de Inglaterra como reino (lo que se llamó *The Community of The Realm*), con la obligación del monarca de gobernar dentro de la ley, una política impositiva consensuada y un sistema de multas y sanciones proporcionadas. Es significativo que Juan I fuese el primer rey inglés desde la conquista normanda que nació y murió en Inglaterra y, a diferencia de su padre y sus hermanos, fue enterrado en suelo inglés.

5.10. El descubrimiento de los restos de Juan sin Tierra

Juan sin Tierra fue enterrado en la catedral de Worcester, donde todavía se encuentra su tumba. Sobre ello se produjo una curiosa anécdota en el siglo XVIII, cuando se intentó trasladar su sepulcro. Aún hoy en día es bastante frecuente que sean objeto de atención en la prensa noticias relacionadas con excavaciones arqueológicas que creen haber localizado, tras arduas investigaciones y en lugares a veces insospechados, los restos mortales de algún personaje de gran importancia histórica, como Alejandro Magno o el rey inglés Ricardo III. Lo que llama la atención del caso que nos ocupa es la conmoción que se creó y la importancia que se le otorgó en su momento en Inglaterra al descubrimiento de los restos de un rey que se encontraban… en la impresionante tumba de dicho rey, situada en pleno centro de una famosa catedral.

La anécdota se produjo en Worcester en el verano de 1797. El clérigo encargado de la catedral decidió que la tumba de Juan sin Tierra, presidida por una efigie del monarca y que se encontraba en el centro de la catedral, constituía una molestia porque dificultaba el paso hacia el altar y le obligaba a rodear la tumba cada vez que tenía que celebrar un oficio.

Así que, ni corto ni perezoso, decidió acometer una obra para

reubicar la tumba en un lugar donde resultase menos molesta para él. Hoy sería impensable algo así, pero parece que en aquella época a nadie le extrañó que un clérigo pudiese decidir con plena autonomía cambiar de ubicación, por un motivo tan trivial, la tumba de un rey.

En principio no se le dio mayor importancia, pues, según todas las antiguas crónicas, la estatua del rey que presidía la tumba era de tiempos cercanos a su muerte en 1216 y se hallaba al principio, junto con los huesos de Juan I, en una antigua capilla lateral. Cuando se construyó el resto de la tumba en el siglo XVI (a la vez que el mausoleo del hermano de Enrique VIII, Arturo Tudor, que también está enterrado en la catedral de Worcester), se había colocado la estatua de Juan encima de la nueva tumba, pero sus restos habían permanecido en su lugar original. Así que un grupo de obreros emprendió la tarea de mover la tumba del rey.

Comenzaron por retirar los laterales del monumento y limpiar los escombros. Grande fue su sorpresa cuando debajo de la tumba encontraron un ataúd de piedra. De forma inmediata convocaron al deán y al capellán de la catedral, así como a varias autoridades locales expertas en historia y arqueología. El ataúd fue abierto y en su interior apareció, en sorprendente buen estado, el cuerpo del rey Juan sin Tierra.

La colocación de los restos y su vestimenta coincidían punto por punto con las de la estatua que presidía su tumba, incluyendo la espada que portaba. La única diferencia era que la estatua lucía una corona mientras que el cadáver llevaba una especie de cofia típica de los monjes de la época. Pudieron comprobar que el rey medía algo más de un metro setenta centímetros de estatura.

Sepulcro de Juan sin Tierra en la catedral de Worcester

No se pudieron realizar más investigaciones sobre el ataúd y el cuerpo del monarca, porque en cuanto se corrió la voz de la noticia la catedral se llenó de curiosos, lo que obligó a volver a cerrar de forma precipitada el ataúd. Aun así los cazadores de reliquias tuvieron tiempo de hacerse con los huesos de su dedo pulgar y dos de sus dientes, que tras diversas peripecias acabaron volviendo a la catedral en cuyo museo se exhiben en la actualidad. También sus sandalias y calzas fueron sustraídas y sacadas a subasta, en la que fueron adquiridas por el famoso compositor Edward Elgar (natural de Worcester) y devueltas a la catedral.

El revuelo que ocasionó entre los ciudadanos de la localidad el descubrimiento de los restos de Juan sin Tierra era comprensible, porque en esa época una de las leyendas más famosas entre el pueblo inglés era la de Robin Hood, en la que Juan sin Tierra jugaba el papel del malvado príncipe que pretendía usurpar el trono de su hermano Ricardo Corazón de León, a la vez que trataba de acabar, junto con el *sheriff* de Nottingham, con los rebeldes del bosque de Sherwood.

Lo curioso del asunto es que, si a un clérigo de Worcester no le hubiese molestado tener que dar unos pasos de más en su camino al altar, es posible que nunca se hubiesen descubierto los restos mortales de este monarca. En todo caso, al final la tumba de Juan sin Tierra no fue cambiada de sitio y permanece en el mismo lugar donde fue colocada en el siglo XVI.

5.11. La herencia de Juan sin Tierra

Un episodio describe de manera muy gráfica el estado del reino que esperaba al hijo de Juan sin Tierra, Enrique III, y que llegaría hasta su nieto Eduardo I.

En 1212, mientras el rey se encontraba en Nottingham, llegaron rumores procedentes de diversas fuentes que indicaban que se preparaba un complot para acabar con el monarca y situar a alguien en su trono. La conspiración no llegó a triunfar, pero un análisis de sus motivos, sus participantes y sus pretensiones es, como decíamos, muy ilustrativo sobre de dónde y de quién vendrían los problemas en el futuro.

Cuando Juan tomó conocimiento de lo que se trataba, su primera medida fue pedir que todos los barones de los que sospechaba le entregaran rehenes. Los que no accedieran quedarían señalados como conspiradores. Y así fue: dos de ellos, Robert Fitzwalter y Eustace de Vescy, huyeron de sus propiedades. La investigación llevó también a algunos señores menores que tenían vínculos familiares con ellos y algunos intereses territoriales comunes en el norte del país, así como estrechos vínculos con el rey de Escocia, que a su vez había reivindicado en más de una ocasión su derecho sobre Northumbria. El norte y Escocia eran una de las claves de la intriga y serían también uno de los principales focos de problemas para los descendientes de Juan sin Tierra.

Una segunda pista que este fallido complot nos desvela sobre el futuro es el nombre de la persona que los conspiradores tenían en mente para ocupar el trono de Inglaterra: Simon de Montfort. Era un noble francés con intereses en Inglaterra (la familia de su esposa era la titular del condado de Leicester) y que estaba al mando de la cruzada ordenada por Inocencio III contra los cátaros del Languedoc. Como hemos dicho, el fracaso de la conspiración hizo que este De Montfort no llegase a Inglaterra, pero con el tiempo su hijo del mismo nombre heredaría el título de conde de Leicester, se trasladaría a Inglaterra, se casaría con la hermana del hijo de Juan sin Tierra, Enrique III, y se convertiría en el peor enemigo de este y de su primogénito, el futuro Eduardo I.

Por último, tirando de los hilos de la conspiración, no resultó muy sorprendente para Juan comprobar que uno de los principales instigadores de esta era su yerno, el príncipe galés Llywelyn, que pretendía de nuevo convertirse en el gobernante supremo de una Gales independiente del poder inglés. En esta ocasión fracasó, pero en los años por venir él y sus descendientes se convertirían en un constante dolor de cabeza para Enrique III y Eduardo I. Cuando Juan sin Tierra se enteró de la participación del galés en el complot ordenó que los treinta rehenes que este había entregado en 1211 fueran ejecutados.

Como hemos visto, a su muerte Juan dejaba un reino dividido, con un ejército invasor francés campando a sus anchas por el país y la persona menos indicada para hacerse cargo de todos los problemas que se le vinieron encima al heredar la corona: su hijo de apenas nueve años de edad, Enrique III. Tenía un reinado complicado e incierto por delante. Complicado lo fue, pero no efímero como podía parecer. De hecho fue el rey inglés que más años ocupó el trono hasta Isabel I.

Capítulo 6

Enrique III (1216-1272): el rey gobernado por sus nobles

6.1. La lucha contra el candidato francés al trono y la consolidación de la sucesión de Juan sin Tierra

Si la muerte de un rey siempre supone un hito importante en la historia del reino en cuyo trono se sienta, por la huella que su personalidad ha dejado y por la incertidumbre por el futuro que deparará el nuevo monarca, en el caso de Inglaterra y de Juan sin Tierra este hito se vio reforzado por las circunstancias de guerra civil en que se encontraba el país. Buena parte de las causas de la rebelión se debían a la relación entre el rey y sus nobles desafectos, y a la muerte de Juan algunos de estos barones consideraban que no tenían nada en contra de su nuevo soberano, que no dejaba de ser un niño de nueve años.

Además, el joven rey llegó bajo la sombra protectora de un hombre de enorme ascendente para toda la nobleza del país, del que ya hemos hablado en otras ocasiones: William Marshal. Su biografía, redactada en cierto tono hagiográfico, cita a Marshal en tan solemne momento: «Si todo el mundo abandona al chico menos yo, ¿sabéis qué haré? Lo cargaré sobre mis hombros e iré con él de isla en isla y de condado en condado, aunque tenga que rebuscar para conseguir mi ración diaria de pan».

La ceremonia de coronación de Enrique III se llevó a cabo en la abadía de Gloucester, pues el emplazamiento habitual (Westminster) se encontraba en manos rebeldes y era urgente dar la apariencia de continuidad dinástica que el reino requería. En

aquel lugar austero y poco concurrido, Enrique estaba arropado por el ya citado Marshal, por el justicia del reino Hubert de Burgh (fiel servidor del rey fallecido), por el obispo de Winchester Peter des Roches y por el legado papal Bicchieri, que recordó a todo el mundo que Inglaterra era un reino feudal de Roma y que se encontraba bajo la protección de la Iglesia, pues así lo había acordado Juan sin Tierra.

Para poner las cosas fáciles a los magnates que se habían rebelado más por agravios personales contra Juan I que contra el sistema monárquico, Marshal y el legado papal suscribieron en noviembre de 1216 y en nombre del niño rey Enrique III un cuerpo legislativo que reproducía buena parte de las normas contenidas en *Magna Carta.* Aunque al principio solo algunos barones se pasaron al bando realista, esta maniobra produjo el efecto de romper la unidad del hasta entonces monolítico partido rebelde. Matthew Lewis señala que, aunque no consiguió poner fin a la rebelión.

> El impacto a largo plazo de este paso fue, sin embargo, de una importancia crucial. Fue esta nueva publicación la que aseguró que *Magna Carta* no fuese olvidada y la que comenzó a cimentar su arraigo en lo que llegaría ser la democracia occidental, situándola finalmente en el corazón de la Constitución de los Estados Unidos de América. Además, lo que consiguió este pequeño grupo de leales a Enrique III fue volver el arma de sus enemigos contra ellos. *Magna Carta* había sido una lista de reclamaciones destinadas a imponerse a un rey impopular y mal gobernante, pero ahora se transformaba en un gesto de buena voluntad dirigido a hombres con los que el rey quería reconciliarse; oponerse y luchar contra esta oferta solo se vería como una actitud tan beligerante y ávida de sangre como la mantenida por Juan I. El documento pretendía poner solución a los problemas existentes en la relación entre la Corona y la comunidad nacional, no tenía como objeto resolver agravios individuales, para los que existía la opción de los tribunales. De repente, *Magna Carta* había pasado de ser un palo con el que golpear a un rey a transformarse en una rama de olivo, una promesa del rey a su pueblo. Esta es la clave secreta del prolongado éxito de *Magna* Carta: se trataba de un compromiso. Se sentía como una victoria para los barones, pero era el rey quien fijaba los términos[29].

Aun así, estaba claro que no bastaría con un gesto legislativo para solucionar la situación. Y William Marshal se puso a la tarea. A pesar de sus casi setenta años, desplegó una tremenda energía para liberar a Inglaterra del yugo del príncipe galo y de los barones que le habían llamado. El 20 de mayo de 1217 lideró en persona una carga de la caballería inglesa contra el ejército francés que asediaba Lincoln junto con sus aliados rebeldes. La victoria de Marshal fue total y el enemigo huyó en desbandada, mientras que los barones desafectos fueron capturados. En este

desenlace jugaron un papel fundamental los defensores del castillo, que se coordinaron para atacar junto con Marshal. Lideraba la guarnición de Lincoln uno de esos personajes secundarios que pasan de puntillas por la Historia y que merecen ser recordados. Era una mujer, su nombre era Nicola de la Haye y este es el esbozo que de su figura y su papel en el asedio al castillo de Lincoln realiza Matthew Lewis:

> El castillo de Lincoln había resistido tanto tiempo por la fuerza de voluntad de su castellana, Lady Nicola de la Haye. La muerte sin hijo varón del padre de Nicola, castellano de Lincoln, convirtió a esta en heredera del cargo y durante sus dos matrimonios ella se mantuvo como una figura poderosa. En 1191, su segundo marido, Gerard de Camville, abandonó la ciudad para apoyar a Juan sin Tierra en su disputa con el canciller de Ricardo Corazón de León, dejando a Nicola a cargo de Lincoln durante su ausencia. Cuando el canciller atacó la ciudad, Nicola defendió el castillo durante un mes hasta que se alcanzó una tregua. En 1216, parece que Nicola ofreció las llaves del castillo a Juan sin Tierra poco antes de que este muriera, alegando sus más de sesenta años hacían que fuera demasiado anciana para el puesto, pero Juan se negó y le pidió que se mantuviera en el cargo. Uno de los actos finales de Juan fue nombrar a Nicola *sheriff* de Lincolnshire y, aunque esto podía deberse a la falta de candidatos fiables para el puesto, es más probable que se tratara de un reconocimiento a la inquebrantable lealtad de la formidable Lady Nicola[30].

La victoria en Lincoln provocó la deserción de numerosos caballeros del bando rebelde para alinearse con los leales a Enrique III. Después, en agosto, Hubert de Burgh consiguió otra resonante victoria frente a los franceses, esta vez en el mar, en Sandwich, contra una flota de ochenta barcos que zarpó desde Calais y que había sido reunida por la esposa del príncipe, Blanca de Castilla.

Luis se dio cuenta de que sus opciones de ceñir la corona inglesa podían darse por perdidas y regresó humillado a Francia, reconociendo después a Enrique como rey de Inglaterra en el Tratado de Kingston. William Marshal, cuyo padre le entregó de niño como rehén al rey Esteban y que había servido a todos los reyes Plantagenet (a Enrique II y a sus hijos Enrique el Joven, Ricardo I y Juan I), hizo un último favor a la familia al asegurar el trono del nieto del primer rey de la dinastía antes de morir en 1219.

6.2. Los primeros años del reinado de Enrique III y la

ratificación de *Magna Carta*

En su lecho de muerte, Marshal aconsejó a Enrique III que se pusiera bajo la tutela del nuevo legado papal, Pandulph. Enrique hizo caso solo en parte a la recomendación y, si bien situó a Pandulph como uno de sus más próximos consejeros, compartió esta posición con los ya antes mencionados Peter des Roches y Hubert de Burgh. En 1220 se produjo la segunda coronación de Enrique, esta vez sí en Westminster y con toda la parafernalia, y a partir de ahí el joven rey se decantó por De Burgh, hasta el punto de que Des Roches acabó uniéndose a las cruzadas.

Las primeras preocupaciones de su consejero fueron rehacer el maltrecho tesoro real, y enfrentarse a los problemas tanto internos (algunos barones que seguían desafiando al rey) como externos: Llywelyn el Grande de Gwynedd había iniciado una guerra en Gales aprovechando la debilidad inglesa; por su parte, Luis VIII, ya rey de Francia tras la muerte de Felipe Augusto, se tomó cumplida venganza de la derrota sufrida en Inglaterra años atrás y atacó Poitou, conquistando la importante plaza de La Rochelle; y además, Hugo de Lusignan se apropió de Gascuña, de modo que las posesiones inglesas en el continente quedaron reducidas a Burdeos y algunas ciudades costeras, que incluso estaban en serio riesgo de perderse.

Aunque el prestigio y el orgullo de Enrique III dependían de recuperar las tierras familiares en Poitou y Gascuña, sus intenciones volvían a tropezar con la misma oposición que enfrentaron sus antecesores: a la mayoría de los nobles ingleses y a la totalidad del resto de los ciudadanos del país no se les había perdido nada en esos territorios ni tenían nada que ganar si se recuperaban. Para convencer a sus magnates de unirse a la causa y financiar el ejército que necesitaban, Enrique III y Hubert de Burgh usaron dos estrategias: una fue el miedo a una nueva invasión francesa del país, que hacía preceptivo aportar los recursos necesarios para defender al reino; y otra, la de cerrar de amnera definitiva las heridas abiertas durante el período de Juan sin Tierra, ratificando el contenido de *Magna Carta* y de los nuevos pactos sobre la normativa de los bosques reales conocida como *Forest Charter*.

De forma significativa, la nueva normativa sobre los bosques reales (que en realidad no se limitaba a la propiedad real de terrenos forestales sino que incluía tierras de labranza y vías fluviales) reducía la extensión de dichas áreas a la que tenía en época de Enrique II, eliminando los terrenos añadidos en los

reinados de Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra. También se suprimía la pena de muerte por la caza furtiva de ciervos en los bosques reales instaurada en época de Corazón de León.

La ceremonia de asunción de ambas normas y su elevación a rango de ley se llevó a cabo con la presencia de todos los condes, barones, obispos, abades y priores del reino en enero de 1225, eso sí, a cambio de la aprobación de un impuesto equivalente a 1/15 parte de los bienes muebles del país.

Conseguidos de forma más que holgada los fondos necesarios para la expedición a Gascuña, la misma se puso en marcha bajo el mando de los condes de Salisbury (tío del rey) y de Cornualles (su joven hermano menor, Ricardo, que jugaría un papel decisivo a lo largo de su reinado). La campaña fue un éxito, pues se recuperó Gascuña (asegurando el comercio) y se pusieron algunas bases para que Poitou volviera a ser inglés, pero el precio que el rey pagó por ello fue muy alto. Las disposiciones de *Magna Carta* y *Forest Charter* se difundieron por todo el país y quedó sentado el precedente de que, cuando el rey necesitase fondos para sus aventuras militares, debería lograrlos cediendo y negociando en un tira y afloja con una asamblea de nobles laicos y religiosos. Y así sería durante el resto del gobierno de los Plantagenet.

6.3. La mayoría de edad de Enrique III

Los acontecimientos de 1225 pueden considerarse como un baño de realidad suficiente para hacer crecer al nuevo rey. Así, no es de extrañar que en 1227, coincidiendo con su decimoctavo cumpleaños, Enrique proclamara a los cuatro vientos que había alcanzado la mayoría de edad y que a partir de entonces tomaría las riendas del reino y que no se sentía vinculado por ningún pacto, norma, concesión de beneficios y propiedades o ratificación de leyes (incluidas *Magna Carta* y *Forest Charter*) que hubiera suscrito durante su minoría de edad, salvo que fueran confirmados de manera expresa por él desde ese momento con su sello personal como rey de pleno derecho. Teniendo en cuenta que muchos de los magnates del reino no habían abonado el impuesto de 1/15 acordado, el mensaje era claro: quien quisiera ver sus privilegios confirmados tendría que pasar por caja.

El ya adulto Enrique III tenía como principal objetivo tratar de recuperar Poitou y Normandía, pero en 1230 él y Ricardo de

Cornualles enfermaron cuando habían iniciado con cierto éxito una campaña en el continente, lo que les obligó a regresar a Inglaterra. Además, Hubert de Burgh se convirtió en un freno para los planes de conquista de ambos hermanos y en general para el aparente golpe de autoridad con el que el rey había celebrado su mayoría de edad. Y siguió siendo así varios años hasta que el monarca se liberó de la influencia del justicia del reino.

De Burgh se había aprovechado de la indolencia y el débil carácter del rey para hacer y deshacer a su antojo (y en su beneficio) en el país, ganándose la enemistad del hermano del monarca, Ricardo de Cornualles, y del hijo del gran William Marshal, Richard. A los adversarios del justicia real se unió Peter de Roches a su vuelta de las cruzadas. Durante un tiempo, el rey se debatió entre sus dos viejos consejeros, que se habían encargado de su cuidado desde que era un niño.

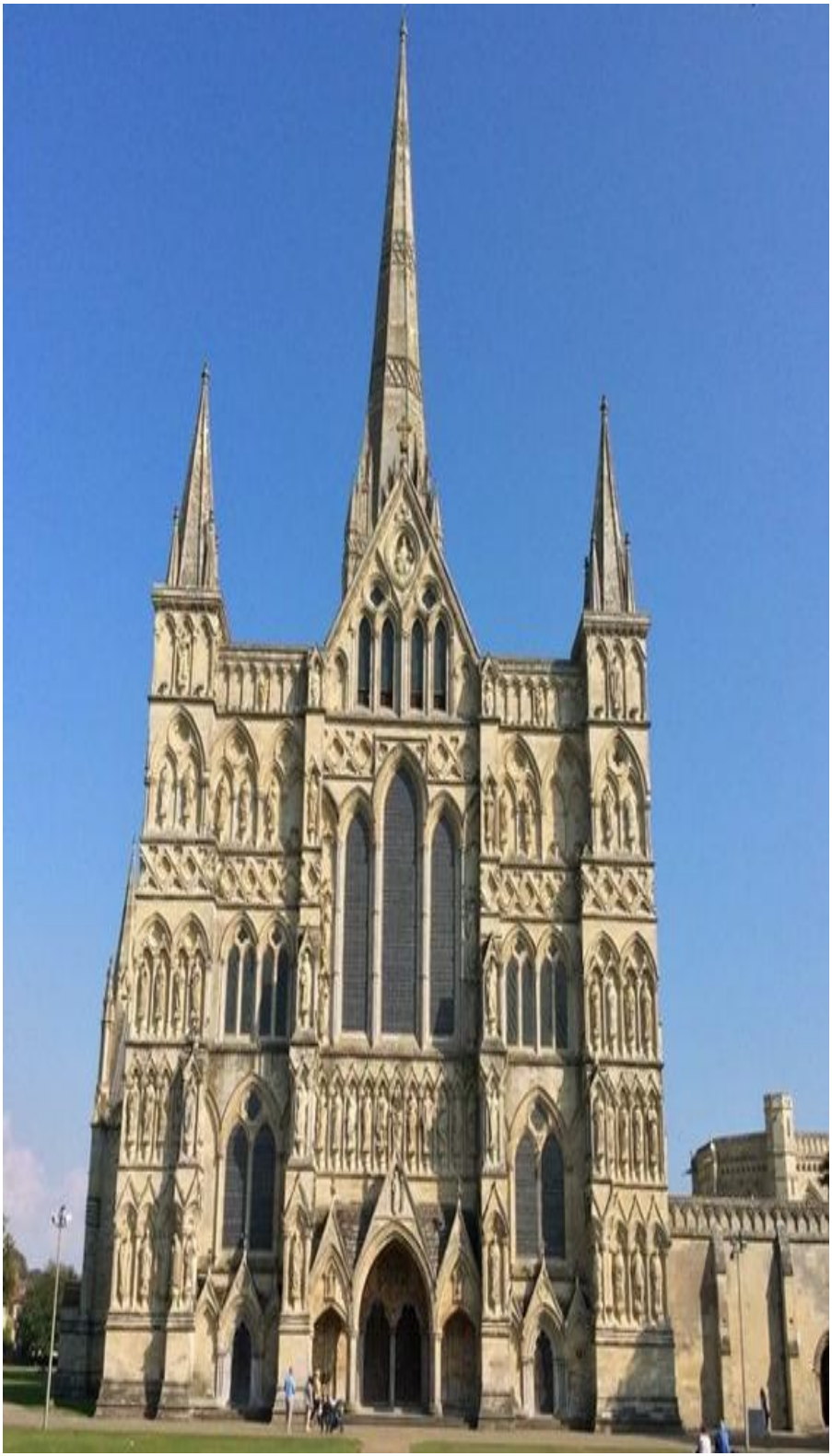
Pero en 1232, en un típico arranque de furia Plantagenet, Enrique III tuvo una fortísima discusión con De Burgh, en la que le acusó de envenenar a dos nobles fallecidos en fecha reciente. El error del favorito real fue enfrentarse con el clero. El papa había investigado sobre las circunstancias de su tercer matrimonio y De Burgh se vengó atacando a un clérigo italiano y expropiándole. El piadoso Enrique III no podía tolerar ese comportamiento y el enfrentamiento terminó con De Burgh sometido a juicio y condenado a cadena perpetua.

Des Roches había ganado la partida. El único cambio en lo que afectaba al país fue que el nuevo valido esquilmó el reino en su beneficio casi más de lo que lo había hecho el anterior y colocó a hombres procedentes de Poitou en diversos puestos clave de responsabilidad. El rey solo veía por sus ojos, y desterraba y desposeía a sus nobles sin someterlos a juicio. Esto hizo a Des Roches más impopular de lo que ya era y llevó a Richard Marshal a liderar una pequeña rebelión en 1233 que desbarató una proyectada campaña en Gales.

Ante las reiteradas quejas de sus nobles y obispos sobre Des Roches, Enrique reaccionaba eludiendo el problema, casi siempre desapareciendo a visitar algún monasterio o iglesia con interesantes reliquias. Solo en 1234, cuando fue amenazado con ser excomulgado y depuesto (es decir, sufrir el mismo destino que su padre), se puso en acción: ordenó a Des Roches que dejara la capital y volviese a ocuparse de su diócesis (era obispo de Winchester) y se hizo cargo de forma directa del gobierno, revocando algunas decisiones y nombramientos del valido y

volviendo a jurar respetar las provisiones de *Magna Carta* para gobernar de conformidad con las buenas leyes y costumbres del reino.

Enrique III empezó a mirarse cada vez más (y con más obsesión) en el espejo del rey sajón de Inglaterra Eduardo el Confesor, identificando muchas de las circunstancias de su propio reinado con las que había sufrido el antiguo monarca que, además, fue elevado a la categoría de santo en 1161. El fervor de Enrique coincidió con la época de esplendor de la arquitectura religiosa gótica en toda Europa. Ello hizo que durante su mandato proliferasen las iglesias y catedrales (como Canterbury, Lincoln y Salisbury) a lo largo y ancho de toda Inglaterra, siendo los trabajos realizados en la abadía de Westminster la culminación del anhelo religioso del monarca, que precisamente redondeaba la tarea arquitectónica de su idolatrado Eduardo el Confesor.



Catedral de Salisbury, una de las construidas durante el reinado de Enrique III

6.4. Alianzas matrimoniales

En 1236 Enrique III decidió que era hora de hacer honor a una de las principales obligaciones de todo monarca: casarse y dar un heredero al reino que asegurase la continuidad dinástica. Para ello eligió a Leonor de Provenza, hija de Ramón Berenguer IV y hermana de Margarita, que ya estaba casada con el rey de Francia Luis IX. A diferencia de su tocaya de Aquitania años antes, Leonor no aportaba al matrimonio grandes extensiones territoriales, pero sí una importante red de influencias procedentes de su madre, Beatriz de Saboya.

El condado de Saboya se encontraba, geográfica y políticamente, situado en una estratégica posición entre el Sacro Imperio (la propia hermana de Enrique III, Isabel, era la esposa del emperador Federico II) y Roma, y la familia condal de Saboya estaba distribuida con amplitud por diferentes cortes europeas. Lo que Enrique había menguado en cuanto a peso en los asuntos europeos por la pérdida de sus territorios en Francia quedaba, en parte, compensado por su alianza matrimonial.

Pero si esta unión se mostró como una prueba de la unidad del reino y de la importancia de Inglaterra en el panorama europeo, al poco tiempo (en 1238) se produjo en el país otra cuya significación en la historia inglesa, como mínimo, igualó a la del rey. Su hermana Leonor, viuda del hijo de William Marshal y conde de Pembroke, se casó con Simon de Montfort. Este era hijo del líder de la cruzada contra los cátaros que en su momento se barajó como candidato a la corona de Juan sin Tierra, y había llegado a Inglaterra en 1230 para reclamar el condado de Leicester, que le correspondía por línea materna.

El condado de Leicester había sido otorgado por Juan sin Tierra a Ranulph, conde de Chester, y cuando Simon solicitó el título, Enrique III no se lo concedió, no solo por verse ligado a lo concedido por su padre y no poder revocarlo sin ir en contra de lo dispuesto en *Magna Carta*, sino porque Ranulph había sido uno de sus más firmes apoyos en sus primeros duros años de reinado. Pero el conde de Chester ya rondaba los sesenta años y no tenía descendencia legítima. Simon se presentó ante él para hacer valer sus derechos al condado y Ranulph le tomó bajo su ala protectora, se convirtió en su más firme defensor para obtener el título y le acompañó a Inglaterra donde le introdujo en la corte y ante

Enrique. En agosto de 1231 Simon juró fidelidad al monarca y en los primeros años desde su llegada se ganó la amistad del rey, quien veía en él otra figura casi paterna, como las de sus anteriores validos, a pesar de que la diferencia de edad era de solo dos años.

El matrimonio entre De Montfort y Leonor tuvo lugar en una ceremonia casi secreta en la capilla privada del rey y no fue consultado con carácter previo (como era lo habitual en el caso de mujeres de la familia real) con los principales magnates civiles y religiosos de Inglaterra. Y, como no podía ser de otra manera, el enlace causó escándalo en el reino, tanto entre los nobles como entre los prelados. Los primeros porque no fueron consultados y Simon se había convertido, de la noche a la mañana, no solo en el más preciado consejero y amigo del rey, sino también en su cuñado y en el mayor terrateniente del país. Y los segundos porque Leonor había roto un juramento de castidad, hecho tras quedar viuda de William Marshal hijo.

Un grupo de nobles, liderado de nuevo por Ricardo de Cornualles, se levantó en armas y costó seis meses devolver la paz al reino. Simon de Montfort, que había ejercido *de facto* como conde de Leicester desde la muerte de Ranulph de Chester en 1232, recibió de manera formal y oficial el condado y el título. Además, realizó un viaje relámpago a Roma, donde obtuvo del papa la confirmación de que el voto de castidad realizado en su día por Leonor no era un impedimento para la validez del matrimonio, que fue confirmada por el pontífice.

Mientras tanto, parte de la numerosa familia saboyana de la reina desembarcó en Londres, donde el rey les colmó de tierras y honores, como el señorío de Richmond en el caso de un tío de la reina de nombre Pedro y el arzobispado de Canterbury para otro de sus tíos, Bonifacio. El tercer tío en acompañar a Leonor, Tomás, no necesitaba tierras ni títulos, pues era conde de Flandes.

Nada de esto parecía importar cuando la reina dio a luz a un heredero en junio de 1239. Enrique decidió ponerle el nombre de Eduardo, en recuerdo de su admirado rey sajón. Pero en la ceremonia de bautizo estalló una fuerte discusión entre el rey y Simon de Montfort, que puso a Enrique, sin que este lo supiera, como garante de un préstamo que pidió a Tomás de Saboya. El rey tuvo otro de sus ataques de furia propios de su familia y acusó a De Montfort de haber seducido a su hermana antes del matrimonio. El conde de Leicester y su esposa tuvieron que abandonar Inglaterra. De Montfort nunca perdonaría este agravio.

Simon viajó junto con Ricardo de Cornualles a las cruzadas

con bastante éxito. Ricardo logró recuperar Galilea, reforzó las defensas de Ascalón y consiguió que los peregrinos cristianos pudieran visitar el Santo Sepulcro. Cuando De Montfort regresó a Inglaterra en 1242 había recuperado el favor del rey. Este se encontraba, además, con la moral muy alta, porque aprovechó una disputa entre los dos hijos de Llywelyn de Gales para apoyar a uno de ellos y conseguir que le jurara obediencia como señor feudal. Esto le animó a intentar una nueva expedición para recuperar los territorios franceses de sus antecesores, pero la campaña fue un desastre y los ingleses fueron humillados en la batalla de Taillebourg-Saintes. En la derrota tuvo una parte importante de culpa un veterano personaje que ya ha pasado en varias ocasiones por este relato: Hugo de Lusignan.

Viejo rival de Juan sin Tierra, casado con su viuda Isabel de Angulema (madre de Enrique III), parece que se había enemistado con el rey de Francia y había escrito varias cartas al rey inglés animándole a atacar al francés y prometiendo su apoyo. Pero en Taillebourg negó haber garantizado su ayuda. Ni siquiera el hecho de que un indignado Ricardo de Cornualles le lanzara las cartas en las que se contenía tal compromiso le hizo reconocer esta promesa.

Al verse en clara inferioridad numérica los ingleses intentaron una bochornosa huida al amparo de la noche y fueron interceptados por los franceses, que les derrotaron, aunque la acción no pasó de ser una escaramuza. Unos días después ambos ejércitos volvían a verse las caras en Saintes, con el mismo resultado. El humillado rey inglés se vio obligado a firmar de forma apresurada una tregua por cinco años con Luis IX de Francia. El prestigio militar de Enrique III no salió bien parado, como el propio Simon de Montfort (que se había distinguido por su valentía en los enfrentamientos) se encargó de echarle en cara en persona y ante el resto de los nobles.

Algo parecido sucedió en 1245 con una sangrienta, agotadora y estéril campaña en Gales que no arrojó ningún resultado positivo para Inglaterra y mucho menos sirvió para redimir la perjudicada imagen como guerrero del rey de Inglaterra.

6.5. Una vieja historia: conflicto con los nobles del reino

En 1248, Enrique III volvió a enviar a Simon de Montfort al

continente, esta vez para proteger el condado de Gascuña, amenazado por las potencias vecinas desde los cuatro puntos cardinales. Aunque trató de establecer una política de alianzas con los señores de las tierras fronterizas con el condado, De Montfort tropezó con la oposición de los propios gascones, que sofocó a fuego y espada, llegando a cometer el sacrilegio de destruir los viñedos que constituían una de las principales fuentes de ingresos de la región.

Denunciado por los gascones, Enrique llamó al orden a De Montfort, que fue sometido a un juicio en el que la escalada de ataques y reproches entre ambos fue haciéndose peor cada día. Aunque De Montfort fue absuelto, la relación entre los dos cuñados se enrareció de manera ya insalvable. «Nunca me he arrepentido tanto de uno de mis actos como de haberte permitido la entrada en Inglaterra o poseer tantas tierras y honores en este reino que ahora te permites levantarte contra mi autoridad», es una frase que se pone en boca de Enrique III dirigida a De Montfort.

En agosto de 1253 Enrique se vio obligado a encabezar en persona una campaña militar en Gascuña para imponer el orden sobre diferentes magnates rebeldes, apoyados por Alfonso X de Castilla, quien resucitó la vieja pretensión castellana sobre el ducado gascón. El rey inglés sitió y se apoderó de los castillos de los nobles opuestos a él. Fue uno de los escasos éxitos militares atribuibles a Enrique III. El problema de Gascuña se solucionó con una misión diplomática que terminó con el hijo del rey, Eduardo, viajando a Burgos para contraer matrimonio con la hermana de Alfonso X, Leonor de Castilla.

Monasterio de las Huelgas (Burgos) donde Alfonso X el Sabio ordenó caballero al futuro
Eduardo I de Inglaterra y donde se celebró la boda entre este y Leonor de Castilla

Los sueños de Enrique de volver a reconquistar Normandía y Poitou tropezaban con una terca realidad: era una tarea que requería de un esfuerzo económico que el rey no se podía permitir y que sus nobles no querían financiar. Ya hemos hablado de una primera expedición en 1225, en la que el apoyo para recaudar un impuesto supuso la necesidad de un costoso *quid pro quo*, y sus nobles y obispos aprendieron bien la lección. Siempre que Enrique convocaba un consejo de este estilo aprovechaban para criticar el estado del reino, pero negaban de manera sistemática los fondos para una aventura que les era ajena.

Mientras Enrique volvía a utilizar formas de encontrar fondos ya empleadas por su padre y su tío Ricardo (vender privilegios y títulos, esquilmar a los judíos, primar a sus jueces y *sheriffs* por recaudar multas e impuestos a las clases media y baja), el descontento de sus nobles se personalizaba en una familia emparentada con el rey y llegada en los últimos años a Inglaterra: los Lusignan.

Recordemos que la primera esposa de Juan sin Tierra, Isabel de Angulema, se había casado en segundas nupcias con Hugo de Lusignan, y sus hijos eran, por tanto, hermanastros de Enrique III, que los recibió con honores, buscó ventajosos matrimonios que les daban importantes propiedades y les colmó de bienes. Eran, además, pendencieros, altivos, violentos y derrochadores. Esto provocó la furia del resto de señores del reino, que vieron cómo sus quejas por este comportamiento eran rechazadas por Enrique para evitar que sus parientes tuvieran que responder por sus hechos ante la justicia y defendía cualquier acción que realizaran. Esta actitud era una flagrante violación de los compromisos establecidos en *Magna Carta* y asumidos por el rey, y era cuestión de tiempo que alguien se lo recordara.

La rebelión estalló cuando, en un parlamento celebrado en 1255, el rey comunicó que había incurrido en una deuda astronómica para garantizar el apoyo del papa al nombramiento de su segundo hijo, Edmundo, como rey de Sicilia. En las fantasías de Enrique eso se asemejaba mucho a dos de sus mayores aspiraciones: recuperar territorios que hubieran pertenecido a su familia y tomar la cruz para ir a Tierra Santa. Su tía Juana había sido reina de Sicilia y Ricardo Corazón de León la rescató y tomó posesión de Mesina. Sicilia no era ultramar, pero

estaba más cerca de serlo que Inglaterra, además de tener una importante colonia musulmana en la isla.

Pero este fantasioso e irreal proyecto no tenía visos de poder realizarse. No solo la cantidad acordada con el papa resultaba muy superior a lo que se podía razonablemente recaudar en Inglaterra, sino que aunque se dispusiera de la misma y se desease destinarla a la conquista de Sicilia (lo que era más que dudoso), la realización del proyecto para el que iba destinada requería una larga y peligrosa expedición atravesando todo el continente europeo, incluidas Francia, la cordillera de los Alpes y toda Italia (desde cuyo sur se lanzaría una operación anfibia que tendría por fin conquistar la isla) para gobernar a un pueblo que ni siquiera estaba claro que fuera a aceptar a un príncipe inglés como monarca. Para terminar, el Parlamento, que ya estaba perplejo, se enteró de que Enrique había aceptado que Inglaterra fuera puesta en interdicto y él excomulgado si no lograba culminar con éxito el proceso.

En 1258, con el Tesoro vacío, los Lusignan cayendo sobre el país como una plaga de langostas, el irrealizable y costosísimo proyecto siciliano sobre la mesa y el papa amenazando con llevar a efecto el interdicto y la excomunión si no se conquistaba Sicilia, los notables del reino empezaron a plantearse seriamente si Enrique III estaba en condiciones de gobernar el país. Y además estaban dispuestos a plantearle la cuestión al mismo monarca.

6.6. Las Provisiones de Oxford (1258)

Los años 1257 y 1258 habían sido desastrosos para Inglaterra. A la epidemia de una enfermedad respiratoria en el verano sucedieron un otoño plagado de lluvias torrenciales, que arruinó las cosechas, y un durísimo invierno, que terminó de castigar a la ya diezmada población del país. En palabras de Matthew Paris: «Había cadáveres por todas partes, pálidos e hinchados, yaciendo de cinco en cinco o de seis en seis en pocilgas, entre el estiércol o en las calles fangosas».

Cuando en esas condiciones, y en las arriba narradas, el rey convocó un parlamento en abril de 1258 en Westminster para tratar de nuevo de la financiación de su aventura en Sicilia, se encontró con la férrea oposición de los magnates del reino, encabezados por su tío Pedro de Saboya y los condes de

Gloucester (Richard de Clare), Norfolk (Roger Bigod) y Leicester, su cuñado Simon de Montfort.

Los miembros del Parlamento, tras dejar sus armas a la entrada del salón de Westminster, pasaron al interior mientras el rey preguntaba si se trataba de alguna amenaza y si era su prisionero. Norfolk contestó negándolo, pero le exigió que expulsara del reino a los Lusignan y que gobernara según el consejo de sus barones, para lo cual se proponía crear un consejo de veinticuatro notables (doce elegidos por el rey y doce por los barones) de los cuales el rey debería entregar el sello real a uno. De esos se elegirían quince para aconsejar al rey en el día a día del gobierno y se reuniría cada cuatro meses el Parlamento. También exigió que Enrique III no proclamara más recaudaciones de impuestos y que él y su primogénito, Eduardo, juraran sobre los Evangelios respetar todas estas condiciones. A Enrique no le quedó otro remedio que aceptar y se pactó que el siguiente parlamento se reuniría en Oxford para concretar los detalles.

Allí, los barones hicieron un recuento de los errores cometidos por el monarca en el gobierno del reino, le acusaron de no respetar lo establecido en *Magna Carta* y le conminaron a jurar de nuevo que aceptaba las condiciones de gobierno impuestas. Sin apoyo alguno y sin otra posibilidad, Enrique III y su hijo Eduardo prestaron el juramento requerido. Pero alguna de las medidas adoptadas afectaba, y resultaba evidente que no de manera positiva, a los Lusignan, que se negaron en redondo a aceptar la situación. Simon de Montfort se dirigió a ellos y les espetó: «O perdéis vuestros castillos o perderéis la cabeza». Los Lusignan huyeron de Oxford y se refugiaron en Winchester, de cuya diócesis uno de ellos era obispo. Tras largas negociaciones, se les permitió abandonar el reino llevándose solo una pequeña parte de su fortuna, mientras el resto de la misma permanecía en Inglaterra para hacer frente a las numerosas reclamaciones existentes contra ellos.

Los trabajos del Parlamento para dar forma a las exigencias planteadas al rey llevaron un tiempo y contaron con la participación no solo de nobles y obispos, sino también de caballeros designados por los condados del reino. El documento que redactaron se conoce como *Las Provisiones de Oxford* y cuando estuvieron concluidas se enviaron a todos los rincones del país no solo en francés y latín, que era lo habitual, sino también en inglés. El encabezamiento, en nombre del rey, rezaba:

> Sabed todos que lo que han llevado a cabo los consejeros del reino, o la mayoría de ellos, que han sido elegidos por nosotros y la comunidad del reino, lo ha sido y lo será por la gloria de Dios y por lealtad a

nosotros, en beneficio del país según el leal saber y entender de los mencionados consejeros, y que así será y seguirá siendo en todo momento. Ordenamos que cualquiera que se oponga a estas disposiciones sea considerado por todos nuestros leales siervos como enemigo mortal[31].

La importancia histórica de este documento es con toda probabilidad superior a la de la famosa *Magna Carta*. Por primera vez se establecía un traspaso de poderes del monarca a un consejo de quince nobles y cleros destacados, que tendrían la última palabra en la designación de consejeros y oficiales reales, así como en la forma y destino de las recaudaciones de fondos. También establecía una descentralización del poder, en la que los condados volvían a recuperar protagonismo, al designar cada uno cuatro caballeros responsables de elevar al justicia real las quejas y agravios del condado. Así, este cargo pasó de ser el principal oficial legislativo del monarca a una especie de «defensor del pueblo» del reino. Se limitaba el mandato de los *sheriffs* a un año y su nombramiento debía realizarse entre los habitantes del condado.

Además, este cuerpo legislativo no se limitaba a proteger los derechos de los magnates del reino, sino que en él, en palabras de Sophie Ambler «los barones buscaban proteger al pueblo llano (desde la burguesía hasta la gente menos privilegiada) de las iniquidades de la justicia real. Pero lo que es más destacable es que estaban decididos también a proteger al pueblo llano incluso frente a los intereses de los propios barones [...] Esto era una clara declaración de intenciones por parte de los reformadores, puesto que destacando sus propias faltas y la de los de su clase y estableciendo la forma en que dichas faltas debían rectificarse en contra de sus propios intereses, estaban llevando a cabo una actuación sin precedentes. En *Magna Carta* no se contenía ninguna disposición de ese tipo. La norma original de 1215 se preocupaba sobre todo de proteger los derechos de los magnates tanto en relación con el poder real como en lo referente a sus arrendatarios. [...] Ahora, en 1258, los reformadores trataban de manera consciente de mejorar las condiciones de sus arrendatarios. La inclusión de estos artículos en las Provisiones constituía el símbolo de una nueva era en la actitud de los magnates[32]».

6.7. La defunción del imperio Plantagenet

A partir de ese momento, y durante los siguientes cuatro años (mientras Enrique se dedicaba a una de sus giras en busca de lugares con significación religiosa), el gobierno del país quedó en manos del consejo de barones, que retomó negociaciones en Gales y Francia y trató de retirarse sin consecuencias del proyecto siciliano. La personalidad dominante de este consejo era Simon de Montfort.

El 4 de diciembre de 1259, en París, se produjo un hecho de gran simbolismo para la dinastía Plantagenet. Como parte de un acuerdo de paz suscrito por el consejo de notables, Enrique III se arrodillaba ante Luis IX de Francia y le reconocía como señor feudal por las posesiones continentales que mantenía (Gascuña, con su capital Burdeos, y algunas ciudades costeras). Además, se daba carácter oficial a lo que todo el mundo, salvo los Plantagenet, veía como una realidad indiscutible: Enrique III renunciaba a cualquier pretensión sobre los territorios históricos de su dinastía (Normandía, Maine, Poitou y Anjou). Ya no era un asunto entre iguales, sino entre un conde vasallo y un rey señor. Era la sentencia de muerte de un imperio nacido poco más de cien años antes, y harían falta casi otros cien para que los reyes ingleses volviesen a reclamar la soberanía de esos y de otros territorios franceses.

El acuerdo contó con la oposición inicial de De Montfort, que actuaba en defensa de los derechos de su esposa y hermana del rey de Inglaterra, Leonor. Luis de Francia había exigido que los hermanos del rey inglés también firmaran la renuncia a sus derechos y, mientras Ricardo de Cornualles lo había hecho sin problema, Leonor se negó a firmar si antes su hermano no le abonaba ciertas cantidades que le adeudaba. Tras conseguir que parte de la compensación que el rey de Francia se comprometía a abonar al de Inglaterra por su renuncia se destinara a saldar la deuda de Enrique con su hermana, esta accedió a firmar la renuncia a sus derechos sobre los territorios familiares en el continente.

Lo firmado en París suponía el momento más bajo del reinado de Enrique III, desposeído del poder en su país y de la herencia histórica de su familia, más preocupado de cuestiones místicas y religiosas y siempre en manos de diferentes nobles que buscaban su propio provecho. Como dice Dan Jones: «Aunque rodeado en todo momento de individuos con talento, siempre fue capaz de aceptar el consejo equivocado de la gente equivocada en el momento equivocado[33]». Para Peter Ackroyd «…era muy impresionable y tendía a favorecer las opiniones de la última persona con la que había hablado[34]».

Aunque ciñó la corona todavía unos cuantos años más, a partir de las Provisiones de Oxford la antorcha de la defensa de los intereses reales de los Plantagenet empezó a pasar a su hijo Eduardo. Y era un formidable defensor de esos intereses, en Inglaterra y fuera de ella.

6.8. La «monarquía parlamentaria»: de Lewes a Evesham

En 1262 Enrique III recuperó por un periodo breve de tiempo el poder, aprovechando las disensiones entre los miembros del consejo (cada uno mirando por sus propios intereses) y, cuando el papa declaró nulas las Provisiones de Oxford, Simon de Montfort, cabeza visible del consejo de veinticuatro notables del reino, dejó Inglaterra. Pero Enrique volvió a gobernar sin tener en cuenta las limitaciones que había aceptado con carácter previo y, como era previsible, de nuevo se encontró con la oposición de los grandes señores.

En 1263 Simon de Montfort regresó al país y se puso al frente del ejército rebelde, que llegó a dominar parte del territorio inglés, incluida la ciudad de Londres. Los ciudadanos de la capital no estaban en absoluto contentos con el gobierno del rey y con las actividades de su hijo Eduardo (que penetró con sus hombres en la iglesia del Temple de la capital y se apropió de alrededor de mil libras guardadas en su caja fuerte) así que abrieron encantados las puertas al conde de Leicester y su tropa. Enrique y su esposa fueron instalados en la Torre de Londres. Cuando la reina intentó salir de la ciudad para reunirse en Windsor con su hijo, varios grupos de ciudadanos le impidieron el paso y le lanzaron todo tipo de objetos e inmundicias, forzando su regreso a la torre.

En septiembre de ese año Enrique y Simon acordaron una tregua para someter sus discrepancias al arbitraje de Luis IX de Francia. El rey y la reina viajaron al continente, pero Enrique retornó en octubre a Inglaterra para atender una reunión del Parlamento y se reunió con su heredero Eduardo mientras la reina permanecía en Francia. La sesión parlamentaria no alcanzó acuerdo alguno y el rey y su hijo se retiraron a Windsor, dejando a los insurrectos el dominio de la capital. Simon, a su vez, instaló

su base en el poderoso castillo de Kenilworth. Desde allí inició viaje hacia Francia para defender su caso ante el rey Luis, pero sufrió una caída del caballo y se rompió una pierna, lo que le imposibilitó estar presente en las sesiones en las que cada parte presentó sus alegaciones ante el monarca francés.

En enero de 1264 Luis IX dictó su laudo arbitral. Como era de esperar (no dejaba él mismo de ser un monarca que veía en las pretensiones de los barones un movimiento peligroso para la institución que podía prender en su reino) dictaminó que las Provisiones de Oxford eran nulas y ordenó la retroacción de cualquier decisión o privilegio otorgado tomando estas como base. También declaró que Enrique tendría derecho a designar todos los principales cargos en Inglaterra (justicia del reino, tesorero, canciller, *sheriffs*, jueces…), aunque dichos puestos fuesen ocupados por extranjeros. Concluía fallando que Enrique «tendrá plenos poderes para gobernar con libertad en su reino y sus dependencias[35]».

Era evidente que los barones rebeldes no se iban a conformar con esta resolución del conflicto, por lo que todo hacía predecir que Inglaterra se encaminaba hacia una nueva guerra civil. El primero en mover ficha fue el príncipe Eduardo, quien en la primavera de 1264 lanzó una serie de ataques que hicieron que los realistas recuperasen el control de casi todas las plazas excepto la capital. En mayo, a las fuerzas rebeldes no les quedó otro remedio que jugársela a una carta, planteando una batalla en campo abierto.

Ambos ejércitos se encontraron en Lewes el 14 de mayo de 1264, y contra todo pronóstico (se hallaban en clara inferioridad numérica y muchos de sus miembros, incluido el propio conde de Leicester, cansados y heridos) las fuerzas de Simon de Montfort vencieron a las del príncipe Eduardo e hicieron prisionero al propio Enrique III, que comandaba una de las alas del ejército real. Eduardo, al frente del cuerpo central de las fuerzas reales, había atacado con furia y desarbolado el centro del ejército rebelde, que huyó. El príncipe y sus hombres se lanzaron en su persecución durante horas, solo para descubrir cuando volvieron, pensando que el triunfo era suyo, que el resto de su ejército había sido derrotado y que el rey estaba refugiado en una iglesia, rodeado por los rebeldes.

Como consecuencia de ello, De Montfort pudo imponer sus condiciones: el rey fue confinado en Londres y se designó un consejo de nueve barones, dirigido por De Montfort, que ejerció como rey *de facto*. Además, el primogénito del monarca quedó

como rehén en el castillo de Dover, para evitar cualquier maniobra por parte de su padre contra los nuevos regentes del reino. A partir de entonces, De Montfort ejerció de forma personal y directa el poder. Era en todo, excepto en el nombre, el verdadero rey de Inglaterra.

Durante la «regencia» de De Montfort, este convocó por dos veces (1264 y 1265) al Parlamento, en el que estaban representados caballeros y hombres designados por los condados y ciudades importantes de Inglaterra. Pero para los nobles del país, el gobierno del conde de Leicester no supuso el cambio que buscaban en la forma de dirigir los asuntos del reino. Se trataba, por decirlo gráficamente, del mismo perro con distinto collar. Amparándose en la necesidad de salvaguardar la seguridad del territorio, De Montfort repartió grandes extensiones de las propiedades de la familia real entre sus hijos, lo que le ganó la enemistad de algunos de los barones que con carácter previo le habían apoyado, como el conde de Gloucester, Gilbert de Clare. Él y otros nobles volvieron de nuevo sus ojos hacia la familia real, pero, mientras Eduardo estuviese en poder de De Montfort, estaban atados de pies y manos.

Este último cometió el error de rebajar la vigilancia sobre el príncipe, que por entonces se hallaba en Hereford, y le había permitido recibir visitas, aunque siempre bajo la vigilancia de varios guardias. Un día, Eduardo recibió a tres amigos: Leybourne, Clifford y Thomas de Clare, hijo del conde de Gloucester. Decidieron salir a cabalgar con la excusa de poner a prueba la resistencia de sus caballos. Los acompañaban varios guardias. En un momento dado, en un bosque cerca de Hereford, Eduardo se dirigió a los soldados, les dijo: «Que tengan ustedes un buen día, caballeros», picó espuelas a su caballo, aprovechó la ventaja que le daban las fuerzas que este había guardado y se dirigió a un lugar acordado con carácter previo, donde le aguardaba un hombre con caballos de refresco. Huyeron de los hombres de De Montfort y se dirigieron a Ludlow, donde les esperaba un grupo de nobles liderado por el conde de Gloucester. Ante ellos, Eduardo reiteró el juramento que él y su padre habían realizado en Oxford en 1258 y se lanzó a terminar de una vez por todas con el conde de Leicester, a pesar de que su padre se encontraba todavía en su poder.

Una vez Eduardo escapó de las garras de De Montfort pudo organizar un ejército para enfrentarse al conde de Leicester. El 4 de agosto de 1265 De Montfort y sus fuerzas estaban en Evesham y esperaban encontrarse allí con el ejército dirigido por Eduardo, que según sus informaciones no llegaría hasta el día siguiente. En

ese momento, el príncipe demostró por primera vez su fortaleza de carácter y su genio militar. Hizo viajar a su ejército toda la noche y sorprendió a las tropas de De Montfort. Evesham no fue una batalla, fue una masacre («The murder of Evesham, for battle it was none», escribió un cronista de la época). Situado en medio del ejército rebelde y con una armadura con los colores de De Montfort, Enrique III fue herido y solo se salvó por el hecho de darse a conocer al caballero que iba a matarlo.

Abadía de Evesham, en la que Simon de Montfort se instaló antes de la batalla y en la que muchos de sus seguidores buscaron refugio y fueron masacrados por las fuerzas del príncipe Eduardo

Welcome to De Montfort University

La muerte del conde de Leicester puso fin a dieciocho meses de gobierno en el que, por primera vez en la historia de Inglaterra, una sola persona ostentó el poder propio de un rey en vida y por encima de este.

DE MONTFORT
ERECTED

La huella de Simon de Montfort, conde de Leicester, sigue siendo palpable en esta ciudad, donde la universidad lleva su nombre y su estatua preside el céntrico Tower Clock

La cuestión de si el periodo de gobierno de Simon de Montfort constituye o no un precedente directo del actual sistema parlamentario británico merece ser estudiada con detalle. Pero antes es preciso concluir con el relato del reinado del hijo de Juan sin Tierra.

6.9. Los años finales de Enrique III: el paso adelante del príncipe Eduardo

Después de Evesham, Enrique III se mostró más que encantado de dejar las riendas del gobierno en manos de su primogénito, dedicándose en cuerpo y alma a sus devociones religiosas. Eduardo era ya un hombre hecho y derecho, de una estatura inusitada para la época (1,90 m.), experimentado jinete y guerrero y hábil caudillo militar, cualidades que parecía haber heredado de su tío abuelo Ricardo Corazón de León. Los característicos arranques de ira de los Plantagenet encontraron en él a uno de sus más típicos representantes, lo que causó cierta desconfianza en los nobles del país, que tampoco apreciaban que durante los años entre las Provisiones de Oxford hasta Evesham el joven hubiese cambiado de bando en varias ocasiones y que en algún episodio del conflicto no hubiese dudado en romper su palabra para obtener algún beneficio militar. *La Canción de Lewes,* un poema laudatorio hacia la figura de De Montfort le describe así:

> Es un león por su orgullo y ferocidad; por su inconsistencia y variabilidad es un leopardo, que no mantiene su palabra o sus promesas y que se excusa con palabras bonitas[36].

La tarea de reconstruir el reino después de Evesham no era fácil, y no ayudó a ello que Enrique dictara una proclama que declaraba proscritos a todos los seguidores de De Montfort y los desposeía de sus propiedades. Eduardo, que al principio se había mostrado proclive a perdonar a los rebeldes que se habían dirigido a él para solicitarlo tras la batalla, no hizo ascos, sin embargo, a la proclama de su padre, y participó en el reparto del

expolio de los rebeldes (a los que se llegó a conocer como los Desheredados), lo que le ganó la enemistad de algunos barones del reino y de los habitantes de Londres (cuyos ciudadanos fueron condenados a pagar una multa que no terminaron de satisfacer hasta bien entrado el reinado de Eduardo, en 1301) y otras ciudades.

Después de perseguir a grupos de Desheredados por todo el país durante el año 1265, Eduardo comenzó a darse cuenta de que sería más inteligente utilizar la zanahoria que el palo y empezó a ofrecer el perdón a los rebeldes, a cambio de que depusieran las armas. Pero no todos lo hicieron y Eduardo se vio incluso obligado a aceptar el desafío del líder de uno de esos grupos, que le retó a un duelo individual en el que el príncipe venció. Seguía habiendo grupos de Desheredados por todo el país, el más importante de ellos en el poderoso castillo de Kenilworth. Hizo falta una promesa de perdón y de posibilidad de recuperar sus tierras (aunque a un altísimo precio) para que la guarnición de Kenilworth se rindiera en diciembre de 1266, tras más de seis meses de sitio. A ella le siguieron el resto de los Desheredados.

Otro elemento de discordia había sido Gales, donde Llywelyn ap Gruffydd (nieto de Llywelyn el Grande) había aprovechado la crisis en Inglaterra para rebelarse. En 1267 se firmó el Tratado de Montgomery, por el que por primera vez Inglaterra reconocía a un galés con el título de príncipe de Gales y se le concedían las tierras conquistadas. No sería la última vez que Llywelyn y Eduardo se vieran las caras y, a la larga, los resultados no serían tan favorables para el galés.

Al final, el Estatuto de Marlborough de 1268 ponía las bases para cerrar las heridas de los reinados de Juan sin Tierra y Enrique III, y establecía unos principios de gobierno del reino en el que participaron tanto el príncipe Eduardo como los principales señores laicos y eclesiásticos de Inglaterra. Sellada la paz en el país, con su padre todavía vivo, ya casado con Leonor de Castilla y con un heredero al reino en principio asegurado al haber tenido ya tres hijos, las ansias de aventuras y de batalla del príncipe Eduardo tendrían que ser aplacadas de otra forma y en otro lugar. Este no podía ser otro que Tierra Santa y la cruzada que el rey Luis IX de Francia había convocado para 1270. Después de conseguir, no sin dificultad y a cambio de algunas cesiones, que el Parlamento aprobase recaudar un impuesto para financiar su ejército, Eduardo partió hacia ultramar el 20 de agosto de 1270.

6.10. La cruzada que casi cuesta la vida a Eduardo y la muerte de Enrique III

La idea de los ingleses era unirse a las fuerzas del rey francés Luis IX, que también acudiría a Tierra Santa. Sin embargo, al llegar a Francia, Eduardo se enteró de que Luis ya se había dirigido al puerto de salida, Aigues Mortes. Los ingleses cruzaron Francia a toda velocidad, pero al llegar al citado puerto se encontraron dos malas noticias: la primera, que Luis ya había zarpado; y la segunda, que no lo había hecho hacia Tierra Santa, sino hacia Túnez. El hermano del rey de Francia, Carlos de Anjou, había conquistado la Corona de Sicilia y quería asentar sus dominios recordando a los vasallos tunecinos de su reino que llevaban cierto retraso en el pago de las cantidades adeudadas al tesoro real.

Sin embargo, el ejército francés había sido muy diezmado por una plaga que se llevó por delante al propio rey Luis, por lo que a partir de entonces los ingleses estaban solos. Lo más sensato hubiera sido poner fin a la aventura y volver a casa, pero Eduardo no quiso saber nada de ello, y su flota puso rumbo a Tierra Santa. Por aquel entonces, las posesiones cristianas se habían limitado a una estrecha franja de tierra con capital en San Juan de Acre, donde arribó la flota inglesa.

Pronto Eduardo se dio cuenta de la realidad. Ni sumando sus fuerzas a los cristianos ya residentes en Tierra Santa y a las de las órdenes militares tenían la más mínima posibilidad de hacer frente a las tropas musulmanas, lideradas por los mamelucos del sultán Al-Zahir Baybars. Eduardo buscó y consiguió una alianza con los mongoles liderados por Agabha Kan (nieto del gran Gengis). La caballería mongola atacó Aleppo y los ingleses aprovecharon la dispersión de las fuerzas musulmanas que eso provocó para lanzar una ofensiva.

El fracaso fue total. No solo los ingleses fueron incapaces de tomar el castillo de Qaqun, a medio camino entre Acre y Jerusalén, sino que poco después se enteraron de que los mongoles habían dado media vuelta y el grueso de las fuerzas musulmanas estaba regresando, por lo que Eduardo tuvo que volver a Acre. Todo lo que habían hecho sus tropas había sido rapiñar y matar en varias desgraciadas poblaciones de los alrededores.

Por entonces, la presencia de Eduardo empezaba a ser incómoda, no solo para sus enemigos mamelucos, sino para los cristianos de San Juan de Acre, que se habían acostumbrado a una convivencia con los musulmanes en la que el comercio entre unos y otros era muy lucrativo para ambos. Musulmanes y cristianos acordaron una tregua por diez años que Eduardo se negó a firmar, decidido a seguir adelante hasta tomar Jerusalén. Se había convertido en una molestia para todos.

Entonces se produjo un hecho que puso fin a la cruzada y casi a la vida de Eduardo. Uno de los lugartenientes del sultán llegó a Acre con algunos compañeros, pretendiendo haber desertado del bando mameluco. Eduardo les dio la bienvenida y no sospechó nada cuando uno de los desertores musulmanes le pidió una audiencia privada para informarle sobre el sultán. A solas con Eduardo y el intérprete, el musulmán sacó un puñal envenenado y trató de asesinar a Eduardo. Aunque este pudo reducirle, el musulmán tuvo tiempo de herirle.

La vida de Eduardo pendió de un hilo durante días y, aunque logró recuperar con lentitud la salud, la cruzada estaba ya condenada al fracaso. Todavía convaleciente, zarpó en septiembre de 1272 hacia Sicilia, donde fue recibido y agasajado por Carlos de Anjou. Allí se enteró de que el 16 de noviembre de ese mismo año había fallecido su padre Enrique III y que, por tanto, era rey de Inglaterra.

6.11. ¿Nació el Parlamento moderno inglés en el reinado de Enrique III?

Enrique III fue un rey sin gran personalidad, más preocupado por cuestiones religiosas que políticas y gobernado por unos y por otros. En ese sentido, su reinado, atrapado entre dos tan convulsos y llenos de acontecimientos como los de su padre Juan y su hijo Eduardo I, habría pasado a la historia solo por haber sido el más largo de un rey inglés hasta el de la reina Isabel I.

Pero hubo una circunstancia que ha merecido mayor atención por los historiadores: el poco más de un año transcurrido entre las batallas de Lewes y Evesham, en el que el gobierno efectivo estuvo en manos de Simon de Montfort con el rey como figura despojada de todo poder y un Parlamento al que De Montfort

rendía cuentas. Así planteado, parece que este régimen fue un precedente directo del actual sistema parlamentario británico, aunque esta afirmación debe ser matizada.

La existencia de algún tipo de consejo de notables ya venía existiendo en Inglaterra desde el Witenagemot de los sajones, que se reunía una o dos veces al año y que estaba formado por los principales nobles y obispos del reino, y también fue utilizada por los reyes normandos. Poco a poco este consejo de nobles fue tomando conciencia de sí mismo como un órgano colegiado, llegando a exigir a los reyes que no cambiasen las leyes del reino sin su participación y su aprobación.

Un paso más se dio en el reinado de Juan sin Tierra, que en 1212 ordenó a los *sheriffs* que acudiesen a los consejos reales acompañado de cinco o seis de los más destacados caballeros de su condado. Es cierto que Juan requería su presencia para «hacer lo que yo les diga que tienen que hacer». Con el avance que supuso *Magna Carta*, uno de los puntos novedosos fue que ningún rey podía acordar la recaudación de impuestos extraordinarios sin el consenso de la comunidad del reino. Sin embargo, para los redactores del famoso documento «el reino» significaba solo los barones y los obispos.

Enrique III fue el primero en utilizar el término «parlamento» (procedente del francés *parler*) para las reuniones de este consejo en 1236, pero al principio incluían solo a nobles y obispos. Fue en 1254, cuando las extraordinarias necesidades de financiación para la conquista de Sicilia requirieron del consenso de un número mayor de contribuyentes, cuando Enrique requirió que los *sheriffs* fuesen acompañados de dos caballeros del condado y también se permitió la asistencia del bajo clero.

Cuando De Montfort tomó el poder en 1264 requirió la presencia en el Parlamento de dos representantes de las ciudades (burgueses), aunque no por dotar de un mayor contenido democrático a sus decisiones, sino por contar con mayores apoyos contra los grandes barones del reino que se oponían a él.

Todavía a día de hoy se discute en Inglaterra si la lucha que llevó a cabo De Montfort en la Batalla de Lewes y su gobierno posterior le convierte en un paladín de la democracia y un predecesor del actual sistema de gobierno británico, donde el rey reina, pero no gobierna, o si actuó por motivos solo personales. Parece evidente que ni él ni el resto de los barones rebeldes de Lewes tenían en mente nada parecido al actual sistema político británico, pero tampoco parece justo pensar que solo buscaba el beneficio personal, dado que al menos siempre afirmaban hacerlo

por recuperar la vigencia de las «buenas leyes y costumbres del reino». En palabras de Simon Schama:

> Pocos líderes carismáticos han acometido un objetivo sin una parte de ambición egoísta y de vanidad. Y Simon no fue una excepción. Pero tampoco cabe duda de que creía que lo que era bueno para los De Montfort también era bueno para Inglaterra. Y por un tiempo, al menos una buena parte de los nobles y de los ciudadanos del reino también lo creyeron[37].

Por su parte, Matthew Lewis glosa así la figura de Simon de Monfort y la importancia de lo ocurrido durante el tiempo en que gobernó el país:

> El lugar de Simon de Montfort en la historia inglesa viene definido por el año que siguió a la batalla de Lewes y hasta hace poco parecía intocable. Cualquier escolar de la época victoriana le hubiese colocado en un pedestal como padre del sistema parlamentario inglés y de la democracia occidental. Se olvida con frecuencia su codicia de cruzado sediento de sangre y su antisemitismo. No hacía nada de manera dócil. Era un fiero soldado, un fiero cruzado, un hombre fieramente pío y un fiero reformador. Combinaba todo esto con un fiero odio a los judíos y a todo tipo de herejes, una fiera convicción de la justicia de su causa y una fiera avaricia alimentada por su recientemente adquirido poder. Puede ser objeto de debate si lo que sucedió después de Lewes se correspondió con una genuina reforma muy avanzada a su tiempo que sitúa a Simon siglos por delante de sus iguales o si se trató más bien de un desesperado y obligado realismo a corto plazo. La sesión del Parlamento convocada en junio para supervisar y aprobar la nueva forma de gobierno incluyó a los señores de las Marcas galesas, que comparecieron con los prisioneros que habían hecho, así como a los barones norteños leales al rey. Simon también envió escritos en nombre del rey dando instrucciones a cada condado para que eligieran a cuatro caballeros para asistir a la reunión y representar a su condado. Esto no fue, sin embargo, el comienzo de un nuevo movimiento político. No fue, de hecho, el comienzo de nada. […] La contribución atribuida a Simon en el nacimiento y crecimiento de la representación parlamentaria y la democracia es posible que haya sido sobreestimada y romantizada vista con retrospectiva. Su caída desde que alcanzó su posición privilegiada fue tan rápida que el potencial de sus intentos reformistas iniciales se ha proyectado hasta atribuirle cambios que estaban muy lejanos en el tiempo y que con toda probabilidad eran ajenos a su pensamiento. […] Necesitaba demostrar que su régimen contaba con el apoyo general y tenía que encontrarlo entre los prelados y sustituyendo a los barones por caballeros y burgueses. Es improbable que Simon pensase en algo tan ambicioso como la democracia representativa. […] Era un reformador que buscó controlar a los magnates a través del uso de un consejo. Simon tenía una visión, pero no era la de una democracia parlamentaria representativa[38].

Lo que sí es cierto es que durante más de un año hubo un sistema en el que se convocaron parlamentos con representación diversa y sin participación directa del rey en el gobierno del país. También lo es que el reconocimiento de la participación de los

caballeros y los burgueses en el parlamento supuso el inicio de su inclusión en el sistema social, lo que provocó que tanto caballeros como burgueses fueran evolucionando en una progresiva estratificación y diferenciación de clases entre ellos.

Capítulo 7

Eduardo I (1272-1307): la construcción de Gran Bretaña

7.1. El regreso a Inglaterra y los inicios del reinado de Eduardo I

Cuando Eduardo se enteró en Sicilia de que era rey de Inglaterra no se dio excesiva prisa en regresar al país a tomar posesión de la corona de su padre. Era algo que llevaba tiempo esperando y había tomado sus medidas al respecto. Delegó en su mano derecha y hombre de confianza, Robert Burnell, para que llevara las riendas del gobierno del país mientras él recorría Francia disfrutando de su fama de cruzado, haciendo lo posible para asegurar el condado de Gascuña y rindiendo homenaje por el mismo al rey Felipe III de Francia.

Eduardo I fue coronado en Westminster el 19 de agosto de 1274 junto con su esposa Leonor de Castilla. A diferencia de lo ocurrido con su padre, que era un niño de nueve años cuando subió al trono, Eduardo era un experimentado caudillo político y militar de treinta y cinco años, de una apariencia física formidable, causa por la que se le conoció con el nombre de *Longshanks* («piernas largas»).

Lo primero que hizo tras ser coronado fue enterarse en detalle del estado de su reino. En una tarea comparable al *Domesday Book* de Guillermo el Conquistador, realizó un listado detallado de los propietarios y de los bienes en Inglaterra conocido como *Hundred Roll* (un *hundred* era una unidad administrativa inferior al condado). También tomó nota de todas las quejas y reclamaciones de los ciudadanos contra los *sheriffs*, jueces y demás oficiales reales. Aunque era imposible que hiciera frente a todas las

acusaciones de corrupción y crimen vertidas contra sus funcionarios, el mensaje era que no se tolerarían ese tipo de conductas durante el reinado de Eduardo I.

Esta actitud era la necesaria si el nuevo rey no quería pasar por las mismas dificultades políticas y financieras que su padre y su abuelo habían tenido con los nobles, el clero, los caballeros y los burgueses del reino a los que necesitaba para llevar a cabo los objetivos de su reinado. A diferencia de su padre y del resto de sus predecesores Plantagenet, Eduardo no tenía un imperio que defender sino un reino que consolidar. Sabía desde muy joven que su padre había renunciado a cualquier derecho sobre los territorios continentales de la familia (excepto Gascuña).

El nuevo rey, más bien, puso la mirada para la expansión de sus dominios dentro de las propias islas británicas. Su reinado estaría marcado por sus hechos en Gales y Escocia, hasta el punto de que ordenó que en su ataúd se hiciera grabar la leyenda *Scottus Malleorum* («martillo de los escoceses»). Hay que tener en cuenta que el hecho de que Guillermo el Conquistador no intentara conquistar ni Gales ni Escocia hizo que durante dos siglos en ambas regiones se mantuvieran una identidad, una cultura y un lenguaje propios y diferenciados de los de Inglaterra, a la que solo les ligaban unos poco definidos juramentos de reconocimiento a su rey como *overlord* o señor feudal por parte de príncipes galeses y reyes escoceses. Eduardo I pretendía que ese título de señor feudal pasara a ser algo más que un homenaje honorífico en ocasiones señaladas. En esencia buscaba que galeses y escoceses contribuyesen a sus proyectos como los ingleses: con hombres y dinero. Ni unos ni otros iban a ponerle fácil las cosas.

7.2. La incorporación de Gales a la Corona inglesa

La conquista de Gales era un viejo anhelo de los reyes ingleses, pero las dificultades orográficas y la estrategia de guerra de guerrillas seguida por los galeses, que evitaban de forma sistemática la batalla en campo abierto, dificultaba la conquista.

Una de estas invasiones la llevó a cabo Enrique III en 1257 y resultó un completo fracaso. Los galeses, liderados por Llywelyn ap Gruffydd, no solo rechazaron el ataque inglés, sino que en los siguientes años aprovecharon las dificultades internas de Enrique III para conquistar diversas tierras fronterizas y aumentar el

territorio en su poder.

En 1267, a los problemas internos de Enrique en su reino se unió la decisión de su hijo Eduardo de partir a las cruzadas. Para hacer frente a ambos asuntos, Enrique necesitaba paz en la problemática Gales. Por ello firmó con Llywelyn el Tratado de Montgomery (1267), en el que no solo garantizaba el mantenimiento de las conquistas del de Gwynned, sino que, por primera vez en la historia, Inglaterra reconocía de manera oficial a un galés con el título de «príncipe de Gales». A cambio, Llywelyn reconocía al rey de Inglaterra como señor superior al que debía rendir homenaje y se comprometía a pagar en los siguientes años una importante suma económica.

Sin embargo, diversas cuestiones dificultaron el mantenimiento del Tratado de Montgomery con posterioridad: en primer lugar, este acuerdo había dejado sin resolver disputas fronterizas entre Llywelyn y varios poderosos nobles ingleses, lo que ocasionó más de un choque entre unos y otros; en segundo lugar, Gales no era un país rico, por lo que el pago de las compensaciones económicas a las que Llywelyn se había comprometido empezó a retrasarse; por último, el príncipe de Gales se vio obligado a hacer frente a una rebelión interna liderada por su hermano Dafydd, que acabó con los rebeldes refugiados en suelo inglés ante el enfado de Llywelyn. Los magistrados ingleses se limitaron a reseñar que el Tratado de Montgomery prohibía que Inglaterra suministrara armas a enemigos del príncipe en Gales, pero nada decía de acoger a estos enemigos en Inglaterra y que, por tanto, no estaban obligados a entregar a estos fugitivos a Llywelyn.

Cuando Eduardo I subió al trono, su actitud inicial hacia el problema galés fue de tolerancia y comprensión hacia Llywelyn; en una situación económica más que difícil, su prioridad era cobrar las compensaciones acordadas en Montgomery, por lo que dio instrucciones a sus nobles y autoridades de evitar cualquier disputa que pudiera servir de excusa a los galeses para no realizar los pagos.

Sin embargo, la paciencia de Eduardo se fue agotando poco a poco. Varios encuentros previstos entre ambos dirigentes (entre otros fines, con el objetivo de que el príncipe de Gales rindiera homenaje al rey de Inglaterra) se frustraron, el último de ellos después de que Eduardo esperara en vano a Llywelyn en Chester durante una semana y que el galés alegara que no se garantizaba su seguridad en suelo inglés, lo que Eduardo interpretó como un insulto a su ofrecimiento de hospitalidad. Además, entendía, y no

le faltaba razón, que detrás de ello se encontraba un desafío del príncipe a su situación de vasallaje respecto del rey inglés.

Pero el acontecimiento que marcó la definitiva ruptura entre ambos fue la decisión de Llywelyn (soltero y sin descendencia a sus cincuenta años) de contraer matrimonio. Esta cuestión no hubiera supuesto ningún problema si no fuera porque la esposa que eligió era ni más ni menos que Leonor, la hija del viejo enemigo de Eduardo I, Simon de Montfort. Convertir en princesa de Gales a un miembro de la familia De Montfort cuando apenas habían pasado diez años desde la muerte de este podría convertirse en un banderín de enganche para desafectos al reinado de Eduardo. Los ingleses abordaron el barco en que viajaba Leonor, la apresaron y la llevaron a Londres. Pasaría los tres años siguientes en la Torre.

Eduardo se había mostrado paciente con los problemas de Gales, pero cuando decidió actuar lo hizo con contundencia: en noviembre de 1276 el Parlamento declaró la guerra a Gales y en menos de un año los ejércitos ingleses (dirigidos en persona por el rey en la parte final del ataque) recuperaron todas las tierras conquistadas por Llywelyn en los últimos treinta años.

El avance del ejército inglés fue precedido de una hercúlea tarea de ingeniería en la que se construyeron caminos de tres metros de ancho y se talaron enormes extensiones de bosques. Y Eduardo ordenó erigir a lo largo de la frontera una impresionante línea de castillos que sirviera de base al ataque y asegurara los suministros. Hecho esto, el 3 de julio de 1277 avanzó con sus fuerzas desde Worcester, mientras otros dos cuerpos de ejército se dirigían a Gales desde el norte y desde el sur. Le acompañaba el hermano de Llywelyn, Dafydd.

Castillos de Conwy y Rhuddlan, dos de las fortalezas construidas por Eduardo I para cimentar
su conquista de Gales

El avance, gracias a las medidas tomadas por Eduardo, fue rápido. Los galeses habían sido privados de su modo de hacer la guerra y Llywelyn sabía que no podía luchar en campo abierto con los ingleses. El momento decisivo fue la toma de la isla de Anglesey, «el granero de Gales», de la que dependía la alimentación de las gentes del lugar. Sin Anglesey, Llywelyn tuvo que rendirse.

Castillo de Beaumaris, construido por Eduardo I en la isla de Anglesey

Se vio obligado a firmar el 9 de noviembre de 1277 el Tratado de Conwy, por el que quedaba sin efecto el trabajo de toda una vida y por el que se veía obligado a compartir sus posesiones en Gwynedd con su hermano Dafydd. Los ingleses le permitieron conservar el título de príncipe de Gales, pero más como una burla de su nueva situación que como muestra de reconocimiento. Llywelyn tuvo que soportar una última humillación: su juramento de homenaje al rey de Inglaterra ya no se realizaría en Gales o en lugares cercanos como Chester. El príncipe de Gales tuvo que ir a arrodillarse ante el rey de Inglaterra a Londres, donde prestó ese homenaje en la abadía de Westminster el día de Navidad de 1277. La boda entre Llywelyn y Leonor ya podía celebrarse, pero Eduardo no les permitió casarse en Gales como hubiese sido lo normal. Tuvieron que hacerlo en Worcester. Esta imposición fue una de las muestras que Eduardo I dio de que la independencia de Gales había terminado.

Para demostrar a qué extremo llegaba la situación podemos citar una curiosa anécdota. En 1191, los monjes de la abadía de Glastonbury habían anunciado al mundo que habían localizado dentro de sus muros las tumbas que contenían los restos mortales del mítico rey Arturo y de su esposa la reina Ginebra. En los siglos XII y XIII los relatos y leyendas sobre el rey Arturo se encontraban en su apogeo. Según Geoffrey de Monmouth, en su *Historia Regum Britanniae*, Arturo había sido un caudillo britano que, en algún momento entre los siglos V y VI, había detenido durante un tiempo a los invasores sajones en su intento de apoderarse de la Britania romana. Herido en la batalla del Monte Badon, Merlín había realizado uno de sus hechizos sobre Arturo y le había llevado a la isla de Ávalon, donde aguardaba dormido a reaparecer en un momento de gran necesidad para liderar a los britanos y derrotar a los invasores.

Lo que ocurre es que los britanos fueron al final derrotados por los sajones y arrinconados en el suroeste de la isla, es decir, en Gales. Por tanto, según estos relatos, los galeses eran los descendientes de aquellos britanos a los que había liderado Arturo, mientras que los ingleses descendían de los invasores sajones. Si las leyendas se cumplían, pensaban los galeses, Arturo regresaría para llevarlos a derrotar a los ingleses en ese momento de gran necesidad en que los britanos se veían subyugados por los descendientes de los sajones.

No es probable que Eduardo diese mucha importancia a estas

leyendas, pero seguro que sí prestaba atención al simbolismo que encerraban aplicado a la situación que se vivía en 1277 y 1278, así que decidió acudir, acompañado de su esposa Leonor de Castilla, al lugar donde se encontraba la tumba de Arturo en Glastonbury. Allí se procedió a desenterrar sus huesos y cargaron con ellos, Eduardo con los de Arturo y Leonor con los de Ginebra, hasta una nueva ubicación mucho más acorde con la dignidad de ambos personajes.

Así, el 19 de abril de 1278, Eduardo procedió a dar sepultura con gran pompa y ceremonia a los restos mortales del mítico Arturo. Cubrió la sepultura con una gran losa y, para que no cupiese ninguna duda, procedió a colocar su propio sello y el de su esposa sobre la piedra, como para certificar que en efecto allí se encontraban los restos mortales del rey Arturo. El mensaje a los levantiscos galeses era claro: Arturo estaba muerto, bien muerto y enterrado, y no iba a regresar de la isla de Ávalon para librarles del dominio inglés.

A partir de ese momento hubo unos años de aparente equilibrio entre las disminuidas posesiones de Llywelyn y su hermano Dafydd y las conquistas de los ingleses en territorio galés. Pero la convivencia entre ingleses y galeses se fue haciendo cada vez más complicada, hasta que por fin las tensiones latentes estallaron en un conflicto abierto en marzo de 1282. Esta rebelión se llevó a cabo de forma simultánea en varios lugares, lo que da a entender que era un movimiento concertado. El cabecilla del mismo, sin embargo, no fue el nominal príncipe de Gales, Llywelyn, sino su hermano Dafydd. De hecho, parece que Llywelyn ni siquiera estaba al tanto al inicio del levantamiento y tardó cierto tiempo en decidirse a apoyarlo.

La causa principal de la rebelión, además del descontento galés por las concesiones que se habían visto forzados a realizar en el Tratado de Conwy, eran los problemas que se estaban generando por la presencia en Gales de un alto número de colonos ingleses, con lo que se multiplicaron los choques con los galeses, así como de funcionarios y oficiales ingleses para garantizar la aplicación de las leyes. Si un galés quería plantear una queja o una reclamación por la conducta de un inglés, debía acudir a tribunales que seguían el sistema procesal inglés y aplicaban la ley inglesa. Esto generaba, a ojos de los galeses, un gran número de injusticias que fueron afectando a disputas de tierras incluso de los grandes terratenientes de la región. La principal pretensión de los rebeldes, según escribió Dafydd a Eduardo, era reivindicar que se mantuviese la aplicación de las leyes galesas.

Eduardo, que de momento se había conformado con la situación resultante del Tratado de Conwy, montó en cólera, sobre todo cuando supo que el líder de la rebelión era Dafydd, a quien había acogido cuando era un fugitivo de su hermano sin esperanzas de futuro y a quien había dejado en una situación privilegiada tras la anterior invasión de Gales. Se dispuso a poner fin de una vez por todas al problema galés.

Se trataba de una lucha muy desigual. Los ingleses disponían en Gales de toda una línea de castillos que Eduardo había ordenado construir o reforzar tras conquistarlos y que sirvieron de base a la invasión. En menos de un año los ingleses habían conquistado todo Gales y, muerto Llywelyn en una escaramuza, la guerra se convirtió en una caza del hombre hasta que Dafydd fue capturado. Los demás rebeldes fueron perdonados, pero Eduardo guardaba para el cabecilla un destino de tortura y ejecución que recuerdan mucho a los que, años después, aguardaban a otro líder de un levantamiento contra él. Esa rebelión se produjo en Escocia, y el cabecilla respondía al nombre de William Wallace.

Siguiendo con su política de gestos simbólicos de la que ya hemos dicho que Eduardo era muy partidario, ordenó construir un castillo (Caernarfon) en un lugar de alto significado para los galeses. Allí se hallaban los restos del fuerte romano de Segontium, que la tradición galesa decía que había sido construido por un emperador que soñó con erigir en ese lugar el más magnífico fuerte visto por el ser humano.

Caernarfon fue el más impresionante de los castillos que marcaban el dominio inglés sobre Gales. En él se encontraba el rey junto a su esposa Leonor de Castilla cuando esta dio a luz al futuro Eduardo II. Cuenta la leyenda que al nacer su hijo, Eduardo dijo: «¿No querían los galeses un príncipe nacido en Gales y que no hablara inglés? Pues ya tienen uno». Es probable que la anécdota no sea cierta, pues las primeras reseñas que existen de ella datan del siglo XVI; además, en el momento de su nacimiento, Eduardo no era el heredero de su padre, pues todavía vivía su hermano mayor Alfonso (así llamado en honor del hermano de la reina, Alfonso X de Castilla).

En realidad, la designación formal de Eduardo como príncipe de Gales, con el sentido que ha conservado hasta la fecha de heredero de la corona de Inglaterra, no se produjo en el momento de su nacimiento sino diecisiete años después en una sesión del Parlamento inglés celebrada en la ciudad de Lincoln, en el año 1301.

En 1294 se produjo una última rebelión de notables galeses contra el dominio inglés. Pero entre que los más importantes nobles habían muerto o desaparecido tras el levantamiento de 1282, y que el ejército inglés que se dirigió a poner fin a la rebelión era el más numeroso nunca mandado a Gales, el recorrido del levantamiento fue muy pequeño y terminó en la primavera de 1295 en la batalla de Maes Moydog. De esta forma, Gales pasó a estar de manera definitiva bajo el dominio inglés. Harlech fue el último castillo en caer en manos inglesas, más por su aislada situación junto al mar de Irlanda que por tratarse de una fortaleza muy complicada de tomar.

7.3. La conquista de Escocia (I): la muerte del rey Alejandro III (1286) y el problema de su sucesión

En 1286 gobernaba Escocia Alejandro III. Se había casado en primeras nupcias con Margaret, hija de Enrique III de Inglaterra, pero tanto ella como sus tres hijos (dos varones y una mujer) habían muerto antes que el monarca. Sin embargo, esta hija había tenido tiempo, antes de fallecer, de casarse con el rey de Noruega y ser madre de una niña, también llamada Margaret, nieta y única descendiente directa de Alejandro.

El monarca estaba preocupado por dar al reino un hijo que garantizara la estabilidad en Escocia. Por este motivo se concertó su casamiento con la joven francesa Yolande de Dreux. Sin embargo, cuando Alejandro III se dirigía al encuentro de su nueva esposa, fue sorprendido por una fuerte tormenta y, tras caer de su caballo, falleció.

La compleja situación que su muerte ocasionó con su sucesión fue resuelta por una serie de acuerdos adoptados por los magnates del reino de Escocia que se conocen de forma conjunta con el nombre de Tratado de Birgham. Los puntos más importantes de estos acuerdos fueron dos:

- En primer lugar, se designó un consejo de seis Guardianes del Reino, en el que se cuidó de manera escrupulosa de mantener el equilibrio entre el norte y el sur del país y entre las dos más poderosas familias de Escocia (los Balliol y los Bruce). El objetivo principal de este consejo era preservar los derechos hereditarios de la niña Margaret de Noruega durante su minoría de edad.
- En segundo lugar, se comprometió a Margaret, futura reina de Escocia, con el hijo del rey inglés Eduardo I (quien después reinaría con el nombre de Eduardo II). Se dejaba bien claro, sin embargo, que la unión matrimonial entre los representantes de ambos reinos no afectaría a la existencia de Escocia como reino

independiente, que debería ser respetada y mantenida por Inglaterra.

El frágil equilibrio conseguido con el Tratado de Birgham se rompió al fallecer Margaret cuando viajaba de Noruega a Escocia en 1290. Se hacía necesario elegir un rey y, para evitar lo que parecía un evidente riesgo de guerra civil, los guardianes tomaron una decisión que, a la larga, se demostró como desastrosa, aunque en su momento pareció acertada: solicitaron para dirimir la cuestión de la designación del nuevo rey el arbitraje del monarca inglés Eduardo I.

Puede parecer extraño que solicitaran la mediación de Eduardo en la elección de su rey, pero era el monarca europeo más experto como mediador en este tipo de conflictos. Además, era el candidato ideal para el papel debido a las estrechísimas relaciones entre los dos reinos vecinos. Todos los grandes señores de Escocia poseían importantes posesiones en territorio inglés, por las que eran vasallos de Eduardo. El que muchos consideraban mejor candidato al trono, John Balliol, era hijo de un inglés que había luchado junto a Enrique III en la batalla de Lewes. El otro gran candidato con más posibilidades, Robert Bruce, había acompañado a Eduardo en su casi mortal experiencia en las cruzadas junto a varios hermanos de John Balliol. Y un contingente escocés viajó para apoyar a Enrique y Eduardo en la batalla de Evesham contra Simon de Montfort, aunque no llegó a tiempo de participar en la lucha. El nombramiento de Eduardo como mediador, pensaron los guardianes, era sin duda la mejor elección.

Como paso previo a pronunciarse sobre cuál de los candidatos tenía mejor derecho al trono escocés, Eduardo se dispuso a poner fin de una vez por todas a una cuestión que había sido objeto de larga polémica entre ingleses y escoceses: si el rey de Inglaterra era señor feudal del de Escocia, al que este debía rendir homenaje, o no. Se trataba de un asunto sobre el que ingleses y escoceses no se ponían de acuerdo, sacando a la luz viejas leyendas sobre el nacimiento mítico de uno y otro país.

Pero, más que estas leyendas, lo que en realidad importaba en la cuestión eran los precedentes. El primero de ellos se produjo en 1174 cuando el rey de Escocia, Guillermo el León, fue apresado por Enrique II de Inglaterra y le rindió homenaje. Después, una vez libre, renegó de su juramento alegando que lo hizo coaccionado. Ricardo Corazón de León acordó con él renunciar al homenaje a cambio de una considerable suma de dinero para financiar su cruzada.

Cuando Alejandro III de Escocia se casó con la hija de Enrique III se negó a la petición de este de que le rindiera homenaje. Eduardo I, al ser coronado en Westminster, le requirió de nuevo para que lo hiciera. Con diplomacia, el escocés contestó que sí, pero solo en lo que hacía referencia a sus tierras en suelo inglés. Eduardo insistió en que le rindiera homenaje también como rey de Escocia. Alejandro contestó: «El único que tiene derecho a que le rinda homenaje como rey de Escocia es Dios, y solo Él es mi soberano».

Por eso, cuando se le pidió que mediara en la elección del nuevo rey escocés, el monarca inglés decidió que era hora de poner fin al problema. Al inicio de la reunión el representante de Eduardo exigió que el rey de Escocia que resultara elegido en el proceso debería reconocerle como señor feudal. Había dado ese paso porque unas semanas antes había recibido una carta de Robert Bruce, en la que ratificaba la interpretación inglesa sobre su soberanía respecto de Escocia, y pensaba que eso aseguraba que los Guardianes estarían también de acuerdo. Pero estos reaccionaron indignados, señalando que solo un rey de Escocia podía decidir sobre esa cuestión y que para ellos el rey de Inglaterra no era señor feudal de Escocia. Dicho esto se levantaron y abandonaron el consejo. Eduardo cambió de táctica.

Si antes de iniciarse el proceso de elección del candidato con mejor derecho al trono todos y cada uno de los aspirantes le reconocían como señor feudal, los Guardianes no podrían decir nada. Ellos mismos habían reconocido que no les competía decidir al respecto. Robert Bruce aceptó de manera inmediata y ello hizo que John Balliol, que con probabilidad hubiera opuesto mayor resistencia, lo hiciera al día siguiente para no quedarse fuera de la competición. Conseguido el consentimiento de los dos principales contendientes, el del resto era pan comido. Eduardo había conseguido que, fuese quien fuese elegido rey de Escocia, él sería su señor feudal y recibiría su homenaje. El proceso para elegir un rey podía empezar.

Para explicar los argumentos de unos y otros candidatos al trono de Escocia la pregunta esencial era: ¿Tiene mejor derecho el hijo de la segunda hija de un miembro de la realeza o el nieto de su primera hija? Esa era la discusión entre John Balliol y Robert Bruce. Ambos basaban su derecho en que eran descendientes del hermano del rey escocés Guillermo, David. Balliol era nieto de su hija mayor y Bruce hijo de su segunda hija.

Eduardo se inclinaba más en favor del criterio de Balliol, porque tenía un caso similar en su propia casa y le interesaba

defender el criterio de la primogenitura (propio de la ley feudal) sobre el de los grados de descendencia (procedente de la ley romana). Después se generalizó la opinión de que lo hizo porque consideraba que John Balliol sería un rey de Escocia mucho más maleable que Robert Bruce, pero no está claro que fuera así para los asesores que asistieron al proceso, que también de forma mayoritaria se pronunciaron a favor de Balliol. Es fácil asumir esa posición de Eduardo conociendo a posteriori el desastroso desempeño de su elegido.

Eduardo no estaba dispuesto a ponerles las cosas fáciles a los escoceses. Había ni más ni menos que trece aspirantes al trono, aunque nadie se planteaba que alguien que no fuera Balliol o Bruce tuviese posibilidades reales de ser elegido, pero Eduardo insistió en escuchar los argumentos de todos y cada uno de ellos. Solo había uno que podía ser considerado con seriedad, Florence, conde de Holanda, quien sorprendió contando la curiosa historia de que David, de quien descendían tanto Balliol como Bruce, había renunciado a sus derechos dinásticos en favor de su hermana Ada, de la que él descendía. La historia parecía algo absurda, pero Eduardo se agarró a ella para dilatar el proceso y dio a Florence diez meses para que aportara pruebas de sus argumentos. Entretanto, para cubrirse las espaldas acordó el matrimonio de su hija con el de Florence.

El 5 de noviembre de 1292, Eduardo dictaminó que John Balliol tenía mejor derecho al trono que Robert Bruce. Como consecuencia de ello, este se alineó con Florence de Holanda, cuya pretensión estaba todavía por decidir. Según los rumores, Florence había prometido ceder a Bruce una tercera parte del reino si resultaba elegido. Pero Eduardo tenía claro su candidato, y el 17 de noviembre de 1292 John Balliol fue designado rey de Escocia.

Como vemos, el proceso llevó su tiempo, pero al final todo quedó resuelto. Para los escoceses, el papel de Eduardo I de Inglaterra en Escocia había finalizado. Para él no había hecho más que empezar.

Después de la elección de John Balliol como rey de Escocia tuvieron lugar dos ceremonias muy distintas. El 30 de noviembre de 1292, este (con el nombre de Juan I de Escocia) fue entronizado en la forma en que, desde tiempos inmemoriales, lo eran los reyes de Escocia: en la abadía de Scone y ante un bloque de piedra rojo conocido como la Piedra de Scone o la Piedra del Destino. Eduardo no estaba presente. Tenía muy claro que un rey escocés estaba obligado a asistir a la coronación de un rey de

Inglaterra, pero que ningún monarca inglés, señor feudal del de Escocia, tenía que presenciar la coronación de este.

La segunda ceremonia, la realmente importante para el rey inglés, tuvo lugar el 26 de diciembre en Newcastle. Juan I de Escocia se arrodilló delante de Eduardo I de Inglaterra y completó la ceremonia de homenaje por la que le reconocía como señor feudal. Si los escoceses pensaban que se trataba de una simple cuestión formal estaban muy equivocados, tal y como Eduardo se dispuso a demostrarles de manera inmediata. Días después, un ciudadano de Berwick, en desacuerdo con diversas sentencias dictadas durante el gobierno de los Guardianes, apeló a Eduardo, que revocó una de las sentencias. Además, Eduardo reclamó a Juan que Escocia aportase soldados para sus guerras en Francia.

Los escoceses reaccionaron indignados, alegando que esta actuación iba en contra de todos los acuerdos a los que había llegado con los Guardianes. Eduardo contestó que, una vez designado el nuevo rey, cualquier compromiso anterior quedaba anulado y que, si lo entendía pertinente como señor feudal, incluso podría convocar al rey de Escocia a Londres para que le rindiera cuentas. Para él, el rey de Escocia ejercía la autoridad que le había sido delegada por el rey inglés; y ninguna más.

Eduardo convocó al rey de Escocia en Londres en noviembre de 1293. La inicial actitud orgullosa de Balliol («Soy rey del reino de Escocia y no responderé cuestión alguna sin el consejo de mis asesores en mi reino»), duró poco. Acabó reafirmando su homenaje a Eduardo, se calificó como «su hombre en Escocia», y fue condenado a entregar a su señor feudal tres castillos y ciudades.

Los planes de Eduardo sobre Escocia se vieron pospuestos, primero por un intento del rey de Francia de desposeer a Inglaterra de sus posesiones en Gascuña; y después, por la rebelión en Gales de 1294, que trató de aprovechar los problemas de Eduardo en Francia para expulsarle del país. Fue sofocada con rapidez, pero tuvo ocupado durante un tiempo a los ingleses. Los escoceses, descontentos con lo que entendían como incumplimiento inglés de los acuerdos adoptados y en desacuerdo con la interpretación que Eduardo venía haciendo de su condición de señor feudal de Escocia, decidieron intentar lo mismo que en Gales. Los magnates del reino obligaron a Juan I a renegar de su juramento de homenaje a Eduardo I y firmaron un acuerdo con Francia para declarar de forma conjunta la guerra a Inglaterra.

Eduardo respondió de manera rápida y contundente a esta maniobra. A finales de noviembre de 1295 se celebró una reunión

del Parlamento en Winchelsea, en la que se acordó expropiar todos los bienes que los escoceses tuviesen en Inglaterra, reclutar un ejército para invadir Escocia y «marchar contra Juan, rey de Escocia, que ha violado la obediencia debida a la Corona de Inglaterra». El ejército inglés, el más numeroso jamás conocido en las islas y al que se unirían tres mil hombres procedentes de Irlanda, se reunió en Newcastle y partió hacia Escocia el 1 de marzo de 1296. Los escoceses habían atacado Carham y Carlisle. Ello daba a Eduardo un *casus belli*, aunque la verdad es que tampoco estaba demasiado preocupado al respecto.

El ejército inglés se dirigió a Berwick. Era uno de los tres lugares que Juan I (John Balliol) fue condenado a devolver a Eduardo en su día, pero la entrega no se había llevado a cabo. Berwick se negó a rendirse a Eduardo. Las defensas de la ciudad eran débiles y la superioridad numérica inglesa abrumadora. La ciudad no tardó en caer y los ingleses se cebaron en una indiscriminada masacre de los civiles que no habían claudicado. Eduardo permitió a la guarnición del castillo, que sí se rindió una vez tomada la ciudad, conservar su vida y sus posesiones y les concedió la libertad, bajo juramento de no volver a levantarse en armas contra él.

El primer enfrentamiento serio entre los dos ejércitos tuvo lugar días después en Dunbar, con una aplastante victoria inglesa atribuible a partes iguales a la superioridad numérica y a la indisciplina táctica de los escoceses. Edimburgo era el siguiente objetivo y la ciudad cayó tras cinco días de sitio. El desfile militar continuó las siguientes jornadas.

Pero no todos los esfuerzos de Eduardo se produjeron en el campo de batalla. El obispo de Durham contactó con John Balliol y le ofreció un título nobiliario en Inglaterra a cambio de renunciar a su condición de rey de Escocia. Balliol, que a esas alturas estaba ansioso por olvidarse del problema escocés y volver a Inglaterra, aceptó la propuesta. La ceremonia de renuncia, o la traición a su país, según quien lo cuente, tuvo lugar el 8 de julio en Montrose.

Pero al tomar Edimburgo, Eduardo encontró constancia documental del acuerdo entre Francia y Escocia para un ataque conjunto a Inglaterra. Montó en cólera y ello afectó al destino de John Balliol, que ya no disfrutaría de un apacible futuro en la campiña inglesa, sino de una prolongada estancia en la Torre de Londres.

Una vez consolidado el dominio militar y después de que Escocia se hubiese quedado sin rey por la renuncia de John

Balliol, Eduardo decidió que era el momento de tomar el poder en el país. En agosto de 1296 convocó un parlamento en Berwick al que acudieron miles de ciudadanos escoceses para rendirle homenaje como rey de Escocia. Se estableció un sistema administrativo de oficiales, jueces y soldados ingleses para gobernar el territorio con mano firme. Como prueba definitiva de sus intenciones, Eduardo confiscó la Piedra de Scone, el lugar donde todos los reyes de Escocia eran proclamados.

La dominación inglesa parecía marchar sin obstáculos. El viejo candidato al trono, Robert Bruce, había muerto, su hijo había puesto pies en polvorosa y se había instalado en sus posesiones inglesas. Solo quedaba en Escocia un Robert Bruce, nieto del primero e hijo del segundo, demasiado imberbe para suponer una amenaza. Eduardo decidió volver a Inglaterra pensando que el problema escocés estaba controlado de forma definitiva. Esta vez era él el que se equivocaba. No contaba con William Wallace.

SALT TOWER

7.4. La conquista de Escocia (II): de Stirling Bridge a Falkirk

Desde que Eduardo se proclamó rey de Escocia las condiciones fueron duras para los nativos del lugar. En especial la recaudación de impuestos, que se convirtió en un problema con los escoceses. Eduardo necesitaba fondos para sus disputas en Gascuña y sometió a un régimen asfixiante a todos sus súbditos. Su campaña de exacción fiscal incluía evidentemente a los escoceses, a quienes consideraba tan sometidos a él como los ingleses o los galeses. Pero si ya tuvo problemas en Inglaterra, donde estaban acostumbrados a sus exigencias impositivas, mucho peor fue la reacción a su presión en Escocia, donde no lo estaban.

El gobernador de Escocia, conde de Surrey, pasaba casi todo el tiempo en Inglaterra. Sin nadie que les controlara, los funcionarios ingleses encargados de hacer cumplir la ley y recaudar impuestos ejercían su autoridad con total libertad de movimientos. Al fin y al cabo, todo lo que Eduardo les pedía era que le aportasen el dinero que necesitaba. No le preocupaban mucho los medios para obtenerlo.

En 1297, uno de los primeros en rebelarse contra la situación fue el joven Robert Bruce. Su abuelo había muerto, su padre se había instalado en Inglaterra y los Bruce siempre habían sido un apoyo para Eduardo en Escocia. Su rebelión duró poco. Enfrentados a un muy superior ejército inglés, Bruce y el resto de las nobles se sometieron en Wishart el 7 de julio.

En Londres se recibieron dos cartas. En la primera se informaba de que los escoceses habían sido dispersados; pero en la segunda, remitida por Hugh Cressingham, un funcionario que estaba más al tanto de la situación, le advertía a Eduardo de que dos fuerzas rebeldes escocesas se estaban reuniendo: una en el norte, junto al río Forth, liderada por un noble llamado Andrew Murray; la otra en el sur, en el bosque de Selkirk, y su líder se llamaba William Wallace.

Aunque hay diversas versiones, parece que William era el hijo más joven de Alan Wallace, un pequeño terrateniente de Ayrshire, y que su querella con los ingleses empezó cuando el *sheriff* de Lanark apareció por sus tierras reclamando unos impuestos que su familia no podía pagar. William se encontraba ese día cuidando

ganado en el campo y eso le salvó la vida, aunque su familia pagó con la suya no tener el importe de los impuestos requeridos por Eduardo y fueron masacrados por los hombres del *sheriff*. Al regresar y encontrarse a todos muertos y sus posesiones expropiadas, decidió que en su vida no existiría otro objetivo que matar ingleses. Empezó con el responsable de la muerte de su familia, el *sheriff* de Lanark. Huyó al bosque de Selkirk y allí le sorprendió que día a día se le fueran uniendo cada vez más hombres que conocieron su hazaña y compartían su odio por los ingleses.

Cuando supo que en el norte existía otro grupo de rebeldes liderados por Andrew Murray, Wallace decidió unir sus fuerzas con ellos y juntos esperaron el inevitable ataque del ejército inglés. El único lugar en Escocia donde la insultante superioridad numérica de los ingleses resultaría inútil era en el puente de Stirling. El río Forth, que separa el sur y el norte de Escocia, no era vadeable en ese punto y solo se podía cruzar por un puente cuyo ancho no permitía que lo cruzaran más de dos hombres a la vez y en cuya salida había unas marismas que también dificultaban el movimiento de un ejército. El 11 de septiembre de 1297, los escoceses liderados por Murray y Wallace atacaron al ejército inglés cuando la mitad de él había cruzado el puente hacia el norte y la otra mitad se encontraba en la vertiente sur, desde la que solo pudieron ser testigos impotentes de la matanza de sus compañeros. Y mandar noticias a Eduardo de lo sucedido.

Después de su victoria contra los ingleses en Stirling, las tropas lideradas por William Wallace recuperaron todas las posesiones que los ingleses habían conquistado en Escocia. También sembraron el temor en Cumbria y en Northumbria, aprovechando que no había un ejército inglés que se les opusiera.

Eduardo estaba en Flandes en 1297, cuando llegó la noticia de la rebelión escocesa, y tardó en poder enfrentarse a ella. La cuestión de Gascuña siempre había sido un tema espinoso entre los reyes de Francia e Inglaterra. Situado en territorio francés, el ducado de Gascuña pertenecía sin embargo a los monarcas ingleses. Estos debían rendir homenaje por Gascuña al rey de Francia como señor feudal, lo que, en el caso de Eduardo, suponía una afrenta a su orgullo de rey. En 1294 se iniciaron negociaciones secretas entre ambos monarcas para poner fin al problema gascón. Lo que acordaron fue una fingida rendición de diversas ciudades gasconas a Felipe IV el Hermoso de Francia, que no sería tal rendición en realidad y que apenas duraría unos meses. Como consecuencia de ello, Felipe y Eduardo se reunirían y firmarían un acuerdo por el que las ciudades volverían a manos

inglesas y se suavizaría el régimen de sometimiento de Gascuña a la Corona francesa. A cambio, Eduardo se casaría con la hermana de Felipe, Margarita. Así, todos quedarían contentos, con su honor a salvo y ligados por estrechos lazos familiares.

Pero se trataba de una treta de los franceses. Como parte del trato, se ordenó a los representantes ingleses que abandonaran las ciudades de Gascuña, que fueron ocupadas por los franceses. La segunda parte del acuerdo aseguraba que Eduardo recibiría un salvoconducto para viajar a Francia y casar con la hermana de Felipe, pero ese documento nunca llegó. Lo único que se recibió fue un mensaje del rey de Francia: «Gascuña continuará siendo un dominio francés».

La reacción de Eduardo no fue inmediata porque, como era habitual y previsible, el Parlamento se negaba a financiar los gastos necesarios para las guerras de su rey en Gascuña. Al final, y tras exprimir los fondos de cualquier fuente de la que pudo echar mano, el monarca partió hacia el continente.

Cuando llegó la noticia de la derrota en Escocia le llevó un tiempo pensar el curso de acción. Por último, decidió que siempre podría acudir a Escocia y aplastar la rebelión de William Wallace, pero que si no actuaba en Francia en ese momento, Gascuña estaría perdida para siempre. Así que se quedó en Flandes. Al cabo de unos días recibió una propuesta francesa para acordar una tregua por dos años. Esto no solo le permitía afrontar el problema escocés, sino que le proporcionaba una salida airosa ante el hecho de que varios señores franceses y holandeses que le habían prometido su apoyo contra el rey de Francia se habían echado atrás. Sus fuerzas eran de todo punto insuficientes para enfrentarse a las de Felipe IV.

La tregua con Francia le ayudaría además a poner fin a otro problema. Como había pasado con el abuelo y el padre de Eduardo, el Parlamento inglés se negaba a aportar hombres y dinero a lo que consideraban una querella privada de su rey al otro lado del Canal, pero si se trataba de Escocia, la cuestión era diferente. Si los ingleses se adentraban en territorio escocés se trataría de una guerra de conquista en la que podrían obtener nuevas tierras que añadir a sus propiedades.

En mayo de 1298 un ejército de veintiséis mil infantes y treinta mil caballeros se dirigió a Escocia. El ejército inglés buscaba a *sir* William Wallace, nombrado único Guardián de Escocia tras la muerte de Andrew Murray como consecuencia de las heridas sufridas en la batalla del puente de Stirling. Pero les costó encontrar al ejército escocés. Ello causó un curioso

problema en sus tropas. Necesitaban suministros de comida, que debían llegar por barco, pero no lo hacían. Y cuando por fin llegó un bajel, resultó que lo único que transportaba era vino. Las riñas de borrachos que provocó se transformaron en disputas entre los soldados ingleses y los galeses, que amenazaron con abandonarlos y sumarse a las fuerzas escocesas. El rey inglés Eduardo I, encargado de enfrentar a Wallace, respondió al desafió de los galeses diciendo: «¿A quién le importa si nuestros enemigos se alían unos con otros? Les derrotaremos a todos en una sola jornada».

Por último, el 21 de julio de 1298 llegaron noticias a los ingleses de que el ejército escocés se encontraba a tan solo veinte millas de ellos, en la localidad de Falkirk. Las consecuencias de la victoria inglesa en esa batalla fueron más allá de una simple derrota escocesa. Lo ocurrido en Falkirk fue y sigue siendo objeto de una fuerte polémica sobre el papel que desarrollaron en ella los dos más famosos caudillos escoceses de la época y posiblemente de su historia: William Wallace y Robert Bruce.

Los escoceses pensaban, no sin razón, que los problemas de suministros del ejército inglés le llevarían a retirarse y planeaban emboscar a los ingleses en su retirada. Pero cuando se dieron cuenta de que Eduardo conocía sus intenciones cambiaron de táctica. Wallace, consciente de su inferioridad numérica, situó a sus tropas en lo alto de una colina a cuyos pies corría un riachuelo y las emplazó en cuatro grandes círculos (denominados *schiltroms*) que, con las lanzas hacia afuera, tenían la intención de detener una carga de caballería. Dentro de esos círculos se encontraban sus arqueros. Y más arriba de la colina estaba la caballería escocesa, es decir, los que tenían suficiente poder económico para permitirse tener un caballo: la nobleza.

Cuando los ingleses llegaron a Falkirk y vieron la posición ocupada por los escoceses, Eduardo torció el gesto. La última vez que intentó cargar colina arriba contra un ejército fue en la batalla de Lewes, donde él y su padre fueron derrotados por Simon de Montfort y tras la cual pasó casi dos años preso. Pero en Lewes Eduardo era un joven inexperto. Ahora era un hombre de sesenta años, con más experiencia guerrera que nadie en Europa y un ejército muy superior en número. A pesar de ello, su primera intención fue la de acampar y descansar, porque la noche anterior había sido dura para sus hombres, que permanecieron en vela ante un posible ataque por sorpresa de los escoceses. Pero sus barones le convencieron de la necesidad de atacar de forma inmediata.

En un primer momento, la corriente de agua que fluía a los pies de la colina donde Wallace y sus *schiltroms* se encontraban fue un problema para el ejército inglés, pues era bastante más pantanosa de lo que parecía. La primera línea de ataque de la caballería inglesa no pudo atacar a los escoceses de frente y se vio obligada a desviarse hacia la izquierda, pero cuando la segunda línea tuvo el mismo problema y se desvió a la derecha, el ataque frontal se convirtió en uno por dos frentes que hizo que una imparable pinza masacrara a los infantes y a los arqueros escoceses.

En ese momento aconteció el hecho que sigue ocasionando discrepancias hoy. En vez de acudir a apoyar a su infantería, la caballería escocesa huyó y abandonó el campo de batalla. Los partidarios de Wallace consideran que los barones escoceses, molestos porque el cargo de Guardián de Escocia se hubiera concedido a un plebeyo, traicionaron a su país y llegaron a un acuerdo con Eduardo I de Inglaterra para deshacerse de él en Falkirk.

Sin embargo, según (entre otros) los historiadores Marc Morris y Chris Brown (biógrafos de Eduardo I y de William Wallace, respectivamente), no había ningún pacto en Falkirk entre Eduardo I y los barones. La batalla estaba perdida para los escoceses. Nada que los nobles de Escocia a caballo hubieran hecho conseguiría dar la vuelta a su resultado. Si hubiesen cargado, lo único que habrían logrado hubiese sido que el número de muertos escoceses fuese mucho mayor del que fue. Abandonando el combate, en cambio, consiguieron obligar a los ingleses a una larga y costosa campaña de persecución de cada uno de ellos. Un soldado no capturado en una batalla perdida es un soldado que puede volver a luchar otro día. En el caso de Robert Bruce esta teoría se hizo realidad unos años después.

Además, si la retirada de los nobles escoceses hubiese sido pactada con Eduardo para eliminar a Wallace, el principal objetivo inglés hubiera sido capturar a este, pero lo primero que hizo el monarca fue tratar (de manera infructuosa) de capturar a Robert Bruce. Algo absurdo si hubiese sido su aliado. *Sir* William Wallace también terminó huyendo del campo de batalla de Falkirk, y también lo hizo a lomos de un caballo.

7.5. La conquista de Escocia (III). Parón por la oposición en

Inglaterra: el *Forest Charter*

Cuando llegó la hora de consolidar la victoria obtenida en Falkirk, Eduardo se encontró con serios problemas. Tras perseguir a Robert Bruce por media Escocia sin conseguir nada, Eduardo empezó a cumplir su compromiso de repartir tierras conquistadas entre sus barones. Dos de ellos, muy poderosos, eran Robert Bigod (conde de Norfolk) y John Bohun (conde de Hereford), olvidados de manera notoria por Eduardo en la conquista de Gales. Ambos esperaban una generosa recompensa en el reparto de tierras en Escocia. Pero Eduardo decidió otorgar el señorío de la isla de Arran a un irlandés que se le había unido y que le cayó en gracia: Hugh Basset.

Bigod y Bohun habían luchado en primera línea en Falkirk e interpretaron, no sin razón, este gesto de Eduardo como un ultraje. Ordenaron a sus tropas que los acompañasen de vuelta a Inglaterra. Eduardo decidió no repartir todas las tierras entre los señores que siguieron a su lado, reservando algunas para los agraviados, pero la sensación general sobre el reparto que realizó en Escocia fue que había sido injusta.

El problema a partir de entonces se agravó para el rey inglés. El compromiso de los barones de aportar tropas para las guerras era limitado en el tiempo, y en octubre de 1298 ese tiempo se había excedido con creces. El ejército inglés abandonó Escocia y la vuelta al país vecino no fue ni fácil ni rápida. Numerosos problemas esperaban en Inglaterra antes de poder regresar.

Mientras los escoceses apuntalaban su dominio en la región y conquistaban el emblemático castillo de Stirling tras meses de asedio, Eduardo y sus barones se enzarzaron en una disputa jurídica sobre si sus súbditos estaban o no obligados a cederle hombres y hasta qué extremo. A finales de 1299 los principales problemas del rey parecían solventados. En primer lugar, cuando el papa le dio la razón en la disputa sobre Gascuña, lo que trajo como consecuencia un tratado con Francia. Eduardo se casaría con la hermana del rey de Francia y su hijo (Eduardo) con la hija de este (Isabel). Escocia había perdido a su principal aliado para enfrentarse a Inglaterra.

En segundo lugar, el rey llegó a un acuerdo con los grandes barones sobre los aspectos esenciales de su relación con la Corona. A pesar de encontrarse en pleno invierno, Eduardo pensó que podía repetir lo conseguido en Gales y convocó a su ejército para que se reuniese a mediados de diciembre de 1299 en

Berwick. Fue un desastre absoluto.

Allí fueron convocados dieciseis mil soldados de infantería. Pero el rey se encontró con que apenas acudieron algo más de dos mil hombres. Y lo que era peor, la fuerza de caballería del ejército era casi inexistente.

Eduardo podía haber solucionado las discrepancias con sus grandes señores, pero no el descontento entre la pequeña nobleza, que formaba la caballería del ejército, y los hombres libres, que a cambio de un salario componían el grueso de la infantería. El problema legal de Eduardo con sus grandes nobles se llamaba *Magna Carta*, el documento firmado por su abuelo Juan sin Tierra, y ya lo había solventado. El problema legal de Eduardo con el resto de sus súbditos, también era un acuerdo legal firmado por Juan sin Tierra, pero en este caso se llamaba *Forest Charter*.

La pequeña nobleza y los hombres libres del reino llevaban años solicitando a Eduardo que se realizara una revisión exhaustiva de este documento y más en concreto de los límites que el mismo establecía del *Royal Forest*. Eduardo, aunque aseguró en diversas ocasiones que lo iba a llevar a cabo, no hacía más que dar largas al asunto. Era cuestión de tiempo que los afectados tomaran medidas para forzar al rey a cumplir sus promesas de revisar el documento, y ese momento llegó cuando miles de hombres se negaron a presentarse en Berwick.

El hecho de que la citación se hiciese en el inicio de un invierno que en Escocia no solía ser muy benévolo, y que un recorte en el valor de las monedas acuñadas supusiese que la soldada de los hombres de infantería se viese reducida, tampoco contribuyó a animar a más hombres a acudir a Berwick. Muy a su pesar, Eduardo se vio obligado a ordenar la vuelta a Inglaterra de su ejército y convocó, para la Pascua de 1300, un parlamento que reuniría tanto a los grandes señores como a la pequeña nobleza, al clero y a los burgueses y hombres libres de las ciudades. El Parlamento le acusó de tratar de engañar a sus súbditos en el asunto de los límites de los *Royal Forest*.

Eduardo se encontraba entre la espada y la pared. Por un lado no quería reducir los límites de sus propiedades en los bosques reales, pero por otro estaba obligado a contar con el voto del Parlamento si quería recaudar un nuevo impuesto que le permitiera pagar al ejército que necesitaba para someter a los rebeldes escoceses. Ese año no se alcanzó acuerdo alguno.

A pesar de eso, en el verano de 1300, Eduardo volvió a convocar a sus tropas para proceder a atacar Escocia. Aunque su ejército era más numeroso que el del año anterior, 1300 tampoco

sería el año de la conquista de Escocia. No solo porque parte de las tropas desertaron, sino porque a finales de agosto Eduardo recibió una dura carta del papa de Roma que le hizo replantearse su estrategia y dejar la invasión para más adelante.

El papa Bonifacio IV y Eduardo eran viejos amigos. Bonifacio había sido cautivo de las fuerzas de Simon de Montfort en las querellas que este tuvo con Enrique III, y fue liberado por Eduardo de su prisión en la Torre de Londres. Esta vieja relación entre ambos hacía todavía más grave el contundente contenido de la carta del papa. No solo acusaba a Eduardo de privar a Escocia de su legítimo rey, sino que relataba diversos episodios denigrantes contra el pueblo, los castillos y el clero escocés que calificaba como agravios a la justicia. El papa concluía ordenando a Eduardo, en nombre de sí mismo y de la Santa Sede, que abandonara Escocia. Cuando llegó la carta del pontífice el número de deserciones en el ejército y la falta de recursos económicos hacían la situación inglesa poco sostenible. Eduardo aprovechó la excusa de la carta del papa para retornar a Inglaterra con su orgullo intacto, aunque parecía que la conquista de Escocia no llegaría a materializarse.

7.6. La conquista de Escocia (IV): consolidación

Es curioso que, después de las trabas puestas por el papa, la solución a los problemas financieros que habían impedido la conquista escocesa vino de la Iglesia. Robert Winchelsea era el arzobispo de Canterbury y, como tal, cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Durante los cinco años anteriores a 1303, Winchelsea había liderado la rebelión del clero inglés, que se negaba de manera sistemática a otorgar cualquier apoyo financiero a Eduardo. Como respuesta, este prohibió a la Iglesia recaudar cualquier tributo en Inglaterra, argumentando que una institución que no apoyaba al reino no merecía que este la alimentara.

La situación era insostenible, así que Eduardo decidió pasar por encima del arzobispo de Canterbury y apelar de forma directa al papa, con el que se alcanzó un acuerdo: la Iglesia podría recaudar sus tributos en Inglaterra durante los siguientes tres años... y la mitad de lo recaudado iría a parar a las arcas inglesas.

Eduardo había solucionado los problemas financieros para poder volver a Escocia, pero una cosa tenía clara: no habría otra

batalla como Stirling Bridge o Falkirk. El proceso para dominar Escocia sería largo y costoso. Tendría que ir obteniendo juramentos castillo a castillo, noble a noble y ciudad a ciudad. Hizo correr entonces la noticia de que el rey John Balioll, que se encontraba en Francia por mediación papal, había renunciado ante notario a la Corona de Escocia. Esto supuso un duro golpe para la causa escocesa, pues no tenían rey por el que luchar.

En ese momento llegaron muy buenas noticias para los escoceses; en teoría. Con la mediación de Francia, se acordó una tregua de nueve meses entre Inglaterra y Escocia. Durante ese período los ingleses retirarían sus tropas de los territorios conquistados, pero estos no serían devueltos a los escoceses, sino que quedarían bajo custodia francesa para garantizar la paz.

A pesar de las apariencias, no se trató de una cesión por parte de Eduardo I, sino de una muestra de su capacidad para juzgar a otros hombres y prever sus movimientos. Eduardo consideraba que el apoyo de Felipe IV de Francia a Escocia era más aparente que real, y que se fundamentaba sobre todo en su deseo de tener al rey inglés ocupado en casa para que no pudiera dedicarse a atacar las posesiones francesas en el continente.

Fue una apuesta arriesgada, pero salió bien para el inglés. Durante los nueve meses de la tregua ni un solo soldado francés apareció por Escocia. Esto fue un mazazo moral para los escoceses, que vieron que su principal apoyo no lo era tanto. A principios de 1302, Robert Bruce se entregó a la guarnición inglesa del castillo de Lochmaben.

Cuando Eduardo I volvió a invadir Escocia en 1304 no había un ejército escocés para oponerse a los ingleses. El único Guardián que permanecía en el país, John Comyn, podía ser un firme partidario de John Balliol, pero por entonces parecía evidente que este no iba a presentarse a reclamar su trono y Escocia había sido abandonada por Francia. Comyn y los principales miembros del partido de Balliol juraron obediencia a Eduardo en Strathord en febrero de 1304. Se les permitió conservar su vida y sus bienes, aunque Eduardo envió a los más recalcitrantes al exilio.

La noticia del sometimiento de Comyn y los magnates del reino a la autoridad inglesa convenció al resto de pequeños nobles y terratenientes escoceses de la inutilidad de resistir. En marzo, en una solemne ceremonia en St. Andrews, ciento treinta hombres juraron obediencia al rey de Inglaterra. Sus vidas y haciendas también fueron conservadas.

El último foco de resistencia era el castillo de Stirling,

sometido a un largo asedio. Pero cuando un día apareció una enorme catapulta ante los muros, a la que los ingleses bautizaron como *Warwolf*, los defensores de Stirling sufrieron unos días los bombardeos del descomunal ingenio antes de aceptar su rendición. Como en los casos anteriores, se permitió conservar la vida y sus bienes a la guarnición de Stirling. En realidad, la única persona a la que Eduardo I de Inglaterra no perdonó fue a William Wallace, que fue capturado y ejecutado en 1305. El Martillo de los Escoceses declaró abolido el reino de Escocia, que pasó a considerar un «territorio» bajo su dominio, pero esto no sería el fin de los conflictos entre Inglaterra y Escocia.

7.7. El reinado de Eduardo I en Inglaterra

Aunque hemos visto que Eduardo I estuvo muy ocupado durante su reinado tanto en Gales como en Escocia, esto no quiere decir que descuidara el gobierno de Inglaterra. Representado en muchas ocasiones por Robert Burnell, el rey acometió una ambiciosa reforma del sistema de justicia que se plasmó en los Estatutos de Westminster (1275), Gloucester (1278) y Mortmain (1279). En ellos se reflejaron principios como la elección de representantes en el Parlamento, el derecho de todo hombre libre a la justicia sin tener en cuenta su capacidad económica, un cuerpo de jueces que viajarían por todo el país investigando los abusos de poder de los funcionarios reales y la prohibición de ceder tierras a la Iglesia para evitar que fueran gravadas. Más estatutos fueron publicados en 1283 (Acton Burnell), 1285 (Merchants) y 1285 (Westminster II) y regularon temas tan diversos como el derecho de herencia y viudedad, las denuncias falsas de homicidio o los sobornos a funcionarios. Una cuestión curiosa se refería al sistema criminal y establecía que era función de los *hundred* identificar a los autores de un delito, debiendo responder del pago de una multa los habitantes del distrito de forma colectiva si no lo hacían. También eran responsables de la limpieza y la seguridad en los caminos del distrito, para facilitar el comercio y los viajes dentro del reino.

Sobre las medidas económicas y la financiación de sus campañas en Gales, Escocia y Gascuña ya hemos hablado algo al tratar de la conquista de Escocia. Pero además, Eduardo trató de evitar la dependencia del Parlamento para cualquier ingreso de la

Corona padecido por su padre y las cesiones que conllevaba la aprobación de cada nueva recaudación de impuestos por dos vías.

La primera consistía en la petición de préstamos a banqueros (casi siempre italianos), cuya devolución se realizaba con las recaudaciones ordinarias de impuestos (en especial del impuesto sobre la lana aprobado en el parlamento de 1275). De esa forma, Eduardo se liberaba de la «esclavitud» de tener que mendigar cada vez que necesitaba fondos y además tener que ceder en alguna reivindicación para conseguirlo. Aun así, no siempre estas cantidades eran suficientes, y cuando no lo eran volvía a surgir el problema de la negativa del Parlamento a financiar los proyectos del rey.

La segunda fue bastante más dura y afectó a unos viejos conocidos de los reyes Plantagenet: los judíos. Las medidas de ser recluidos en guetos, tener que llevar un distintivo y los numerosos ataques verbales y físicos no eran privativos de Inglaterra, sino generalizados en la Europa del siglo XIII. En 1289 Eduardo planeaba viajar de nuevo a Tierra Santa a retomar su fallida cruzada y necesitaba fondos para ello. Además, sus viajes durante los tres años anteriores a Gascuña también habían sido muy costosos. Y los impuestos ordinarios que financiaban sus préstamos no serían suficiente para sus necesidades. Era preciso que el Parlamento autorizara un impuesto extraordinario y Eduardo decidió aprovecharse de la impopularidad de los judíos. En un parlamento celebrado en julio de 1290 se concedió al rey el derecho a recaudar un impuesto extraordinario a cambio de que este dictara un decreto de expulsión de los hebreos. El decreto se firmó el 18 de julio de 1290 y daba de plazo hasta el 1 de noviembre a todos los judíos de Inglaterra para abandonar el país. La cantidad recaudada a cambio por Eduardo fue la más alta de todos los impuestos aprobados en Inglaterra en la Edad Media.

7.8. El futuro de Escocia

Un acontecimiento relevante para el futuro de las relaciones entre Inglaterra y Escocia se produjo en la iglesia de Dumfries el 10 de febrero de 1306. Dos hombres habían acordado reunirse allí. Eran los dos antiguos Guardianes de Escocia, Robert Bruce y John Comyn. Después de la muerte de su padre, Bruce había heredado las pretensiones familiares al trono de Escocia y estaba dispuesto a reclamarlas y hacerse con la corona que Eduardo I les había arrebatado. Llevaba meses recabando apoyos para iniciar

una rebelión contra los ingleses.

Los motivos por los que Bruce y Comyn (enemigos declarados) se encontraron en Dumfries no están muy claros, pero todo apunta a que el primero pretendía sumar al segundo a su causa. La discusión entre ambos fue subiendo de tono (con probabilidad por la negativa de Comyn a someterse a Bruce). Lo cierto es que, en un momento dado, Comyn se giró para marcharse y dar por terminada la reunión; Bruce intentó impedirlo y acuchilló a su rival. Este, herido, trató de escapar, pero los seguidores de Robert terminaron lo empezado por su jefe y asesinaron a Comyn. Robert Bruce había puesto fin a la vida del único escocés que podía poner en duda su liderazgo en la lucha por recuperar el trono de Escocia, se proclamó rey en la abadía de Scone, derrotó a un ejército inglés en Loudoun Hill en 1307 y se convirtió en el líder de la rebelión que culminaría en 1314 en la batalla de Bannockburn.

7.9. La muerte de Eduardo I

A lo largo de 1306 empezó a resultar evidente que los días del formidable *Longshanks* estaban próximos a su fin. Su hijo Eduardo de Caernarfon, príncipe de Gales, había heredado las cualidades físicas de su padre, pero no su personalidad. La del joven heredero se asemejaba más a la de su abuelo Enrique III. Además, circulaban preocupados rumores en la corte sobre su amistad con un joven llamado Piers Gaveston, que algunos calificaban como relación *contra natura*.

Tras ser nombrado conde de Gascuña en 1306, fue ordenado caballero el mismo año en una ceremonia en la que él y su padre juraron no descansar hasta haber vengado lo sucedido con Robert Bruce en Dumfries y, una vez conseguido esto, viajar a Tierra Santa a combatir al infiel. Padre e hijo se pusieron a la tarea de la búsqueda del rebelde escocés, pero aunque para ello emprendieron una brutal campaña en la que se detuvo y ejecutó por igual a barones, obispos y mujeres, Robert Bruce no pudo ser apresado.

Entretanto, fuertes disputas estallaron entre el rey y el príncipe por la debilidad del carácter de este último y por su relación con Piers Gaveston. En mayo de 1307 el rey ordenó el exilio de Gaveston. El príncipe abandonó la compañía de su padre y siguió a su amigo hacia el sureste de Inglaterra, mientras el rey trataba de poner en marcha un ejército para enfrentarse de una

vez por todas a Bruce. Pero el 7 de julio de 1307, en Burgh by Sands, las fuerzas le abandonaron de manera definitiva y Eduardo I de Inglaterra murió.

Capítulo 8

Eduardo II (1307-1327): el rey dominado por sus favoritos

8.1. La complicada sucesión de Eduardo I y la relación con Piers Gaveston

En la Europa medieval hacía falta carácter para reinar. Si además a un rey le tocaba subir al trono después de un monarca tan carismático y que había dejado una huella tan importante en su país como Eduardo I, hacía falta aún más carácter. Y si esa huella incluía herencias tan difíciles de manejar como una desastrosa situación financiera de la Corona y el problema no solventado de Escocia, entonces se necesitaba un rey de primera categoría. Eduardo II no era ese rey.

La dinastía de los Plantagenet fue una especie de ruleta rusa genética en la que se alternaban reyes de fuerte personalidad (y capaces de conseguir sus objetivos y arrastrar a sus seguidores con ellos por pura fuerza de voluntad), con otros de carácter débil, que es posible que hubieran podido ser unos aceptables gobernantes en un sistema de monarquía parlamentaria como el actual, pero que no supieron aguantar la responsabilidad que atenazaba a un rey de la Inglaterra medieval. Eduardo II pertenecía a este segundo tipo.

Aunque desde el punto de vista físico sí había heredado las cualidades de su padre, así como su habilidad para cabalgar, en la personalidad era más como su abuelo Enrique III, débil, voluble y tendente a dejar las riendas del gobierno en manos de su favorito de turno. Esto fue motivo de grandes problemas con sus nobles,

que veían cómo el rey favorecía desde el punto de vista económico y con tierras a sus privados, en perjuicio de los derechos de otros barones. Según la *Anonimalle Chronicle* «era un hombre atractivo y fuerte de cuerpo y miembros, pero le faltaban las cualidades y estilo de su padre, pues le preocupaban más sus propios deseos que las hazañas y proezas de caballería».

Eduardo fue incapaz de aprovechar las circunstancias favorables del inicio de su reinado (los principales adversarios de su padre en la nobleza y el clero habían muerto o estaban fuera de Inglaterra y los dos principales barones restantes eran su tío y su sobrino) para poder refinanciar la deuda heredada de su padre (doscientas mil libras de la época).

Al nuevo rey le gustaban más las actividades lúdicas y deportivas, que practicaba con compañeros del mismo sexo, que las militares propias de su cargo. Esto supuso que poco a poco se ganara la animadversión de sus súbditos. Pero más dañinas para su reputación fueron las acusaciones, fundadas además, de nepotismo. Dos fueron los principales favorecidos por Eduardo II: el primero fue Piers Gaveston; el segundo Hugh Despenser. Como apuntábamos al tratar de las inclinaciones sexuales de Ricardo Corazón de León, afirmar hoy sin lugar a duda el carácter homosexual de una relación de hace más de siete siglos es complicado. En el caso de Eduardo II y Gaveston se trataba de una amistad de juventud que bien pudo desembocar en una relación sexual. En el de Despenser fue una relación más de madurez y con tintes políticos, pero tampoco es descartable que tuviera un componente sexual. Desde luego, desató los celos de la esposa del rey.

Gaveston procedía de Gascuña y fue incorporado a la corte del príncipe heredero por su padre en 1300. Pronto se vio que el inteligente y encantador Piers dirigía a Eduardo a su antojo. Su arrogancia irritaba a los barones del reino, a los que ponía motes humillantes, pero divertía al Plantagenet. Los rumores sobre sodomía pronto rodearon a la pareja. Esto no impidió, evidentemente, que Eduardo fuese prometido a la hija del rey de Francia Felipe IV el Hermoso, Isabel. Este enlace arrojaría sombras en los tratos entre Francia e Inglaterra durante casi dos siglos, pues sería determinante en el origen del conflicto conocido como la guerra de los Cien Años.

Los rumores sobre la relación entre su hijo y Gaveston hicieron que Eduardo I exiliara al gascón. Pero en cuanto subió al trono, Eduardo II le llamó de vuelta a su lado, le cedió el rico y extenso condado de Cornualles y concertó su matrimonio con su

propia sobrina. Esto irritó a mucha gente, empezando por la viuda de Eduardo I, Margarita de Francia, a quien este había prometido el condado para alguno de sus hijos (y hermanastros de Eduardo II).

El escándalo alcanzó proporciones mayúsculas cuando el rey designó a Gaveston regente del reino con amplísimos poderes mientras él viajaba a Francia a casarse con Isabel. La regencia solía recaer en la reina, en algún hermano del rey o en un noble de alta alcurnia y probados servicios al reino. También en la coronación de Eduardo e Isabel, Gaveston ocupaba un lugar de privilegio y el rey le concedió el gran honor de ser el encargado de portar la corona de Eduardo el Confesor. Y en el banquete de bodas eran los escudos de Eduardo y Gaveston los que estaban uno junto al otro, mientras el rey dedicaba toda la ceremonia a hablar y reír con su favorito ignorando a la novia.

Era difícil arruinar todo el crédito que un nuevo monarca genera al inicio de su reinado en tan poco tiempo, pero Eduardo II lo consiguió. En el parlamento celebrado en abril de 1308 (es decir ni siquiera un año después de subir al trono) todos los principales nobles del país sin excepción, así como el arzobispo de Canterbury, se unieron para declarar que el juramento de fidelidad que habían prestado era a la Corona y no a la persona que en cada momento la ciñera. Exigían además que Gaveston fuera desposeído de sus nombramientos y enviado al exilio. El arzobispo añadió la amenaza de excomulgarle si no había dejado el país antes de final de junio. Y por si fuera poco, también exigió el destierro del favorito el padre de su esposa, es decir nada más y nada menos que el todopoderoso rey de Francia. Dos de los hermanos de Isabel habían asistido a la coronación de esta y habían sido testigos indignados de sus humillaciones, que habían narrado con detalle a su padre.

A Eduardo no le quedó más remedio que ceder, aunque lo hizo nombrando a Gaveston lugarteniente del rey en Irlanda y cediéndole numerosas propiedades allí y en Gascuña. Además le acompañó hasta Bristol, donde embarcó, dejando claro así lo que pensaba de la decisión que le había sido impuesta. No podía haber peor forma de empezar un reinado pero, aunque parezca difícil, Eduardo se las arregló para conseguir que las cosas empeoraran aún más en los años siguientes. Se dedicó a tratar de anular la orden de exilio y desposesión de su título de Gaveston y volver a traerlo a su lado. Lo consiguió a base de ceder en diferentes asuntos de gobierno del reino. Este compromiso, sin embargo, no fue aceptado por todos los notables. La oposición más destacada fue la del primo del rey Thomas de Lancaster, la

del conde de Arundel y la del arzobispo de Canterbury.

El perdón al favorito duró poco. La soberbia de Gaveston, su manera despectiva de tratar a los principales señores del reino y sus decisiones sobre el gobierno del país tuvieron consecuencias desastrosas para la economía e hicieron que, en el Parlamento de 1310, la petición de alejar a Gaveston del rey fuera un clamor, esta vez no solo entre los nobles, sino también entre los representantes de los condados. Se acusaba al rey de haber perdido Escocia y empobrecido las posesiones reales en Inglaterra e Irlanda por su negligencia. Y se exigía el nombramiento de un consejo de doce miembros para regir las políticas del país. Según la anónima obra *Life of Edward II*, los rebeldes amenazaron con deponer al rey si no accedía a sus demandas:

> Los barones se unieron para recalcar que si el rey no se plegaba a sus exigencias no le considerarían su rey ni mantendrían su juramento de fidelidad, en especial porque él mismo no había respetado el juramento que hizo en su coronación[39].

Eduardo cedió y se designó una comisión para redactar una normativa sobre la reforma del reino.

8.2. Las Ordenanzas del Reino (1311) y la ejecución de Piers Gaveston

Cuando llegó el momento de acometer las reformas provocadas por las decisiones de Eduardo II, el hombre más poderoso del reino era Thomas de Lancaster. Era hijo de Edmundo (el hijo de Enrique III que había sido propuesto como rey de Sicilia) y de Blanca de Artois, primo del rey, con sangre real tanto inglesa como francesa y relacionado también con los reyes de Navarra; era además el mayor terrateniente de Inglaterra, pues era conde por derecho propio de Lancaster, Derby y Leicester, así como de Lincoln y Salisbury por herencia de su esposa. Había sido amigo de juventud del rey, pero se había apartado de él por culpa de Piers Gaveston. Helen Castor retrata de esta forma al personaje: «siempre había sido más consciente de su derecho a exigir lealtad que de las cualidades necesarias para inspirarla, y sus instintos como persona solitaria y altanera y que guardaba las distancias, estaban a la par de su ambición feroz por ser líder[40]».

Thomas fue el encargado de presentar al rey las ordenanzas redactadas por el consejo, que incluían grandes restricciones al ejercicio del poder real, como la imposibilidad de ceder sus tierras, salir del país o declarar la guerra sin previa aprobación del Parlamento. Se crearon comisiones para controlar cada área de gobierno y se decretó que, mientras el rey no hubiera devuelto la enorme deuda contraída por su padre, todo el dinero recaudado iría al Tesoro del reino y no a las arcas del rey. Y, para no variar, se exigía el destierro de Piers Gaveston, esta vez para siempre y no solo de Inglaterra, sino también de Escocia, Gales, Irlanda y Gascuña.

De nada sirvieron las protestas del rey, que, de nuevo según narración del libro *Life of Edward II,* manifestó:

> Lo que sea que se haya dispuesto o decidido, por mucho que pueda redundar en mi desventaja personal, deberá establecerse según ordenéis y quedará validado para siempre. Pero debéis dejar de perseguir a mi hermano Piers y permitirle que mantengan el condado de Cornualles[41].

Gaveston partió hacia Flandes, si bien su exilio fue breve. En enero de 1312, cuando el consejo empezó a desposeer de sus tierras a todos sus allegados, el rey le llamó de vuelta y declaró que había repuesto a Gaveston y que rechazaba las ordenanzas. Pero el favorito fue hecho prisionero, juzgado por un tribunal presidido por Lancaster en un juicio sin ningún tipo de garantías (lo que se convertiría en un peligroso precedente) y declarado culpable de haber violado lo dispuesto en las ordenanzas al retornar al país. Fue ejecutado el 19 de junio de 1312. Esto convirtió a Eduardo en enemigo implacable de Thomas de Lancaster y dividió al reino en dos, entre los que justificaban la ejecución de Gaveston y los que consideraban que, aunque este se merecía un castigo, su juicio y ejecución se habían hecho contraviniendo las leyes del reino.

Sin embargo, tras arduas negociaciones con la mediación de Francia y el papado, en una reunión del parlamento celebrada en octubre de 1313 se llegó a un compromiso: Eduardo II perdonó a Thomas de Lancaster y al resto de nobles implicados en la muerte de Gaveston y estos, a su vez, dejaban de tildar de enemigos del reino a aquellos que habían apoyado al rey y a Piers. El más notorio de los representantes de este grupo era Hugh Despenser el Viejo.

En ese clima de camaradería y euforia, el Parlamento concedió al rey el dinero necesario para iniciar una campaña militar en Escocia, a lo que se unió un préstamo del papa con la garantía de Gascuña. Eduardo II estaba por fin dispuesto a terminar la tarea

iniciada por su padre.

8.3. Desastre en Escocia: la batalla de Bannockburn (1314)

En junio de 1314 Eduardo II encabezó el ejército destinado a concluir la conquista de Escocia. Era el que contaba con mayores fuerzas terrestres y marítimas desde el que se impuso a William Wallace en Falkirk en 1298. No todos los barones del reino habían dado su completo apoyo al proyecto, sin embargo. Los condes de Lancaster, Warwick, Arundel y Surrey se limitaron a proporcionar el número mínimo de hombres a los que estaban obligados según la ley.

El 23 de junio, los ingleses se encontraron con el ejército de Robert Bruce en un pantanoso lugar cercano a Stirling Bridge, llamado Bannockburn. Algunos jóvenes nobles ingleses, deseosos de notoriedad, retaron a duelos individuales al propio Bruce o intentaron destacarse con innecesarias y temerarias pruebas de valor. Todos ellos fueron abatidos.

El día 24 de junio, la batalla continuó entre discusiones tácticas y acciones descoordinadas de cada uno de los señores ingleses, que no hicieron sino inclinar cada vez más la balanza a favor de los locales. A diferencia de Falkirk, esta vez los *schiltrons* cumplieron su función y masacraron a la caballería inglesa. Eduardo II tuvo que huir del campo de batalla y de Escocia, tomando un barco en Dunbar. Más de doscientos caballeros ingleses, algunos de los cuales se contaban entre los más famosos guerreros de la época, murieron en Bannockburn. Otros muchos fueron hechos prisioneros para pedir por ellos un fuerte rescate.

Bruce consolidó su dominio sobre Escocia y amenazaba con invadir Irlanda. En 1315, en la Declaración de Arbroath, con la presencia de todos los nobles y obispos escoceses, se escribió la siguiente frase: «Porque mientras un centenar de nosotros siga vivo, jamás, bajo ningún concepto, volveremos a estar bajo dominio inglés. Porque no luchamos por gloria, ni por riqueza, ni por honores, sino por la libertad».

Humillado y derrotado, Eduardo II regresó a Inglaterra, donde le esperaban los nobles que le habían negado su completo apoyo para la expedición. Estaban dispuestos a aprovechar la pérdida absoluta del prestigio del rey para reclamar más reformas y más poder.

8.4. Hugh Despenser el Joven, nuevo favorito de Eduardo II

En 1315, cuando se levantó la excomunión que había pesado sobre Piers Gaveston, este pudo por fin ser enterrado en suelo sagrado. En la ceremonia organizada, el rey se vio rodeado de sus más fieles seguidores. De nuevo destacaba entre ellos el siempre leal a Eduardo, Hugh Despenser. Esta vez le acompañaba su hijo, Hugh Despenser el Joven, que poco a poco fue ganándose la confianza y el afecto del monarca.

En los años siguientes Inglaterra sufrió condiciones meteorológicas atroces con lluvias torrenciales que inundaban la campiña, arruinaban las cosechas y eran caldo de cultivo de enfermedades que diezmaban a humanos y ganado por igual.

Pero esta no era la única preocupación del rey. Su pulso con sus barones, y especialmente con su primo Thomas de Lancaster, seguía desarrollándose día a día. Los nobles retomaron las tareas de gobierno que les reservaban las ordenanzas de 1311 y sustituyeron a funcionarios y *sheriffs*, otorgaron y quitaron títulos, investigaron denuncias de corrupción y, en general, gobernaron el país.

A principios de 1316, el Parlamento nombró a Lancaster jefe del consejo real para hacer frente a las amenazas procedentes de Escocia y la invasión de Irlanda dirigida por Edward Bruce, así como para negociar la situación de Gascuña con el nuevo rey de Francia, Luis X el Obstinado. Pero Lancaster no era tampoco en exceso popular y tenía más interés en gobernar sus posesiones del norte que el país, ya que lo único que pretendía era garantizar que se respetasen las ordenanzas de 1311. En pocos meses dejó la dirección del consejo y regresó a sus territorios.

Durante un tiempo parecía que la renuncia de Lancaster, que obligó a Eduardo II a coger el toro por los cuernos y asumir el gobierno del reino, había despertado en él al Plantagenet que hasta ese momento estaba dormido en su interior: derrotó a Edward Bruce en Irlanda y demostró su orgullo con un contundente discurso en el que se negó a rendir homenaje personal a su cuñado, el rey Felipe V de Francia (Luis X había muerto tras un breve reinado), y defendió su dignidad como rey de Inglaterra.

Sin embargo, al poco tiempo de recuperar el poder incurrió en sus viejos errores, al apoyarse en un grupo de leales liderados por

los dos Despenser, a los que cubrió de riquezas. Se decía que nadie podía hablar con el rey si no era a través de Hugh Despenser el Joven, que mantenía una actitud arrogante y de superioridad ante los señores del país. La repetición de la historia de Piers Gaveston, lógicamente, no gustó nada en el reino. Fracasados diversos intentos de encontrar una solución de compromiso, Inglaterra volvió a encontrarse en situación de guerra civil.

8.5. La guerra civil de 1321

En 1321 el delicado equilibrio de poder que había existido en Inglaterra en los últimos años estalló en pedazos. Desde el norte (dominio de Thomas de Lancaster) y desde el suroeste y las Marcas galesas (entre cuyas fuerzas destacaban el conde de Hereford, el noble Roger Mortimer de Chirck y su sobrino de Wigmore del mismo nombre) bandas de soldados arrasaron pueblos y cosechas, robando y asesinando de forma indiscriminada. Bajo protesta de estar actuando en defensa del reino, sus ataques se dirigían específicamente hacia aquellas tierras que el monarca había cedido a su nueva camarilla de favoritos, en especial los Despenser, padre e hijo. Este último se había casado gracias al rey con la rica heredera del condado de Gloucester y eso le había permitido obtener las tierras y la influencia que antes pertenecían a quienes ahora se habían levantado en armas.

En octubre de 1321 parecía de nuevo que la historia se iba a repetir cuando el Parlamento conminó al rey a exiliar a los Despenser. Se vio forzado a hacerlo, pero advirtió que en cuestión de meses se tomaría su venganza. No tardaría tanto. Despenser no era un joven e ingenuo compañero de aventuras adolescentes del rey como Gaveston, sino un experimentado cortesano y militar dispuesto a luchar por sus derechos.

En cuestión de semanas, Hugh Despenser el Joven había vuelto al país y, junto con el rey y otros nobles que habían permanecido leales, comenzó a asediar las fortalezas de los desafectos. En enero de 1322 la rebelión empezó a flaquear cuando, a la vista de la deserción en masa de sus soldados, los dos Roger Mortimer se rindieron y fueron enviados a la Torre de Londres. El resto de los rebeldes galeses perdieron toda su fuerza u optaron por unirse al conde de Lancaster. Las fuerzas reales impusieron su dominio sobre el suroeste del país.

Quedaba pendiente lidiar con la rebelión norteña de Thomas Lancaster. En febrero de 1322 el rey hizo publicar en todo el reino unas cartas interceptadas que hacían ver que su primo había estado negociando con los escoceses para unir fuerzas e invadir Inglaterra. Thomas se vio abandonado por todos los nobles y militares que lo apoyaban y trató de huir, pero fue interceptado en Yorkshire y hecho prisionero. Tuvo que probar de la misma medicina que había administrado a Piers Gaveston cuando fue sometido a una parodia de juicio por un tribunal en el que estaban el rey y los dos Despenser, hallado culpable de alta traición y ejecutado.

8.6. El gobierno de Hugh Despenser el Joven y la gestación de la gran rebelión

Ejecutado Thomas Lancaster y descabezada la rebelión galesa con el encarcelamiento en la Torre de los dos Roger Mortimer, nada se interponía en el gobierno de Eduardo II con su valido Hugh Despenser el Joven. Para evitar cualquier voz discordante que pusiera un freno a sus aspiraciones, se ejecutó a más de veinte notables del reino que Despenser consideraba que suponían un riesgo porque podían atraer hacia sí al cada vez más creciente número de descontentos con el gobierno del rey. Sus cadáveres fueron expuestos en las principales ciudades del país. El resto, como los Mortimer, vieron su sentencia de muerte conmutada por cadena perpetua y en el Parlamento se revocaron todas las disposiciones contrarias al rey, empezando por las ordenanzas de 1311. Roger de Wendower escribió que el rey «odiaba con una furia tal a los magnates del reino que planeó su total y permanente destrucción».

Para ello acometió una activa política destinada a desposeer a los rebeldes de sus tierras y títulos, que fueron a parar a él mismo y a los que le habían sido leales. Despenser el Viejo fue nombrado conde de Winchester. Su hijo recibió buena parte de Gales y enormes rentas de sus territorios en Gloucester. El tesoro de Eduardo II se vio también aumentado con la recaudación de varios impuestos, supuestamente destinados a financiar una invasión de Escocia, que fueron a parar a sus arcas cuando, tras una tímida expedición en la que su esposa casi fue hecha prisionera, firmó una tregua de doce años con los escoceses. Y

mientras el monarca se enriquecía, Despenser gobernaba el reino con mano de hierro sin encontrar resistencia ni en el Parlamento ni en la nobleza.

Mas hete aquí que el 1 de agosto de 1323 Roger Mortimer de Wigmore escapó de su cautiverio de la Torre de Londres y huyó a Francia. Fue allí donde se empezó a fraguar el principio del fin del reinado de Eduardo II.

8.7. Roger Mortimer e Isabel de Francia

Cuando Mortimer llegó a Francia se había producido un nuevo cambio de rey. Felipe V el Largo había muerto y le había sustituido su hermano Carlos IV. Era el tercer y último hermano de la reina de Inglaterra Isabel en subir al trono francés, y estaba decidido a recuperar Gascuña para Francia. Inició las hostilidades y Eduardo II comprendió que su política de tierra quemada le había dejado sin opciones de acudir en persona al mando de un ejército a defender Gascuña. Su hijo Eduardo solo tenía trece años y tampoco podía nombrar regente a Hugh Despenser sin riesgo de que este corriera la misma suerte que Piers Gaveston.

Decidió entonces negociar y cometió el primero de los dos grandes errores que le costarían el trono y la vida. Dado que una embajada de altos eclesiásticos que se desplazó a Francia había fracasado en sus intentos de negociar una salida diplomática, Eduardo envió al frente de una segunda embajada a su propia esposa y hermana del rey de Francia: Isabel.

Isabel estaba más que harta de las humillaciones padecidas a manos de su esposo, primero con Gaveston y luego con Despenser, de los recortes en su asignación (que le hicieron escribir a su hermano Carlos quejándose de que vivía como una sirvienta), y de que se le hubiese colocado entre su séquito a la esposa de Despenser para espiarla.

Isabel cumplió con su embajada consiguiendo una frágil tregua en Gascuña, pero concluida la misma no retornó a Inglaterra (era comprensible que no tuviera deseos de volver a la indeseable vida que llevaba allí) sino que alargó su estancia en Francia mientras se discutía si Eduardo II debía viajar a Francia para rendir homenaje por Gascuña a Carlos IV de Francia.

El rey inglés ni podía dejar su reino por los motivos arriba

indicados, ni quería humillarse a jurar al monarca francés como señor feudal. Como solución de compromiso se acordó que el príncipe de Gales Eduardo viajaría en lugar de su padre, recibiría los títulos de duque de Aquitania y Poitou que correspondían a Gascuña y prestaría en nombre propio el juramento al rey de Francia por tales títulos. Y ese fue el segundo gran error de Eduardo II.

Desde su llegada a Francia, Isabel había estado en tratos con los señores ingleses que se habían asentado en el continente para huir de la tiranía de Eduardo II y Hugh Despenser. Su comunión de interés se vio reforzada cuando la reina se convirtió en amante del más prominente de los exiliados, Roger Mortimer. Según Helen Castor:

> Hay pocas pruebas que documenten la dinámica privada de esta cargada relación, pero su lógica emocional es reconocible al instante. Es evidente que había atracción física: tenían casi la misma edad; Isabel, a sus treinta años, todavía era una belleza y Mortimer, aunque se desconoce su aspecto, era una figura atlética y cautivadora. A eso hay que añadirle una combinación explosiva de temperamentos enérgicos, las cualidades afrodisíacas del poder del juego en el que ambos estaban atrapados y la profundidad y amplitud de los intereses políticos que compartían. Está claro que no se trataba de un devaneo ocioso, sino de un devorador vínculo personal. […] Ella podía servir de representante y de punto de unión de la oposición contra su esposo, mientras que él era soldado y podía dirigir un ejército a la batalla si la confrontación desembocaba en un conflicto militar[42].

Pero cualquier plan que tuviesen para volver a Inglaterra para combatir al rey y a su valido (que se había apropiado de todos los títulos y territorios de Mortimer) se veía frenado por la reina, que no quería poner en peligro a su hijo primogénito Eduardo, pensando que el rey pudiera usarlo para hacerla pagar por su traición.

Pero este impedimento dejó de existir cuando el príncipe de Gales viajó al continente. Así que no es de extrañar que después de que se completara la ceremonia de homenaje al rey de Francia, Isabel contestase a los requerimientos de su esposo para que ella y su hijo regresaran a Inglaterra en una declaración ante la corte francesa en la que decía:

> El matrimonio es la unión de un hombre y una mujer para llevar una vida en común. Pero alguien se ha interpuesto entre mi esposo y yo tratando de romper el vínculo. Declaro que no volveré hasta que este intruso sea expulsado. Llevaré ropas de luto hasta verme libre de ese fariseo[43].

8.8. La invasión de Inglaterra y la abdicación de Eduardo II

Cuando se enteró de la relación entre su esposa y Mortimer, Eduardo II convenció al papa para que instase a Carlos de Francia a dejar de consentir esta situación en su reino. El rey francés conminó a la pareja a dejar Francia, pero Mortimer ya había buscado acomodo para ellos en el condado de Henao, desde donde se lanzó la invasión y donde se encontró una esposa para el joven heredero inglés.

El 24 de septiembre de 1326, una flota de noventa y seis barcos desembarcó en Inglaterra, llevando una pequeña fuerza de mil quinientos hombres, mercenarios alemanes y flamencos y la flor y nata del exilio inglés, todos ellos dirigidos por la reina y su amante Roger Mortimer (para entonces la pareja había aparecido abiertamente en público en diversos actos, por lo que la situación no era ningún secreto en Inglaterra). Los acompañaba el príncipe de Gales, que por entonces contaba trece años.

Eduardo II y Despenser se vieron sorprendidos, puesto que esperaban una invasión orquestada por Francia y desde Normandía, y no una pequeña fuerza desembarcando más al norte y procedente de Flandes. Además, años de gobierno tiránico, ejecuciones, expropiaciones y descontento general acabaron haciendo realidad el dicho de que quien siembra vientos recoge tempestades y esa pequeña fuerza invasora pronto se vio apoyada de forma multitudinaria dentro de la propia Inglaterra. Sobre todo cuando la propaganda que Mortimer e Isabel hicieron correr por todo el territorio indicaba que venían a salvar al reino y al propio rey de la perniciosa influencia de Despenser y que este era el verdadero objetivo que perseguían.

Mientras Eduardo y Hugh Despenser dejaban Londres y huían hacia Gales, donde trataron de armar un ejército para oponerse al implacable avance de Isabel y Mortimer, los leales al monarca pagaban con su vida el amotinamiento de los habitantes de las ciudades o tenían que huir para salvarse.

El 26 de octubre de 1326 Mortimer y el nuevo conde de Lancaster, hermano del mandado ejecutar por Eduardo y Despenser, tomaban el castillo de Bristol, donde el padre del favorito del rey se hallaba refugiado. Este fue ejecutado sumariamente mientras Eduardo y Hugh Despenser el Joven trataban de huir a Irlanda, pero las malas condiciones del mar les obligaron a volver a refugiarse en Gales.

Este movimiento del rey hizo que Isabel y Mortimer pusieran las cartas boca arriba respecto de cuáles eran sus intenciones sobre el futuro del reino si la invasión triunfaba. Publicaron una proclama en Bristol, suscrita por todos los grandes señores y eclesiásticos del reino (incluidos los dos hermanastros del rey, hijos del segundo matrimonio de Eduardo I), en la que hacían saber que, por acuerdo de la comunidad del reino, y dado que el monarca había abandonado el país, se le desposeía de su autoridad y su hijo Eduardo, príncipe de Gales y duque de Aquitania, asumía el gobierno como regente de Inglaterra. El 26 de octubre de 1326, a sus catorce años, y bajo el estricto control de Isabel y Mortimer, Eduardo asumió sus nuevas responsabilidades.

Entretanto, abandonados por casi todos sus seguidores y perseguidos por una partida encabezada por el conde de Lancaster, el rey y su valido huían desesperadamente de castillo en castillo y de abadía en abadía, hasta que, como era inevitable, fueron detenidos. Sobre el destino de Hugh Despenser a manos del hermano de Thomas Lancaster, pocas dudas cabían. Y las que pudiera haber se habían disipado cuando su padre fue ejecutado con crueldad. En Hereford, en noviembre de 1326, en una parodia de juicio (no muy diferente en todo caso de la que él y el rey habían organizado para el conde de Lancaster) y delante de una exultante multitud, se leyeron los numerosos cargos contra él y, sin permitirle hablar en su defensa, se le consideró culpable de alta traición y fue ejecutado con una especial crueldad que se había puesto tristemente de moda desde el reinado de Eduardo I.

Pero Eduardo II no podía correr igual suerte. Era un rey coronado en la abadía de Westminster y estaba rodeado del aura sagrada que se atribuía a los monarcas medievales. Además, todo el sistema legal y de gobierno inglés descansaba en la existencia de un monarca como cabeza visible del país. Todavía faltaba mucho para llegar a los tiempos en los que, en el siglo XVII, los ingleses se atreverían a juzgar y condenar a muerte a un rey. Pero también era evidente que las heridas abiertas durante el reinado de Eduardo II y su manifiesta incapacidad para gobernar hacían imposible que esta rebelión terminara solo con Despenser ejecutado y el monarca repuesto en el trono. Y desde luego ni Isabel de Francia ni Roger Mortimer estaban dispuestos a correr el riesgo de sufrir la venganza de un despechado Eduardo II si este recuperaba el poder.

Tampoco estaba Inglaterra madura para plantearse dar el paso de deponer a un rey, pues no quedaba claro en absoluto quién podía tener autoridad para hacerlo (estaba muy arraigado el

concepto de la intervención del designio divino en la institución de la monarquía y en la elección de sus representantes) y las consecuencias que este precedente podía traer. La única opción viable era convencer a Eduardo II para que fuera él mismo quien diera el paso de renunciar a la Corona, abdicando y cediendo el trono a su hijo. Tampoco iba a resultar fácil que él admitiese esta solución.

Se convocó una reunión del parlamento en enero de 1327 donde los principales eclesiásticos del reino (el último en hablar fue el arzobispo de Canterbury) leyeron preceptos bíblicos condenando a los malos gobernantes y a los culpables de sodomía (para entonces Mortimer e Isabel se habían preocupado de extender las habladurías sobre la relación entre Eduardo y Despenser). Canterbury concluyó presentando al pueblo al príncipe de Gales e instándoles a que juraran protegerle a él y sus derechos.

Mientras tanto, Eduardo estaba preso en Kenilworth. Una delegación de veinticuatro nobles y obispos fue enviada para tratar de convencer al rey de que abdicara en su hijo. El monarca se negó, pero ante la amenaza de que sería depuesto y de que el rey elegido para sustituirle no llevaría la sangre de los Plantagenet, por último, el 24 de enero de 1327, comunicó al país que renunciaba de manera oficial en favor de su hijo.

Eduardo II era historia y empezaba el reinado de Eduardo III, que a sus catorce años se encontraba bajo el influjo de su madre y de Roger Mortimer. Lo ocurrido al primer rey inglés en abdicar de su trono, y a la relación de su hijo con Isabel de Francia y su amante, pertenece ya al relato del reinado de Eduardo III y será narrado en el siguiente capítulo.

8.9. El principio del fin de la dinastía Plantagenet

El reinado de Eduardo II marcó el momento más bajo de la dinastía Plantagenet y en él se pusieron los cimientos de las causas que acabarían costándoles el trono de Inglaterra, aunque la caída tardaría todavía ciento cincuenta años en consumarse.

Durante los reinados de los predecesores de Eduardo II no habían faltado las violentas luchas de poder e incluso las muertes como consecuencia de las mismas. Estas habían ocurrido en el campo de batalla o tras el correspondiente juicio ante los pares

del enjuiciado. Los aislados episodios de asesinatos sin juicio, con especial crueldad y sin ser en batalla (Thomas Becket, Arturo de Bretaña, Matilda de Braose) permanecieron como sonoros escándalos y motivos de desprestigio para el monarca responsable.

Pero durante el reinado de Eduardo II este tipo de asesinatos se generalizó. Cualesquiera que fueran las faltas y defectos de Piers Gaveston, en reinados anteriores hubiera tenido un juicio justo ante sus pares y con posibilidades de defensa antes de su condena. Esto abrió la caja de los truenos y cada nueva ejecución era una venganza por la anterior e igualaba, si no superaba, la arbitrariedad y falta de garantías con que el afectado era juzgado. Ya hemos comentado que, en el período que siguió a la ejecución de Thomas de Lancaster, hasta veinticinco barones fueron ejecutados, muertes que fueron acompañadas de una macabra exhibición de sus cadáveres mutilados por todo el reino.

Por otro lado, el procedimiento seguido para deponer a Eduardo II, por más que se le acabara dando una pátina de legalidad cuando se le forzó a abdicar, sentó un precedente sobre la posibilidad de luchar por destronar al legítimo monarca del momento que se repetiría en posteriores ocasiones y que acabaría costando el trono a la familia Plantagenet.

Capítulo 9

Eduardo III (1327-1377): el rey que inició la guerra de los Cien Años

9.1. La muerte de Eduardo II

Terminamos el capítulo anterior con la abdicación de Eduardo II y la subida al trono de su hijo Eduardo III, que empezó a reinar como una figura decorativa mientras el gobierno efectivo era ejercido por su madre y Roger Mortimer.

Pero si los pasos para destronar a un rey habían constituido un difícil y desconocido camino para la Inglaterra del siglo XIV, el cómo lidiar con un antiguo rey que se había visto forzado a renunciar era una situación más complicada y desconocida aún. Cautivo en diferentes castillos, era un objetivo muy atractivo para convertirse en el banderín de enganche de los descontentos con el cariz que el gobierno de Mortimer iba adquiriendo: reversión de todas las expropiaciones y concesiones de tierras realizadas bajo el período Despenser para favorecer a los nuevos gobernantes, humillante tratado de paz con la Francia del hermano de la reina Isabel, que limitaba las posesiones inglesas a una franja costera entre Burdeos y Bayona, y un más humillante todavía tratado con Escocia, por el que Inglaterra renunciaba a su condición de señorío feudal sobre la misma, a la que reconocía como reino independiente con las mismas fronteras anteriores a la muerte de Alejandro III en 1286.

Hasta tres intentos de liberar a Eduardo de Caernarfon (como era de nuevo conocido Eduardo II) tuvieron lugar. Uno mientras estaba en Kenilworth y dos en su último lugar de reclusión, el castillo de Berkeley. Fue precisamente allí donde moría el 23 de

septiembre de 1327. Según la noticia que se hizo llegar a su hijo, su muerte fue por causas naturales.

Sin embargo, pronto empezaron a correr los rumores de que había sido asesinado y que el responsable de dar la orden de matarlo era Roger Mortimer. Poco a poco se fueron añadiendo detalles macabros sobre la forma de su muerte que hacían alusión a un castigo simbólico y sangriento por su condición de sodomita (con la introducción de una barra de hierro al rojo vivo por el recto). Para terminar de adornar de misterio el fallecimiento, con posterioridad su hijo recibió una carta contando una fantástica historia de huidas y viajes a Italia donde el depuesto rey había vivido como ermitaño.

En efecto, años después de la muerte de su padre, Eduardo III recibió una carta de un importante funcionario papal llamado Manuel di Fieschi. Según este, en Italia había escuchado en confesión a un ermitaño residente en Lombardía. Este afirmaba ser Eduardo II y había contado a su confesor con todo lujo de detalles su intento de huida a Irlanda, su arresto y detención en Gales, sus cautiverios en Kenilworth y Berkeley. Allí, siempre según su relato, había sido advertido por el portero de su celda de que dos de los caballeros encargados de su vigilancia (a los que identificaba de manera correcta por sus nombres) planeaban asesinarlo. Había conseguido escapar matando a su guardián y poniéndose sus ropas. Afirmaba que los dos caballeros, para no reconocer su negligencia, habían hecho pasar el cadáver del portero por el del propio Eduardo.

Según la carta, el supuesto Eduardo II se había refugiado primero en el castillo de Corfe y luego había huido a Irlanda y de allí a Francia. En Avignon, afirmaba, había sido recibido por el papa Juan y luego había viajado a Alemania y Lombardía, donde hizo su confesión. En el documento, encontrado en una abadía del Languedoc, el legado papal terminaba diciendo que adjuntaba al mismo el sello que el ermitaño le había entregado para demostrar su historia.

Lo narrado en este escrito parece una fantasía difícil de creer, pero tampoco resulta muy lógico que un legado papal de prestigio se prestara a dar pábulo a una historia sin fundamento. Además, los hechos narrados eran ciertos, detallados y poco conocidos para alguien ajeno a lo acontecido con Eduardo II. No hay pruebas al respecto, ni tampoco sobre cuál fue la reacción de Eduardo III al recibir la carta.

Sea como fuere, el 20 de diciembre de 1327, se celebró el entierro de Eduardo II de Inglaterra en la abadía de Gloucester,

confirmando de forma oficial que la nueva cabeza de la familia Plantagenet era su hijo, Eduardo III. Poco tardaría en hacer realidad su hasta entonces simbólica toma de poder.

9.2. El asalto al castillo de Nottingham y la muerte de Roger Mortimer

Dicen que en determinados aspectos la herencia genética se salta una generación y pasa de abuelos a nietos. El de Eduardo III parece uno de estos casos. De su abuelo por parte paterna, Eduardo I de Inglaterra, ya hemos hablado largo y tendido. Y su abuelo por parte materna, Felipe IV de Francia (apodado el Hermoso) fue uno de los más grandes monarcas franceses conocido, entre otras cosas, por haber acabado con la Orden del Temple y quemado a su último gran maestre, Jacques de Molay.

Roger Mortimer, en el ejercicio del poder, siguió los mismos pasos que Gaveston y Despenser y empezó a enriquecerse a costa del erario y de otros notables del reino. Organizaba justas y torneos por toda Inglaterra en los que se representaba a sí mismo como el rey Arturo y eclipsaba a la figura de Eduardo III. En 1328 se otorgó el poderoso título de conde de March, que conllevaba enormes posesiones en las marcas galesas del suroeste del país y en Gales.

Durante los parlamentos entre 1328 y 1330 cada vez fueron más las voces que se alzaron contra Mortimer, destacando entre ellas los de sus antiguos aliados en la lucha contra Eduardo II y Hugh Despenser, los condes de Lancaster, Norfolk y Kent. En un acto de desesperación, Mortimer detuvo e hizo juzgar y ejecutar al conde de Kent, hermanastro de Eduardo II (hijo del segundo matrimonio de Eduardo I con Margarita de Francia). El joven Eduardo III, ya con diecisiete años, firmó la sentencia pero parece que ello agotó el vaso de su paciencia e hizo que afloraran en él los genes de los Plantagenet y los Capeto.

En 1330 se unieron dos circunstancias. Varios amigos de Eduardo III fueron citados a declarar en Nottingham al sospecharse que podrían urdir un complot contra Mortimer y se confirmó que la reina Isabel estaba embarazada de su amante, lo que supondría una amenaza contra los derechos hereditarios de Eduardo III.

El rey decidió pasar a la acción. Mortimer se creía a salvo de cualquier ataque, atrincherado y fuertemente defendido en el

castillo de Nottingham. Pero no contaba con el vigilante del castillo, William Elam, aliado de Eduardo III y gran conocedor de los túneles de la fortaleza.

Elam desveló a un grupo de nobles de la confianza del rey, liderados por William Montagu, la existencia de un túnel secreto que conducía desde el exterior del castillo hasta las estancias privadas de la reina. El propio Elam se encargó de mantener abierto el acceso para que el grupo liderado por Montagu tomara el castillo en un audaz golpe de mano y detuviera a Mortimer. Fue juzgado por el Parlamento y encontrado culpable de traición y de asesinar a Eduardo II. «El citado Roger, por el poder real que había usurpado, ordenó que el rey fuese trasladado al castillo de Berkeley, donde fue ejecutado por él y sus seguidores de manera traicionera, con falsedad y felonía[44]», rezaba la sentencia contra él. Roger Mortimer fue ejecutado e Isabel de Francia, convencida por su hijo para dar un paso a un lado. Se instaló con todo lujo en el castillo de Rising y jugaría un destacado papel diplomático en el mandato de su hijo. Había sido coronado tres años antes, pero ahora empezaba verdaderamente a reinar.

9.3. La reconstrucción de un reino devastado

Tras su golpe de mano en Nottingham, Eduardo III tomó las riendas del poder en Inglaterra, decidido a no incurrir en los errores que habían marcado el ruinoso reinado de su padre. Inició un recorrido por todo el país para demostrar que la grandeza de la institución monárquica había vuelto y que no se dejaría engañar ni dominar por validos y favoritos.

Acompañado de su esposa Filipa de Henao y rodeado de una lujosa corte, fueron celebrando por toda Inglaterra justas y torneos que recreaban las historias del rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, que tan de moda se habían puesto en el reino en aquellos años (aunque Eduardo tuvo cuidado de no reservarse para sí el papel de Arturo como había hecho Roger Mortimer, sino el de alguno de sus caballeros). El rey, recién cumplidos dieciocho años, destacaba por su estampa y sus habilidades hípicas y guerreras.

Eduardo III, era, además, un joven educado, curtido en las lides cortesanas, ávido lector de biografías de grandes reyes y caudillos del pasado y tenía un espejo en el que mirarse: su abuelo Eduardo I.

Entre sus cualidades y el deseo de sus súbditos de tener por fin un rey con el que conectar y capaz de afrontar y resolver los problemas del país, Eduardo fue poco a poco construyendo ese vínculo entre el monarca y la comunidad del reino que tantos quebraderos de cabeza dio a sus predecesores. Sabía que no se podía conseguir de la noche a la mañana, y por eso dedicó los primeros años de su reinado a conocer bien el país y a sus súbditos y a afrontar los problemas más acuciantes de Inglaterra.

Para hacer frente a diferentes bandas de merodeadores que se habían hecho fuertes en algunas zonas del país, y a los que se habían aprovechado del desgobierno en general para cometer todo tipo de delitos, acometió una reforma del sistema de justicia que sustituyó las cortes itinerantes creadas por Enrique II por sedes permanentes de la justicia real a lo largo de todo el reino, lo que acompañó con una profesionalización y especialización del personal destinado a la administración de justicia que se reforzaba en caso de necesidad con los funcionarios radicados en

Westminster.

La desconfianza de Eduardo I hacia sus barones y la política de Eduardo II de concesión de títulos a sus favoritos (todos muertos tras la invasión de 1326) y de encarcelamiento y ejecución de sus enemigos había dejado al reino sin una nobleza fuerte en condiciones de apoyar y sostener las políticas diseñadas por el nuevo rey. Eduardo III puso remedio a esta situación en 1337, en un parlamento en el que designó una guardia pretoriana de seis grandes condes elegidos entre jóvenes que le habían acompañado desde el episodio del castillo de Nottingham, como William Montagu (que fue nombrado conde de Salisbury). También nombró muchos cargos de menor importancia y uno de especial simbolismo: su primogénito Eduardo, de siete años, fue nombrado duque de Cornualles (cargo que había ostentado Piers Gaveston). Con el tiempo se ganaría fama en los campos de batalla de Europa con el sobrenombre del Príncipe Negro.

El prestigio de Eduardo III en Inglaterra se vio muy consolidado cuando acudió a Escocia para apoyar una rebelión contra el rey David II (hijo de Robert Bruce y cuñado del propio Eduardo II por su boda con su hermana Juana) liderada por un hombre que llevaba un apellido también muy conocido: Edward Balliol. En la batalla de Hallidon Hill, las fuerzas de Balliol y de Eduardo III (entre las que empezaba a destacar su cuerpo de arqueros) derrotaron al rey David II. Balliol fue proclamado rey en Scone y, en pago a la ayuda del ejército inglés, recuperó la vieja fórmula de reconocer al reino de Inglaterra como señor feudal del de Escocia. Durante los años siguientes, la situación en Escocia se fue complicando, porque Edward Balliol tuvo que enfrentar una fuerte oposición tanto interna (el apellido pesaba mucho en su contra) como externa (David II había huido del país y había sido acogido y apoyado por el rey Felipe VI de Francia). Esto atrajo la atención de Eduardo III de Inglaterra sobre un objetivo mucho más importante que Escocia: Francia.

9.4. La guerra de los Cien Años (I): el origen del conflicto

En Francia se había recuperado en 1316 una vieja norma que excluía a las mujeres en la línea de sucesión a la Corona francesa. Este precepto se había implantado en el siglo VI en uno de los reinos francos surgidos como consecuencia de la desintegración

del Imperio Romano, en concreto el reino de los salios. De ahí el nombre de «Ley Sálica» con el que se conoció la norma.

Sin embargo, cuando nació el reino de Francia como tal, esta precedencia de los varones no se aplicaba y solo se adoptó la que se conoció en su momento como «Ley de los Varones» en 1316 a raíz de un hecho detrás del cual se encontraba una historia de infidelidad conyugal.

El rey francés Felipe IV el Hermoso, que falleció en 1315, tuvo cuatro hijos: Luis, Felipe, Isabel y Carlos. El primogénito Luis se casó en primeras nupcias con Margarita de Borgoña, mientras que Felipe y Carlos se casaron con dos hermanas, Juana y Blanca, hijas del conde de Borgoña. Por su parte, Isabel contrajo matrimonio con Eduardo II, rey de Inglaterra.

Las esposas de Luis y Carlos se vieron implicadas en el llamado «Escándalo de la Torre de Nesle», destapado en ١٣١٤ y a raíz del cual se descubrió que Margarita y Blanca eran infieles a sus maridos con dos amantes, los hermanos D'Aunay. Como consecuencia, los dos hermanos fueron condenados a muerte y las dos mujeres confinadas en el castillo de Gaillard.

Margarita había dado a Luis, primogénito de Felipe IV, una hija en 1311, llamada Juana. En 1315 Margarita murió en su confinamiento en más que extrañas circunstancias. A su muerte Luis volvió a casarse con Clemencia de Hungría. El problema surgió cuando, en el intervalo de unos meses, murieron tanto Felipe IV como Luis, que sucedió a su padre. Esto ocasionó un grave problema sucesorio. Luis dejaba una hija de apenas cuatro años, Juana, de su primer matrimonio, sobre cuya paternidad se plantearon grandes dudas a raíz del escándalo de la Torre de Nesle. Además su segunda mujer, Clemencia, se encontraba encinta.

Con el fin de evitar el acceso al trono de Juana con la mancha de su posible ilegitimidad, en 1316 una asamblea de los Pares del Reino de Francia, liderada por el hermano de Luis, Felipe de Poitiers, que había sido designado regente durante la minoría de edad de Juana, aprobó la llamada Ley de los Varones por la que se decretaba la exclusión de las mujeres de la sucesión en la monarquía francesa, rescatando así la vieja tradición de la Ley Sálica, como decíamos a consecuencia de la infidelidad de Margarita de Borgoña, que puso en duda la legitimidad de su hija para heredar la Corona.

Constancia de Hungría dio a luz un varón, Juan I, quien solo vivió cinco días (tiempo suficiente para preceder en los derechos sucesorios a su hermanastra Juana). A la muerte de Juan, sobre

las circunstancias de la cual han corrido ríos de tinta, accedió al trono Felipe de Poitiers, quien gobernó con el nombre de Felipe V. Este rey murió en 1322 y fue sucedido por su hermano Carlos IV.

En 1328 murió Carlos IV el Hermoso, último monarca de la dinastía de los Capeto. Al morir Carlos no tenía hijos, y cuando nació su hijo póstumo y resultó ser una niña, accedió al trono el primo de Carlos (hasta entonces regente), Felipe de Valois.

Sin embargo Carlos IV tenía también una hermana: la reina de Inglaterra Isabel, madre de Eduardo III. Este postuló su candidatura al trono francés sosteniendo que una cuestión era que su madre Isabel no hubiese heredado la corona mientras lo hicieron sus tres hermanos, y otra muy diferente que no pudiera transmitir sus derechos hereditarios a sus hijos varones, es decir al propio Eduardo, sobre todo porque en Inglaterra no era válida la Ley Sálica (de hecho los reyes ingleses defendieron sus para ellos legítimos derechos a la Corona francesa hasta bien entrado el siglo XIX). Eduardo, en todo caso, no planteó esta cuestión sucesoria en el momento del fallecimiento de Carlos IV y hasta llegó a rendir homenaje a Felipe de Valois como rey de Francia. El que tardara casi diez años en tratar de hacer valer sus derechos demuestra que había algo más detrás de su reivindicación.

Aunque esta era la causa oficial y formal del inicio de la guerra de los Cien Años, hay quien sostiene que los motivos últimos que se escondían tras la decisión de Eduardo III eran otros, como el agravamiento de las disputas comerciales entre ambos reinos en los Países Bajos y en el canal de la Mancha y el apoyo que Francia venía otorgando a Escocia. La teoría más generalizada mantiene que detrás de su reivindicación se encontraba el viejo problema entre los reyes franceses e ingleses: Aquitania y Gascuña.

De hecho, la reclamación del trono francés por parte de Eduardo se produjo meses después de que Felipe VI invadiese el ducado en mayo de 1337. Según más de un autor, la declaración de guerra no fue sino una excusa para evitar tener que rendir homenaje por el disputado territorio de Gascuña a un rey con cuyo reino los conflictos se estaban multiplicando (no podía declarar la guerra a Felipe mientras aceptara a este como señor feudal por Gascuña sin arriesgarse a ser excomulgado). Además, eso daría ocasión a sus barones y señores de ejercitarse en los nobles y altos principios de la caballería galante que por entonces se encontraban tan de moda en Inglaterra, al haberse recuperado y puesto al día las leyendas del rey Arturo y sus caballeros de la

Mesa Redonda. Para el historiador francés Philippe Contamine tan es así que la cuestión de la alegación de la Ley Sálica es una creación posterior, ya correspondiente a los años del rey de Francia Carlos VI, que no se llegó a plantear ni en 1316 ni en 1328.

En diciembre de 1336, Francia exigió a Inglaterra la entrega del aristócrata Roberto de Artois, que había pasado de ser un gran amigo de Felipe VI a su peor enemigo y que había buscado y encontrado refugio en la corte inglesa. En la negativa respuesta dada a esta petición por parte de Eduardo, este se dirigía a «Felipe de Valois, que se hace llamar rey de Francia». Y en 1340, en una reunión mantenida con sus aliados flamencos en Gante, Eduardo se presentó con su nuevo escudo de armas, en el que a los tres leones rampantes propios de los Plantagenet se añadieron las flores de lis sobre fondo azul de la monarquía francesa. A ojos ingleses ya no era, como en otras ocasiones, una guerra de vasallo contra señor, sino de legítimo rey contra usurpador. El desafío estaba lanzado y era cuestión de ver dónde y cuándo se desataban las hostilidades.

9.5. La guerra de los Cien Años (II): la primera batalla y los problemas financieros en Inglaterra

La primera gran batalla de la guerra fue marítima y tuvo lugar en la costa flamenca, frente a Sluys, en junio de 1340. Eduardo III se había garantizado el apoyo de Flandes prohibiendo primero la exportación de las lanas inglesas y, después de la amenaza que la falta de materia prima suponía para el comercio flamenco, volviendo a permitirla a cambio del apoyo militar de las ciudades de Flandes y su reconocimiento como rey de Francia.

Las primeras escaramuzas habían sido adversas a los ingleses y habían implicado la captura de los condes de Salisbury y Suffolk en Lille y un avance francés sobre Flandes que había dejado aislada en Gante a la reina Filipa. La flota inglesa era muy inferior en número a la francesa que la esperaba al otro lado del Canal. Cuando alguien hizo ver este riesgo a Eduardo, él contestó: «Los que tengan miedo pueden quedarse en casa».

La superioridad numérica francesa quedó anulada cuando, en

una decisión que les costaría la batalla y la vida, los dos comandantes de la misma ordenaron que sus barcos se dispusieran en tres filas una detrás de la otra. Lo que parecía una estrategia para dotar de seguridad a las embarcaciones de las líneas posteriores se tradujo en una inmovilización de estas, imposibilitadas de unirse a la lucha mientras los ingleses destrozaban la primera línea francesa y aprovechaban el impulso para terminar después con las otras dos. Se calcula que entre dieciséis mil y dieciocho mil franceses y genoveses murieron en Sluys en una de las primeras grandes victorias navales de la historia inglesa.

Y no llegó antes de tiempo, porque las dificultades que estaba encontrando Eduardo III para financiar su campaña en Inglaterra no eran nuevas para un monarca de la dinastía Plantagenet y habían sido, de momento, superadas con la tradicional petición de préstamos a banqueros italianos. A estos se unió por primera vez un sindicato de mercaderes ingleses a cuya cabeza se hallaba un hombre cuyo apellido era entonces desconocido, pero que daría origen a una familia de gran importancia en los siglos siguientes: William de la Pole. Aunque la usura estaba prohibida, los prestamistas encontraban artimañas para cobrar un interés superior al 40 %.

Pero los préstamos hay que devolverlos (los condes de Northampton, Warwick y Derby llegaron a estar detenidos un tiempo en Bruselas hasta que el rey pudo devolver un crédito del que eran garantes) y de nuevo la fuente para hacerlo tenía que proceder de los impuestos en Inglaterra. Sluys había sido una gran victoria que destrozó la armada francesa y garantizó la libertad de circulación de los barcos comerciales en el Canal, pero no había sido seguida de grandes avances en el frente terrestre (Felipe evitaba el enfrentamiento directo), por lo que, tras pactar una tregua, Eduardo regresó a Inglaterra dispuesto a solucionar el problema de la falta de fondos para la guerra, que él achacaba a una conspiración.

El Eduardo III que tomó tierra en Londres el 30 de noviembre de 1340 era un Plantagenet en estado puro: inició una purga absoluta de todos los funcionarios y oficiales reales encargados de las recaudaciones de impuestos, desde los de más baja graduación hasta el que él consideraba el principal responsable como regente del país en su ausencia: John Strattford, arzobispo de Canterbury. Este contestó a Eduardo acusándolo de haber vulnerado los preceptos de *Magna Carta* y señalando que el rey sabía bien lo que le había ocurrido a su padre. Durante los primeros meses de 1341, el intercambio de acusaciones entre ambos alcanzó tal punto que

algunos empezaron a recordar lo ocurrido entre otro rey y otro arzobispo de Canterbury siglo y medio antes, que acabó con este (Thomas Becket) asesinado y elevado a los altares.

En marzo de 1341, Eduardo trató de impedir la presencia del arzobispo en una sesión del Parlamento; al final le permitió acceder solo para acusarle de más de treinta graves delitos. Pero todas las fuerzas presentes (nobles, prelados, ciudadanos de Londres y representantes del resto de los condados) mostraron su apoyo a Strattford. Eduardo III no tuvo más remedio que ceder y aceptar la reconciliación con el arzobispo, así como nuevas normas sobre la designación y remoción de funcionarios, recaudación de impuestos y sometimiento a juicio de los funcionarios acusados de incumplir sus obligaciones, todo ello a través del Parlamento.

A cambio, su marcha atrás en lo que podía haber sido un gravísimo enfrentamiento interno que condujera a una nueva guerra civil, hizo que el Parlamento aprobara la creación de un impuesto sobre la lana pagadero directamente a la Corona. Otro elemento positivo de la crisis de 1341 para Eduardo III fue que de ella no surgió un Simon de Montfort o un Thomas Lancaster que disputase su liderazgo en el país. Muy al contrario, lo ocurrido ayudó a crear un lazo de unión entre el monarca y sus nobles que sería fundamental durante el resto de su reinado.

9.6. Crécy (1346), la primera gran victoria inglesa

Solucionados sus problemas internos, Eduardo retomó la guerra en el continente. En 1341, la muerte del duque de Bretaña ocasionó una disputa sucesoria en la que, como era previsible, Eduardo III y Felipe VI tomaron partido cada uno por un candidato diferente. Los intentos de mediación del papado fracasaron en 1345 y el rey inglés decidió que era hora de llevar la guerra a Francia, en concreto a las ancestrales tierras de los Plantagenet en Normandía, donde desembarcó en 1346 al mando de un ejército de diez mil hombres que se desplazó por el país como una plaga de langostas apropiándose de cosechas y bienes, asesinando, violando y atemorizando con sus violentas maneras a la población local (a pesar de las instrucciones en contra de estas prácticas dictadas por el rey).

Dos ejércitos menores desembarcaron en Bretaña y Gascuña. A

diferencia de otras huestes dirigidas por los Plantagenet para recuperar las posesiones de la familia, esta vez Eduardo no contaba con aliados continentales interesados en debilitar al rey de Francia. Sus hombres provenían de Inglaterra y entre ellos destacaba un cuerpo que pronto se convertiría en la peor pesadilla de los caballeros franceses durante más de cien años: los letales arqueros, capaces de atravesar con sus flechas y su mortal puntería las armaduras de los nobles franceses cuando estos realizaban sus, hasta entonces, invencibles cargas a caballo.

Los ingleses avanzaron sin oposición hacia París, cundió el pánico y se envió un ejército para tratar de enfrentarlos en campo abierto antes de que llegaran a la ciudad. Pero apenas a veinte millas de la capital las tropas de Eduardo giraron hacia el norte, donde, en teoría, un ejército flamenco se encontraba dispuesto a unirse a ellos. Cuando llegaron forzando la marcha al punto de encuentro, el ejército flamenco no se hallaba allí. En cambio los franceses sí habían alcanzado el lugar y ambas fuerzas se dispusieron a librar la primera gran batalla en campo abierto de la guerra de los Cien Años: el lugar donde se habían encontrado ambos ejércitos se llamaba Crécy y la fecha era el 24 de agosto de 1346.

Los franceses duplicaban en número a los ingleses y contaban con la ayuda de un cuerpo de ballesteros genoveses. No obstante, las ballestas eran un arma que requería de mucho tiempo y esfuerzo para cada lanzamiento, mientras que los arcos de los ingleses podían escupir sus flechas casi sin esfuerzo, a una velocidad muy superior y con mucho mayor alcance. Eso marcó la diferencia en Crécy y no sería la última vez que lo haría en este conflicto.

Eduardo III también usó por primera vez unos primitivos cañones alimentados con pólvora, que no fueron tan letales como los arqueros, pero que contribuyeron a sembrar el desconcierto en las fuerzas francesas. La flor y nata de la aristocracia francesa, acostumbrada a sembrar el terror en todos los campos de batalla de Europa, fue desarbolada antes de poder siquiera acercarse a las líneas de arqueros ingleses. Más de mil quinientos caballeros franceses fallecieron y las pérdidas entre los soldados de a pie fueron inmensamente superiores. Un joven de dieciséis años se distinguió de manera especial entre las fuerzas inglesas: Eduardo de Woodstock, el Príncipe Negro, primogénito del rey y príncipe de Gales.

Las noticias de lo ocurrido en Crécy se extendieron con rapidez por Inglaterra, y la sensación de euforia al ver que tanto

sacrificio empezaba a dar sus frutos se vio aumentada cuando, en octubre del mismo año, los ingleses derrotaron a un ejército escocés en Neville´s Cross e hicieron prisionero al rey David II, que permanecería en cautividad doce años. En octubre de 1347, tras un sitio de casi un año, la estratégica ciudad de Calais cayó en manos inglesas. Y Felipe de Francia se vio obligado a firmar una humillante tregua.

Todo pintaba de color de rosa cuando los ingleses regresaron a su país para pasar el invierno. Pero entonces hizo su aparición otro enemigo, mucho más poderoso, que no hacía distinción entre ingleses y franceses.

9.7. La peste negra

1348 marcó el inició de la mayor epidemia de la que el mundo guarda recuerdo: la peste negra. Llegada a Europa desde Tierra Santa a través de Chipre y Sicilia, se expandió a toda velocidad por todos los reinos europeos matando a millones de personas sin distinción de razas, credos o clases sociales. Los primeros ingleses afectados fueron los del cortejo nupcial de la princesa Juana, hija de Eduardo III, que llegó a Burdeos para dirigirse a Castilla, donde había sido prometida al infante Pedro. La princesa murió en Francia.

Las noticias de la muerte de Juana llegaron a Inglaterra casi a la vez que la propia plaga, que empezó a sentirse en el sureste del país, en los puertos de conexión con el continente. El 24 de octubre de 1348, el obispo de Winchester alertaba de un «salvaje ataque» de la enfermedad en las costas del sureste que había empezado a contagiar a los condados cercanos.

En un plazo de tres años (de 1348 a 1351) se estima que entre un tercio y la mitad de la población inglesa falleció a causa de la peste negra, a la que se sumó otra epidemia que afectó a buena parte del ganado del país, lo que agravó todavía más las consecuencias de la enfermedad. Ello ocasionaría graves problemas durante los siguientes años, pues la escasez de mano de obra que la peste provocó amenazaba con incidir en los salarios cobrados por los trabajadores del campo.

Eduardo trató de hacer frente a esta amenaza (no en vano la Corona era el mayor terrateniente del reino) con leyes que prohibían el cobro de salarios por encima de los límites marcados antes de la epidemia. Aunque solucionó el problema a corto

plazo, esta medida era un parche destinado a fallar a la larga. Los nuevos estatutos de trabajadores preveían la creación de inspectores para verificar que no se pagaban salarios por encima de lo establecido, pero esta figura sería a su vez una fuente de problemas en los años por venir.

9.8. La década prodigiosa

La gravedad de la situación del país no impidió a Eduardo III celebrar un gran torneo en Windsor en abril de 1349 que pasó a la historia por dos acontecimientos. El primero, bastante banal, era que dos caballeros se disputaban el derecho a considerarse maridos de la misma dama. Lo llamativo del caso es que la dama en cuestión, Juana de Kent, acabaría convirtiéndose en la primera princesa de Gales al casarse con el Príncipe Negro. El segundo, bastante más serio, fue la decisión de Eduardo III de reconocer al príncipe de Gales y al resto de jóvenes nobles que se habían distinguido en la batalla de Crécy. Decidió para ello inspirarse en las leyendas artúricas y crear una orden de caballería que todavía perdura hoy y que fue imitada por órdenes similares en otros países: la Orden de la Jarretera (*Order of the Garter,* presumiblemente en relación con la prenda de mismo nombre, una especie de liga que algunos nobles caballeros ingleses solían lucir en ocasiones especiales).

A pesar de la aparente frivolidad de esta orden de resonancias artúricas en pleno ataque de la peste negra, Eduardo III perseguía un objetivo mucho más importante: crear una especie de hermandad entre los principales señores del reino que los llevara a luchar juntos y sin objeciones allá donde fuesen necesitados… aunque fuera por los intereses de su rey en el continente. Este era uno de los problemas recurrentes a los que se habían enfrentado los predecesores de Eduardo III con sus nobles y al que el rey pretendía poner remedio antes de que se le presentase.

El año 1350 empezó con una de las hazañas militares más resonantes de Eduardo III y su hijo, el Príncipe Negro. En enero recibieron noticias de que se preparaba un ataque sobre Calais con apoyo desde el interior de la ciudad. Sin tiempo más que para reclutar una pequeña fuerza, el rey entró en secreto en la ciudad y él y sus hombres fueron capaces de desbaratar el golpe de mano y salvarla.

Aprovechando una tregua en la guerra contra Francia (Felipe VI había muerto en agosto de 1350 y le había sucedido su hijo

Juan II), Eduardo se dedicó a poner fin a la amenaza que Castilla suponía a la navegación por el Canal y el comercio con Flandes. En la batalla de Winchelsea, aunque tanto él como su hijo estuvieron a punto primero de ahogarse y luego de ser capturados, al finallos ingleses lograron una victoria que, por pírrica que fuese, supuso el fin de la amenaza de la flota de Castilla al comercio en el Canal durante unos años.

En la campaña de 1352 los ingleses afianzaron su dominio sobre Aquitania y Bretaña y lanzaron diversos ataques en la frontera escocesa, aprovechando el vacío de poder causado por el cautiverio en Inglaterra de David II.

En 1354 y 1355 se iniciaron conversaciones de paz con Francia. Eduardo parecía ser consciente de que hacer realidad sus reivindicaciones dinásticas sobre la Corona francesa era una tarea hercúlea que tropezaría con la oposición generalizada en Francia, pero decidió que la recuperación de todo el antiguo imperio Plantagenet en el continente sí era un objetivo razonable. Y esa fue su reivindicación en las conversaciones de paz mantenidas a instancias del papado en 1355. Los franceses rechazaron de plano la propuesta inglesa y ambas partes se prepararon de nuevo para la guerra.

Dos ejércitos ingleses entraron en Francia a finales de 1355, uno por Calais al mando del rey y otro por Flandes dirigido por el Príncipe Negro. No tardó en resultar evidente que los franceses habían aprendido la lección de Crécy y que evitarían otro enfrentamiento en campo abierto. El rey se hartó pronto de esperar y regresó a Inglaterra, pero el príncipe decidió quedarse y tratar de provocar a los franceses para lograr que se enfrentaran a él. Su ejército emprendió una terrible campaña de rapiña, asesinatos, violaciones y robos por toda Francia (chevauchée). Desde entonces, el nombre de Eduardo de Woodstock y el de su ejército tienen unas terribles resonancias en Francia.

Durante la primavera y el verano de 1356 el ejército inglés campó a sus anchas por Francia. En París, el primo del rey, Carlos de Navarra, fue detenido acusado de traición por exigir a Juan II que se enfrentara a los ingleses. Su hermano Felipe se pronunció en el mismo sentido y llegó a viajar a Inglaterra y rendir homenaje a Eduardo III como rey de Francia. Por último, a Juan II no le quedó otro remedio que abandonar la seguridad de París y plantear batalla a los ingleses en Poitiers el 19 de septiembre de 1356.

El resultado fue un nuevo desastre para los franceses. Su ejército fue derrotado por la superior preparación y el liderazgo

de los ingleses, a pesar de su inferioridad numérica. Las pérdidas inglesas apenas llegaron al centenar de hombres, mientras miles de franceses murieron o fueron hechos prisioneros, entre ellos el propio Juan II, que fue trasladado a Londres. El vacío de poder causado en Francia, que quedó bajo la regencia del hijo del rey (el futuro Carlos V) ocasionó diversas revueltas tanto en París (la Comuna de París, 1357) como en el campo (La Jacquerie, 1358).

Juan II firmó en 1358 un tratado en Londres con Eduardo III por el cual cedía grandes extensiones de territorio francés a los ingleses (Aquitania, Saintonge, Poitou, Limousin, Ponthieu, Montreuil y Calais) y accedía al pago de un rescate de cuatro millones de escudos a cambio de su libertad. Ante la negativa del regente y de los Estados Generales franceses a ratificar el tratado, Eduardo III volvió a invadir Francia en 1360 y, aunque no pudo tomar Reims y su ejército fue diezmado por las condiciones climáticas y la enfermedad, terminó forzando al debilitado regente Carlos a firmar el Tratado de Bretigny, por el que se ratificaban las cesiones territoriales acordadas por su padre en Londres, a cambio de la renuncia de Eduardo III a su pretensión al trono francés, y se fijaba el rescate del rey en tres millones de escudos. El final de Juan II sería muy desgraciado.

Contra un pago inicial de cuatrocientos mil escudos Juan II fue liberado y regresó a Francia. Como garantía del pago del resto del rescate, diversos rehenes fueron enviados a Inglaterra, entre ellos el segundo hijo del rey, Luis, duque de Anjou. En 1363, ante la imposibilidad de que su empobrecido país recaudara el resto de la cantidad y tras tratar sin éxito de negociar su puesta en libertad con el rey inglés, el joven duque de Anjou decidió cortar por lo sano y huir de Inglaterra regresando a Francia. Este hecho constituía un grave incumplimiento de la palabra dada y su padre se consideró responsable de esta afrenta. Por ese motivo el rey Juan II de Francia tomó la sorprendente decisión de cumplir él mismo con la palabra que su hijo no había mantenido y retornó por voluntad propia a Londres. Hay quien dice que la decisión de Juan II no estuvo tan motivada por su espíritu caballeroso y la defensa del honor de la palabra traicionada por su hijo, sino por su deseo de cambiar la complicadísima tarea de gobernar Francia en la caótica situación en que se encontraba por una placentera existencia en Londres. Sea como fuere, Juan II nunca vio pagado el resto del rescate fijado por su libertad y murió en su cautiverio del palacio Savoy en 1364. Recibió un funeral con la solemnidad propia de su condición real en Londres y sus restos fueron trasladados a París, donde hoy reposan.

9.9. Planes de futuro

Después de la firma del Tratado de Bretigny, el porvenir se presentaba brillante para Inglaterra. Con su poderío militar asentado, buena parte del territorio francés en su poder y la sucesión garantizada en la persona del prestigioso Príncipe Negro, aunque de dudosa fama por sus hechos en Francia, parecía que nada pudiera interponerse a muchos años de dominio inglés en Europa.

Una de las medidas que Eduardo tomó en esos años para acercar posturas con su pueblo afectaba a los tribunales de su reino. Durante casi trescientos años, los ingleses que acudían a un juicio en su país se encontraban con que jueces y abogados no se expresaban en la lengua del país que hablaban la mayoría de los ingleses, sino en francés. Y ello a pesar de que todos los jueces y abogados, incluso los descendientes de normandos, ya eran nacidos en Inglaterra y casi ninguno de los ciudadanos comunes de origen sajón hablaban francés. En 1362 el rey hizo que el Parlamento inglés aprobase la llamada *Pleading in English Act*, también conocida como *Statute of Pleading*. Esta norma estableció que, desde ese momento, todos los juicios serían celebrados en inglés, y así el francés dejó de usarse en los tribunales de Inglaterra.

Eduardo III había cumplido ya cincuenta años y, aunque su salud era buena, se hacía necesario tomar ciertas medidas para garantizar el relevo de su dinastía y proveer de bienes y posición a sus cuatro hijos que habían alcanzado la edad adulta.

En relación con el Príncipe Negro, este había decidido por sí mismo su enlace matrimonial, para gran escándalo, pues su elección recayó en Juana de Kent, dos veces casada, causante de un considerable escándalo cuando sus dos pretendientes se enfrentaron en un torneo y cuyo caso llegó hasta el papa. La pareja se instaló al principio en un palacio recién construido para ellos en Kensington, pero en 1363 Eduardo III nombró a su hijo duque de Aquitania y le instó a fijar su residencia en las posesiones familiares en territorio francés, donde los más grandes monarcas de la dinastía Plantagenet se habían ganado su fama. Eduardo y Juana se trasladaron a Burdeos. El primer hijo del matrimonio, llamado también Eduardo, nació en 1365 y murió en 1372. El segundo y último vástago de la pareja fue bautizado con el nombre de Ricardo y nació en 1367.

Eduardo III concedió también a sus demás hijos grandes

cargos que implicaban importantes posesiones: Lionel de Amberes fue nombrado duque de Clarence (lo que conllevaba, junto con el que ya ostentaba por matrimonio de duque de Ulster, la titularidad sobre buena parte de Irlanda), Juan de Gante recibió el título de duque de Lancaster (lo que le convertía en guardián del norte del país frente a la amenaza escocesa y candidato a gobernar el país) y Edmundo Langley fue nombrado conde de Cambridge y representante de su padre en los condados de Ponthieu y Calais (esto, unido a su proyectado enlace con la heredera del condado de Flandes convertiría a Edmundo en el Plantagenet encargado de lidiar con los Países Bajos). El hijo menor, Thomas de Woodstock era todavía demasiado joven para ser tenido en cuenta en este reparto.

Con esta distribución pretendía Eduardo III evitar los mismos problemas que Enrique II tuvo con el reparto de tierras entre sus hijos. Y es probable que lo hubiera logrado, porque los cuatro hermanos no tenían entre sí la misma relación que los hijos de Enrique; no se revolvieron unos contra otros y ninguno lo hizo contra su padre, pero otras circunstancias impidieron que los planes sucesorios de Eduardo III triunfaran.

9.10. Los años finales y la muerte de Eduardo III

En 1366 el escenario de la guerra con Francia se trasladó a Castilla. El apoyo de la flota castellana era un caramelo apetecible para el dominio marítimo del Canal y dependía de quién ciñera la corona castellana. Al existir una guerra civil por la sucesión de Alfonso XI entre Pedro I y Enrique de Trastámara, era inevitable que Francia e Inglaterra se posicionaran para obtener el apoyo del ganador en el conflicto. Francia, con una fuerza de mercenarios al mando de Bertrand du Guesclin, se alió con Enrique. Inglaterra, con el Príncipe Negro al mando, lo hizo con Pedro I.

Desde el punto de vista inglés lo más relevante de esta intervención en Castilla fue el coste económico que supuso para el país. La victoria en la batalla de Nájera en 1367 dio de forma temporal el trono a Pedro y constituyó otra victoria militar de prestigio para el Príncipe Negro, pero se volvió en su contra cuando el castellano no pudo pagar la soldada de los gascones empleados por el inglés y resultó más que costosa por la propagación de la disentería y la malaria entre su ejército, que

afectó al propio príncipe hasta el punto de que la arrastraría el resto de su vida.

Cuando Eduardo regresó a Aquitania, esquilmó a sus habitantes con impuestos para poder pagar a sus soldados. Los aquitanos, que ya se encontraban bastante soliviantados por el gobierno del Príncipe Negro, pidieron ayuda a Francia y abrieron sus puertas al ejército de Carlos V cuando invadió el ducado en 1369. El mismo año, además, Enrique de Trastámara se impuso en la guerra civil castellana y puso su flota a disposición del rey de Francia, que podía así amenazar no solo a Gascuña, sino a la propia Inglaterra. En 1371, un derrotado y enfermo Príncipe Negro regresó a Inglaterra.

Tampoco le fueron bien las cosas en Irlanda a Lionel de Amberes. En 1366 abandonó toda idea de poder hacerse con el dominio del país y se buscó para él un ventajoso matrimonio en Italia, pero falleció meses después de la boda. En 1369 moría también la esposa del rey, Filipa de Henao.

El dolor del monarca por la pérdida de la que había sido su compañera durante más de cuarenta años no pudo durar mucho, ya que el mismo año se vio obligado a retomar la guerra contra Francia por la actitud de Carlos V. Eduardo III proclamó en el Parlamento que volvía a retomar el título de rey de Inglaterra y Francia que ostentaba antes del Tratado de Bretigny, denunciando este.

La guerra con Francia fue de fracaso en fracaso, en parte porque muchas de las ciudades de los condados bajo dominio inglés simplemente abrían sus puertas a los ejércitos franceses y en parte por la falta de liderazgo en el bando Plantagenet. El Príncipe Negro era una sombra de sí mismo. Debilitado, enfermo y odiado por la población, su campaña de 1356 (antes de la batalla de Poitiers) y sus años de brutal gobierno en Aquitania le habían pasado factura. Un ejemplo claro se produjo en 1371 en Limoges, donde, transportado en una litera, ordenó la ejecución de cientos de civiles porque la ciudad se había rendido a los franceses. Ese mismo año tuvo que volver a Inglaterra mientras el dominio inglés en Aquitania quedaba limitado a una estrecha franja costera.

Otro factor a tener en cuenta es que el rey de Francia Carlos V había aprendido las lecciones de las batallas de Crécy y Poitiers y evitaba los enfrentamientos directos. Según Jean Froissart, las instrucciones del monarca a sus lugartenientes era que no aceptasen el combate si no eran superiores en una proporción de al menos cinco contra dos. No todos los capitanes franceses

estaban de acuerdo con estas directrices, pero el rey supo imponer su criterio.

Así las cosas entre 1369 y 1372 los franceses realizaron grandes avances en Rouguerge, Quercy, Ponthieu, Poitou, Saintonge y Angoumois, Du Guesclin derrotó a las fuerzas inglesas en Pontvallain y Bressuire y la armada castellana derrotó a la inglesa en La Rochelle.

Juan de Gante no era comparable como líder militar ni a su padre ni a su hermano, y las posiciones inglesas se fueron debilitando en 1373 y 1374, con fracasados intentos de invasión de Aquitania desde el mar. La única solución que quedaba era solicitar una tregua, que fue acordada en Brujas en 1375.

Esto afectó a la situación en Inglaterra, donde había cada vez más voces que se alzaban contra las altas exacciones de impuestos para inútiles campañas militares en Francia, que también se preguntaban por el futuro del país, con el rey viejo y enfermo, el heredero al trono postrado en cama y con un hijo de solo ocho años cumplidos.

Los miembros del Parlamento pertenecientes a la clase común decidieron que en estas circunstancias la responsabilidad de garantizar el futuro del reino recaía sobre ellos. En una larguísima reunión de diez semanas conocidas como el Buen Parlamento, que tuvo lugar entre abril y julio de 1376, acordaron una serie de medidas dirigidas a recortar los poderes reales y hacer que estos recayesen en el propio Parlamento, para evitar así que la situación de desgobierno en que se encontraba el país se prolongase o se agravase en función del estado de salud del rey y del heredero. Se las presentaron a Juan de Gante y requirieron que se designase una comisión de los barones del reino para negociar estas medidas con los Comunes. También reclamaban la destitución de algunos oficiales del rey particularmente corruptos. Era la primera vez que la cuestión del gobierno del reino se planteaba, no como una discusión entre el rey y el Parlamento (con los nobles a la cabeza y el apoyo de los Comunes), sino como una negociación entre las dos partes representadas en el Parlamento.

Juan de Gante trató de ganar tiempo porque no se encontraba en disposición de plantear una oposición contundente contra los Comunes. En el mes de junio los oficiales acusados fueron juzgados y desposeídos de sus cargos y bienes y se designó una comisión de nueve miembros con representación de los nobles y de los Comunes para asesorar al rey.

La noticia de la muerte el 8 de junio de 1376 del Príncipe

Negro constituyó un duro golpe para todo el país. Por mucho que en los últimos años hubiera estado enfermo y su personalidad ya no fuera la misma, era el héroe de Crécy y Poitiers, el líder de la Orden de la Jarretera y el hombre al que todos los bandos del Parlamento querían ganar para su causa. Su muerte dejaba como heredero del reino a su hijo Ricardo, de apenas nueve años, lo que añadía más incertidumbres al futuro de un reino que ya tenía muchas.

Todas se agravaron cuando, solo un año después, casi sin tiempo para preparar al niño para sus futuras responsabilidades, el viejo rey Eduardo III moría el 21 de junio de 1377. Había sido con toda probabilidad el mejor rey de la dinastía Plantagenet y uno de los más exitosos desde el punto de vista militar, pero dejaba a su muerte un reino amenazado por muchos peligros internos y externos.

9.11. La herencia de Eduardo III

Dos problemas heredados marcarían el reinado de Ricardo II. El primero fueron las consecuencias de la peste negra, que había traído consigo un cambio en las relaciones entre terratenientes y trabajadores que estallaría en el reinado de Ricardo.

La segunda gran dificultad con la que se encontró el nuevo monarca fue que lo ocurrido con su bisabuelo Eduardo II, que estuvo cerca de pasarle también a su abuelo Eduardo III en 1341, había abierto la veda a la posibilidad de que quien se considerase desairado por la forma de gobernar de un monarca podía entender que le asistía el derecho de rebelarse contra el legítimo rey. En el caso de Ricardo II esto le costaría no solo la corona, sino también la vida.

Pero el reinado de Eduardo III fue así mismo decisivo para consolidar las relaciones entre el rey y el Parlamento, por la necesidad de contar con este en cuestiones de paz y de guerra y para la creación y recaudación de impuestos. Fue también la primera vez que los Comunes (la voz de los ciudadanos, pequeños propietarios y burgueses) se hizo oír como una fuerza independiente y no como simple correa de transmisión a los súbditos de los condados sobre lo acordado por el rey y los grandes señores en las sesiones parlamentarias en las que solían ser invitados de piedra.

Y una última cuestión ocurrida durante el reinado de Eduardo

III que tendría enormes consecuencias, aunque ya sería durante el reinado de los Tudor, fue el nacimiento del movimiento de los lolardos, impulsado por John Wycliffe. Las quejas sobre la actuación de la Iglesia, su acumulación de riquezas y su «monopolio» del diálogo con Dios no eran nuevas. Movimientos como los bogomilos y los cátaros ya habían predicado la posibilidad de que los fieles mantuvieran una relación directa con Dios, sin necesidad de la intervención de la Iglesia. La ineficacia de esta última para hacer frente a las consecuencias de la peste negra, con párrocos huyendo de la enfermedad sin hacer nada por consolar a sus fieles, hicieron que poco a poco se oyeran voces como las de John Wycliffe que acusaban al papa de ser el diablo y a la Iglesia de negar la comunicación de los fieles con Dios. Por ello, Wycliffe tradujo la Biblia al inglés, para que todos los cristianos de Inglaterra pudieran recibir de manera directa las enseñanzas del libro sagrado del cristianismo. Habría que esperar a la invención de la imprenta para que estas biblias circularan en mayor número y su mensaje fuera calando en miembros importantes del equipo de gobierno de Enrique VIII.

Capítulo 10

Ricardo II (1377-1399): el rey niño que acabó destronado

10.1. Subida al trono y primeros problemas: *The Peasant's Revolt*

En 1377, con solo diez años, Ricardo II se convirtió en rey de Inglaterra tras el fallecimiento de su abuelo Eduardo III. La situación del niño-rey era complicada, tanto por las luchas de poder durante su minoría de edad entre las diferentes facciones de la corte (sobre todo la liderada por su tío Juan de Gante o sus tutores y viejos compañeros de armas de su padre, *sir* Simon Burley y *sir* Aubrey de Vere), como por la creciente situación de descontento y protestas de la población debido a la compleja tesitura económica del país. Francia y Escocia se proponían sacar el mayor provecho posible de Inglaterra, mientras durara la circunstancia, y para hacerles frente se necesitaban fondos que, como siempre, debían provenir de los impuestos de los súbditos del reino lo que, también como siempre, provocaba una fuerte resistencia por parte de estos. Por último, el país recordaba todavía las experiencias con reyes que habían subido al poder siendo menores de edad, y ni los primeros años de Enrique III ni los del recién fallecido Eduardo III habían sido ni mucho menos fáciles.

Ya hemos hablado de la peste negra, que a mediados del siglo XIV asoló el continente y que en Inglaterra acabó con la vida de entre una tercera parte y la mitad de su población. Ello produjo como consecuencia que el número de mano de obra disponible para atender a las tareas del campo se viera drásticamente reducido. En Inglaterra, como en otros países, la tierra era

propiedad de los nobles, quienes la arrendaban a los siervos de la gleba en unas durísimas condiciones. Pero a consecuencia de la plaga, de un exceso de mano de obra que convertía a los arrendatarios en poco más que esclavos forzados a trabajar en las condiciones impuestas por el dueño de sus tierras, se había pasado a una situación en la que aquella escaseaba y en la que eran por tanto los trabajadores los que podrían plantear exigencias y marcar las condiciones de prestación de sus servicios.

La imposición por parte de Eduardo III de la prohibición de pagar salarios superiores a los de antes del estallido de la epidemia era, como ya hemos dicho, nada más que un parche. En realidad los trabajadores no tenían problemas para dejar de trabajar una tierra y encontrar otro señor que estuviese dispuesto a saltarse las limitaciones salariales con tal de conseguir alguien que laborase sus campos. Tampoco en las ciudades faltaba demanda de mano de obra. Los grandes señores trataron por todos los medios a su alcance de evitar esta sangría, con sanciones a los propietarios que las practicaban y persecuciones a los siervos que cambiaban de señor, pero era cuestión de tiempo que los ciudadanos comunes se rebelaran contra estas prácticas.

Además los ingleses sufrían una asfixiante carga de impuestos para cubrir la costosísima empresa de la larga guerra de los Cien Años contra Francia. Estos impuestos eran además gravosos e injustos en especial para la gente de a pie, sobre todo cuando el Parlamento aprobó el llamado *Poll Tax* que gravaba en régimen de igualdad a todos los súbditos del reino (nobles y plebeyos), a pesar del diferente poder adquisitivo de unos y otros. Por otro lado, los nobles actuaban en su territorio a su libre albedrío contando con la anuencia (cuando no con la colaboración) de los representantes de la justicia real y en contra de los ciudadanos corrientes.

Aunque las primeras mechas prendieron en 1380, el verdadero incendio estalló en 1381 y se le conoce con el nombre de *Peasant´s Revolt* o «rebelión de los campesinos», a pesar de que en la misma tuvieron un papel protagonista sobre todo los representantes de las ciudades de todo el país.

Liderados por John Ball y Wat Tyler, los rebeldes fueron convergiendo hacia Londres procedentes primero de Essex y Kent y luego de todo el país, liberando a su paso a los reos de las prisiones. El mismo John Ball, que estaba preso en Canterbury por difundir sermones sediciosos los domingos fuera de las iglesias —muy del estilo del movimiento de los lolardos, que predicaban contra los privilegios y riquezas de la Iglesia y la

necesidad de que fuera privada de ellos—, fue liberado y se puso al frente de la rebelión. Una vez en Londres, un número cercano a los treinta mil hombres sembró el pánico; liberaron también a los presos de las cárceles de la capital y acamparon en Mile End, mientras el joven monarca permanecía encerrado en la Torre de Londres.

Como nadie parecía saber muy bien qué hacer, el rey decidió tomar la iniciativa y salir a parlamentar con los rebeldes. Tras dos reuniones con ellos, en la segunda de las cuales Wat Tyler fue herido, detenido y ejecutado, el adolescente monarca se dirigió al resto de los amotinados prometiendo liderarles e instándoles a seguirle. Les condujo hasta Islington donde aguardaba una fuerza armada de mil hombres.

Ricardo acalló las voces de sus fieles, que le conminaban a terminar con todos los rebeldes, y convenció a estos de que depusieran su actitud y volvieran a sus casas tras prometerles dar cumplimiento a sus reivindicaciones (destitución de los responsables de la política de impuestos, revisión de las draconianas condiciones de arrendamiento de las tierras, libertad de elección de trabajo y perdón para todos los implicados en la revuelta). Lo que no pudo evitar fue que muchos recaudadores de impuestos y autoridades políticas y religiosas (entre ellas el arzobispo de Canterbury) fueran ejecutados en toda Inglaterra antes de que la revuelta terminase.

Sin embargo, con una frialdad y madurez impropia de sus catorce años, Ricardo consiguió poner fin a una rebelión que podía perfectamente haber acabado con su reinado y su vida, y todo ello a base de realizar unas promesas que en ningún momento tenía intención de cumplir.

Después de conseguir calmar las aguas y que los rebeldes volvieran a sus casas, Ricardo revocó todas las disposiciones que había concedido en Londres e inició una política de detención y ejecución de los principales cabecillas (entre ellos John Ball). Cuando en Essex alguno de los antiguos rebeldes le recordó las promesas hechas y le instó a respetarlas, Ricardo II contestó en tono airado, calificándoles de «malditos, rústicos e indignos de vivir» y prometiéndoles que sus condiciones de vida y trabajo no solo no iban a mejorar («Siervos sois y siervos seguiréis siendo»), sino que iban a ser más duras todavía.

Y ello a pesar de que al inicio de la revuelta sus cabecillas se identificaban como hombres del rey, dispuestos a luchar por él contra los malos nobles y asesores que le rodeaban. Ese papel de defensores del rey y de luchadores por la libertad y contra las injusticias de los ricos y poderosos recuerda a alguien.

10.2. Robin Hood: el trasfondo histórico detrás de la leyenda

No es de extrañar que fuese durante los últimos años del siglo XIV y primeros del siglo XV cuando se comenzaron a generalizar los cuentos y baladas sobre Robin Hood y sus alegres compañeros que robaban a los ricos para ayudar a los pobres.

Todo el mundo conoce la historia de Robin Hood, el arquero inglés que con un grupo de fieles se refugió en los bosques de Sherwood para luchar contra la tiranía del príncipe normando Juan sin Tierra y del malvado *sheriff* de Nottingham, que aprovechan la ausencia del rey Ricardo Corazón de León para tratar de usurpar el trono.

Esta imagen de Robin Hood como el ladrón que roba a los ricos para ayudar a los pobres y el luchador de los derechos de los oprimidos súbditos sajones contra la tiranía normanda nos ha llegado especialmente a través de la famosa novela de Walter Scott Ivanhoe, escrita en el siglo XIX.

Estatua de Robin Hood en el castillo de Nottingham

Pero la popularidad de Robin Hood en Inglaterra es muy anterior a esa fecha y la imagen idealizada del arquero de Sherwood y sus alegres compañeros ya se cantaba en las tabernas inglesas en los siglos XIII y XIV. Pero ¿existió Robin Hood? Y si lo hizo, ¿fue en realidad el protagonista de todos los hechos que posteriormente se le atribuyeron? La respuesta es que, si bien no existió una persona real llamada Robin Hood, sí que existieron algunos personajes de distintas épocas, con diferentes nombres y protagonistas de hechos que poco a poco fueron creando en el imaginario inglés la figura del ladrón bueno que se oponía a las injusticias que sufrían los siervos ingleses y al que pusieron por nombre Robin Hood.

Un ejemplo es lo relativo a la lucha de los sajones contra la dominación normanda. Esta parte de la leyenda parece venir de manera directa de Hereward el Proscrito, cuyas hazañas se narran en el capítulo 1.

Un cronista del siglo XV identifica a Robin Hood con un personaje real que se unió a la rebelión liderada en 1263 por Simon de Montfort contra el rey Enrique III (hijo de Juan sin Tierra), de la que hablamos en el capítulo 6. Este forajido, de nombre Roger Godberg, buscó refugio en el bosque de Sherwood desde donde lanzaba ataques contra las patrullas reales. Lo cierto es que cuando la rebelión fracasó y De Montfort fue ejecutado en 1265 muchos de sus seguidores fueron desposeídos de sus tierras y bienes y tuvieron que huir a los bosques, desde los que atacaban a los viajeros de los caminos para poder subsistir. Se les conoció con el nombre de Desheredados.

Respecto al nombre de Robin Hood existen diversos registros en los que aparece dicho apelativo o alguno semejante, aunque ello no quiere decir que todos formaran parte de la leyenda que dio origen al personaje. Así, en 1216 un hombre con ese nombre, sirviente del abad de Cirencester, fue detenido acusado de asesinato. En 1225 un tal Robert Hood fue desposeído de todos sus bienes por el *sheriff* de Yorkshire en pago de las fuertes deudas que había contraído. Años después, ese mismo *sheriff*, que antes había desempeñado el mismo cargo en Nottingham, fue encargado de perseguir a un notorio forajido de nombre Robert de Wetherby al que terminó deteniendo y colgando, aunque no existe constancia de que fuera el mismo Robert Hood. Desde finales del siglo XIII empezó a aparecer en diversos registros judiciales el nombre Robehod o Robinhod como un nombre

genérico de los forajidos perseguidos por la justicia.

A finales del siglo XIV el preste Sloth, en su obra Piers Plowman señala que, si bien no se sabe el Padrenuestro, sí puede recitar rimas de Robin Hood. Y una anotación a mano de un monje, realizada en el margen de una obra llamada *Polychoricon*, habla de un fuera de la ley llamado Robin Hood que en 1460 habitaba en el bosque de Sherwood, desde el que cometió numerosos atracos. Sobre el mismo personaje escribió unos años antes Andrew de Wynton, si bien lo situaba en el bosque de Inglewood.

Sea como fuere, poco a poco se fueron generalizando los cuentos sobre Robin Hood, como el símbolo del valiente inglés de a pie que lucha con sus medios contra la opresión de las autoridades reales. Como hemos tenido ocasión de explicar, durante los siglos XIII, XIV y XV, existieron numerosas fricciones entre los reyes ingleses de la dinastía Plantagenet que se referían, entre otras cuestiones, a algunas recurrentes en la leyenda de Robin Hood: las abusivas recaudaciones de impuestos que los oficiales reales llevaban a cabo en los condados ingleses para financiar sus guerras en Francia y Escocia y la prohibición de cazar, pescar o cortar leña en los bosques reales, regulada en la normativa denominada *Forest Charter*, cuya extensión y limitaciones de uso ocasionaron más de una rebelión contra el rey y los oficiales de turno. La Revuelta de los Campesinos, que tuvo lugar en 1381 (justo en el momento en que se generalizaban las baladas sobre Robin Hood) tuvo como destinatarios a los funcionarios reales que recaudaban los impuestos para Ricardo II.

Y así, a partir del siglo XV se comenzó a representar a los personajes de Robin Hood, Little John, Lady Marian y Fray Tuck en los llamados *May Day Games*, una celebración de la primavera de origen pagano que, como muchas otras, fue adoptada por los cristianos. En todas las tabernas del país se cantaban las baladas de Robin Hood como un hombre del pueblo cuyos enemigos eran los grandes nobles, *sheriffs*, obispos y arzobispos y que luchaba contra la opresión sin atacar a los pequeños caballeros ni a los sacerdotes de los pueblos y condados.

En resumen, el origen de la leyenda de Robin Hood parece que procede de la suma de diferentes personajes que se identifican con alguna de las hazañas que conocemos de él, con su nombre o con los lugares donde se desarrollaron sus aventuras.

10.3. La mayoría de edad de

Ricardo II

Los sucesos de *The Peasant's Revolt* demostraron que a sus catorce años el rey había alcanzado la madurez y estaba en condiciones de regir el país sin dependencia de regentes. También estaba en edad de casarse, y su elección fue muy significativa: Ana de Bohemia era hermana del rey de Bohemia y emperador del Sacro Imperio, Wenceslao, y otra de sus hermanas era reina de Hungría y Polonia. Esta alianza tenía también otras implicaciones, pues en el cisma producido en la Iglesia tanto Inglaterra como el Imperio y Polonia se pusieron del lado de Roma, mientras que Francia, Escocia y Castilla se alinearon con Avignon. El problema con la alianza matrimonial elegida por Ricardo era que la novia no aportaba una gran dote (como hubiera hecho una princesa italiana). Muy al contrario, fue Ricardo el que tuvo que comprometerse a conceder un importante préstamo a su arruinado cuñado el emperador.

El rey se rodeó de una corte de fieles en la que se entremezclaban compañeros de su misma edad, como John Beauchamp, Robert de Vere, conde de Oxford (y sobrino de su tutor *sir* Aubrey de Vere) o John Salisbury, con veteranos que habían servido a su abuelo y a su padre como *sir* Simon Burley y Michael de la Pole. Mientras tanto, disminuía la influencia de los hermanos de su padre: Juan de Gante, duque de Lancaster, Edmundo Langley, conde de Cambridge y al que Ricardo nombró duque de York, y Thomas de Woodstock, duque de Gloucester.

En Francia, las cosas no marchaban muy bien para los intereses ingleses. Tras un fracasado intento de invasión iniciado en Calais en mayo de 1383 repelido con rapidez por los franceses, las posesiones inglesas se vieron reducidas a Calais y una estrecha lengua costera, mientras que en el Canal los barcos franceses y castellanos campaban a sus anchas, lo que además afectaba al comercio de lana. Esta situación empeoró cuando el duque de Borgoña (tío y aliado del nuevo rey de Francia Carlos VI) se hizo con Flandes.

El rey no tenía ni ganas ni medios para lanzarse a una costosa e incierta aventura de conquista en Francia (a pesar de la insistencia en ello de sus tíos) y, tras pactar una tregua de quince meses en Leulinghem en enero de 1384, se decidió por Escocia. Concedió nuevos cargos a sus nobles; De la Pole fue nombrado duque de Suffolk y De Vere, del que muchos recelaban como un nuevo Piers Gaveston, recibió el título de nueva creación de marqués de Dublín, que implicaba que de una tacada se colocaba

por encima del resto de nobles del país. Después, el rey tomó el mando de un ejército de catorce mil hombres que se dirigió a Escocia. Pero los escoceses evitaron la batalla en campo abierto y quemaron todas las huertas para que el enorme ejército inglés no pudiera abastecerse. Ricardo II llegó hasta Edimburgo solo para darse cuenta de que sus hombres se morían de hambre y tuvo que dar media vuelta sin haber conseguido nada.

En 1386, entre preocupantes rumores de una invasión del país desde Francia (llegó incluso a producirse un tímido desembarco de una fuerza francesa en Inglaterra al mando de Jean de Vienne y dos expediciones preparadas el verano de ese año y en 1387 no llegaron a cruzar el canal de la Mancha), se celebró una tumultuosa sesión del Parlamento en la que los Comunes rechazaron hablar de cualquier propuesta de nuevos impuestos para campañas en el continente hasta que una serie de funcionarios reales fueran depuestos de sus cargos por incompetentes y negligentes. El rey reaccionó con furia negándose siquiera a reunirse con los parlamentarios. Ante un intento de mediación del duque de Gloucester y el conde de Arundel, Ricardo II llegó a amenazar con pedir ayuda al rey de Francia contra los rebeldes en su propio país. Hizo falta recordarle lo sucedido con Eduardo II para que aceptara las reformas planteadas por el Parlamento, que suponían la remoción de alguno de sus principales aliados y el sometimiento de todas las decisiones de gobierno al criterio de un consejo de nueve miembros, lo que dejaba al rey como una figura casi tan decorativa como cuando subió al poder con diez años.

10.4. Lucha por el poder

Ricardo II se pasó los meses siguientes al parlamento de 1386 viajando por el país con sus leales De la Pole y De Vere, y tratando de diseñar una estrategia para recuperar el poder efectivo. Encargó a varios jueces un dictamen jurídico que pretendía fundamentar la nulidad de lo acordado en el Parlamento y la consideración como traición de las acciones de los principales impulsores de los acuerdos tomados. Esta era una línea de actuación muy peligrosa. El delito de traición fue utilizado a la ligera durante el reinado de Eduardo II y causó multitud de ejecuciones, por lo que Eduardo III había limitado en 1351 la definición de este delito a los ataques o conspiraciones contra la vida del rey y su familia y consejeros.

Pero, a su vuelta a Londres en diciembre de 1387, lo que se encontró fue una exigencia del Parlamento personificado en cinco nobles a los que se conoció con el nombre de *The Lords Apellant*. Estos cinco nobles eran Thomas de Woodstock (tío del rey y duque de Gloucester), los condes de Arundel y Warwick, Thomas Mowbray, conde de Nottingham y Enrique Bolingbroke (hijo de Juan de Gante y primo del rey).

El Parlamento tomó la decisión de expulsar y desposeer de sus cargos a sus más leales consejeros, en especial De la Pole y De Vere. Este había cometido el error de divorciarse de su esposa, nieta de Eduardo III, para casarse con una dama de compañía de la reina. Fue el golpe definitivo para estar en el punto de mira de los *Lords Apellant,* pues dos de ellos (Thomas de Woodstock y Enrique Bolingbroke) eran también descendientes del citado rey. De hecho, Enrique Bolingbroke se encontraba con Ricardo en la Torre de Londres cuando estalló la rebelión popular de 1381 y se libró por muy poco de ser asesinado.

Ricardo trató de oponerse por la vía militar a esta situación, pero ni los *sheriffs* de los condados ni los ciudadanos de Londres se mostraron dispuestos a facilitarle hombres, pues estaban con el Parlamento. Y cuando solicitó ayuda armada a De Vere, este se vio traicionado por sus propios hombres cuando se dirigía a Londres y fue interceptado por un ejército al mando de Bolingbroke. Tuvo que huir a Francia solo y con gran riesgo de su vida.

En febrero de 1388, Ricardo vio impotente cómo una sesión del Parlamento conocida como «el parlamento despiadado» declaraba traidores y condenaba a muerte a cinco de sus más leales consejeros. De la Pole y De Vere habían huido a Francia, pero dos de los condenados fueron ejecutados (uno de ellos se había distinguido como el juez que condenó a muerte a muchos de los líderes de *The Peasant´s Revolt*). Durante los meses siguientes, *The Apellant* continuaron representando al Parlamento y consiguiendo que este aprobara la condena a muerte de miembros de la casa del rey, de asesores reales e incluso de su viejo tutor y compañero de armas de su padre *sir* Simon Burley. Todos ellos fueron ejecutados en la brutal manera habitual, incluido Burley, a pesar de que tanto el rey como la reina (esta de rodillas) rogaron que le fuera perdonada la vida.

Saciado el ansia de sangre de The Apellant y con el rey atado de pies y manos por el Parlamento, los siguientes años fueron de cierta tranquilidad para Inglaterra.

Después de 1388 Ricardo pareció aceptar la situación del

reino. Volvió a traer a su lado a su tío Juan de Gante y, con su mediación, fue acordando la política de designación de cargos y de recaudación de impuestos con el Parlamento sin grandes sobresaltos hasta 1396. Ello a su vez provocó la mejora en el estado general de la economía inglesa durante esos años, así como un florecimiento de la arquitectura, la pintura y la literatura en el país. En 1394 Ricardo lideró una exitosa expedición a Irlanda (la más importante de un rey inglés desde Juan sin Tierra) y se alcanzó una tregua de veintiocho años con Francia, que incluía el compromiso de la hija del rey Carlos VI (Isabel, de siete años) con Ricardo (que había enviudado), acompañada de una más que generosa dote.

Pero mientras ponía al mal tiempo buena cara y afrontaba algunas pérdidas personales como las de su primera esposa y la de su adorado Richard de Vere, Ricardo iba desarrollando cada vez más en su interior sus ansias de venganza contra los que habían convertido su reinado en poco menos que simbólico.

10.5. Venganza

Los primeros síntomas del fin de la convivencia pacífica entre el rey y el Parlamento se produjeron a raíz de la tregua con Francia. Durante las negociaciones, Ricardo volvió a sacar el tema de la ayuda del país galo si el rey de Inglaterra tenía problemas con sus súbditos en casa. No llegó a plasmarse en el acuerdo final, pero creó alarma entre los barones del reino.

En 1397 el Parlamento negó al rey los fondos para financiar una expedición punitiva del rey de Francia contra Milán. En la misma reunión uno de sus miembros representantes del clero, Thomas Haxey, presentó un escrito con varias quejas sobre los oficiales reales, los excesivos gastos de la casa real y el penoso estado de la frontera con Escocia. En uno de sus ataques de furia, Ricardo ordenó detenerlo y lo condenó a muerte acusándole de traición. Solo su condición clerical hizo que se conmutara su sentencia por la de prisión.

El rey iba ya tras presas mayores. Nunca había perdonado a los líderes de *The Apellant* y simplemente había esperado su momento. El 10 de julio de 1397 ordenó arrestar al conde de Warwick tras cenar con él en Londres y desde allí se dirigió con tropas leales al castillo de Pleshey, donde se encontraba el principal cabecilla del movimiento que había limitado sus poderes y terminado con sus favoritos, su tío el duque de Gloucester, que

sin guardia que le defendiera fue hecho prisionero. El tercer principal opositor al rey en 1386, el conde de Arundel, se entregó a Ricardo, que repartió a sus tres cautivos entre Calais y las islas del Canal.

En el mes de septiembre de 1397 los asistentes a la reunión del Parlamento se encontraron al rey en un sitial superior y a trescientos de sus arqueros rodeando el lugar. Presidiendo la reunión se encontraba Juan de Gante. El canciller Stafford lanzó un discurso en el que resaltaba la supremacía del rey para gobernar a su gusto, a la vez que anunciaba una amnistía general, salvo para cincuenta personas a las que el rey nombraría. Pero Ricardo no pronunció ningún nombre. Se limitó a decir que aquel que pensara que el rey tenía algo de lo que perdonarle debía acercarse a él y solicitar su clemencia. En menos de un año quinientas personas pidieron perdón al rey, que se lo concedió. Acobardados, los parlamentarios aprobaron la derogación de todos los acuerdos del Parlamento de 1386 y del perdón que el mismo acordó para los miembros de *The Lords Apellant*.

Era hora de consumar su venganza. El conde de Arundel fue juzgado por el Parlamento, hallado culpable y ejecutado. Pero cuando llegó la hora del duque de Gloucester, se produjo una conmoción. El encargado de presentarlo ante el Parlamento, el conde de Nottingham, Thomas Mowbray, compareció con la noticia de que el duque había muerto en Calais. Mowbray traía una confesión escrita del duque reconociendo su traición y declarando que si Ricardo II no había sido depuesto en 1388 fue solo porque los miembros de *The Apellant* no se pusieron de acuerdo sobre cuál de ellos debería ceñir la corona. Fue condenado a muerte con carácter póstumo. Las sospechas sobre que la muerte de Gloucester obedeció a órdenes de Ricardo se propagaron rápidamente. El conde de Warwick, entre lágrimas y súplicas, fue condenado al exilio de por vida y a la pérdida de todas sus posesiones.

Quedaban dos miembros de *The Apellant* cuya participación había sido menor y a los que el rey no solo no castigó, sino que promocionó. El ya mencionado Thomas Mowbray fue nombrado duque de Norfolk y el hijo de Juan de Gante y primo del rey, Enrique Bolingbroke, obtuvo el nombramiento de duque de Hereford (es caso seguro que esto formaba parte del precio que Juan de Gante había pedido para apoyar a Ricardo en este audaz golpe de mano). Otros nobles cercanos al monarca también obtuvieron importantes nombramientos.

Los hombres que habían causado tanta pérdida de autoridad al

rey habían sido eliminados y Ricardo había recuperado el pleno ejercicio del poder, aunque más por miedo que por convencimiento (en palabras de John Gower, durante el mes de septiembre de 1397 «la brutalidad tomó el control por la fuerza de la espada[45]»).

10.6. El final del reinado de Ricardo II

Tras su audaz movimiento de septiembre de 1397, el gobierno de Ricardo II se volvió cada vez más brutal y despiadado. Estaba arropado por una guardia pretoriana de arqueros de Cheshire que aprovechaban cada desplazamiento del rey para violar y asesinar con impunidad, e ideaba cada vez más arbitrarias e ilegales maneras de recaudar impuestos entre sus súbditos: cartas en las que reclamaba préstamos dejando en blanco el nombre del destinatario para que fuese rellenado por los oficiales reales al investigar qué ciudadanos tenían más posibles, o sentencias de expropiación con el nombre también en blanco.

El acontecimiento esencial para que Ricardo perdiera el trono y la vida se produjo a finales de 1397, cuando los dos personajes a los que más había promocionado en septiembre, Thomas Mowbray y Enrique Bolingbroke, se enzarzaron en una disputa verbal en la que ambos se acusaron de traición. La cuestión fue llevada al Parlamento sin que se alcanzase un veredicto y derivó en un duelo a muerte entre los dos, en una especie de juicio de Dios a celebrar en Coventry el 16 de septiembre de 1398. Ricardo se encontraba en una situación peliaguda. La victoria de Mowbray daría pábulo a los rumores sobre una traición y haría que se pudiera someter a escrutinio el papel del rey en la muerte del duque de Gloucester; la de Bolingbroke daría alas a este en la carrera sucesoria, ya que Ricardo no tenía heredero.

El rey decidió impedir en el último momento un duelo que en nada le podía favorecer y dictó sentencia desterrando a Mowbray de por vida y a Bolingbroke por diez años. Sin embargo, cuando en 1399 falleció el padre de Bolingbroke Juan de Gante, decretó que el destierro de su primo fuese de por vida y que sus extensas propiedades pasasen a la Corona.

Bolingbroke se despidió del país (en Londres una multitud le aclamó, mientras en Oxfordshire se produjeron revueltas contra el rey) y embarcó hacia el exilio el 13 de octubre de 1398 en Dover,

junto a un puñado de fieles caballeros y unos doscientos sirvientes que debieron retornar a Inglaterra en el plazo de una semana desde su desembarco en Calais. A partir de entonces, Enrique estaba solo en Francia, aunque pronto se trasladó a París donde se codeó con el rey y la más alta nobleza.

Sin embargo, cuando en febrero de 1399 falleció el padre de Bolingbroke Juan de Gante, Ricardo decretó que el destierro de su primo fuese de por vida y que sus extensas propiedades pasasen a la Corona. Los defensores de Enrique Bolingbroke sostienen que a partir de ese momento (desheredado, calificado de traidor, separado de su familia y sin otro futuro que vagar de corte en corte por Europa vendiendo su espada) la única opción que le quedaba a Enrique era destronar a Ricardo II. Y más aún cuando el rey hizo público un nuevo testamento en el que, sin designar un heredero concreto (sí redactó un codicilo aparte insinuando que tal dignidad recaería en el duque de York) sí dejaba claro que quien quiera que le sucediese, debía comprometerse a respetar y ejecutar las sentencias dictadas por el rey.

Y en ese momento fue cuando Ricardo II cometió el terrible error que le costó el trono y la vida. El 1 de junio de 1399 embarcó hacia Irlanda para sofocar una pequeña rebelión. Es posible que confiara en que el rey de Francia, en cuya corte estaba exiliado Enrique, no permitiría que este pusiera en peligro la paz con Inglaterra y el trono de su hija, pero Carlos VI, conocido como Carlos el Loco, sufría ataques en los que perdía la razón y, aprovechando que estaba en uno de esos períodos, Enrique solicitó y obtuvo permiso del duque de Orleans para volver a Inglaterra y reclamar sus derechos.

Enrique Bolingbroke, indignado por la sentencia que le privaba de su herencia y le impedía volver a Inglaterra, desembarcó el 4 de julio en Yorkshire. Parece que su intención inicial era reclamar la herencia de su padre, pero la falta de resistencia a su avance al hallarse Ricardo en Irlanda, y el hecho de que se le fueran uniendo cada vez más fuerzas descontentas con el caprichoso gobierno del rey le llevaron a replantearse su objetivo. Sus aspiraciones al trono dieron un paso decisivo cuando el duque de York Edmundo de Langley, tío del rey y del propio Bolingbroke, se unió a su causa.

Ricardo volvió a Inglaterra, pero era demasiado tarde. Se refugió en el castillo galés de Conwy donde recibió la visita del conde de Northumbria, Henry Percy. Este le expuso los términos de Bolingbroke: se le citaba a comparecer por su propia voluntad en un parlamento presidido por su primo como «juez supremo» de

Inglaterra y en el que sus cinco principales aliados serían juzgados por traición. Tras su habitual ataque de furia, a Ricardo no le quedó otro remedio que acompañar a Percy y reunirse con su primo en el castillo de Flint. Allí Enrique le comunicó que había regresado con el consentimiento de los Comunes para ayudarle a gobernar bien, porque en los últimos veintidós años no lo había hecho. Ricardo aceptó, se entregó formalmente a Bolingbroke y fue trasladado a la Torre de Londres.

En una reunión del Parlamento que tuvo lugar el 30 de septiembre, el arzobispo de York leyó una declaración del ausente Ricardo II por la que este hacía saber que había accedido a renunciar a la corona por no ser la persona adecuada para ceñirla. Se afirmaba que dicho documento fue firmado por el propio Ricardo ante testigos, aunque parece probable que fuera falsificado u obtenido bajo coacción. El arzobispo de Canterbury preguntó a los presentes si aceptaban esta declaración, a lo que todos contestaron que sí.

A continuación se leyó una lista de los errores cometidos por el rey durante su reinado, lista que ascendía a treinta y tres acusaciones muy graves. El mismo Parlamento nombró rey de Inglaterra a Bolingbroke, desde ese momento de forma oficial Enrique IV.

Pero el depuesto rey era todavía una amenaza para el usurpador. Tras ser trasladado en secreto hasta el castillo de Pontefract, se produjo una rebelión en favor de Ricardo II en febrero de 1400. Enrique cortó por lo sano. Ricardo murió de forma misteriosa en su celda de Pontefract, es posible que de inanición, ya que una parte esencial del plan era que su cuerpo sin vida fuese exhibido a lo largo de su camino a Londres para que no quedara duda a sus partidarios de que no tenían ninguna causa por la que luchar; y para eso era necesario que no hubiera signos de violencia en el cadáver del rey.

10.7. ¿El final de una dinastía?

La deposición o abdicación de Ricardo II, así como su final, guarda muchas semejanzas con la de su bisabuelo Eduardo II (ambos fueron forzados a abdicar, mantenidos en prisión después de ello y fallecieron al poco tiempo en extrañas circunstancias). Pero entre uno y otro existió una diferencia fundamental: mientras que la sucesión de Eduardo II tras su abdicación se produjo en la persona de su hijo primogénito y heredero Eduardo

III, con lo que la línea de sucesión dinástica no se interrumpió (tarde o temprano Eduardo hubiera sucedido a su padre), en el caso de Ricardo II no fue así. En el momento de abdicar no tenía descendencia, pero era joven y su segunda esposa lo era todavía más, por lo que era previsible que hubiera terminado teniendo algún hijo. Además, Enrique Bolingbroke era un familiar cercano y se hubiese encontrado en la línea de sucesión si Ricardo hubiese fallecido sin descendencia, pero ni era el único ni tenía mejor derecho al trono que otros descendientes de Eduardo III. Esta circunstancia cobraría dramática importancia años después en el conflicto conocido como guerra de las Rosas. En definitiva, independientemente de lo merecida que pudiera ser la deposición de un rey como Ricardo, puede decirse sin temor a equivocarse que con sus acciones Enrique IV usurpó el trono de Inglaterra.

Lo cierto es que el reinado de Ricardo II tuvo un aroma como de fin de ciclo. Como dice Simon Schama:

> Mientras los verdaderos Plantagenet construían castillos, Ricardo II adornó y embelleció la sala del trono de Westminster para mejor realzar su aspecto regio; mientras los verdaderos Plantagenet olían a campo de batalla, a Ricardo II le gustaba tomar baños, y lo que es peor, hacerlo con asiduidad en bonitas salas de baño; mientras los verdaderos Plantagenet comían con las manos y se chupaban los dedos, Ricardo II no solo usaba cuchara, sino que obligaba a hacerlo a sus nobles; un verdadero Plantagenet no hubiera encargado el primer libro de cocina con 186 recetas reales y especias foráneas como el cardamomo y el nardo. Los verdaderos Plantagenet traían sus ropas manchadas de sangre por las victorias sobre los ancestrales enemigos franceses y escoceses; la aportación de Ricardo II a Inglaterra fue el pañuelo[46].

Por otro lado, para algunos historiadores como Dan Jones, el hecho de que (a diferencia del caso de Eduardo II y Eduardo III) la sucesión entre Ricardo II y Enrique IV no fuera la que correspondería según la línea de la primogenitura, hace que la dinastía de los Plantagenet terminara con Ricardo II y que Enrique IV fuese el primer rey de la casa de Lancaster.

Sin ánimo de entrar en polémica (y mucho menos de tener razón) al respecto, lo cierto es que Enrique Bolingbroke tenía tanta sangre Plantagenet como Ricardo II (ambos eran nietos de Eduardo III y Filipa de Henao), como también la tenían los siguientes ocupantes del trono inglés hasta Ricardo III en 1485.

Además, de aceptar esta tesis, este debería ser el último capítulo del presente libro y nos dejaría sin resolver cuestiones tan importantes como el desenlace de la guerra de los Cien Años, las disputas dinásticas entre las diferentes ramas de los Plantagenet y las tensiones entre los monarcas ingleses y sus

súbditos representados en el Parlamento. Por ello, con permiso de los puristas, extenderemos la duración de este ensayo unos capítulos más.

Capítulo 11

Enrique IV (1399-1413): usurpador del trono de Inglaterra

11.1. La tarea de asentarse en el trono

Era inevitable que un rey que había subido al trono de la forma en que lo hizo Enrique IV tuviera que luchar en diferentes frentes para ceñir con firmeza la corona en su cabeza. Los fieles al fallecido Ricardo II expandían los rumores de que el depuesto monarca seguía vivo manteniendo la llama de una rebelión para reponerlo en el trono (un fraile detenido y enfrentado al rey manifestó que Ricardo había renunciado contra su voluntad y que si estuviese vivo le seguiría como rey y volvería a hacer a Enrique duque de Lancaster). Tampoco faltaban los que pensaban que no habían luchado contra la tiranía de un rey para que simplemente fuera sustituido por otro que instalase la suya propia, los que se creían con mejor o al menos igual derecho al trono que Enrique IV y los tradicionales enemigos exteriores, Francia y Escocia, dispuestos a sacar tajada de la inestabilidad política inglesa. Ambos apoyaron lo sucedido en Gales, donde vieron la ocasión de reverdecer la gloria de los tiempos de los dos Llywelyn e independizarse del país, lo que ocasionó una violenta rebelión liderada por Owain Glyndwr, que duraría todo el reinado de Enrique IV.

Owain era un terrateniente de las Marcas Galesas que llevaba varios años enzarzado en una disputa por unas tierras con otro noble galés, el barón Grey de Ruthin. Cuando Enrique IV subió al trono de Inglaterra en 1399, resultó, para desgracia de Owain, que su rival, Grey, era muy amigo del nuevo rey inglés. Grey

ocupó las tierras de Owain y «olvidó» comunicar a este una llamada a las armas realizada por Enrique IV contra los escoceses, de manera que Owain se convertía en traidor al desobedecer una orden real.

Indignado por esta injusta situación, Owain realizó un llamamiento a una serie de fieles amigos galeses y a descontentos para que se le unieran en su feudo de Denbighshire. Allí fue proclamado príncipe de Gales, a la vez que los reunidos se juramentaron para matar a Enrique IV y desterrar el uso del idioma inglés de Gales. Los sublevados, en formación militar, se dirigieron al feudo de Ruthin, donde se dedicaron al saqueo y al pillaje.

La conocida como *Welsh Revolt* (revuelta galesa), que había empezado en una disputa casi privada entre dos nobles, se convirtió en una abierta rebelión que en 1403 se había extendido a casi todo el territorio galés, y a la que incluso se unieron un buen número de mercenarios franceses que en 1404 desembarcaron en Milford Haven. Fue la más sangrienta revuelta contra los ingleses en más de un siglo.

Durante quince años, las fuerzas inglesas y galesas sostuvieron multitud de escaramuzas y pequeñas batallas con suerte diversa. Los rebeldes ganaban terreno un año para perderlo al siguiente, siguiendo la tradicional táctica de guerra de guerrillas practicada desde tiempos inmemoriales por los galeses para contrarrestar la superioridad numérica inglesa, que habría sido incontestable en una batalla en campo abierto, si no fuera porque los galeses la evitaban.

En los momentos más favorables para los rebeldes, Owain llegó a dominar más territorios que ningún otro gobernante galés desde Llywelyn el Grande. Sin embargo, a partir de 1410, la rebelión empezó a perder fuerza, entre otras causas por la pérdida de apoyos en Francia y Escocia, y desde 1412 se pierde la pista del líder de esta. Algunas fuentes, en concreto Adam de Usk, afirman que en 1415 Owain «tras cuatro años de esconderse del rey, murió y fue enterrado por sus seguidores en la oscuridad de la noche».

En todo caso, con la subida al trono de Enrique V en 1413, se suavizaron las tensiones y el nuevo monarca ofreció el perdón a los rebeldes galeses. En 1421 el hijo de Owain se sometió a Enrique y aceptó su amnistía.

Lo cierto es que Owain Glyndwr fue el último galés que se proclamó príncipe de Gales y que lideró una rebelión contra Inglaterra destinada a recuperar la identidad nacional, y es

considerado en Gales un símbolo nacional.

En Inglaterra, Enrique IV se encontró con que Ricardo había dejado las arcas reales vacías y que necesitaba del Parlamento para obtener los fondos necesarios. Los parlamentarios eran ya viejos zorros en la estrategia de obtener todas las ventajas posibles de las necesidades dinerarias de sus monarcas y ya desde el parlamento de 1401 ejercieron esta potestad año tras año aprovechando la débil situación de Enrique.

En Francia se había producido un largo período de paz desde 1389 hasta 1403. En 1396 se había firmado en París una tregua que debía extenderse desde 1398 hasta 1425. Pero la llegada al poder de un nuevo rey en Inglaterra era normalmente aprovechada por los franceses para tratar de obtener algún beneficio de ello. En este caso concreto, además, se daba la circunstancia de que la viuda del depuesto Ricardo II era hija del rey de Francia, lo que sirvió de argumento durante un tiempo para retenerla en Francia y finalmente dejarla volver a Inglaterra pero sin su dote. En todo caso, la política francesa de esos años fue algo errática debido a la débil salud mental del rey Carlos VI, que hizo que el poder efectivo fuera ejercido alternativamente por los condes de Orleans y Borgoña. El de Orleans, claramente contrario a todo lo que tuviera que ver con Inglaterra hizo que el heredero de la Corona francesa, Luis, fuese nombrado duque de Aquitania en 1401. En 1402 firmó un tratado con Escocia y en 1403 invadió Aquitania.

Para hacer frente a la amenaza escocesa, Enrique IV se puso en las manos de la más poderosa familia del norte del país, los Percy, que le habían apoyado en la detención y posterior cautiverio de Ricardo II. Henry Percy era conde de Northumbria, su hermano Thomas, conde de Worcester y el hijo del primero, Henry *Hotspur*, fue nombrado representante del rey en Cheshire y el norte de Gales para tratar con la rebelión de Owain. De esa forma, los Percy se convirtieron en el principal bastión de Enrique IV en el norte y el oeste del país. En adelante, y para evitar reiteraciones farragosas, nos referiremos a ellos como Northumbria, Worcester y Hotspur.

Todo parecía pintar bien cuando en el otoño de 1402 los Percy lideraron a un ejército inglés que derrotó a los escoceses del conde de Douglas en Humbleton Hill. Pero después de la batalla, la familia se quejó de la falta de apoyo financiero de la Corona a sus esfuerzos en la defensa del reino. Cuando Hotspur solicitó permiso para cobrar personalmente el rescate del conde de Douglas, Enrique rehusó. Tampoco le permitió pagar con sus

propios medios el rescate de su cuñado, Edmund Mortimer, cautivo de Owain Glyndwr. No era solo una cuestión financiera, ya que Mortimer descendía del segundo hijo de Eduardo III y podía esgrimir un mejor derecho a heredar la corona que el propio Bolingbroke (cuyo padre era el tercer hijo de Eduardo) que, por tanto, no tenía ningún deseo de que recuperara la libertad.

Tras una tormentosa sesión del Parlamento en la que Enrique IV tachó de traidor a Hotspur y le amenazó físicamente, este se dirigió a Gales, donde Edmund Mortimer se había casado con una hija de Glyndwr y proclamaba a los cuatro vientos que se disponía a deponer al rey e instalar a su propia familia en el trono, (en la persona de su sobrino Edmundo, conde de March). Se dirigieron a Inglaterra, donde se les unió Worcester y donde pretendían unir fuerzas con Northumbria. Los Percy airearon que Enrique había roto su palabra de que no aspiraba al trono y que no trataría de deponer a Ricardo II cuando convenció a Northumbria para que se entrevistara con él en Conwy y consiguió que se entregara a Enrique.

Pero el rey reaccionó rápidamente y, antes de que Northumbria pudiera unirse a su hijo, se enfrentó a este el 21 de julio de 1403 en Shrewsbury. Enrique IV resultó vencedor, Hotspur perdió la vida en la batalla y Worcester fue ejecutado posteriormente. El primogénito del rey, Enrique de Monmouth, resultó herido y se llevó como recuerdo de la batalla una cicatriz que le acompañaría toda la vida. El rey dependía demasiado del conde de Northumbria y le perdonó, aunque expropió alguna de sus tierras.

Necesitado de cualquier apoyo, Enrique IV cedió a la vieja reclamación de la Iglesia de Inglaterra de usar la justicia real para combatir la herejía lolarda y aprobó la *De Heretico Comburendo*, que prohibía la propagación de doctrinas heréticas y preveía que los culpables fuesen entregados a la justicia real para ser juzgados y ejecutados. Desde 1401 se empezó a aplicar esta norma.

11.2. Viejos enemigos

El perdón a Henry Percy y la aceptación de las exigencias de la Iglesia demostraban que Enrique IV no andaba sobrado de aliados. Por el mismo motivo, ofreció a su hermana en matrimonio al nieto del emperador del Sacro Imperio y se casó él mismo con la viuda del duque de Bretaña, que mantenía todavía

su independencia de Francia. No eran demasiadas precauciones, porque en 1404, Glyndwr había firmado un tratado con el duque de Orleans por el que este se comprometía a aportar tropas francesas para una invasión de Inglaterra.

Una vez más se volvió a plantear el problema de la obtención de los fondos necesarios y, en octubre de 1404, Enrique IV convocó una sesión del Parlamento en Coventry, a la que, como dato significativo, prohibió que asistieran entre los miembros de los Comunes personas expertas en leyes. Ello no impidió que se efectuara un riguroso control del gasto público para garantizar que los fondos recaudados se utilizaran para la defensa del reino y no para los gastos privados del rey.

En los años siguientes, varios opositores al reinado de Enrique IV (Henry Percy, Edmund Mortimer y Owain Glyndwr) unieron sus fuerzas para tratar de deponerlo, colocar en su lugar al conde de March y repartirse el país. Planeaban secuestrar al conde (al que Enrique mantenía en el castillo de Windsor bajo severa vigilancia) y llegaron a conseguir hacerse con él, pero nuevamente el rey reaccionó con rapidez y se hizo con el joven antes de que llegara a Gales. En mayo de 1405 detuvo a varios de los principales partidarios de los rebeldes, entre ellos el arzobispo de York, Richard Scrope (que había colgado panfletos en todas las iglesias de York que acusaban al rey de usurpador y de haber roto la palabra que le dio a Ricardo II de que no pretendía su trono). Todos los detenidos, incluido el arzobispo, fueron juzgados y ejecutados fuera de las murallas de la ciudad.

Las cosas se pusieron feas para Enrique IV cuando en agosto de 1405 tropas francesas llegaron a Gales para auxiliar a Glyndwr y se les unió también el conde de Norhumbria. Llegaron a conquistar todo el sur de Gales y amenazaron con invadir Inglaterra, pero los franceses se sintieron engañados por la falta de apoyo interno en Albión y regresaron a su país. Los ruegos del conde de Northumbria para que regresaran fueron inútiles porque en Francia continuaban las luchas internas por el poder entre los principales barones del reino como consecuencia de la enfermedad mental del rey.

11.3. La estrella emergente del príncipe de Gales

En 1406 Enrique IV hizo una sorprendente petición en el

Parlamento: solicitó el nombramiento de un consejo permanente que le ayudara en la tarea de dirigir el país. Lo cierto es que ese año se habían producido los primeros problemas de salud del rey. Aunque algún clérigo afirmó que se trataba de un castigo divino por la muerte del arzobispo de York, parece más probable que la carga de la tensión constante por las acusaciones de usurpación del trono y los juegos malabares que era preciso realizar para cuadrar las finanzas del reino sin ofender a unos y a otros acabaron pasando factura a su salud.

En ese momento empezó a emerger la figura del primogénito del monarca, de nombre también Enrique y príncipe de Gales. A sus diecinueve años ya se había distinguido en campañas contra el caudillo galés Owain Glyndwr y tenía otra gran ventaja: a él no le afectaban las acusaciones de usurpador del trono que su padre debía soportar. Lleno de ideas sobre cómo dirigir el país y con ganas de asumir más protagonismo, formó parte de un consejo de nueve personas designadas para realizar una completa reforma del delicado tema de las finanzas del reino.

A medida que los problemas de salud del rey fueron complicándose, las dificultades de su reinado se fueron sin embargo solucionando (aunque en muchos casos sin su intervención) y, de ser necesario, con la participación cada vez más significativa del príncipe de Gales: el heredero de la corona de Escocia fue detenido cuando se dirigía a Francia y permaneció cautivo durante dieciocho años; el conde de Northumbria y Edmund Mortimer murieron en escaramuzas mientras intentaban viajar a Gales para unir fuerzas con Owain Glyndwr, que se retiró a las montañas galesas y dejó de ser una amenaza seria.

11.4. Tensiones con el príncipe de Gales y la muerte de Enrique IV

Aunque en general la relación con su hijo y heredero había sido buena, era inevitable que, a medida que este crecía y trataba de imponer sus criterios se produjeran diferencias entre uno y otro. Enrique IV apoyaba la política agresiva propuesta por el arzobispo de Canterbury sobre la herejía lolarda que se impuso pese a que su hijo se enfrentó en más de una ocasión con el arzobispo. En 1410, el príncipe propuso a dos personas de su confianza para dirigir el reino, pero a finales de ese mismo año fueron depuestos por el Parlamento a propuesta del rey. En la

misma sesión se desestimó una moción que proponía que el rey abdicara en favor de su hijo.

En relación con Francia, el príncipe apoyaba una implicación activa (incluyendo respaldo militar) en la lucha por el poder que el duque de Borgoña mantenía con el partido de los Orleans, mientras que el rey era reacio a ello, lo que hizo que la fuerza enviada a Francia en 1411 fuese poco más que simbólica. En 1412 el rey cambió de estrategia y se decidió a apoyar a los Orleans, que le habían prometido devolverle el ducado de Aquitania. Envió a una fuerza mayor, pero puso al mando de la misma no al príncipe de Gales, sino a su hermano menor, el duque de Clarence. Sin embargo, cuando los ingleses llegaron a Francia, los dos bandos en lucha habían alcanzado un acuerdo que no tenía en cuenta para nada a Enrique IV. Su ejército tuvo que regresar mientras el príncipe de Gales protestaba airadamente.

En 1412 se produjo otro hecho significativo. El príncipe fue acusado de haberse apropiado de unos fondos destinados a la guarnición de Calais. Decidido a defenderse, viajó a Londres acompañado de su guardia pretoriana de jóvenes nobles y de multitud de seguidores. Llegó a Westminster, donde la entrevista con su padre, que se prometía tormentosa, terminó con el príncipe reiterando su lealtad al rey y con padre e hijo reconciliados.

No obstante, las diferencias entre ambos probablemente habrían seguido yendo a más si no hubiese sido porque el estado de salud del rey empeoraba a pasos agigantados. Murió el 20 de marzo de 1413.

El reinado de Enrique IV, salpicado por las dudas de su legitimidad para ocupar el trono, fue de escasa significación para la historia inglesa (más allá de haber ejecutado a un arzobispo y matado o dejado morir a un rey), si no fuera porque la toma del poder de la rama Lancaster de los Plantagenet supuso la posterior subida al trono de uno de los reyes ingleses más recordados, y si no fuese también porque abrió la caja de los truenos de las disputas dinásticas, que estallarían unos años más tarde y terminarían por causar el fin de la propia dinastía.

Capítulo 12

Enrique V (1413-1422): el héroe de Agincourt

12.1. Los primeros años: el problema lolardo

La subida al trono supuso para Enrique de Monmouth algo más que lucir una corona y pasar a llamarse Enrique V. Durante los últimos años del reinado de su padre había llamado la atención por su conducta disoluta, pero tras subir al trono se produjo una transformación radical en su comportamiento. La causa de esta hay que buscarla en el cambio que suponía pasar de asistir impotente al freno que su padre ponía a todas sus ideas e iniciativas de gobierno a verse de la noche a la mañana en disposición de llevarlas a cabo sin un poder superior que se le opusiera. A sus veinticuatro años era un líder natural en el gobierno y en el campo de batalla, estaba dotado de la vitalidad del primer Plantagenet y la fuerza y atractivo físico de alguno de sus más ilustres predecesores. Su gobierno fue firme sin ser tiránico, era un administrador competente, promovía importantes recaudaciones de impuestos pero sin malgastar el dinero público y mantuvo buenas relaciones tanto con los nobles como con el Parlamento.

Uno de los primeros gestos de Enrique V estaba cargado de simbolismo: desenterró los restos de Ricardo II que su padre había instalado sin mucho boato en King´s Langley y organizó una ceremonia con toda la pompa propia del entierro de un rey, para que Ricardo II descansara donde le correspondía como monarca inglés: en la abadía de Westminster. Era un gesto claramente dirigido a buscar la reconciliación con los desafectos que habían acusado siempre a su padre de usurpador del trono. Tampoco escapaba a la intención del rey el terminar de una vez con los

rumores que todavía decían que Ricardo II estaba vivo y escondido en algún lugar.

Uno de los primeros problemas que se le presentaron a Enrique V tenía que ver con la herejía lolarda. La Iglesia continuaba persiguiendo con ansia a los que la practicaban y difundían y en septiembre de 1413 le tocó el turno a un compañero de armas y amigo del rey, *sir* John Oldcastle, que fue sometido a juicio en la catedral de San Pablo. Fue condenado y el rey solicitó un tiempo antes de la ejecución de la sentencia para que su amigo pudiera reflexionar y arrepentirse, por lo que fue conducido a la Torre de Londres. Sin embargo, consiguió escapar y fue escondido por algunos correligionarios. Mientras, Oldcastle planeaba un complot contra el rey, que incluía su secuestro. Durante los últimos meses de 1413 recorrieron el reino buscando apoyos para su plan, pero sabido es que cuantas más personas estén al tanto de una conspiración más difícil es mantenerla en secreto e inevitablemente se produjeron filtraciones, de modo que cuando en enero de 1414 los lolardos se reunieron para ejecutar sus planes, las fuerzas reales les estaban esperando. Los que no pudieron huir, hasta treinta y seis conspiradores, fueron juzgados y colgados. Oldcastle escapó, pero fue capturado en Gales en 1417 y ejecutado. El rey abandonó su política de tolerancia hacia la herejía al ver el cariz que había tomado.

12.2. Campaña en Francia: la victoria en Agincourt

Con el rey de Escocia cautivo en Londres y la rebelión galesa de Glyndwr desarbolada, Enrique V pudo poner sus ojos en el que era su gran objetivo: la tregua firmada por Ricardo II con Francia finalizaba en mayo de 1415 y el rey estaba decidido a retomar las pretensiones familiares al trono de Francia iniciadas por su bisabuelo Eduardo III. Envió mensajeros a Carlos VI de Francia reclamando su derecho a ser reconocido como heredero de la Corona francesa o, al menos, que le fuesen devueltas las históricas posesiones familiares de los Plantagenet reconocidas a los reyes ingleses en el Tratado de Bretigny (1360) en el sur y el oeste francés, volviendo a reclamar el título de duque de Normandía. También solicitaba la mano de la hija del rey, Catalina de Valois, que debería venir acompañada con una generosísima dote nupcial.

No cabe duda de que se trataba de la típica plataforma inicial de reivindicaciones para iniciar una negociación. En todo caso, consciente de que no conseguiría nada de lo reclamado sin alguna demostración de fuerza, Enrique V solicitó fuertes préstamos a los obispos y mercaderes del reino, pero en diciembre de 1414 el Parlamento le urgió a que alcanzara un acuerdo amistoso con el rey de Francia. Esta posibilidad se alejó cuando, en marzo de 1415, el delfín (heredero de la Corona francesa) envió un mensaje a Enrique V en el que, además de mofarse de su juventud, le decía que difícilmente podía aspirar a la Corona francesa cuando ni siquiera era el legítimo rey de Inglaterra.

Tras poner orden en su propia tierra, sofocando una rebelión de antiguos opositores a su padre que pretendían colocar en el trono al conde de March, que fue desvelada al rey por el propio conde cuando los rebeldes contactaron con él, Enrique V partió de Southampton y puso pie en Francia el 14 de agosto de 1415. Su primer objetivo era hacerse con el histórico ducado de Normandía, perdido en su día por Juan sin Tierra, y empezó poniendo sitio a Harfleur, pero le llevó más de un mes tomar la ciudad, mientras la pestilencia de las cercanas marismas hacía mella en su ejército, que se vio diezmado. Enrique tuvo que cambiar su plan de lanzarse a la invasión de Normandía, envió a los enfermos y heridos a casa y se dirigió hacia Calais.

En principio se trataba de un viaje que debería llevar unos ocho días. Pero los franceses habían destruido todos los puentes y vados para atravesar el caudaloso río Somme, por lo que los ingleses debieron dar un largo rodeo que implicaba recorrer el doble de la distancia inicialmente prevista, lo que los llevaría también idéntica cantidad de tiempo. A pesar de haber recibido algunos refuerzos, el ejército inglés se vio reducido de los alrededor de diez mil hombres que lo formaban inicialmente a algo menos de siete mil soldados, débiles, hambrientos, enfermos y agotados por las largas marchas a los que eran sometidos para llegar a Calais antes de ser alcanzados por el ejército que los franceses habían enviado en su búsqueda. Pero fue inútil. El 19 de octubre, el último de los ingleses logró cruzar el Somme. El ejército francés ya se encontraba al otro lado del río y se interponía en su camino a Calais.

Enrique V se dio cuenta de que no le iba a ser posible llegar y se dispuso a presentar resistencia en el lugar desde el que mejor podía aprovechar la orografía para presentar batalla. Este lugar se llamaba Agincourt y allí se encontraron el 25 de octubre de 1415 el agotado, enfermo y hambriento ejército inglés de siete mil hombres con un descansado y bien alimentado ejército francés de

más de veinte mil soldados, la flor y nata de la aristocracia, la caballería y la infantería francesa. Los arqueros ingleses volvieron a destrozar al ejército francés, ganándose definitivamente la fama de ser el más odiado enemigo de los franceses.

Enrique V tuvo que dar orden a sus hombres de no acometer la acostumbrada tarea de tomar prisioneros para luego pedir un rescate, temiendo que esto distrajese de la batalla a algunos de sus hombres y pudiese llevar a un contraataque de los prisioneros. Ellos se negaron inicialmente, porque esta medida de matar a un enemigo desarmado y que se había rendido iba contra las más elementales normas de la caballería, además de suponer una fuerte pérdida económica, por el elevado rescate que se pedía por la libertad de un caballero cautivo. Enrique trasladó la orden a sus arqueros y los prisioneros fueron ejecutados.

Tras una larga e intensa batalla se impusieron los ingleses, que sufrieron menos de mil bajas. En el lado francés murieron más de doce mil hombres, pero estas pérdidas no solo resultarían letales en los años siguientes por su número, sino por la calidad de las mismas, ya que entre los fallecidos había tres duques, cinco condes, más de noventa barones y unos dos mil caballeros. Y el daño no fue mayor porque, en una muestra de que habían aprendido lecciones anteriores, los franceses decidieron que ni el rey Carlos VI ni su hijo el delfín estuvieran presentes en el campo de batalla para preservarlos de sufrir las consecuencias de una derrota.

12.3. Las consecuencias de Agincourt: el Tratado de Troyes

Después de la aplastante victoria en Agincourt, Enrique V retomó las negociaciones en una posición ventajosa. Pero, a pesar de la mediación del emperador Segismundo, el diálogo con Francia era complicado, con el rey mentalmente enfermo y el delfín tan obsesionado con vengar la humillación padecida por sus tropas en el campo de batalla, que procedió a bloquear el acceso inglés más allá de lo conquistado. Pese a todo, en 1416 las fuerzas navales inglesas consiguieron derrotar a los barcos franceses y rompieron el bloqueo marítimo.

Enrique pidió y obtuvo del Parlamento, en octubre de 1416, un impuesto para retomar la campaña en Francia. Desembarcó nuevamente en agosto de 1417 y fue apropiándose de toda

Normandía y tomando ciudades importantes como Caén (septiembre de 1417), la ciudad natal de Guillermo el Conquistador, Falaise, (1418) y finalmente la capital, Ruan, que resistió el sitio seis meses antes de caer (enero de 1419). El inglés recuperó así toda Normandía y dejó claro que había vuelto a Francia para quedarse y que no había fuerza francesa que pudiera oponerse a su ejército. Empezó a distribuir tierras en Normandía entre sus seguidores.

Se abrieron negociaciones entre Enrique V y el rey francés Carlos VI, al que acompañaban su hijo, el delfín, y el duque de Borgoña, que intervino como mediador entre las partes. Se retomó el proyecto de casar a Enrique V con la hija del rey Carlos VI, Catalina de Valois, y designar a ambos como herederos del rey francés y regentes en su nombre debido a su incapacidad. El hecho de que el duque de Borgoña fuese asesinado cuando se encontraba en misión en la corte del delfín hizo que las sospechas recayeran sobre este y allanó el camino de Enrique V, que se plantó sin oposición a las puertas de París y reclamó la corona francesa.

Tras arduas negociaciones, en la primavera de 1420 se firmó el Tratado de Troyes por el que se reconocía a Enrique V como heredero al trono francés y se acordó su matrimonio con Catalina de Valois. En diciembre del mismo año la pareja entró triunfalmente en París, el Parlamento francés ratificó el Tratado de Troyes y apartó al delfín de la sucesión al trono por su incapacidad para responder satisfactoriamente de los cargos relativos a la muerte del duque de Borgoña. De esa forma, a la muerte del rey Carlos VI serían gobernados por el mismo monarca los reinos de Francia e Inglaterra, aunque ambos países seguirían conservando su derecho, sus libertades, sus costumbres y sus leyes.

No todo fueron parabienes tras el Tratado de Troyes. Muchos franceses no aceptaban ser gobernados desde Londres y se agruparon en torno al delfín (el futuro Carlos VII) que retenía en su poder extensas posesiones en el centro y el sur del país. Muchos ingleses recelaban de los costes económicos y políticos de verse involucrados en los asuntos franceses. De hecho, sendos parlamentos en 1420 y 1421 negaron a Enrique V los fondos necesarios para seguir financiando sus campañas en Francia.

12.4. Enfermedad y muerte de

Enrique V

Enrique V y su esposa Catalina de Valois viajaron a Inglaterra, donde ella fue coronada reina en febrero de 1421 y la pareja tuvo un hijo en diciembre de ese mismo año. Enrique había dejado como representante en Francia a su hermano el duque de Clarence, pero no todo el país estaba pacificado. Seguían existiendo zonas dominadas por el delfín y otras por el duque de Borgoña. Precisamente, en un enfrentamiento con las fuerzas leales al delfín en Bougé el 22 de marzo de 1421, Clarence resultó muerto y el rey tuvo que regresar a Francia para hacerse cargo personalmente de sus asuntos allí. Enrique pasó el invierno en un largo y complicado asedio a la ciudad de Meaux, que capituló en mayo de 1422, y Catalina se le unió en Francia dejando a su hijo en Inglaterra. Pero Enrique V había caído enfermo, probablemente de disentería, y falleció en Vincennes el 31 de agosto de 1422.

Puede ponerse en duda si el reinado de Enrique V fue un glorioso período de conquista y consolidación o si se trató de la egoísta aventura de un rey en busca de la gloria personal, que no estaba destinada a durar en el tiempo (según Roy Strong, «…de alguna forma, si Enrique V no hubiese retomado la guerra con Francia, hubiera sido un rey todavía más grande[47]»). Pero lo que es indudable es que su reinado constituyó un período de afirmación de la identidad inglesa más allá de la gloria de Agincourt: todos los documentos oficiales de su reinado empezaron a redactarse en inglés en 1410. Las cartas del propio monarca también se escribieron en inglés, así como documentos de los gremios del país. También en el ámbito civil generalizó el uso de términos como *Anglia nostra,* y en el religioso, el arzobispo de Canterbury hablaba de «la Iglesia de Inglaterra».

12.5. La sucesión de Enrique V

La muerte de Enrique V supuso un vuelco absoluto a la gloriosa situación que se presentaba para los intereses ingleses. El héroe guerrero de Agincourt había sido designado heredero de la Corona francesa y se encontraba en posición de hacer realidad el sueño que ni siquiera el iniciador de la guerra de los Cien Años, Eduardo III, había creído posible: unificar bajo su mando las Coronas de Francia e Inglaterra e iniciar una nueva era para

ambos países.

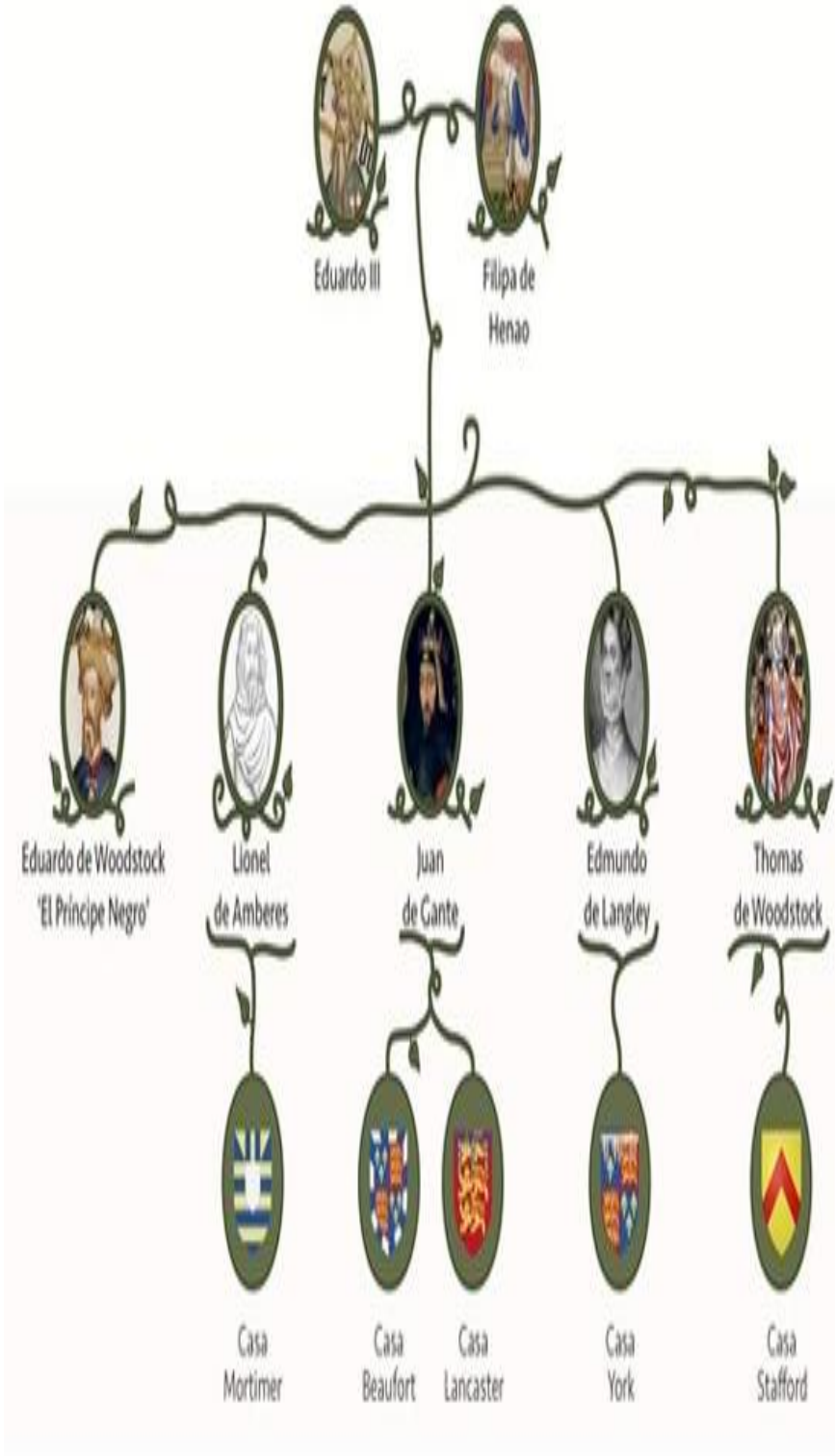
Su prematura muerte dejaba sin efecto todos estos ambiciosos proyectos. Que solo hubiera tenido tiempo de engendrar un hijo y que este ni siquiera tuviera un año cuando su padre murió, suponía un gravísimo freno en las aspiraciones inglesas sobre Francia. El hecho de que este vástago sufriese una enfermedad mental que se discute si era herencia de la de su abuelo materno, el rey de Francia Carlos VI el Loco, hizo que en Inglaterra se volvieran a abrir las viejas rencillas sobre la sucesión de Ricardo II y se desencadenase un sangriento conflicto dinástico. Y el hecho de que Catalina de Valois, viuda de Enrique V, no se resignase al convencional papel de reina madre y viviese una apasionada historia de amor con un oscuro noble galés, cambió el futuro de Inglaterra para siempre y fue la sentencia de muerte de la dinastía Plantagenet.

Todo ello hace necesario hacer un inciso en el relato lineal de los reinados de los monarcas de Inglaterra para explicar en detalle la procedencia y la relación entre los principales protagonistas de los siguientes y decisivos episodios que culminaron en la guerra de las Rosas y el final de la dinastía.

Capítulo 13

Ramas familiares protagonistas de la guerra de las Rosas

13.1. La muerte de Eduardo III y su sucesión: el germen de la guerra de las Rosas


Eduardo III
Filipa de Henao
Eduardo de Woodstock 'El Príncipe Negro'
Lionel de Amberes
Juan de Gante
Edmundo de Langley
Thomas de Woodstock
Casa Mortimer
Casa Beaufort
Casa Lancaster
Casa York
Casa Stafford

Aunque la fecha que tradicionalmente se señala como el pistoletazo de salida de la guerra de las Rosas es el 22 de mayo de 1455, en la que tuvo lugar la primera batalla de St. Albans, no resulta posible entender este conflicto dinástico sin retrotraernos hasta el año 1377, en el que muere el rey Eduardo III.

De su matrimonio con Filipa de Henao habían sobrevivido hasta la edad adulta cinco hijos: Eduardo de Woodstock, Lionel de Amberes, Juan de Gante, Edmundo de Langley y Thomas de Woodstock. Para facilitar la comprensión del lector se acompañan los árboles genealógicos de cada una de estas casas de la dinastía Plantagenet.

También es preciso advertir que el objetivo de este capítulo es narrar la evolución de todas estas ramas familiares aproximadamente hasta el inicio del reinado de Enrique VI (1422), por lo que inevitablemente al ir pasando de un descendiente a otro se producirán saltos adelante y atrás en la línea temporal y episodios que se duplican por afectar a más de una de las ramas familiares. Intentaremos hacer este recorrido lo más sencillo posible.

13.2. Eduardo de Woodstock: la rama primogénita cortada de raíz tras la deposición y muerte de Ricardo II

Eduardo III

Eduardo
de Woodstock

Juana
de Kent

Ana de Bohemia

Eduardo
de Angulema

Ricardo II

Isabel de Valois

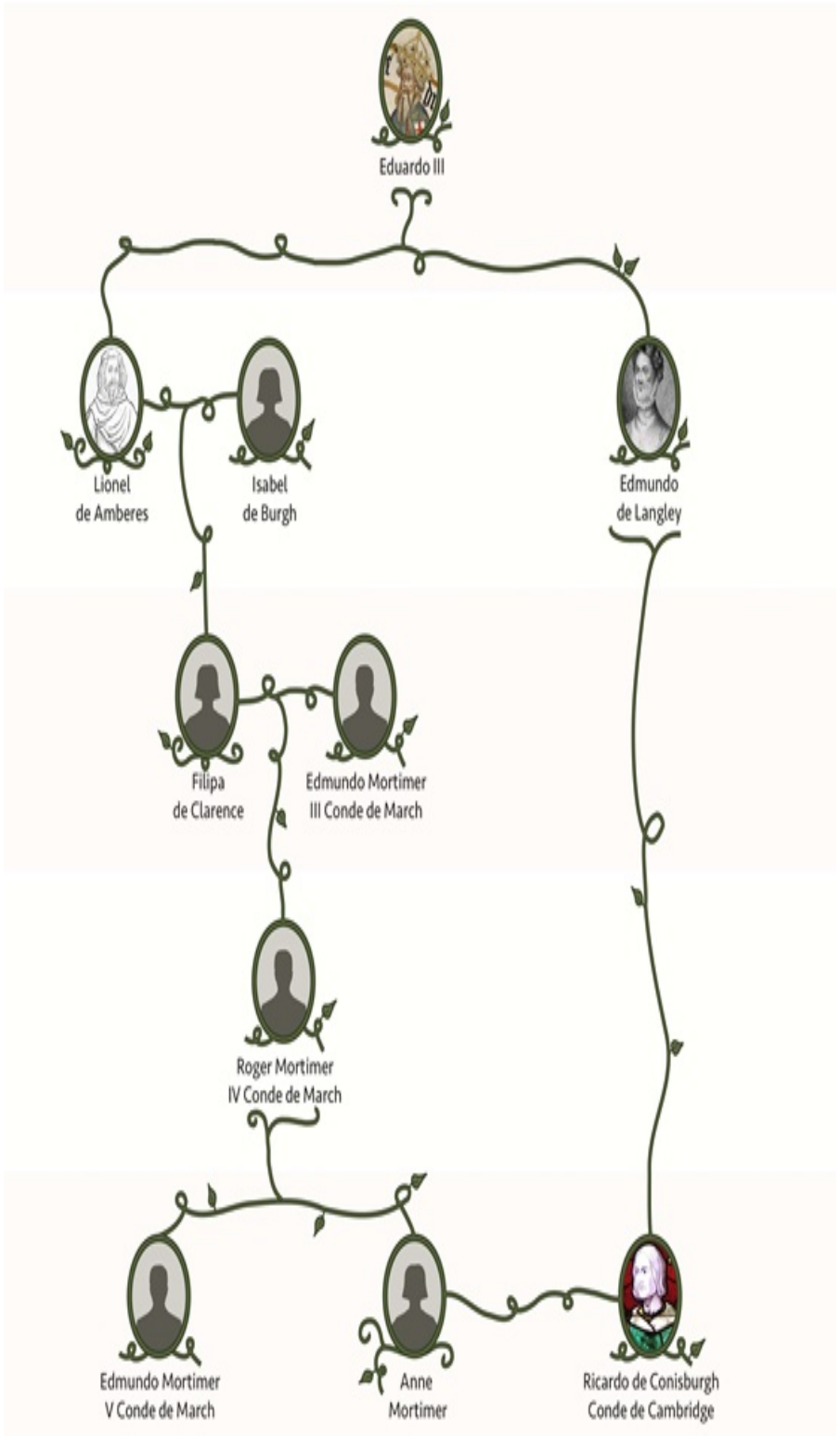
Como vimos, Eduardo de Woodstock, conocido como el Príncipe Negro, era el heredero de su padre y en él estaban depositadas las mayores esperanzas del reino de Inglaterra para cuando llegara el momento de la muerte de Eduardo III. Estas perspectivas se frustraron con su prematura muerte y dieron paso al convulso reinado de su hijo Ricardo II.

A los efectos que nos interesan aquí debemos dejar reseñados dos aspectos significativos de la deposición y muerte de Ricardo II:

a) El rey murió sin descendencia, por lo que la línea sucesoria del primer hijo de Eduardo III quedó cercenada.

b) La actuación de Enrique IV, aunque hay quien la justifica por el tiránico gobierno de su primo y por el destierro de por vida al que le había condenado, abrió la caja de Pandora, ya que marcó el camino para otros miembros de la familia real que sin estar en el primer lugar de la línea sucesoria se consideraran en condiciones de asaltar el trono por la violencia. Esto sería el verdadero germen de la guerra de las Rosas.

13.3. Lionel de Amberes: las casas de Mortimer y York


Eduardo III
Lionel
de Amberes
Isabel
de Burgh
Edmundo
de Langley
Filipa
de Clarence
Edmundo Mortimer
III Conde de March
Roger Mortimer
IV Conde de March
Edmundo Mortimer
V Conde de March
Anne
Mortimer
Ricardo de Conisburgh
Conde de Cambridge

El segundo hijo de Eduardo III en llegar a la edad adulta fue Lionel de Amberes. Su historia y la de sus descendientes se entrelaza en diversas ocasiones con la del cuarto hijo del rey, Edmundo de Langley, hasta el punto de que finalmente ambas líneas sucesorias se terminaron uniendo.

Del primer matrimonio de Lionel con Elizabeth de Burgh nació una hija a la que llamaron Filipa. Tras enviudar de su primera esposa, Lionel volvió a casarse con la milanesa Violante Visconti, pero murió cinco meses después de contraer matrimonio sin tener más hijos. Por tanto, de la segunda línea de descendencia de Eduardo III solo sobrevivió una nieta, Filipa de Clarence.

Ya antes de la muerte de sus padres y cuando solo tenía cuatro años, en 1359, se concertó su matrimonio con uno de los nobles más importantes del país, Edmundo Mortimer, de siete años. Era el bisnieto del Roger Mortimer que era amante de Isabel de Francia, con la que había llegado a hacerse *de facto* con el trono de Inglaterra en 1327 antes de ser ejecutado en 1330 por Eduardo III.

Pero su descendencia tenía enormes posesiones en las Marcas galesas y Eduardo III decidió que era necesario tener a esta importante familia como aliada y cerrar heridas. El mejor modo de hacerlo era incorporar a los Mortimer a la familia real con una alianza matrimonial con su nieta Filipa de Clarence.

El título de conde de March pasó del marido de Filipa, Edmundo Mortimer, a su hijo Roger. Muy próximo a Ricardo II, hasta el punto de ser considerado por muchos como su heredero mientras este reinaba sin tener descendencia, Roger murió en 1398 en Irlanda, cuando actuaba allí como lugarteniente real.

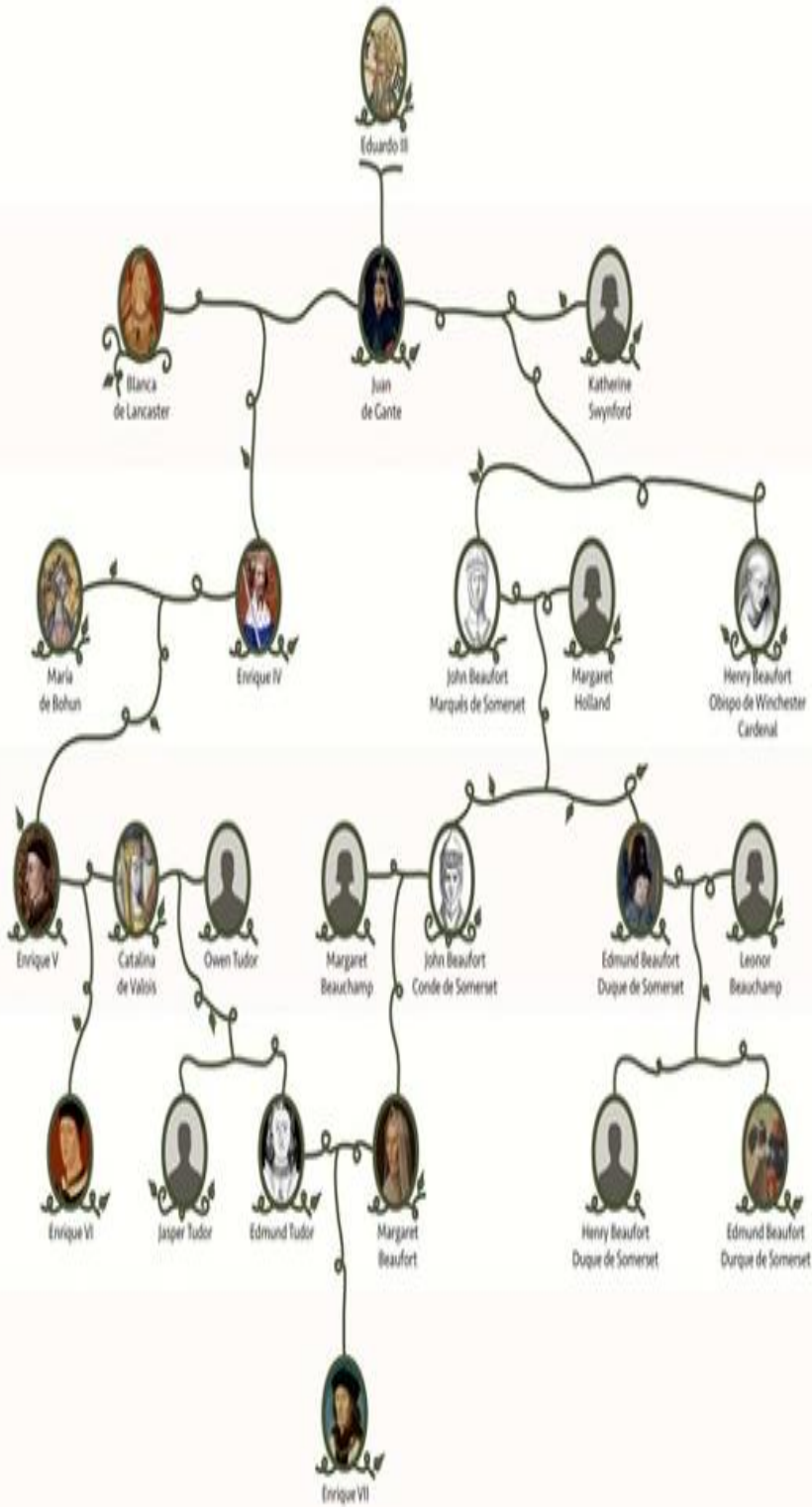
Roger Mortimer tuvo dos hijos, Edmundo y Anne. El mayor, Edmundo, heredó también el mismo título y fue protagonista de dos episodios destacados en los que su prominente situación en la línea sucesoria le convirtió en banderín de enganche de los descontentos con el reinado de la casa de Enrique IV y Enrique V. En los dos casos se puso de manifiesto su completa falta de ambición por ceñir la corona. El primero, ampliamente tratado en el capítulo dedicado a Enrique IV fue la rebelión liderada por Owain Glyndwr y la familia Percy.

El segundo de estos episodios se produjo en 1415. Se descubrió un complot contra Enrique V que pretendía situar a Edmundo Mortimer en el trono. Entre los principales impulsores de la conspiración (*The Southampton plot*) estaba el esposo de la hermana de Edmundo, Anne, llamado Ricardo de Conisburgh, un descendiente del cuarto hijo de Eduardo III.

El problema fue que nadie de entre los conspiradores se preocupó previamente de obtener el consentimiento del hombre al que pretendían sentar en el trono, Edmundo Mortimer. Cuando este fue conocedor de la conspiración le faltó tiempo para acudir a Enrique V desvelando el complot y dejando claro que él no tenía nada que ver. Los conspiradores, descubiertos, fueron detenidos y ejecutados. En cuanto a Edmundo, siguió siendo un fiel servidor del rey hasta su muerte sin descendencia en Irlanda en 1425.

Su fallecimiento sin heredero hizo que los títulos y derechos de la familia Mortimer pasaran a los descendientes de su hermana Anne, que había fallecido en 1411. Como consecuencia de su matrimonio con Ricardo de Conisburgh quedaban unidas en el hijo de Anne Mortimer (Ricardo Plantagenet) las ramas familiares del segundo y el cuarto hijo de Eduardo III. Este Ricardo no usaría el apellido Plantagenet hasta muchos años después. No obstante, para hacer más fácil su identificación al lector, usaremos este apellido para él ya desde este momento.

13.4. Juan de Gante. Las casas de Lancaster, Beaufort y Tudor


Eduardo III
Blanca de Lancaster
Juan de Gante
Katherine Swynford
María de Bohun
Enrique IV
John Beaufort Marqués de Somerset
Margaret Holland
Henry Beaufort Obispo de Winchester Cardenal
Enrique V
Catalina de Valois
Owen Tudor
Margaret Beauchamp
John Beaufort Conde de Somerset
Edmund Beaufort Duque de Somerset
Leonor Beauchamp
Enrique VI
Jasper Tudor
Edmund Tudor
Margaret Beaufort
Henry Beaufort Duque de Somerset
Edmund Beaufort Duque de Somerset
Enrique VII

El caso del tercer hijo de Eduardo III, Juan de Gante, es el más complejo de todos los dedicados a su descendencia. De él no solo nacieron directamente las casas de Lancaster y Beaufort e indirectamente a través de esta la casa Tudor, sino que además su descendencia se sentó en los tronos de Portugal y Castilla.

13.4.1. La casa de Lancaster

La coronación de Enrique Bolingbroke como Enrique IV en 1399 tras deponer a Ricardo II supuso la subida al trono de los descendientes del tercer hijo de Eduardo III, Juan de Gante. Esta rama es conocida como casa de Lancaster.

Durante todo el reinado de Enrique IV, los descontentos con el mismo utilizaron como argumento recurrente tanto las inusuales condiciones en que se produjo su subida al trono como las oscuras circunstancias de la muerte de su predecesor Ricardo II para expresar su oposición al rey. Los términos usurpador y asesino acompañaron en todo momento al nuevo monarca y los ojos de esos descontentos se volvían frecuentemente hacia los descendientes de los otros hijos de Eduardo III, especialmente los de su segundo hijo, Lionel de Amberes, los Mortimer. Argumentaban que dado que Ricardo II había muerto sin descendencia y se había extinguido la línea del primer hijo de Eduardo III, la corona debería haber pasado a la línea hereditaria de Lionel de Amberes, su segundo hijo, y no a la de su tercer vástago, Juan de Gante.

Las cosas parecían volver a su cauce cuando a Enrique IV le sucedió en 1413 su hijo Enrique V. Su muerte en 1422 frustró la posibilidad de unir bajo su dominio las coronas de Francia e Inglaterra. La cabeza de la casa Lancaster y el título de rey de Inglaterra pasaron al hijo que tuvo con Catalina, Enrique VI, que solo tenía ocho meses cuando su padre murió y con cuyo reinado retomaremos la narración cuando finalice este capítulo.

13.4.2. Matrimonio con Constanza de Castilla y reclamación del trono castellano: la primera princesa de Asturias

De sus batallas en Castilla ya reseñadas Eduardo de Woodstock volvió con la enfermedad que le costó la vida y con

dos infantas castellanas. Estas dos princesas, Constanza e Isabel, eran hijas de Pedro I y de María de Padilla y habían sido puestas bajo la protección inglesa en Aquitania cuando Pedro I fue asesinado en Montiel por su hermanastro Enrique II de Trastámara. Constanza se convirtió en la heredera de los derechos al trono castellano de su padre.

Para Juan de Gante, que había enviudado de su primera esposa, Blanca de Lancaster, y que no tenía derecho al trono inglés, el matrimonio con Constanza se convirtió en una excelente manera de intentar lograr ceñir una corona: la de Castilla. Durante años trató infructuosamente de conseguirlo, pero al final se vio forzado a llegar a un compromiso.

Por el Tratado de Bayona (1388) se acordó unir a las dos ramas de descendientes de Alfonso XI en las personas de los nietos de Enrique II (el futuro Enrique III) y de Pedro I (Catalina de Lancaster, hija de Juan de Gante y de Constanza de Castilla). Se acordó también crear el título de príncipes de Asturias para la pareja, con el fin de identificar con él al heredero de la corona de Castilla (al estilo del título creado en Inglaterra de príncipe de Gales). De esa forma una princesa inglesa, Catalina de Lancaster, fue reina de Castilla y abuela de Isabel la Católica, lo que explica el interés de esta reina en los asuntos ingleses.

13.4.3. Matrimonio con Katherine (Catalina) Swynford: la casa Beaufort y su exclusión del derecho al trono

Juan de Gante, además de sus uniones matrimoniales ya relatadas, tenía una amante llamada Katherine Swynford. Era hija de un militar del condado de Henao que había acompañado a la reina Filipa cuando se casó con Eduardo III de Inglaterra. En 1365 Katherine se casó con un inglés, de nombre Hugh Swynford, con quien tuvo dos hijos antes de que él muriera en noviembre de 1371.

De la unión entre Juan de Gante y Katherine nacieron durante la década de 1370 cuatro hijos que adoptaron el apellido Beaufort (era el nombre de una de las posesiones continentales de su padre).

El hecho de que los cuatro hijos que tuvieron hubieran nacido de una relación extramatrimonial de un hombre casado hacía que estos descendientes ilegítimos no tuvieran derecho a heredar los

títulos y propiedades familiares de su padre.

Cuando en 1394 falleció su esposa Constanza de Castilla, Juan decidió volver a casarse. Aunque podía haber optado por cualquier joven casadera de la realeza europea, decidió honrar a la que había sido durante tantos años su fiel compañera y amante, Katherine Swynford. Juan de Gante solo tenía un heredero legítimo, Enrique Bolingbroke (el futuro Enrique IV) y decidió que era importante que este contara con el apoyo de sus hermanastros sin que estos se vieran lastrados por el estigma de su bastardía.

La ilegitimidad de un hijo no solo le privaba de la posibilidad de heredar los títulos y propiedades de su padre, sino también de obtener un trato preferente en el supuesto de que optaran por hacer carrera dentro de la Iglesia. Para solventar ambos obstáculos era preciso solicitar el reconocimiento de la legitimidad de los hijos nacidos antes del matrimonio por la ley civil y por la canónica.

Juan de Gante se dirigió tanto al papa como al Parlamento inglés para lograr que los cuatro vástagos de su unión con Katherine Swynford fueran legitimados. El reconocimiento papal le fue concedido en septiembre de 1396. Y el del Parlamento en enero de 1397, cuando una ley declaró que el rey Ricardo II, en el ejercicio de su poder y con la ratificación del Parlamento, concedía a los hijos de Juan de Gante y Katherine Swynford la consideración de descendientes legítimos de su padre a todos los efectos.

Esto incluía el derecho a acceder a «todos los honores, dignidades, preeminencias, propiedades, grados y oficios públicos y privados, tanto perpetuos como temporales, nobles y feudales, por cualquier nombre por el que sean designados, ya sea ducados, principados, condados, baronías u otros».

En 1399 había accedido al trono el primogénito de Juan de Gante y Blanca de Lancaster, Enrique IV, hermanastro de los Beaufort. Cuando en 1397 se planteó la cuestión de su legitimidad no parecía probable que los descendentes de Juan de Gante se encontrasen en la línea de sucesión al trono. Sin embargo, cuando en 1399 Enrique IV usurpó el trono, sus hermanastros (ya legitimados) sí se encontraban mucho más cerca en esa línea sucesoria.

En 1407 el mayor de los Beaufort, John, por entonces conde de Somerset, solicitó que el Parlamento confirmase la legitimidad de su familia. Su solicitud fue aprobada, pero sobre el texto original se realizó una pequeña aunque muy significativa

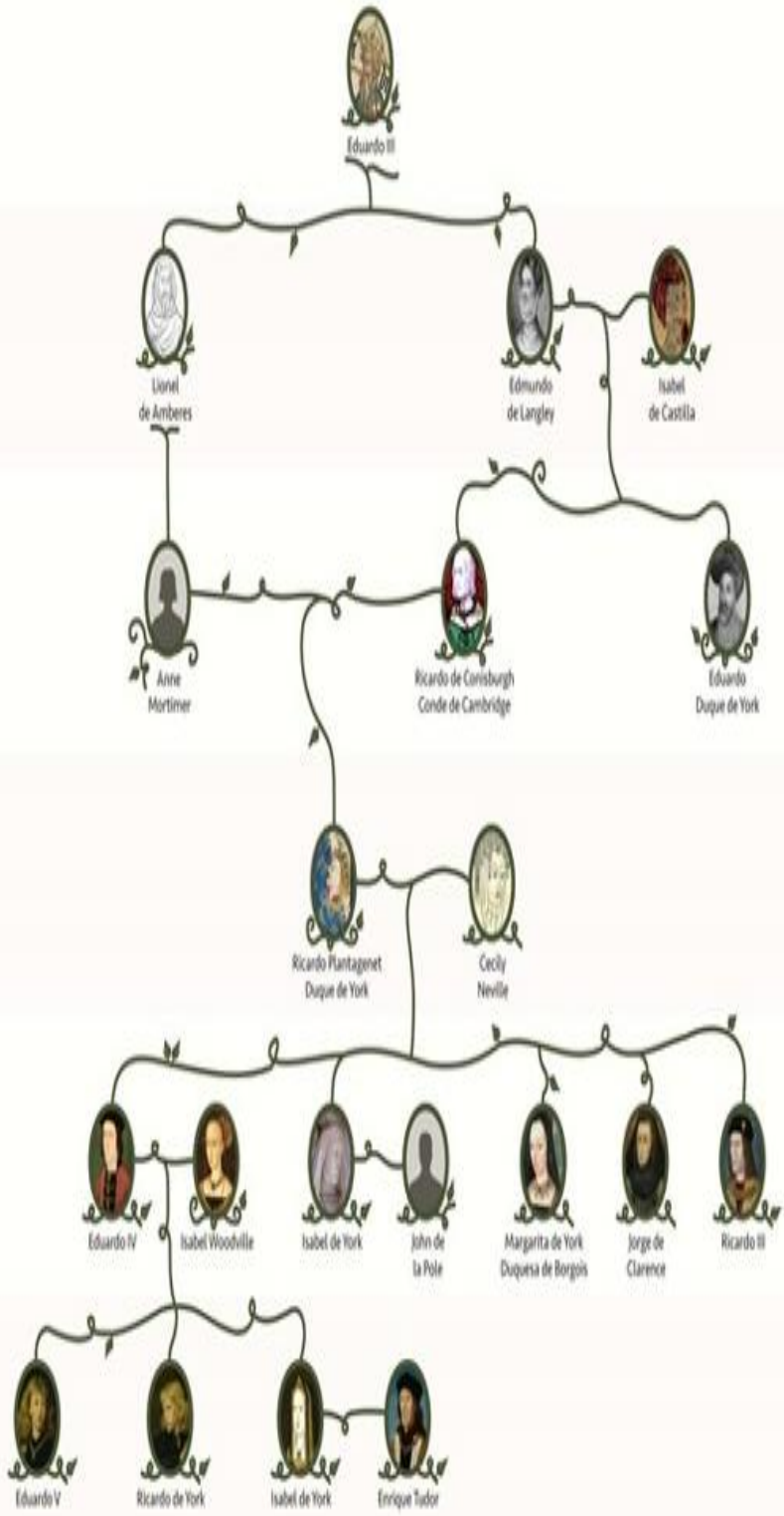
variación. Se les reconocía el acceso a «todos los honores, dignidades, excepto la dignidad real, preeminencias…».

Nathen Amin, autor del libro *The House of Beaufort*, llama la atención sobre un aspecto importante: la resolución inicial de 1397 había sido aprobada por una ley ratificada por el Parlamento. Cualquier modificación sobre su contenido debería haber seguido el mismo trámite (bien mediante su derogación y su sustitución por una nueva ley, bien mediante una norma que modificase la anterior). Sin embargo, la adición de 1407, si bien fue sancionada por Enrique IV, no pasó por el trámite de la ratificación parlamentaria.

Para el citado autor, este matiz hace que la exclusión de la línea sucesoria de los Beaufort no fuese válidamente establecida y que, por tanto, lo que debía prevalecer era la ley de 1397 donde se les reconocía el derecho a acceder a cualquier dignidad, incluida la real. Esto supondría, según Amin, que todos los descendientes de los Beaufort sí tendrían derecho al trono inglés.

Fuera como fuese, la familia Beaufort estaba destinada a jugar un papel estelar durante el siglo XV inglés y durante la guerra de las Rosas, sobre todo cuando una de sus componentes, Margaret Beaufort se casó con un hombre llamado Edmund Tudor.

13.5. Edmundo de Langley: la casa de York


Eduardo III
Lionel de Amberes
Edmundo de Langley
Isabel de Castilla
Anne Mortimer
Ricardo de Conisburgh Conde de Cambridge
Eduardo Duque de York
Ricardo Plantagenet Duque de York
Cecily Neville
Eduardo IV
Isabel Woodville
Isabel de York
John de la Pole
Margarita de York Duquesa de Borgoña
Jorge de Clarence
Ricardo III
Eduardo V
Ricardo de York
Isabel de York
Enrique Tudor

Edmundo de Langley fue el cuarto hijo de Eduardo III en llegar a la edad adulta. En 1372 se casó con la segunda hija de Pedro I de Castilla, Isabel, hermana de Constanza, la segunda esposa de Juan de Gante. En 1385 Ricardo II otorgó a Edmundo el título de duque de York.

Entre 1394 y 1396 Edmundo fue nombrado guardián del reino durante diversos viajes de Ricardo II. Se le volvió a otorgar este cargo cuando Ricardo II viajó a Irlanda en 1399, el momento del desembarco de Enrique Bolingbroke. Edmundo reunió un ejército para oponerse a él, pero cuando se encontraron en Berkeley sus fuerzas se unieron a las de Bolingbroke. Aunque no participó en la captura y forzada abdicación de Ricardo II, tácitamente apoyó su deposición por Bolingbroke. El resto de su vida (hasta 1402) vivió en paz.

Respecto a su descendencia, de su unión con Isabel de Castilla nacieron tres hijos: Eduardo de York, Constanza y Ricardo de Conisburgh. Sobre este se cernía la sombra de la ilegitimidad. Según el cronista Thomas de Walsingham (contemporáneo a los hechos) esto se debía a la «relajada moral» de Isabel de Castilla, a la que la rumorología de la época atribuyó un romance con John Holland, que al parecer se inició solo dos años después de la boda con Edmundo de Langley. Este hecho hizo planear la duda sobre la paternidad del tercer hijo de la pareja, Ricardo de Conisburgh.

A este respecto es significativo que Isabel hiciera redactar en su testamento una cláusula en la que pedía al rey Ricardo II (al que designaba su heredero) que cuando ella muriese dotase de una pensión a su hijo Conisburgh. Y efectivamente, cuando Isabel murió en 1392 Ricardo II le otorgó a una pensión de 500 libras anuales.

Cuando el rey fue depuesto por Enrique IV, esta pensión dejó de ser abonada (a pesar de que en teoría Conisburgh era primo del nuevo rey). Y también resulta significativo que ni Edmundo de Langley, su padre y duque de York, ni su hermano mayor Eduardo, que heredó ese ducado, dispusieron nada en sus testamentos a favor de Conisburgh, al que ni siquiera mencionaban. Más de un historiador ha señalado este detalle como argumento para sostener que no era hijo de Edmundo de Langley, sino de John Holland, aunque esta afirmación debe tomarse con la debida cautela, ya que no hay prueba alguna al respecto. Eso sí, de ser cierto, se trataría de un hecho de gran importancia, porque este posible origen ilegítimo de la casa de York afectaría a dos reyes ingleses, Eduardo IV y Ricardo III.

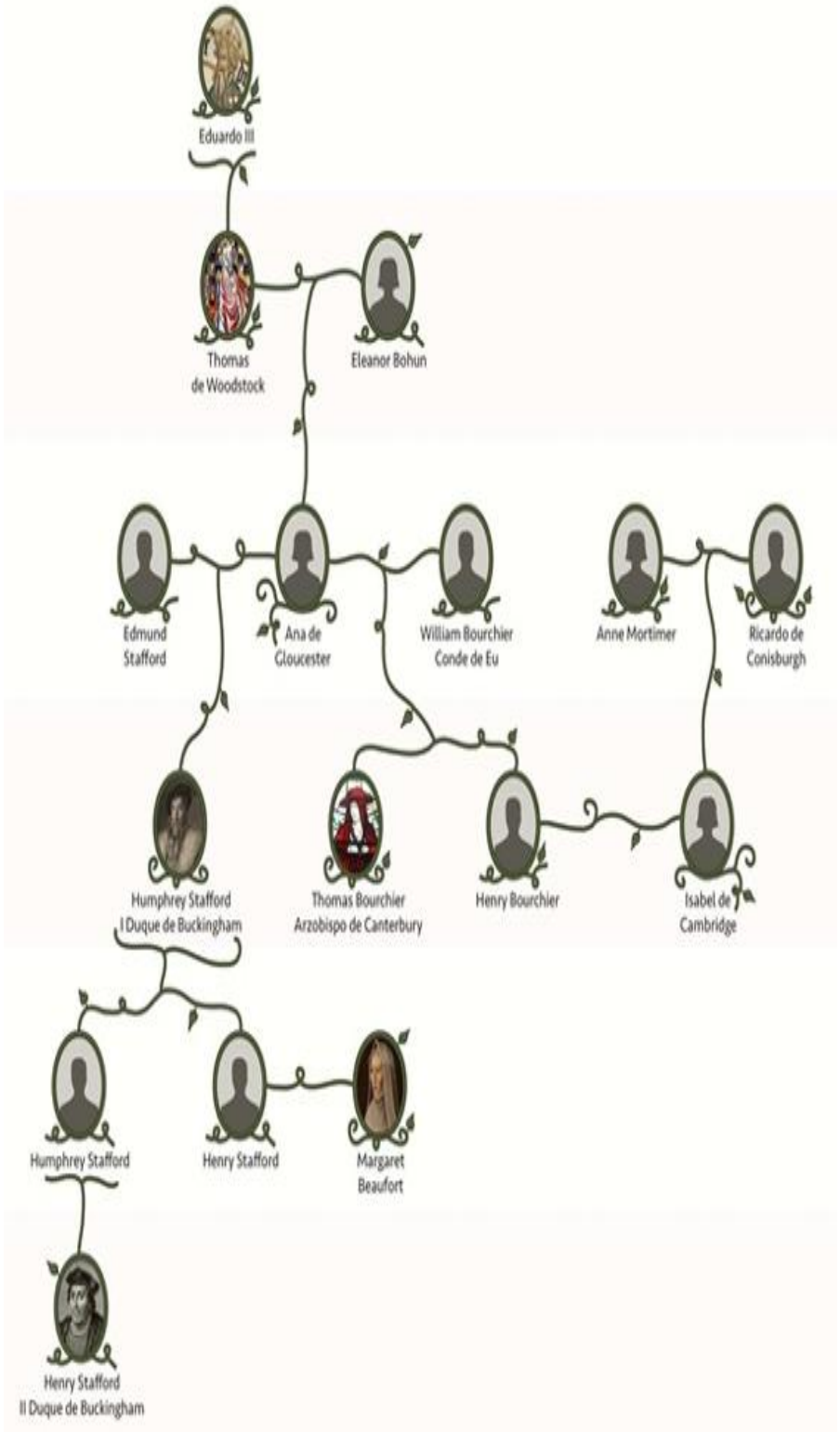
Volviendo al relato de la vida de Ricardo de Conisburgh,

recordemos que estaba casado desde 1408 con la hermana del conde de March, Anne Mortimer. En 1414, Enrique V (a cuyo servicio había estado en Gales en 1402) le nombró conde de Cambridge. Pero en 1415, sin que se sepan muy bien las razones, promovió el complot contra Enrique V para colocar en el trono a su cuñado Edmundo Mortimer. El complot fue rápidamente descubierto y los impulsores (incluido Conisburgh) fueron ejecutados, pero no fue previamente desposeído de sus títulos, que pasaron a su hijo de cuatro años, Ricardo Plantagenet.

Y ese año de 1415 se demostró como un sensacional cambio de fortuna para este niño. Unos meses después de la muerte de Conisburgh, su hermano mayor y duque de York, Eduardo, acompañó a Enrique V en la batalla de Agincourt en la que falleció. Parece que pidió liderar el ala más peligrosa, quizá para demostrar que no estaba implicado en el complot que costó la vida a su hermano. Fuera como fuese Eduardo de York moría sin descendencia, por lo que su título de duque de York pasó también a Ricardo Plantagenet.

En unos meses este pequeño de cuatro años pasó de ser el hijo de un noble caído en desgracia a convertirse en una de las figuras más poderosas de Inglaterra, lo que se completaría cuando heredase en 1425 el título de conde de March (a la muerte sin descendencia del hermano de su madre, Edmundo Mortimer). Ricardo Plantagenet unía así en su persona la herencia del segundo y del cuarto hijo de Eduardo III. En su edad adulta sería quien iniciase la guerra de las Rosas.

13.6. Thomas de Woodstock: la casa de Stafford, duques de Buckingham, y los Bourchier


Eduardo III
Thomas de Woodstock
Eleanor Bohun
Edmund Stafford
Ana de Gloucester
William Bourchier Conde de Eu
Anne Mortimer
Ricardo de Conisburgh
Humphrey Stafford I Duque de Buckingham
Thomas Bourchier Arzobispo de Canterbury
Henry Bourchier
Isabel de Cambridge
Humphrey Stafford
Henry Stafford
Margaret Beaufort
Henry Stafford II Duque de Buckingham

Thomas de Woodstock fue el quinto y último hijo de Eduardo III en alcanzar la edad adulta. Nacido en 1355, ostentó el título de duque de Gloucester. Durante el reinado de su sobrino Ricardo II se distinguió como uno de los cinco principales líderes de la oposición al gobierno del monarca a los que se conoció con el nombre de *Lords Appellant* y murió en las extrañas circunstancias ya relatadas cuando era cautivo de Thomas Mowbray.

Thomas contrajo matrimonio con una rica propietaria, Eleanor de Bohun, heredera a medias con su hermana Mary (esposa de Enrique Bolingbroke) de los títulos y tierras propios del condado de Hereford.

De su unión nacieron cinco hijos, de los que nos centraremos en dos: Humphrey y Ana. El primero murió en 1399, solo dos años después que su padre, sin descendencia. En cuanto a la segunda, Ana de Gloucester, fue prometida siendo niña con el conde de Buckingham, Thomas Stafford, pero este falleció antes de que el matrimonio se consumase, por lo que su hermano menor Edmund Stafford heredó no solo el título de conde de Buckingham, sino la mano de Ana de Gloucester, con quien se casó en 1396.

Desde 1399 Ana era la única heredera de la quinta rama de descendientes de Eduardo III, lo que la convertía en una de las más codiciadas mujeres casaderas del país. Además, ostentaba los títulos de condesa de Buckingham, Hereford y Northampton. De su matrimonio con Edmund Stafford nació en 1402 un hijo, de nombre Humphrey, duque de Buckingham.

El papel de Ana de Gloucester y su descendencia no termina aquí. Quedó viuda de Edmund Stafford en 1403, siendo todavía joven y una de las más prominentes terratenientes del país, especialmente en la conflictiva frontera galesa. Contrajo matrimonio con William Bourchier, conde de Eu y uno de los militares más notables de Inglaterra. De este matrimonio nacieron dos hijos. El hecho de que el primero de ellos, Henry, se casara con la hija de Anne Mortimer y Ricardo de Conisburgh, convirtiéndose así en cuñado de Ricardo Plantagenet, aseguró el apoyo de la familia a la causa de los York. Un apoyo que escenificó también el segundo hijo de Ana de Gloucester y el conde de Eu, Thomas Bourchier, que desempeñó el fundamental cargo de arzobispo de Canterbury durante la guerra de las Rosas.

13.7. Otros actores

protagonistas: las familias Percy, Neville, Stanley y De la Pole

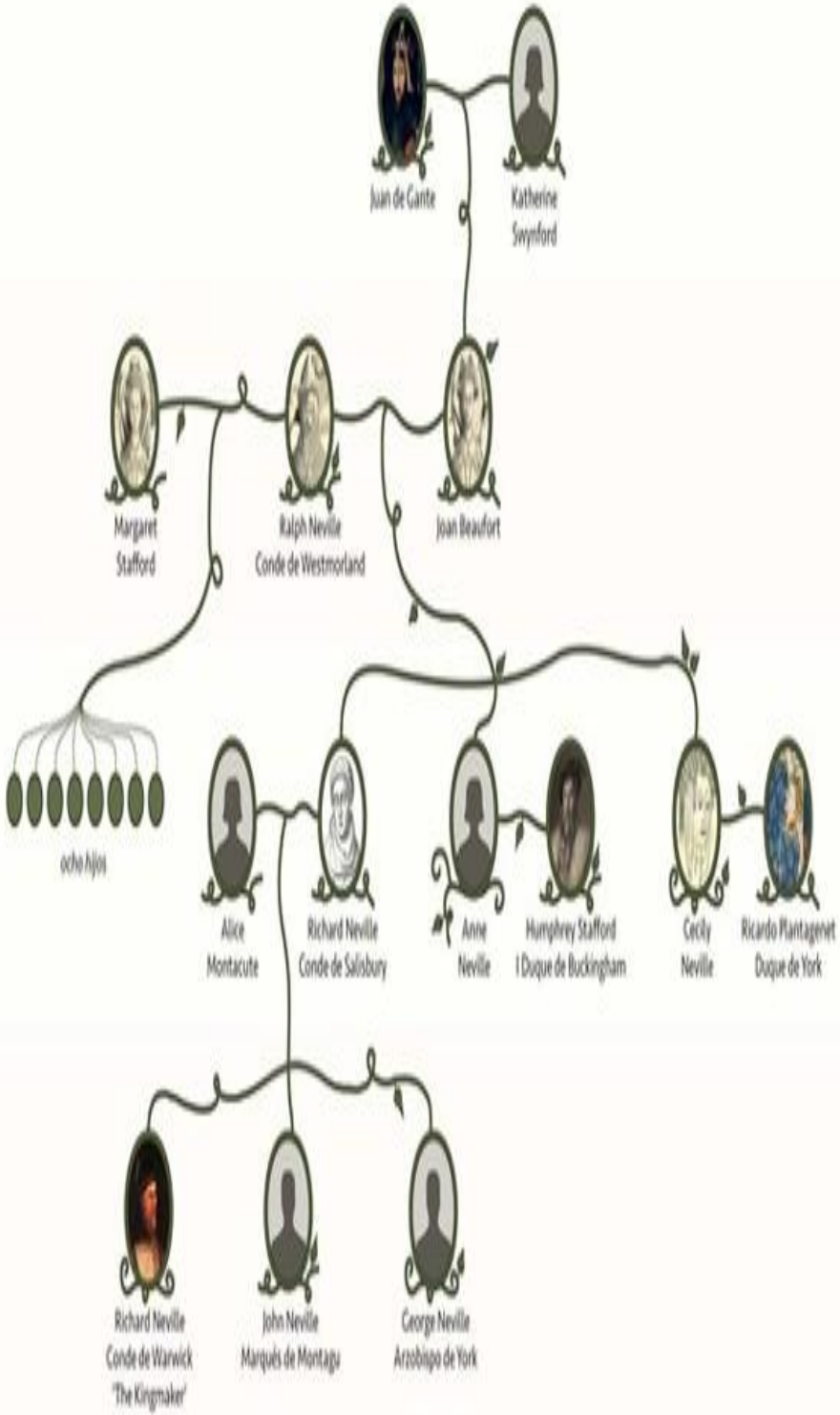
Celebrating 700 Years
of the Percy Family at Alnwick

El castillo de Alnwick sigue siendo la residencia de la familia Percy

Además de las ramas de los Plantagenet a las que nos hemos referido hasta ahora, en la guerra de las Rosas también jugaron un papel esencial diversas familias de la nobleza inglesa, alguna de ellas contumaz partidaria de uno de los dos bandos contendientes, otras que apoyaron en determinados momentos a los York y en otros a los Lancaster según las circunstancias. El cuadro general de los protagonistas de la guerra de las Rosas no estaría completo sin la mención a los cuatro principales «clanes» de entre la nobleza inglesa:

a) Los Percy. Titulares del condado de Northumbria desde 1377, con base en el poderoso castillo de Alnwick, cercano a la frontera con Escocia. Los Percy, además, mantenían una durísima y antigua rivalidad con otra de las familias más notables del reino: los Neville.

b) Los Neville.


Juan de Gante
Katherine Swynford
Margaret Stafford
Ralph Neville Conde de Westmorland
Joan Beaufort
ocho hijos
Alice Montacute
Richard Neville Conde de Salisbury
Anne Neville
Humphrey Stafford I Duque de Buckingham
Cecily Neville
Ricardo Plantagenet Duque de York
Richard Neville Conde de Warwick 'The Kingmaker'
John Neville Marqués de Montagu
George Neville Arzobispo de York

Si lo narrado hasta ahora constituye una tela de araña genealógica complicada de seguir, el caso de la familia Neville se lleva la palma en cuanto a complejidad de relaciones familiares y matrimoniales. El primer miembro significado del clan, Ralph Neville, fue nombrado conde de Westmorland por Ricardo II. El apellido de sus dos esposas no nos resultará ya desconocido y el número de retoños que tuvo con ellas explica por sí solo la complejidad a la que nos referimos. Con la primera, Margaret Stafford, tuvo dos hijos y seis hijas y con la segunda, Joan Beaufort (hija de Juan de Gante y Katherine Swynford), cinco hijos y nueve hijas. Con tanta progenie de dos familias tan significativas no es de extrañar que sus relaciones familiares abarcasen todo el espectro nobiliario inglés. Su principal acierto fue conseguir casar a la más joven de las hijas que tuvo con Joan Beaufort, Cecily Neville, con Ricardo Plantagenet, duque de York. Como consecuencia de ello, dos hijos de la pareja que fueron reyes de Inglaterra (Eduardo IV y Ricardo III) eran descendientes tanto de Juan de Gante como de Lionel de Amberes y de Edmundo Langley.

Ralph Neville murió en 1425 y el título pasó a su nieto del mismo nombre. Mientras, el primer hijo de su segundo matrimonio, Richard, se casó con Alice Montacute (un apellido que acabaría convirtiéndose en Montagu), y a través de ella heredaría el título de conde de Salisbury. Y el hijo de este, de su mismo nombre y conde de Warwick, sería un personaje clave en el desarrollo de la guerra de las Rosas, hasta el punto de ganarse el sobrenombre de *The Kingmaker* (el Entronizador).

c) Los Stanley. Se trataba de una poderosa familia noble con grandes propiedades y, lo que es más importante, un numeroso contingente armado bajo sus órdenes. En la época que nos interesa la jefatura de la familia la ostentaba Thomas Stanley, quien jugó un papel importante cuando se convirtió en el cuarto marido de Margaret Beaufort.

d) Los De la Pole. Se trataba de una familia de mercaderes de lana que había ascendido en la escala social desde su primer miembro destacado, William, en la época de Eduardo III. Ricardo II hizo a su hijo conde de Suffolk, pero como se alió con los *Lords Appellant*, el conde tuvo que huir a Francia para salvar la vida, a costa de perder sus títulos y tierras, que no recuperó hasta 1398. En 1415 murió de disentería en el sitio de Harfleur y su hijo Michael no pudo disfrutar mucho del título porque falleció en Agincourt. Heredó el título William de la Pole, que en los años siguientes vio a otros tres hermanos morir en Francia. Pero en los primeros años del reinado de Enrique VI se convertiría en la estrella ascendente de la nobleza

inglesa por su influencia sobre el joven rey.

Colocadas ya las piezas en el tablero es hora de avanzar en la historia y retomarla donde la dejamos, con la muerte de Enrique V en 1422 y la compleja situación que suponía que su hijo y heredero, Enrique VI, fuese un bebé de apenas ocho meses.

Capítulo 14

Enrique VI (1422-1461, 1470-471): el principio del fin

14.1. El niño que fue rey de Francia y de Inglaterra

Si la experiencia con reyes menores de edad había sido siempre traumática en Inglaterra, nada bueno podía augurarse cuando el trono fue heredado por un bebé de ocho meses. Aunque en ese sentido los problemas eran previsibles, lo que nadie podía esperar era que, con el tiempo, ese niño sufriera una enfermedad mental que le incapacitaría para gobernar durante largas temporadas, lo que estimuló el resurgimiento de la lucha sucesoria que parecía haberse cerrado durante los exitosos años del reinado de Enrique V.

El vencedor de Agincourt, consciente de la gravedad de su enfermedad, tuvo tiempo de redactar su última voluntad de manera detallada antes de morir en el castillo de Vincennes el 31 de agosto de 1422. Advirtió a sus más directos colaboradores de la necesidad de mantener la alianza con los duques de Borgoña, que era la clave para poder afianzar la posición inglesa en el continente. Además, y como era de esperar, proclamaba a su hijo de ocho meses como heredero del trono, pero se hacía necesario establecer las condiciones de gobierno hasta que alcanzase la mayoría de edad.

Enrique V había dejado en su testamento los asuntos de Francia en las competentes manos de su hermano John de Bedford, sobre quien no existía ninguna duda de que era el hombre ideal para el cargo. Más problemática era la cuestión en Inglaterra, donde incluso el término utilizado para referirse a las

tareas a desarrollar por su otro hermano Humphrey de Gloucester (tutela) generaba dudas sobre si se refería solo a la educación y crecimiento de Enrique VI o también a una regencia de los asuntos de gobierno sin responder ante nadie más que el propio rey.

Gloucester era un hombre apreciado en general en Inglaterra, culto, mecenas y con formación humanística, además de veterano de Agincourt. Pero también generaba celos y desconfianza en parte de los magnates del reino, incluido su hermano Bedford, que pensaban que la imagen que proyectaba Gloucester era mera fachada para ganarse la popularidad, pero que no tenía el carisma militar ni político necesarios para gobernar.

Por eso en el primer Parlamento del reinado de Enrique VI se limitaron sus títulos y sus poderes: no sería regente, gobernador o lugarteniente real, sino «Protector y Defensor del reino de Inglaterra y de la Iglesia inglesa y principal consejero del rey». Es decir, que habría un consejo que controlaría sus acciones y además estaría subordinado a su hermano John de Bedford, de forma que sus facultades las ejercería solo cuando Bedford estuviese ausente de Inglaterra.

Se designó un consejo de diecisiete miembros con un detallado reglamento de funcionamiento (periodicidad de las reuniones, mayorías necesarias, asuntos sobre los que podía decidir…). Una de las funciones tradicionalmente realizada por el rey y que durante la infancia de Enrique VI ejerció el consejo, era la de arbitrar en las disputas entre los notables del reino. El sistema funcionó bien hasta que la disputa enfrentó a dos de los magnates más poderosos del país: Gloucester y Henry Beaufort, obispo de Winchester, uno de los hijos de Juan de Gante y Katherine Swynford.

Beaufort, rico y poderoso, con muchos años de experiencia en el gobierno secular y religioso y muy interesado en asuntos temporales por su condición de regular prestamista del tesoro real, chocaba en muchos aspectos con Gloucester y fue probablemente uno de los principales impulsores de la limitación de funciones del protector. Como lacónicamente señala un cronista de la época, Gloucester y Beaufort «no eran buenos amigos».

La relación entre ambos empeoró tras el verano de 1424, cuando Gloucester se embarcó en un desastroso plan para hacerse con el condado de Henao, en los Países Bajos. Pero el gobierno en el condado lo ejercía Juan de Brabante que contaba con el apoyo de Borgoña, a su vez crucial aliado de Inglaterra en la guerra

contra Francia. El cardenal Beaufort había dedicado mucho tiempo y esfuerzo para atraer a Brabante al bando inglés y la maniobra unilateral de Gloucester ponía en peligro estos esfuerzos y, lo que era más grave, la vital alianza con Borgoña.

La expedición militar de Gloucester fue un completo fracaso. Esto provocó una oleada antiflamenca en Londres y las medidas tomadas por Beaufort, como canciller del reino, para preservar la paz hicieron que se convirtiera en un personaje odiado por los ciudadanos londinenses.

Así las cosas, la noche del 29 de octubre de 1425, Gloucester se reunió con el alcalde y los notables de la ciudad y les instó a prepararse para defender Londres de un inminente ataque armado por parte de Beaufort. Este había efectivamente concentrado sus fuerzas en Southwark y cerrado la salida sur de la ciudad. Las fuentes coinciden sobre el origen de la controversia (un intento de secuestrar al rey), pero difieren sobre quién intentó llevar a cabo la acción y quién se oponía a la misma. En lo que coinciden también es en el hecho de que parece que se trataba más de un rumor que de una amenaza real de uno u otro de secuestrar al monarca.

Fuese o no verídico el rumor, lo cierto es que el enfrentamiento era inminente. Gloucester y el alcalde decidieron cerrar las puertas de la ciudad. La lucha parecía inevitable y Londres se sumió en el pánico (según un cronista «en una hora habían cerrado todas las tiendas de la ciudad»).

El derramamiento de sangre se evitó por la mediación de dos figuras: Henry Chichele, arzobispo de Canterbury, y Pedro, infante de Portugal y primo del rey, que estaba de visita en Londres. Su mediación tuvo el efecto de poner fin al riesgo de un encuentro armado, aunque no al odio personal entre el cardenal y Gloucester. Beaufort escribió indignado a Bedford pidiéndole que volviese a Inglaterra a hacerse cargo de la situación.

Bedford regresó efectivamente en enero de 1426 y estuvo un año en Inglaterra poniendo orden en el reino y entre su tío (Beaufort) y su hermano (Gloucester). Tras mutuas acusaciones de traición los esfuerzos de Bedford y otros magnates dieron fruto, al menos en apariencia. En una reunión de Parlamento el 7 de marzo de 1426, Gloucester y Beaufort llegaron de la mano entre protestas de amistad y alegaciones de que lo acontecido no había sido sino un malentendido. El 17 de marzo Beaufort renunciaba a su puesto de canciller y a su sitio en el consejo real.

Antes de regresar a Francia, Bedford organizó dos reuniones con los magnates del reino en las que él y Gloucester juraron

apoyar una forma de gobierno conciliar, y que los dos tratarían con y serían aconsejados por los lores del consejo, que sería quien gobernaría y al que obedecerían como si se tratase del rey. Solo un año después, Gloucester trató de desdecirse de este pacto y obtener mayores poderes, pero el Parlamento desestimó contundentemente su petición. En todo caso, estos sucesos pusieron de manifiesto la dificultad de gobernar ejerciendo la autoridad real sin un rey que fuese quien lo llevase a cabo. Se había evitado el derramamiento de sangre, pero las posiciones seguían enfrentadas.

14.2. Últimas victorias inglesas en Francia: la figura del duque de Bedford

El 17 agosto de 1424 se había producido una de las últimas victorias inglesas en la guerra de los Cien Años cuando una fuerza de apenas ocho mil hombres, al mando de Bedford y el conde de Salisbury se había enfrentado en Verneuil contra un ejército superior en número formado por una alianza de franceses, escoceses, lombardos y españoles. Hubo más de siete mil muertos en el bando francés, algunos de ellos miembros importantes de la nobleza y generales principales del ejército francés. Fue el canto del cisne del dominio inglés en Francia.

Bedford, hermano del gran Enrique V, era un comandante capaz, un hombre piadoso y, aunque no exento de crueldad en ocasiones, gobernó las posesiones francesas de su sobrino con justicia y buen criterio. Eligió a normandos para puestos de poder en Normandía y se aseguró su apoyo militar contra los franceses. Estaba casado con Ana de Borgoña, hermana del duque Felipe, el principal aliado de Inglaterra en la guerra de los Cien Años. La pareja mantenía una activa corte en la que se mezclaban el lujo y el gusto por la cultura.

Bedford se tomaba muy en serio su imagen como representante en Francia del rey de Inglaterra y de Francia. Los ingleses no solo dominaban más de la mitad del país, sino los tres centros simbólicos principales de la monarquía francesa: Reims (lugar donde los reyes franceses eran coronados), París (lugar desde donde gobernaban) y Saint Denis (lugar donde eran enterrados). Una ley publicada en Normandía prohibía referirse al

enemigo como «franceses» y a Carlos como rey; se usaban los términos «Armagnacs» y «el que se hace llamar el delfín».

Pero los ingleses ni dominaban todo el país, ni habían obtenido una victoria definitiva sobre Carlos ni, cuestión esencial, habían conseguido que el papa ratificara el Tratado de Troyes y la legitimidad de Enrique VI como rey de Francia. Dentro de Normandía había un activo movimiento de «resistencia» que se oponía al dominio inglés, formado por bandas de hombres que vivían como forajidos, robando, saqueando, secuestrando rehenes y quemando propiedades. Buscaban su propia fortuna, pero también juraban «hacer todo lo que estuviese en su poder para dañar y atacar a los ingleses».

Una de las tareas principales emprendidas por Bedford no fue militar, sino de propaganda. Se trataba de convencer a los súbditos continentales del rey de Inglaterra de la legitimidad de este no tanto por derecho de conquista por las victorias de su padre, sino por derecho de sangre como legítimo heredero de las coronas tanto de Francia como de Inglaterra. Se difundieron cientos de folletos con árboles genealógicos de ambas familias reales que se iniciaban en San Luis (Luis IX) por el lado francés y en Eduardo I por el lado inglés, y que confluían en ambos casos en la figura de Enrique VI (Enrique II de Francia).

De todas formas, no sería el convencimiento el que decidiría la suerte de esta lucha dinástica, sino la fuerza de las armas. Y aquí jugaría un papel esencial una joven francesa.

14.3. Juana de Arco y la coronación de Enrique VI como rey de Inglaterra y de Francia

En Francia se había producido una clara división marcada por la frontera del río Loira, entre el norte del país, dominado por Inglaterra con el apoyo del ducado de Borgoña, y el sur, en el que los seguidores del delfín habían nombrado a este como sucesor de su padre y rey con el nombre de Carlos VII. La primera acción militar tras la muerte de Enrique V tuvo lugar en 1428 cuando el duque de Bedford puso sitio a la ciudad de Orleans.

En la zona de Francia dominada por los ingleses buena parte de los habitantes franceses no reconocían de grado el sometimiento al rey de Inglaterra. Para ellos los sentimientos

hacia los vecinos del otro lado del Canal variaban desde considerarlos como invasores hasta odiarlos. Eso hacía que proliferaran los actos de hostilidad por parte francesa y los de dura represión por parte inglesa.

El asedio de Orleans se había iniciado con buenas noticias para los franceses cuando el conde de Salisbury falleció en las primeras fases del combate. Pero habían llegado refuerzos para los sitiadores y un intento de liberar la cuidad el 12 de febrero de 1429 fracasó en la llamada *jornada de los arenques*. La desmoralizada guarnición de la ciudad ofreció rendirse al duque de Borgoña, pero el duque de Bedford rechazó la propuesta. El contingente borgoñón se retiró del asedio, pero los ingleses lo mantuvieron.

Para el rey francés la liberación de la ciudad se había convertido en una obsesión. Fue entonces cuando en la corte de Carlos VII en Chinon se presentó a finales de febrero o principios de marzo de 1429 una joven de diecisiete años, Juana de Arco, manifestando que Dios se le había aparecido ordenándole guiar a los ejércitos franceses a la victoria contra Inglaterra. En su visión a ella le correspondía la doble tarea de levantar el asedio de Orleans y hacer coronar al verdadero rey de Francia en Reims. Fuese porque se rindieron a su místico discurso, fuese porque la consideraron útil para sus fines, el caso es que el rey y sus consejeros decidieron facilitar a la joven un ejército, un caballo y una armadura y la enviaron a levantar el sitio de Orleans.

Su llegada a Orleans se produjo el 29 de abril. En los días siguientes llegaron más refuerzos franceses, lo que animó a los habitantes de la ciudad a intentar una salida. El día 8 de mayo, después de que tres de sus fortificaciones fueran tomadas por los franceses, los ingleses levantaron el sitio.

Esto abrió la puerta a que otras fortalezas a lo largo de la línea del Loira fuesen cayendo en manos francesas, hasta que el 18 de junio de 1429 se produjo la derrota de una desmoralizada y no preparada fuerza inglesa en la batalla de Patay. Las bajas inglesas superaron los dos mil hombres y en los días siguientes más plazas ocupadas por los ingleses y los borgoñones siguieron cayendo en manos francesas. El 16 de julio el pretendiente francés entraba en Reims y al día siguiente era coronado como Carlos VII en el lugar tradicional de entronización de los reyes de Francia.

El duque de Bedford llegó a plantearse retirarse a Normandía, pero el ímpetu francés remitió, sobre todo después de que fracasase un intento de tomar París el 8 de septiembre. Los ingleses se apresuraron a coronar a Enrique VI en Westminster, en

noviembre de ese mismo año, y lo enviaban a Francia para tratar de entronizarlo también en Reims.

En cuanto a Juana de Arco, logró algunas victorias más, pero su activa campaña militar no era bien vista por una parte de la nobleza francesa, que consideraba que para poder lidiar con los ingleses era necesario previamente llegar a reconciliarse con Borgoña. Perdido parte de su apoyo, Juana fue capturada por los aliados ingleses de Borgoña y entregada a Bedford. Fue sometida al interrogatorio de un tribunal eclesiástico y quemada por brujería en mayo de 1431.

En diciembre de ese mismo año, Enrique VI fue coronado como rey de Francia, pero no en Reims sino en París. Curiosamente fue este hecho, que suponía que por primera vez un mismo monarca había sido coronado tanto en Westminster como en Notre Dame y, por tanto, como rey de Inglaterra y Francia simultáneamente, el que supuso el inicio del declive del dominio inglés en el continente.

14.4. Primeros síntomas de la debilidad del rey

A finales de 1432 el tutor del rey, el conde de Warwick, Richard Beauchamp, declaró ante el consejo real que a medida que el monarca iba creciendo en edad y estatura era cada vez más consciente de su posición privilegiada y se mostraba menos dispuesto a soportar las reprimendas y castigos de su mentor. Solicitaba mayores poderes para protegerse contra los intentos de Enrique de apelar a sus prerrogativas para desafiar o castigar a su profesor. También pedía facultades para apartar del rey a cualquier hombre que él juzgara que pudiera suponer una mala influencia para el monarca por sus acciones o sus palabras.

Sepulcro de Richard Beauchamp. St. Mary´s Church (Warwick)

Precisamente este aspecto, sobre el que se concedió a Warwick lo que solicitaba, ponía por primera vez de manifiesto uno de los grandes problemas que acompañarían a Enrique VI toda su vida: su facilidad para dejarse influir por las personas que le rodeaban, dejando que fueran estas las que tomaran las decisiones que a él le correspondían por su dignidad real. El rey prestaba especial atención por cuestiones nimias, pero en lo que se refería a los asuntos capitales de estado o los relacionados con la guerra, se mostraba del todo indiferente, lo que demostraba que no estaba preparado para ceñir la corona. De ahí vendrían todos los conflictos posteriores.

A medida que iba creciendo y que debía irse haciendo cargo de sus responsabilidades de gobierno, esta característica se iba haciendo patente y resultaba evidente para los que le rodeaban. Se notaba que no mantenía atención a las conversaciones, mostrándose ausente y distraído, dando contestaciones simples y cortas.

Lauren Johnson narra una anécdota muy significativa sucedida en 1428. En una audiencia con un embajador prusiano Enrique decidió ofrecerle un regalo, tomó un collar de oro que lucía el conde de Oxford y se lo entregó al embajador. Johnson señala que «cuando a Enrique se le pedía algo, lo daba. Serían otros quienes se verían forzados a lidiar con las consecuencias[48]». El problema vendría cuando hiciera lo mismo con territorios enteros, que entregó como regalo sin preocuparse ni de las consecuencias ni de cómo habría que lidiar con ellas.

En resumen, era un joven amable, bondadoso, bien dispuesto y muy religioso. cualidades apreciables en un hombre normal, pero no en un rey medieval, del que se esperaba liderazgo político y militar, incluso personalmente en el campo de batalla, sobre sus súbditos. Y eso era precisamente lo que iba a hacer falta en los años siguientes en Francia.

14.5. Problemas en la guerra de los Cien Años: el congreso de Arras y la muerte del duque de Bedford

La primera crisis política en que se puso a prueba el carácter

del nuevo rey fue en 1435, cuando se tambaleó la crucial alianza con Borgoña, clave de todos los éxitos ingleses en suelo francés. El matrimonio de John de Bedford con Ana de Borgoña (hermana del duque Felipe) había asegurado el apoyo borgoñón a Enrique VI como rey de Francia. Pero en 1432 Ana falleció y Bedford se volvió a casar con Jacquetta de Luxemburgo.

El padre de la novia era un ferviente partidario de la alianza anglo-borgoñona, por lo que por ese lado nada podía objetar Felipe. Pero también era vasallo del duque y tenía que haber consultado previamente a este el enlace de su hija con tan significado personaje. A este detalle había que añadir que la boda se celebró en suelo borgoñón sin que nadie se molestase en comunicárselo a Felipe. Estas dos circunstancias no sentaron bien al duque de Borgoña y supusieron una grieta en la alianza del ducado con Inglaterra, algo que Enrique V había advertido en su lecho de muerte que nunca debía pasar.

Tampoco en Inglaterra la situación era tranquila. En julio de 1433 Bedford tuvo que acudir al Parlamento para hacer frente a comentarios que le acusaban de poner en peligro los dominios franceses de Enrique VI por sus errores militares y políticos. El origen de estas críticas era Gloucester, que siempre tuvo una complicada relación con Bedford y que seguía sin perdonar su posición de inferioridad respecto de su hermano mayor. Herido en su orgullo, Bedford desafió a un duelo personal a muerte a cualquiera que sostuviese tales acusaciones. Nadie recogió el guante.

La ruinosa situación económica de las finanzas del reino obligaba a los magnates ingleses a plantearse algo que suponía una traición a la memoria de Enrique V, pero que era inevitable. Inglaterra no tenía fondos para financiar una costosísima guerra con el cada vez más pujante Carlos VII de Francia y había llegado el momento de tratar de encontrar la mejor salida negociada posible a un conflicto que estaba a punto de cumplir cien años desde su inicio en 1337.

Así estaban las cosas cuando el papa convocó a Inglaterra y Francia al congreso de Arras en 1435. La primera sorpresa fue que también fue invitada Borgoña. Las negociaciones se complicaban por la coronación de Enrique VI como rey de Francia; ya no era cuestión de renunciar a la pretensión a un trono, sino de ceder la corona que ya ceñía su cabeza. Toda propuesta francesa iba encabezada con la renuncia de Enrique VI al trono francés y el reconocimiento de Normandía como territorio vasallo de Carlos VII. Eso hacía que los ingleses se viesen forzados a rechazar todas

y cada una de las propuestas francesas, lo que les hacía quedar como intransigentes.

Una complicación adicional se produjo porque el legado papal manifestó que no apoyaba el derecho del rey inglés al trono de Francia reconocido en el Tratado de Troyes. Además, se liberó a Felipe de Borgoña de sus obligaciones hacia Inglaterra. Los ingleses abandonaron las negociaciones indignados y Borgoña y Francia, ya solas en la mesa de negociación, se convirtieron en aliadas (se eximió a Felipe de jurar fidelidad a Carlos de Francia).

Para agravar aún más la situación inglesa, el 14 de septiembre de 1435 murió John de Bedford, regente en Francia y luchador incansable por los derechos, primero de su hermano y luego de su sobrino, en el continente. La cuestión de quién sería su sucesor era compleja de por sí, pero se agravó por una circunstancia: el rey iba llegando a su mayoría de edad y la cuestión era si debía hacerse personalmente cargo de los asuntos en Francia.

En octubre de 1435 Enrique VI asistió al primer consejo celebrado bajo su autoridad, hecho al que se le dio amplia publicidad. En mayo de 1436 se cesó a Warwick en su tutoría y no se nombró sustituto, como muestra de que el rey ya había alcanzado la mayoría de edad, aunque oficialmente todavía no fue proclamada. Dos meses después Enrique empezó a firmar sus escritos de su puño y letra. Pero las actas del consejo destilan una falta de confianza sobre la madurez del rey para la toma de decisiones. Y, significativamente, Enrique no fue enviado a Francia a hacerse cargo de los asuntos tras la muerte de Bedford. Definitivamente, Enrique VI no era comparable a su padre.

La imposibilidad del rey de acudir a Francia planteaba la cuestión de la búsqueda de un sustituto para Bedford. Pero antes tenemos que ocuparnos de otro asunto que cambió la historia inglesa y que afectaba a la madre del rey.

14.6. Catalina de Valois y Owen Tudor

Tras la muerte de Enrique V, su viuda, la princesa francesa Catalina de Valois, vio cómo su hijo era apartado de su lado para ser puesto bajo la tutela de los regentes del reino. Parecía destinada a desaparecer de la historia en su papel de reina madre. Y así hubiese sido si en su camino no se hubiese interpuesto una historia de amor que cambiaría la historia de Inglaterra. El

nombre de su enamorado basta para explicar el por qué: Owen Tudor.

La vida en Inglaterra como viuda de Catalina de Valois estaba dirigida por las necesidades de su hijo. Viajaba con él y vivía bien a expensas de la pensión que el Parlamento le otorgó. Le acompañó a Francia, pero volvió a Inglaterra antes de su coronación en París (ella era hermana del «otro» rey de Francia, lo que suponía una situación incómoda).

Desde entonces su vida se separó de la del rey y tenía su propia casa y sus propios ingresos. Era una viuda joven, rica y dueña de numerosas propiedades en Inglaterra y Gales. Empezaron los rumores sobre su vida sentimental. La regla no escrita era que las reinas viudas, si volvían a casarse, deberían hacerlo con un extranjero y fuera del país. Hacerlo con un noble inglés alteraría en favor de este el complejo equilibrio de posiciones políticas de los magnates ingleses, al colocarlo en una posición de proximidad con el rey. El infausto recuerdo de lo ocurrido con Isabel de Francia y Roger Mortimer seguía fresco en la memoria de muchos ingleses.

Comenzó a murmurarse sobre una relación entre la reina viuda y Edmund Beaufort, nieto de Juan de Gante y sobrino del cardenal. Esto alarmó sobre todo a Humphrey de Gloucester. Los rumores preocupaban lo suficiente para que, tras una vaga petición en el Parlamento de 1426, el de 1427 aprobó que las reinas viudas necesitarían para poder volver a casarse el permiso de un rey adulto. Quien incumpliera esta disposición, ahora sí por escrito, se vería desposeído de por vida de todos sus bienes y tierras.

No hay constancia de si existió o no una relación entre la reina y Beaufort, pero si la había, esta norma le puso fin. En todo caso, en 1431 Catalina había puesto sus ojos en Owen Tudor. Su nombre era Owain ap Mareddud ap Tudur, aunque también se le conoció como Owen Fitz Meredith, Owen Meredith y Oweyn Tidr, hasta que los escribanos de la corte inglesa decidieron que era más cómodo referirse a él como Owen Tudor. Su familia procedente de Gales era importante y con prestigio, pero su padre y sus tíos se vieron involucrados en la rebelión de Owain Glyndwr. Su padre fue desposeído de sus tierras y su tío ejecutado.

Aunque se construyeron muchas leyendas posteriormente al respecto, tampoco se sabe a ciencia cierta cómo se conocieron Owen y Catalina de Valois. Ella tenía muchas propiedades en el norte de Gales de donde él procedía. Y un Owen Meredith sirvió

en Francia en 1421 a las órdenes del asistente de Enrique V, Walter Hungerford. Este hombre fue designado después administrador de la casa del rey niño Enrique VI, por lo que esa pudo ser la vía de entrada de Tudor en la casa real.

Los matrimonios entre ingleses y galeses estaban prohibidos y Catalina debía saberlo, además de la disposición del Parlamento relativa al permiso real para el compromiso de una reina. Si se casaron, como afirman la mayoría de los autores, lo hicieron en secreto. En todo caso, en 1431 nació el primer hijo de la pareja, al que llamaron Edmund. Tuvieron más hijos: Jasper, posiblemente otro llamado Owen que fue dado a un convento, y se cree que una hija (Margaret o Tacine) que murió joven y de la que no se sabe nada.

Si el padre de los hermanastros del rey hubiese sido uno de los principales magnates del reino, es casi seguro que la situación hubiese ocasionado un escándalo y causado una crisis en el reino; pero debido al bajo estatus de Owen, la nueva familia pudo vivir tranquila mientras Owen iba ocupando un lugar más destacado en el reino. El Parlamento de 1432 le concedió la ciudadanía inglesa y dos años más tarde se le reconocieron derechos sobre las tierras galesas de Catalina.

En todo caso, la situación de Owen se debía a su relación con la reina, de la que dependía totalmente. En 1436 cayó enferma y el 3 de enero de 1437 moría. Pocos días después Owen que, consciente del cambio en su suerte se dirigía a Gales, era interceptado con órdenes de dirigirse a Londres a instancias del consejo real para rendir cuentas de sus actos (desafiar una orden del Parlamento al casarse con la reina viuda y haber tenido con ella varios hijos, hermanastros del rey, que iban a suponer un problema para el reino).

Entretanto, tras la muerte de Catalina de Valois, sus hijos Edmund (siete años) y Jasper (seis) fueron enviados a uno de los conventos de monjas más exclusivos y ricos del país y habitual lugar para la crianza de hijos de la alta nobleza, la abadía de Barking, donde permanecieron cinco años. Allí recibieron la más cuidada educación que en Inglaterra se podía ofrecer.

14.7. La mayoría de edad de Enrique VI y el ascenso de William de la Pole

Enrique VI cumplió dieciocho años en 1439. Pronto se demostró que carecía del carisma de su padre y que era un joven tímido, aficionado a la lectura, generoso con sus favoritos y profundamente religioso, lo que le convirtió en promotor de la construcción de iglesias y escuelas religiosas. Pero un rey medieval debía liderar a su país tanto en la paz como en la guerra. Enrique VI no lo hizo ni en una circunstancia ni en la otra.

Su debilidad fue aprovechada por los dos regentes, Gloucester y Beaufort, para agudizar su lucha por el poder, que se centró en la postura en relación con Francia. El obispo era partidario de alcanzar la paz, lo que compartían muchos miembros del Parlamento que no entendían qué se le había perdido a esas alturas en Francia a un rey de Inglaterra, y mucho menos a ellos, que al fin y al cabo eran los que tenían que financiar la aventura. Gloucester, favorito para ser heredero de Enrique si moría sin descendencia, lo que le ocasionó serios problemas con su esposa[49], pretendía renovar el esfuerzo bélico para asentar los dominios ingleses al otro lado del Canal. Le apoyaban los principales nobles del país, que eran los que obtenían más beneficios de las campañas en Francia.

Había otros hombres poderosos en el reino cuya opinión debía ser tenida en cuenta y que habían entrado en juego tras la muerte de Bedford.

Por un lado estaba Ricardo Plantagenet, duque de York, que dirigía las fuerzas inglesas en Francia. Recordemos que era hijo de Ricardo de Conisburgh y Anne Mortimer y, por ello, depositario de los derechos del segundo y del cuarto hijo de Eduardo III. En marzo de 1428, cuando tenía dieciséis años, Ricardo había sido llamado por el Parlamento en nombre del rey para comparecer ante este e incorporarse al servicio del reino. En 1432 Ricardo Plantagenet presentó una petición para que se reconociese que había llegado a la mayoría de edad y se le permitiera acceder a la propiedad de las inmensas posesiones heredadas de su padre (duque de York y conde de Cambridge) y su madre (los territorios de los Mortimer y las marcas galesas). Sus títulos (duque de York, conde de Cambridge, de March y de Rutland) y sus posesiones (de norte a sur y de este a oeste del país) le fueron adjudicados. También en Irlanda era conde del Ulster y señor de Connacht y Trim. Y en 1433 se le nombró caballero de la Orden de la Jarretera.

Por otro lado, estaba el sobrino del cardenal Beaufort, John, duque de Somerset, que había sido enviado por el rey a defender

Gascuña y contaba con la poderosa protección de su pariente.

Como era previsible, York se alió con la facción probélica de Gloucester y Somerset con la partidaria de la paz de su tío.

Además, las campañas de desprestigio entre Beaufort y Gloucester fueron aprovechadas por el conde de Sufflok, William de la Pole, para ganarse la confianza del rey y convertirse en su principal asesor y mayordomo de la casa real. De la Pole empezó a tejer una tela de araña para garantizarse el control de la influencia sobre el rey. Lo hizo con una combinación de audacia, buena suerte, conexiones adecuadas y cautela. Comenzó con una acertada alianza matrimonial: Alice Chaucer, condesa viuda de Salisbury, aportaba sustanciales propiedades en condados próximos al poder real como Oxfordshire y Berkshire, que se unían a la dominante posición del propio De la Pole en Suffolk y Norfolk.

Las conexiones familiares de los Chaucer incluían ni más ni menos que al cardenal Beaufort y Catalina de Valois. Suffolk demostró su habilidad en el difícil baile político inglés del momento al conseguir que esta alianza con Beaufort no afectara a su personal excelente relación con Humphrey de Gloucester. No era un gran comandante ni un hombre muy carismático, pero lo suplía con su habilidad para no decantarse abiertamente por ningún partido y mantener buenas relaciones con facciones enfrentadas sin que se volviese en su contra.

Desde 1433 fue el administrador de la casa real, lo que le garantizaba un contacto cotidiano con el rey. Cuando tuvo que partir a Francia se aseguró antes de que seguiría manteniendo este cargo. De esta forma, su influencia se extendía tanto al gobierno como al ámbito íntimo de Enrique VI. Poco a poco, aunque Beaufort y Gloucester seguían estando por encima de él en rango, Suffolk se convirtió en el principal canal de acceso, tanto oficial como oficioso, al monarca. Esta posición era esencial en un momento en que al rey empezaba a requerírsele que tomara personalmente las riendas del poder, pero que seguía siendo un joven muy sujeto a influencias. Posiblemente el resto de los miembros del consejo real aceptaron esta situación porque eran conscientes de que era necesario que alguien asumiese esta función hasta que el rey hubiese demostrado la suficiente madurez. Pero ejercer de rey *de facto* era una situación de gran riesgo, como después se demostraría.

El rey encomendó a De la Pole solucionar definitivamente la cuestión francesa. París había caído en manos de Carlos VII en 1436 y en Inglaterra eran cada vez más las voces que reclamaban

que el rey se dedicara a su país y se dejara de aventuras en una tierra que les era completamente ajena.

14.8. El Tratado de Tours (1444) y la boda de Enrique VI con Margarita de Anjou

William de la Pole empezó a tratar de buscar la paz en Francia en 1440. Tras arduas negociaciones, comunicó que había firmado con Francia un acuerdo de paz, el Tratado de Tours (1444). La parte que se hizo pública declaraba que se había concertado el matrimonio de Enrique VI con Margarita de Anjou. La reina fue recibida en Londres en 1444 con gran boato, porque se pensaba que una alianza con el históricamente ligado a Inglaterra ducado de Anjou sería muy importante, y porque además el matrimonio del rey suponía que la continuidad dinástica estaba más cerca.

El 2 de junio de 1445 Suffolk expuso en el Parlamento los detalles del tratado que había firmado con Francia. Comenzó advirtiendo que si no se firmaba la paz al final de la tregua sería necesario tomar medidas de defensa en Normandía, ya que mientras Francia estaba aprovechando el paréntesis para rearmar su ejército, Inglaterra lo hacía para disminuir los gastos dedicados al esfuerzo bélico con el fin de ahorrar. Esto incluso podía ser aprovechado (si llegaba a su conocimiento) por Carlos para provocar el fracaso de las negociaciones de paz, sabiendo que estaría en una posición ventajosa. Gloucester se pronunció en sentido similar al expresado por Suffolk sobre la necesidad de prepararse para una reanudación de las hostilidades.

En julio de ese mismo año se celebraron negociaciones de paz en Londres. Francia envió una numerosísima delegación que fue recibida en Londres con gran parafernalia. Enrique VI mismo tomó parte en las negociaciones, pero su intervención estuvo muy lejos de ayudar a la postura inglesa. No dudaba en reprender a sus negociadores si planteaban posturas demasiado duras, sin darse cuenta de que eso formaba parte del juego diplomático, repartía muestras de amistad exageradas entre los diplomáticos franceses, lo que dejaba ver su ansiedad por obtener la paz a cualquier precio y realizaba comentarios jocosos que ponían de manifiesto la existencia de discrepancias internas (sobre todo con Gloucester, que se hallaba presente también en las conversaciones).

Las posturas entre unos y otros estaban tan alejadas que alcanzar un acuerdo era prácticamente imposible. La pública demostración de ingenuidad y debilidad llevada a cabo por Enrique provocó que los franceses propusieran un encuentro cara a cara entre ambos monarcas, que se fijó para noviembre de 1446, lo que hizo que la tregua se extendiera hasta abril de 1447. Este encuentro nunca se produjo, pues la noticia de una decisión tomada de manera personal y unilateral por Enrique VI vino a derrumbar todo el proceso de paz.

Lo que el Parlamento y el consejo real desconocían era la existencia de una carta de Enrique VI en la que había prometido a Carlos VII devolver al padre de su esposa Anjou y Maine, una entrega que sería efectiva en abril de 1446. Esto significaba dejar sin tierras a miles de colonos ingleses muchos de los cuales se habían instalado allí a requerimiento de la corona. Era una bomba de relojería que tarde o temprano estallaría y que dejaría al rey y a Suffolk en una situación desesperada.

El cortísimo plazo para que la entrega de Maine fuese efectiva dejaba sin tiempo material para explicar la cuestión a los afectados, fijar compensaciones económicas o recolocarlos en otras posesiones continentales de los ingleses. Tampoco para negociar los términos de la paz que Enrique obtendría a cambio de esta cesión. La devolución de Maine ya había estado encima de la mesa en negociaciones previas por parte inglesa, pero siempre solicitando a cambio alguna importante cesión por parte francesa.

Se trataba de un gesto de buena fe de Enrique hacia Carlos sin contraprestación alguna, pero en realidad era de una ingenuidad supina y no tenía en cuenta el daño producido a sus súbditos. Un gesto realizado a solicitud de Margarita de Anjou para beneficiar a su padre. Recordará el lector la frase de Lauren Johnson a propósito de la anécdota del embajador prusiano. Enrique simplemente hacía regalos sin preocuparle las consecuencias de sus actos, que debían ser arrostradas por otros, en este caso por el responsable del proceso de paz, Suffolk.

En aras de la paz los ingleses podían perdonar que la novia viniera sin una gran dote debajo del brazo, a pesar de ser sobrina del rey de Francia y de que su padre exhibiera los impresionantes, pero vacíos, títulos de rey de Nápoles y Sicilia e incluso que esgrimiera un supuesto derecho al trono de Jerusalén. Lo que los ingleses no perdonaron a De la Pole fue que se cediera de un plumazo al rey francés los inmensos territorios de Anjou y Maine que tanta sangre habían derramado para conservar y desde los cuales el enemigo se sirvió como lanzadera para reconquistar

Normandía y Bretaña.

14.9. La muerte del duque de Gloucester: ¿Origen de la guerra de las Rosas?

En febrero de 1447 se celebró una sesión del Parlamento en Bury St. Edmunds, en la que se requirió la presencia de Humphrey de Gloucester. El traslado del lugar de celebración de la sesión, en pleno territorio de influencia de Suffolk y alejado de lugares como Londres o Cambridge (lugar inicialmente previsto) donde Gloucester era extremadamente popular, no auguraba nada bueno para Humphrey.

El duque era un elemento de extraordinaria preocupación para Suffolk y para la reina Margarita. Cuando se empezara a hacer efectiva la devolución de Maine con las catastróficas consecuencias que se preveían, su voz sería la que más alto se alzara para criticar a todos los que hubiesen tenido algo que ver con la maniobra. Además, todavía estaba previsto que Enrique VI y Margarita de Anjou viajaran a Francia a reunirse con Carlos VII, y en esas circunstancias el gobierno en Inglaterra quedaría en manos de Gloucester, una situación extremadamente peligrosa desde el punto de vista de los partidarios de la paz. Corrieron rumores de un intento de asesinar al rey y de que a Gloucester se le iba a acusar de traición.

A pesar de que retrasó su llegada, cuando lo hizo fue arrestado y encarcelado. Cinco días después de su arresto, el 23 de febrero, sufrió un ataque en prisión y falleció. Las sospechas de envenenamiento se extendieron rápidamente. Aunque no hay constancia de lo realmente ocurrido parece que se trató de una muerte natural por un ataque al corazón.

Su muerte previa al juicio impide saber qué pruebas se iban a presentar sobre su supuesta implicación en un complot para matar a su sobrino, una acusación que no cuadra con los hechos de Gloucester durante toda su vida. Más parece que las acusaciones de traición fueron urdidas por Suffolk para silenciar las críticas de Humphrey a los acuerdos alcanzados sobre Francia.

Siendo importante en sí el fallecimiento de una de las figuras clave de la política inglesa de los veinticinco años previos a su muerte, su relevancia histórica excede con mucho de la simple

pérdida de su vida. Hay autores que consideran que fue su deceso lo que puso en marcha la cadena de acontecimientos que desembocó en la guerra de las Rosas.

Humphrey de Gloucester era un hombre ambicioso. A pesar de que en años posteriores se difundió una imagen idílica de él (el «buen duque de Gloucester»), se trató de una figura con muchos defectos y algunas virtudes. En los últimos años de su vida encabezó el partido que se oponía a las decisiones de Enrique VI, especialmente en lo relativo a la guerra con Francia. Pero por muy crítico que Gloucester fuese con el rey, este era el hijo de su hermano Enrique V y el propio Humphrey era miembro de la casa Lancaster, por lo que en ningún momento se le pasó por la cabeza poner en duda la legitimidad de Enrique VI como rey de Inglaterra.

Muerto Humphrey de Gloucester, sin embargo, los ojos de los descontentos con el reinado de Enrique VI se dirigieron de inmediato a su sustituto natural como líder de esta facción y presunto heredero de la corona si Enrique VI no tenía descendencia: Ricardo, duque de York. Y Ricardo no era un Lancaster; es más, era el descendiente directo de las líneas de sucesión del segundo y del cuarto hijo de Eduardo III. Y, por tanto, era cuestión de tiempo que planteara la cuestión que había quedado sin resolver cuando Enrique IV depuso a Ricardo II: que para él, como descendiente de Lionel de Amberes y de Edmundo de Langley, su derecho al trono era mejor que el de Enrique VI, descendiente de Juan de Gante.

Además, Ricardo de York tenía todo lo que a Enrique VI le faltaba. Había demostrado sus capacidades como gobernante en lugares complicados como Normandía y tenía varios hijos e hijas de su unión con Cecily Neville que garantizaban la continuidad de la línea sucesoria de la casa de York, mientras Margarita de Anjou no daba señales de proporcionar a Enrique VI un heredero para la casa de Lancaster.

En palabras de Dan Jones, al plantearse las dudas sobre la capacidad de Enrique VI para sentarse en el trono «a la crisis de autoridad se añadió una crisis de legitimidad cuando los yorkistas empezaron a argumentar que su derecho a gobernar no era solo un problema de competencia (del rey) sino que lo llevaban en su sangre».

14.10. Pérdidas en Francia

La difícil situación económica en Inglaterra y el hartazgo de muchos de sus súbditos por las pérdidas económicas y de vidas que llevaba años ocasionando la guerra con Francia podía haber hecho que una ordenada devolución de Maine y Anjou, ligada a una negociación sobre las condiciones de mantenimiento de las posesiones inglesas en Normandía y Gascuña hubieran planteado un escenario que hubiera disuadido a Carlos VII de lanzarse a solucionar de manera definitiva el problema de la ocupación inglesa de lo que consideraba sus territorios. Al menos hubiese tenido que ser la parte agresora si quería recuperar esas tierras. Pero eso requería una hábil gestión que ni Enrique VI, ni Suffolk ni Somerset (nombrado lugarteniente en Francia) fueron capaces de llevar a cabo.

Somerset no demostró ninguna prisa en acudir a hacerse cargo de su puesto. Ello hizo que la devolución de Maine y su capital Le Mans, que no fue fácilmente aceptada por los ingleses residentes en la zona, se demorara hasta la primavera de 1448, precisamente el momento en el que Somerset decidió por fin viajar a Francia. Una vez allí sus dotes diplomáticas brillaron por su ausencia lo que ocasionó una embajada de protesta de Carlos VII a Enrique VI, en la que acusaba a Somerset de desairar al rey de Francia en la contestación a una queja francesa por el ataque de fuerzas inglesas a localidades fronterizas. Por su parte Suffolk había tomado la absurda decisión de enviar a un grupo de mercenarios a atacar y saquear la ciudad bretona de Fougères. El duque de Bretaña solicitó ayuda a Francia.

Todas estas circunstancias pusieron en bandeja la excusa a Carlos VII, que invadió Normandía en agosto de 1449 con el argumento de que los ingleses habían violado la tregua. Los franceses avanzaron casi sin oposición por parte inglesa. El impresionante despliegue de maquinaria de asedio y piezas de artillería de los galos, unido a las nulas esperanzas de recibir refuerzos, convencía a los defensores de las fortalezas para rendirse sin presentar batalla. Mientras, en las ciudades, la población abría sus puertas al ejército de Carlos VII.

Solo un año después de que se iniciara la invasión de Normandía, únicamente Calais y algunas zonas de Gascuña permanecían en manos inglesas. El 29 de octubre de 1449 Somerset rindió la capital, Ruan, dejando una apreciable cantidad de dinero en concepto de rescate en las arcas francesas, así como diversos rehenes.

El 15 de abril de 1450 se produjo una estrepitosa derrota inglesa en Formigny. Una fuerza de 3.500 hombres enviada para

socorrer a Somerset, sitiado en Caen, fue interceptada a medio camino por un ejército combinado franco-bretón y, aunque se defendió bravamente, terminó sucumbiendo ante la llegada de refuerzos franceses. Ese mismo año de 1450, y como consecuencia directa de la derrota de Formigny, fueron conquistadas Cherburgo y Caén.

14.11. La muerte de William de la Pole y el desenlace de la guerra de los Cien Años

En esas circunstancias y con el tesoro real vacío, la sesión del Parlamento de noviembre de 1449 fue tormentosa. De nada sirvieron las protestas del marqués de Suffolk (el rey le había otorgado ese título por sus servicios) sobre la imposibilidad de ganar una guerra que su rey no quería librar y para la que no disponía de fondos. De la Pole cayó en desgracia y se le llamó a rendir cuentas en el Parlamento. Muchos de sus indignados miembros exigieron su cabeza, pero el rey medió y fue condenado al exilio. Cuando cruzaba el canal de la Mancha camino de este, su barco fue asaltado con precisión militar sin que la tripulación opusiera resistencia, De la Pole fue apresado y ejecutado por los asaltantes como traidor. Su cuerpo descabezado apareció en la playa de Dover el 2 de mayo de 1450.

Mientras tanto, solo un año después de que Carlos VII iniciara la invasión de Normandía, únicamente Calais y algunas zonas de Gascuña permanecían en manos inglesas. En 1451 fue el turno de Bayona y Burdeos, aunque el año siguiente hubo un breve contraataque inglés que recuperó Burdeos y parte de Gascuña. Pero las últimas fuerzas inglesas fueron derrotadas en Castillon en julio de 1453 y Burdeos se rindió el 19 de octubre. La guerra de los Cien Años había terminado (si bien no hubo tratado que lo declarara oficialmente) y la presencia inglesa en Francia quedó reducida a Calais, que seguiría perteneciendo a Inglaterra hasta 1558.

14.12. La rebelión de Jack Cade

La pérdida de Normandía no solo supuso un golpe al orgullo

inglés y un descrédito para el rey que lo había ocasionado y que ni siquiera había estado en el campo de batalla. También hizo que miles de familias y soldados ingleses que se habían instalado al otro lado del Canal abarrotaran los puertos de la costa este después de haber perdido sus tierras y sus posesiones. Los barcos franceses campaban a sus anchas sembrando el terror en las ciudades costeras, cuyo comercio con el continente estaba paralizado. Los rumores hablaban de una proyectada invasión francesa, de la que Kent sería la primera víctima.

Así las cosas, en 1450 una multitud se dirigió hacia Londres desde Kent. Su cabecilla era un antiguo soldado con un gran don de palabra, llamado Jack Cade. Los rebeldes se quejaban de la falta de gobierno y los malos consejeros que rodeaban al rey. Avanzaron hacia Londres matando y robando, mientras Cade y sus principales secuaces se enriquecían con el botín.

Las fuerzas de Cade no estaban compuestas solo por gente del pueblo, sino también por caballeros, oficiales reales, artesanos, mercaderes, hidalgos e incluso algún miembro del Parlamento. Por donde pasaban, los rebeldes dejaban pasquines con sus reivindicaciones, esencialmente contra las leyes aprobadas por el consejo real y los mismos miembros de este consejo, a los que acusaban de traición por la pérdida de Francia.

Los rebeldes se dispersaron cuando el rey envió un ejército para enfrentarlos, pero no se trataba de una huida, sino de una retirada estratégica. Las tropas enviadas al mando de *sir* Humphrey Stafford, pariente del duque de Buckingham, fueron objeto de una emboscada y Stafford y su primo William murieron; los supervivientes narraban terribles historias de la carnicería que tuvo lugar.

Estos relatos, cuando no la falta de convencimiento en la causa real y la simpatía con las reivindicaciones de los hombres de Cade, contribuyeron a que otros soldados se negaran a enfrentarse a los rebeldes, complicando en extremo la seguridad de la familia del monarca. Por ese motivo Enrique VI abandonó Londres y se refugió en el formidable castillo de Kenilworth. Cade y sus hombres volvieron a reunirse y llegaron a la capital. Acamparon en Mile End y tomaron el control del Puente de Londres. Desde allí empezaron a atacar y saquear las casas de nobles y destacados civiles y ejecutaron a algún significado magnate, como el tesorero real, lord Saye.

Aunque inicialmente los londinenses mostraron simpatía por los rebeldes e incluso les entregaron a lord Saye, pronto se cansaron del pillaje y de los ataques a sus bienes y a sus personas

y atacaron a Cade y sus hombres. Finalmente fue la reina Margarita quien tomó las riendas del asunto. Envió a dos arzobispos y un obispo que prometieron el perdón a los rebeldes que se dispersasen. Viendo que no iban a conseguir más, los hombres de Cade dejaron Londres y volvieron a sus casas. Cade mismo huyó, pero, con el precio puesto a su cabeza, fue acorralado y murió tratando de escapar.

14.13. Lucha por el poder entre los duques de Somerset y York

A pesar de que finalmente la amenaza de Jack Cade había sido vencida, todo su desarrollo puso de manifiesto la incapacidad del rey para gobernar y la necesidad de que alguien suficientemente fuerte se hiciera con las riendas del país. Dos figuras se disputaron esta posición: el duque de Somerset y el duque de York.

Edmund Beaufort, duque de Somerset, era el favorito del rey y de la reina y su principal consejero, pero su papel como jefe del ejército en Francia había sido menos que discreto. Por su parte, Ricardo Plantagenet, duque de York, no solo podía esgrimir un derecho al trono al menos tan legítimo como el del propio Enrique VI, sino que parecía ser el más claro heredero si el rey moría sin descendencia. Era rico, arrogante, poderoso, con numerosos seguidores y cuando terminó la rebelión de Jack Cade acababa de regresar de Irlanda.

York y Somerset se odiaban, pues el primero había sido depuesto de su cargo al frente del ejército en Francia en beneficio del segundo. Enrique VI nombró a York lugarteniente en Irlanda en 1447 para despejar el camino a su favorito Somerset. Cuando York regresó en septiembre de 1450 lo hizo sin solicitar el permiso real y probablemente respondiendo a la llamada de auxilio de sus partidarios en el país. Pasó a formar parte del Consejo Real, pero seguía siendo Somerset quien llevaba la voz cantante como favorito de los reyes.

Una demostración de fuerza en la que York se presentó en Westminster con cinco mil seguidores, solicitó que Somerset fuese depuesto y que se le nombrara heredero, terminó en fracaso y York se retiró a sus propiedades en el norte. Algo parecido sucedió en 1452 cuando un levantamiento instado por él, alegando que Somerset pretendía entregar Calais a los franceses, fracasó por falta de apoyo y se vio obligado a solicitar el perdón

real de forma humillante. Arguyó que todo lo había hecho «por el bien de Inglaterra».

14.14. La enfermedad mental de Enrique VI

La noticia de la pérdida de Gascuña en julio de 1453 vino acompañada de otras dos, una buena y una mala. La buena era que la reina había quedado encinta y que daría un heredero al reino; la mala, que el rey había sufrido un ataque y estaba incapacitado para gobernar. Enrique VI se encontró en un estado catatónico, incapaz de moverse o de hablar. La Crónica de Benet describe que el rey «estaba tan incapacitado que no podía ni caminar por su propio pie ni levantar la cabeza». Tampoco podía alimentarse ni asearse por sí mismo.

No hay constancia sobre cuál fue la concreta dolencia que sufrió Enrique. La mayoría de las fuentes apuntan a un ataque de la misma enfermedad mental que aquejaba a su abuelo Carlos VI de Francia. La biógrafa del monarca Lauren Johnson, sin embargo, cree que entre los síntomas de uno y otro hay notables diferencias y apunta a la posibilidad de que se tratase de un agotamiento general debido a la ansiedad generada por la mezcla de numerosos e importantes sucesos que se acumularon en muy poco tiempo: las buenas noticias iniciales y las terribles nuevas finales sobre la campaña en Francia, los convulsos meses que desde la rebelión de Jack Cade habían obligado a Enrique a dar un paso al frente por primera vez en el gobierno del país y enfrentarse a alguno de sus nobles familiares y la mezcla de alivio por el embarazo de su esposa y de miedo por la suerte que ella y su hijo pudieran sufrir en el parto.

Incluso, señala Johnson, pudo pasarse por la cabeza de Enrique el hecho de que su padre falleció, teniendo más o menos la misma edad que él tenía ahora, pocos meses después de su propio nacimiento y la posibilidad de que a él le ocurriera lo mismo. «En esas circunstancias, escribe Jonhson, aunque el diagnóstico definitivo es imposible, lo más sensato es no identificar una sola causa para el ataque de Enrique, sino una combinación de las múltiples tensiones y situaciones de estrés que sencillamente le superaron ese verano de 1453[50]».

Fuese cual fuese la causa, lo cierto es que Enrique cayó en un estado catatónico que le impedía gobernar. El círculo cercano al

rey trató de mantener su situación en secreto. Sin duda temían que, si la noticia cruzaba el Canal, Carlos VII se plantease volver las tornas a la guerra con Inglaterra e invadir la isla. La sombra del duque de York también debía estar muy presente en su ánimo. Pero cuando el 13 de octubre de 1453 Margarita de Anjou dio a luz y el rey fue incapaz de reconocer a su hijo, la situación se tornó insostenible. Mientras no fuese reconocido por el rey, su hijo no sería legítimo, ni tampoco se convertiría en heredero al trono.

No había nada peor para un reino medieval que no poder contar con su omnipotente rey para solucionar sus problemas y mediar entre sus nobles. Además de la cuestión francesa, las desavenencias en el norte entre los Percy y los Neville amenazaban con desembocar en una guerra abierta.

14.15. El Protectorado del duque de York

Se convocó una reunión del gran consejo del reino. Inicialmente no se invitó a la misma a York, pero el 24 de octubre este recibió una carta reclamando su presencia. York llegó el 12 de noviembre y de inmediato el duque de Norfolk lanzó un durísimo ataque a Somerset, al que acusó de traición por lo ocurrido en Francia, y exigió que fuera encarcelado, lo que fue aprobado por el resto de los asistentes.

Ante la desesperada situación y la desconfianza en la capacidad de Somerset, que hasta entonces se encontraba bajo el escudo de Enrique VI, los miembros del consejo volvieron sus ojos hacia el duque de York. Sabían que no podrían contar con York si previamente no se deshacían del duque de Somerset que en todo caso nunca hubiera aceptado someterse a la nueva situación. Por eso Edmund Beaufort fue arrestado y confinado en la Torre.

Por entonces la reina hizo un movimiento muy arriesgado que resultó fallido. En enero de 1454 exigió que se le permitiera gobernar de pleno derecho como representante de su esposo y de su hijo. Quería dirigir el tesoro, la cancillería, la justicia, a los *sheriffs* y a todos los oficiales reales. También exigía una pensión anual para ella y su hijo. Este paso adelante de la reina no resulta tan sorprendente si se tiene en cuenta que desde hacía poco tenía un motivo añadido para jugar un papel protagonista en la política inglesa: la defensa de los intereses de su hijo recién nacido como

heredero al trono. Además, como apunta Helen Castor, debe tomarse en consideración que Margarita procedía de Francia, donde existían ejemplos de mujeres que habían ejercido la regencia en nombre de sus hijos menores o de hijos o esposos que se desplazaron a las cruzadas (Blanca de Castilla ejerció como regente en ambos casos con su hijo Luis IX).

Pero Inglaterra no era Francia. Y además, con el final de la guerra de los Cien Años todavía muy cercano, la nacionalidad de procedencia de la reina no constituía precisamente un punto a su favor. El consejo pensó que era inaudito poner el gobierno en manos de una mujer (y más aún, de una mujer francesa) pero el movimiento de la reina exigía una contestación y esa no podía ser otra que dar el poder a un hombre capaz y de sangre real. Y ese hombre era sin duda el duque de York.

El consejo real le solicitó que aceptara convertirse en lugarteniente del rey y cabeza de un grupo de nobles y eclesiásticos que, tras reiterar su obediencia y fidelidad a Enrique VI, tomaron las riendas del gobierno del país. Se redactó un documento con cinco artículos que debía ser leído al rey: el primero de ellos afirmaba la lealtad de todos los firmantes a la persona del monarca y sus deseos de una pronta recuperación; el segundo le informaba que todos ellos, con York como lugarteniente real, trabajaban para mantener el gobierno del país y evitar el caos. Solo si el rey mostraba signos de comprender los dos primeros artículos se pasaría al resto.

El obispo de Chester leyó los dos primeros artículos sin que el rey diera ninguna muestra de entenderlos ni contestara. Aunque no era lo acordado, leyó los tres restantes con el mismo resultado, a pesar de esperar un tiempo. Incluso decidieron trasladar al monarca a otra habitación, para ver si Enrique reaccionaba o demostraba comprensión, lo que hubo de hacerse por medio de dos sirvientes que cargaron con él. Los testigos de lo ocurrido informaron al Parlamento que «no habían podido obtener ninguna señal o respuesta» por parte del rey.

Estaba claro que era necesario elegir a alguien que ejerciera las funciones propias del rey si no se quería que Inglaterra se descompusiese en guerras internas y fuese objeto de deseo para Carlos VII. De los candidatos posibles, la reina ya había jugado sus cartas y había sido rechazada. Quedaban Somerset y York y la comparación entre ambos no favorecía precisamente al primero, considerado unánimemente responsable del desastre en Francia y del descontento con el gobierno en Inglaterra. En contra de York estaba que seguramente Enrique no apoyaría esa decisión cuando

recobrase la consciencia. Pero la pregunta no era tanto cuándo ocurriría eso sino si llegaría a suceder. La opinión dominante quedó ya clara en noviembre, cuando Somerset fue encarcelado y se llamó a Ricardo Plantagenet.

York fue nombrado por el Parlamento Protector y Defensor del Reino y de la Iglesia. El Parlamento fue muy cuidadoso al no designar a York como regente del reino, ante posibles consecuencias de sus acciones si Enrique VI recobraba la consciencia. Por su parte, Ricardo dejó claro que aceptaba su designación solo obligado por las circunstancias y por el tiempo estrictamente necesario.

Con el fin de no dejar duda sobre que no se buscaba deponer al rey, y también como medida de desagravio a la reina por el rechazo a su pretensión de hacerse con el poder, su hijo recién nacido fue reconocido con los títulos de príncipe de Gales y conde de Chester.

14.16. La recuperación de la lucidez del rey y la deposición del duque de York

A finales de diciembre de 1454 el rey Enrique VI recuperó la consciencia, le fue presentado su hijo, al que reconoció y declaró no recordar que le hubiera sido presentado antes. Se regocijó al saber que le habían llamado Eduardo, como el rey santo al que idolatraba. Y se dispuso a retomar el poder.

En febrero de 1455 Enrique VI se consideró lo suficientemente recuperado como para acudir al Parlamento. Anunció que retomaba las riendas del poder, dando por finalizado el protectorado de York y ordenó liberar a Somerset. Este fue llevado a presencia del rey y del consejo. Ante veinte magnates del reino (incluido York) y diez obispos, Somerset protestó por su injusta detención y la indefensión en que se encontraba al no haber sido sometido a juicio durante el año en que estuvo en prisión. Enrique pronunció sentencia declarando a Somerset inocente de cualquier delito, ordenando su libertad incondicional y destacando que era un súbdito leal del rey.

El 6 de marzo de 1455 York fue depuesto de sus cargos de capitán de Calais y de lord lugarteniente en Irlanda. Su cuñado el conde de Salisbury fue también sustituido como canciller y debió

devolver el Sello real. Y en el siguiente consejo real que Enrique convocó, York y Salisbury ni siquiera fueron llamados. Somerset y Margarita de Anjou habían vuelto a tomar las riendas del poder. El escenario estaba preparado para una guerra por el trono entre dos ramas de los Plantagenet que duraría treinta años y que terminaría con la propia dinastía.

14.17. La primera batalla de St. Albans. ¿Inicio de la guerra de las Rosas?

En mayo de 1455 York fue llamado para celebrar un consejo real en Leicester. Sospechó que se le iban a pedir cuentas por su actuación como regente y que acabaría arrestado o algo peor. Y no estaba dispuesto a que nada de eso sucediera. Flotaba en el ambiente un aire prebélico.

Parece que un conflicto tan famoso y que implicó a toda Inglaterra debió comenzar con un espectacular enfrentamiento en el campo de batalla. Pero no fue así. La considerada primera batalla de la guerra no fue en realidad tal, sino más bien una escaramuza librada dentro de una ciudad, aunque con consecuencias muy graves.

La convocatoria del Parlamento requería a todos sus miembros para reunirse y escoltar al rey en St. Albans. Al recibir la notificación contestaron enviando una carta al arzobispo de Canterbury. En la que enviaron los Neville y York, estos volvían a declararse fieles servidores de Enrique VI y mostraban sus desvelos por la seguridad y bienestar del rey para lo que estaban «dispuestos a sacrificar sus cuerpos y sus bienes».

Cuando la noche del 21 de mayo de 1455 el grupo de viaje del rey alcanzó la ciudad de Watford, a diez kilómetros al sur de St. Albans, les llegó noticia de que York, Warwick y Salisbury se encontraban más cerca que ellos de su destino. Y que con ellos había 3.000 hombres (6.000 según otras fuentes). La fuerza del rey no llegaba a 2.000 soldados.

Este desequilibrio en favor del bando yorkista no se reflejaba en el número de nobles que apoyaban a uno y otro bando. Entre los magnates del reino era abrumadora la oposición a la amenaza armada del duque de York. Podían entender e incluso estar de acuerdo con alguna de sus reivindicaciones, pero no con una

acción militar que veían como traición.

Se produjo un intercambio de mensajes entre unos y otros que solo sirvió para dejar claro que había ya poco margen a la negociación, por lo que la violencia estalló. Según Dan Jones, todo empezó cuando un grupo de hombres de la fuerza del conde de Warwick, por iniciativa propia, se lanzó al asalto de una de las barricadas de la ciudad. Según Matthew Lewis, fue el propio York, tras pronunciar un discurso a sus hombres, quien dio inició a las hostilidades por parte de los asaltantes.

Dentro de la ciudad, y en respuesta al ataque, las fuerzas reales levantaron el estandarte de Enrique VI. Finalmente los hombres de Warwick forzaron su entrada en St. Albans. Esto derivó en un choque más generalizado que pilló por sorpresa a las fuerzas reales, a las que no se había avisado para que estuviesen armadas y preparadas, por lo que los hombres de York se impusieron rápidamente. El mismo rey estaba sin armadura y en estado de shock, lo que hizo que una flecha perdida le alcanzase en el cuello, aunque, por fortuna para él, sin causar más que una herida superficial. Eso sí, fue rápidamente detenido y puesto a salvo por los hombres de York, que había declarado a los cuatro vientos que tenía el mayor interés en mantenerlo con vida y proteger su seguridad.

Otros miembros del partido real no fueron tan afortunados como Enrique VI. Aunque el choque duró solo una hora y el número de bajas fue relativamente bajo para el total de hombres que participaron en el enfrentamiento (menos de 60 muertos de un total de cerca de 5.000), la calidad de los fallecidos sí supuso un durísimo golpe para el partido realista. Además de Thomas Clifford, encargado de la defensa de la barricada que sufrió el ataque inicial, los dos apoyos esenciales de Enrique VI que perecieron ese día fueron Henry Percy, conde de Northumbria y cabeza de esa familia enemiga de los Neville y, sobre todo, el mismísimo Edmund Beaufort, duque de Somerset, el principal adversario del duque de York. Tras defenderse junto a su hijo Henry (que resultó gravemente herido) en una taberna, fue arrastrado fuera de esta y acuchillado en la calle donde murió.

Terminado el choque, York, Salisbury y Warwick llevaron al rey a la catedral y ante las reliquias de San Albano solicitaron ser recibidos como sus fieles súbditos y consejeros, a lo que Enrique no pudo más que asentir. York ordenó que cesara toda violencia en la ciudad.

Esto, apunta Matthew Lewis, es una muestra de que lo que estaba en juego ese día no era una lucha dinástica por la corona de Inglaterra, sino un enfrentamiento por el poder dentro del reinado de Enrique VI que buscaba solventar viejas querellas entre los magnates del reino: York contra Somerset y Neville contra Percy. Si York hubiese pretendido el trono entonces, lo tenía todo a su favor. Sus enemigos estaban muertos o desaparecidos y tenía al rey confinado en un espacio cerrado a su disposición y lesionado. Le bastaba con reabrir la herida en el cuello del monarca y alegar que había muerto en un desgraciado accidente por una flecha perdida. En lugar de eso, York volvió a jurar fidelidad a Enrique y le declaró que con la muerte de Somerset su objetivo había sido alcanzado. Esto lleva a Lewis a concluir que en realidad lo ocurrido en St. Albans el 22 de mayo de 1455 no puede ser considerado como la primera batalla de la guerra de las Rosas, pues no se luchó allí por la corona.

Poco después de este acontecimiento, en el remoto castillo galés de Pembroke una niña de trece años se disponía a jugarse la vida para traer al mundo a un niño. Un acontecimiento que parecía de escasa relevancia dentro de la vorágine en la que la nobleza inglesa se hallaba instalada desde lo ocurrido en St. Albans dado el lugar secundario que los padres del niño ocupaban en el escalafón de los magnates del reino. Pero ese niño estaba destinado a poner el último clavo en el ataúd de la dinastía Plantagenet y dar origen a la más famosa familia real inglesa.

14.18. Margaret Beaufort y el nacimiento de Enrique Tudor

Margaret Beaufort era nieta del primogénito de Juan de Gante y Katherine Swynford, John Beaufort. El hijo de este, de su mismo nombre, había muerto en 1443 tras una desastrosa campaña en Francia (hay quien afirma que se suicidó desesperado por su fracaso) cuando Margaret no había cumplido un año. Los Beaufort se encontraban alejados de la línea de sucesión, pero su parentesco con la familia real y con el poderoso cardenal Henry hacían de la niña un partido lo suficientemente atractivo como para que William de la Pole pusiera los ojos en ella para hacerla esposa de su hijo. La corta edad de ambos hizo que el matrimonio

no llegara a consumarse y quedó anulado antes de hacerse efectivo cuando De la Pole cayó en desgracia y fue asesinado.

Enrique VI estaba muy interesado en lograr que sus hermanastros Jasper y Edmund Tudor (hijos de su madre Catalina de Valois y de Owen Tudor) lograran una posición preeminente en el reino para que pudieran figurar como sus principales apoyos entre una nobleza muy dividida. Por eso les otorgó los títulos de condes de Richmond (a Edmund) y de Pembroke (a Jasper) y además al primero le concedió en 1456 la mano de Margaret Beaufort, que por entonces contaba con doce años.

Concertar un matrimonio para una niña de la nobleza era algo habitual. La costumbre era esperar a que la joven alcanzase cierta madurez física para consumar el matrimonio. Pero Edmund Tudor no tuvo esa delicadeza con su joven esposa y Margaret quedó embarazada con solo doce años. En noviembre de ese mismo año de 1456 Edmund falleció en una de las primeras escaramuzas de la guerra de las Rosas y dejó a Margaret viuda y embarazada.

En aquella época cualquier parto conllevaba un importante riesgo de que la madre, el hijo o ambos no superaran la prueba y se dejaran la vida en el intento. En este caso, además, la parturienta era una niña de trece años, delgada y de constitución débil, por lo que todas las apuestas estaban en su contra cuando el 28 de enero de 1457 se dispuso a dar a luz. Pero contra todos los pronósticos tanto la madre como el niño sobrevivieron al trance y Margaret decidió llamar a su hijo con el nombre del rey de Inglaterra, además de con el apellido de su fallecido padre: Enrique Tudor.

14.19. Los primeros enfrentamientos, la muerte del duque de York y la subida al trono de Eduardo IV

Después de lo ocurrido en St. Albans se entró en un período en el que no hubo grandes batallas y durante el cual cada bando dominaba una parte del país, de modo que cuando el parlamento se celebraba en Coventry (donde residía la familia real con sus leales) los yorkistas no asistían, mientras que cuando tenía lugar en Londres (donde estaba instalado Ricardo de York), eran los partidarios de los Lancaster quienes no comparecían. El rey tenía

recaídas de su enfermedad y Margarita de Anjou asumió con la firmeza que le faltaba a Enrique VI la cabeza del bando de los Lancaster en nombre de su esposo y de su hijo.

Los principales apoyos de Ricardo en esta rebelión fueron el hermano de su esposa, Richard Neville, duque de Salisbury, y el hijo de este, del mismo nombre, que ostentaba el título de conde de Warwick, que sería la figura más importante de la guerra de las Rosas, hasta el punto de que se le terminaría conociendo con el nombre de *The Kingmaker* (el Entronizador), ya que sus fortalezas (especialmente el céntrico y poderoso castillo de Warwick) y sus tropas constituían un elemento decisivo para decantar la balanza de la guerra y él cambió de bando en alguna ocasión.

En las primeras batallas de la guerra (St. Albans en 1455, Blore Heath y Ludford en 1459), Neville apoyó a Ricardo de York en su intento de hacerse con el trono de Enrique VI. Después de que a finales de 1459 una reunión del parlamento en Coventry presentara cargos contra los principales líderes yorkistas, volvieron a estallar las hostilidades y York y Neville tuvieron que huir a Irlanda y Calais respectivamente.

Pero el año siguiente Neville regresó a Inglaterra y fue recibido con los brazos abiertos en Londres, donde hizo protestas de su lealtad al rey y de su deseo de acometer varias reformas en el país por el bien de la comunidad del reino. Sin embargo, desde allí se dirigió con su ejército a enfrentar al del monarca, al que derrotó en la batalla de Northampton el 10 de julio de 1460. Enrique VI fue hecho prisionero y llevado a Londres. York regresó de Irlanda y solicitó ser designado rey. Pero ante la resistencia de los magnates del reino a dar ese paso (habían jurado lealtad a Enrique VI), se alcanzó una solución de compromiso en octubre y el monarca aceptó designar heredero del trono a Ricardo de York y a sus descendientes.

Pero la reina y su hijo estaban en libertad y no aceptaron este compromiso extraído por la fuerza. «Con Enrique instalado bajo la guardia de los York en el palacio del obispo de Londres y los candidatos de los York recién nombrados para las grandes funciones del Estado, se hizo más evidente que nunca que la causa de ese rey títere dependía en ese momento de su esposa, y Margarita no tenía nada de timorata, tonta o desanimada[51]».

La reina huyó a Escocia junto con su hijo, donde preparó su regreso a Inglaterra con un ejército. Todavía contaban con importantes aliados: Jasper Tudor, que controlaba el sur y el oeste de Gales; el conde de Northumbria seguía siendo poderoso en el norte; y el nuevo conde de Somerset se encontraba en Francia deseoso de intervenir y devolver los golpes sufridos por su familia.

El contraataque se produjo a finales de 1460 y en diciembre de ese año las tropas leales al rey y a Margarita se enfrentaban al yorkista, al que derrotaban en la batalla de Wakefield. Ricardo de York resultó muerto, y dejó el liderazgo de su causa a su hijo Eduardo, que había huido al exilio, y al conde de Warwick, que seguía teniendo al rey en su poder en Londres.

El Entronizador Warwick contribuyó a rehacer las maltrechas y dispersas fuerzas de los York (en el exilio en Francia y

Holanda). En febrero de 1461, Eduardo de York desembarcó en Gales y derrotó a los lancasterianos en la batalla de Mortimer´s Cross. En ella encontró la muerte Owen Tudor, que fue ejecutado, pero su hijo Jasper consiguió huir.

En esta fase de la guerra, Margarita de Anjou se puso a la cabeza del ejército de la rosa roja y derrotó a los yorkistas en la segunda batalla de St. Albans, el 17 de febrero de 1461, en la que además consiguió liberar a su esposo.

Por su parte, Eduardo de York se dirigió a Londres, donde los ciudadanos le abrieron las puertas y se hizo coronar con el nombre de Eduardo IV. Su victoria decisiva se produjo en Towton el 24 de marzo de 1461. Towton está considerada como la batalla más sangrienta jamás librada en suelo inglés por el número de bajas producidas. Los lancasterianos sufrieron una severísima derrota y Enrique VI, su esposa y su hijo se vieron obligados a buscar refugio en Escocia.

Con Eduardo IV en el trono, Enrique VI, su mujer y el resto de su partido en el destierro, parecía que la guerra de las Rosas había terminado con la victoria de los York. Pero no fue así. Eduardo de York ciñó la corona, desde 1461 hasta 1483, pero con un breve interludio en el que Enrique VI recuperaría el trono, como narraremos en el siguiente capítulo, dedicado a Eduardo IV.

Capítulo 15

Eduardo IV: el primer rey de la casa de York

15.1. Los primeros años del reinado de Eduardo IV: la muerte del conde de Warwick y la batalla de Tewkesbury

A pesar de que controlaban el norte y el oeste del país, después de su dura derrota en Towton a los lancasterianos les costó un tiempo reorganizarse y tratar de volver las tornas de la guerra de las Rosas. Además, el nuevo rey inició la política del palo y la zanahoria con los que habían luchado hasta entonces por Enrique VI; les ofrecía el perdón a cambio de cederles tierras (que previamente había expropiado a los lancasterianos muertos o exiliados), pero si no accedían no tenía problema en ejecutarlos (como hizo por ejemplo con el conde de Oxford y su hijo).

Margarita de Anjou trató de recomponer las filas de su partido, pero para ello tuvo que apoyarse en los tradicionales enemigos de Inglaterra, Francia y Escocia. Y estos exigieron contrapartidas que, de haber conseguido su objetivo, no hubiesen contribuido a hacer más popular a la reina en Inglaterra. En el caso de Francia era Calais la pieza que estaba en juego; en el de Escocia, Berwick y Carlisle.

En 1464 los partidarios de Enrique VI lanzaron desde Francia y Escocia diversos ataques contra el nuevo rey, pero en la batalla de Hexham (1464) sufrieron una decisiva derrota y meses después, en julio de 1465, Enrique VI fue capturado en

Clitherwood y recluido en la Torre de Londres. El conflicto hubiera terminado en ese momento si no hubiese sido por las grietas que se abrieron en la alianza entre el nuevo rey y su primo y aliado, el conde de Warwick.

Eduardo IV era un hombre alto y atractivo, con carisma para su pueblo que en él vislumbraba al monarca capaz de dirigir al país después de la guerra civil y de la sangrante pérdida de las posesiones francesas. Era accesible para sus súbditos, culto, educado y preocupado por la administración de justicia en el reino. En el lado negativo destacaba cierto narcisismo y su carácter mujeriego, una gran glotonería, su afición por desaparecer largas horas junto con sus amigos más allegados en las tabernas de las ciudades que visitaba y los tradicionales cambios de humor y ataques de furia propios de los Plantagenet.

Su principal aliado para alcanzar el trono, Richard Neville, tenía las ideas muy claras sobre cuál debería ser el futuro de Inglaterra y una parte esencial de estas era aprovechar que el rey era probablemente el soltero más cotizado de Europa para buscar una alianza matrimonial que conviniera a los intereses internacionales del reino y que también le asentara a él como una pieza imprescindible del poder en Inglaterra.

Pero Eduardo IV no se dejaba convencer. Sus crecientes diferencias con su primo Warwick sobre política exterior y dinástica estallaron cuando Eduardo contrajo matrimonio en secreto con Isabel Woodville, viuda de un noble partidario de los Lancaster. Este matrimonio hizo trizas las negociaciones de Warwick para un enlace matrimonial estratégicamente esencial para Inglaterra. Además, la nueva reina pertenecía a una amplia familia (tenía cinco hermanos y siete hermanas) a la que poco a poco fue colocando en puestos decisivos del Gobierno y concertando para ellos ventajosos matrimonios, desplazando así a otras familias antiguas de la nobleza y minando la influencia del conde de Warwick.

Uno de los mayores escándalos fue cuando el rey concedió al hermano pequeño de su esposa la mano de la duquesa de Norfolk, que tenía sesenta y cinco años. Había enviudado tres veces y era la tía del propio Warwick.

Además, como ya hemos apuntado, el rey y el conde tenían grandes discrepancias en materia de política internacional. Matthew Lewis, citando la *Crowland Chronicle*, una fuente contemporánea cuyo autor pudo pertenecer al consejo de Eduardo IV, señala estas diferencias como la verdadera causa de la ruptura entre ambos, más que el matrimonio con Woodville.

En efecto, mientras Warwick era partidario de reforzar los lazos con Francia, Eduardo alentaba un estrechamiento de las relaciones con Borgoña, tanto por motivos comerciales como por los vínculos familiares de su esposa con los borgoñones. Ambas alianzas eran incompatibles por la rivalidad franco-borgoñona y tanto unos como otros buscaban un acuerdo con Inglaterra que le defendiera de su vecino.

En junio de 1467, mientras Warwick se encontraba negociando en Francia un acuerdo, una embajada de Borgoña era recibida en Londres con gran pompa y con la celebración de espectaculares justas para solaz de los londinenses. Este acercamiento concluiría con el enlace de la hermana de Eduardo IV, Margaret, con el nuevo duque de Borgoña, Carlos el Temerario. Esto echaba por tierra los esfuerzos de Warwick, que había recibido hasta cuatro propuestas de alianza matrimonial por parte de Luis XI.

Este enlace formaba parte de una estrategia diplomática diseñada por Eduardo que incluyó la firma de tratados con Bretaña, Dinamarca y Castilla y con acercamientos similares a Aragón y Armagnac. El objetivo de esta ofensiva era claramente aislar a Francia, lo que desacreditaba todas las tareas llevadas a cabo por Warwick.

Simultáneamente, el hermano de Warwick, el arzobispo de York, fue apartado del puesto de canciller del reino, mientras que el padre de la reina, lord Rivers, era nombrado tesorero y condestable de Inglaterra.

Un último golpe sellaría la ruptura definitiva entre Eduardo IV y el conde de Warwick. Este no tenía hijos, pero sí dos hijas, por lo que el futuro de la herencia familiar dependía de conseguir los adecuados compromisos matrimoniales para ellas. Warwick propuso en varias ocasiones a Eduardo que la mayor de sus hijas, Isabel, se casara con Jorge de Clarence, el hermano del rey. Tras darle largas durante un tiempo, finalmente el rey rechazó la propuesta del enlace.

El conde puso en marcha una línea de acción que terminó dándole el apodo por el que ha pasado a la historia: *The Kingmaker* (el Entronizador). Dio la espalda a Eduardo IV y se alió con el díscolo hermano del rey, Jorge, duque de Clarence (al que concedió la mano de su hija), y el partido de los Lancaster. El rey de Francia, con quien Warwick había estado negociando una alianza, fue el que limó las asperezas entre el Entronizador y Margarita de Anjou y facilitó la alianza entre los dos tradicionales enemigos.

En el verano de 1469 había estallado en el norte del país una rebelión popular cuyo líder se hacía llamar Robin de Redesdale, aunque se sospecha que detrás de este alias se encontraba *sir* John Conyers, primo del conde de Warwick. Este emitió una proclama desde Calais, donde se encontraba, declarando que por el bien del reino se sumaba a esta rebelión contra los malos consejeros del rey.

Al mando de un considerable ejército, Warwick desembarcó en Inglaterra. Sus fuerzas derrotaron al monarca en la batalla de Edgecote en 1469 y llegaron a hacerle prisionero en el castillo de Warwick. El padre y el hermano más joven de la reina no tuvieron tanta suerte y fueron ejecutados. La tarea de consolidación de su posición en el poder que había llevado diez años a Eduardo IV se había derrumbado como un castillo de naipes en solo tres meses. La situación era inverosímil pues ahora eran dos los reyes coronados que se encontraban en prisión y nadie parecía poder tomar las riendas del país.

Se produjo una paralización de la situación política, porque Warwick no estaba en condiciones de gobernar con Eduardo IV preso en su castillo y el consejo real en su contra. Además, la noticia de la captura del rey había hecho estallar una ola de violencia en Inglaterra, con familias enemigas aprovechando el vacío de poder para solucionar viejas querellas privadas. Warwick podía disponer de la persona del monarca, pero carecía de la autoridad de un rey para imponerse.

Eduardo fue liberado entre protestas por la amistad con Warwick y su hermano y la solicitud del perdón real por parte de estos. Pero poco después ambos trataron de organizar otra rebelión en Lincolnshire con resultados desastrosos y se vieron obligados a huir a Francia.Sin embargo, el conde de Warwick no se rindió y repitió su jugada de rescatar del exilio a la casa desplazada del poder. Incluso se acordó el matrimonio de su hija, Anne Neville, con el hijo de Enrique VI y príncipe de Gales, Eduardo.

Utilizaron la vieja táctica de encender una rebelión en el norte para obligar al rey a desplazar allí su ejército y en septiembre de 1470 desembarcaron en Devon y avanzaron rápidamente hacia el oeste, ganando adeptos a medida que lo hacían. Eduardo, perdido Londres, empobrecido y sin apoyos se vio obligado a huir a Holanda y de allí a Borgoña, donde se probó la utilidad de haber concertado el matrimonio de su hermana con el duque de la región. Isabel Woodville se acogió a sagrado en Westminster y allí dio a luz a su primer hijo, llamado también Eduardo. El partido de Warwick y Lancaster volvió a instalar en el trono a Enrique VI, aunque era *The Kingmaker* quien gobernaba.

Como no podía ser de otra forma, la historia tampoco acabó aquí. Warwick había retornado a Inglaterra con el apoyo del rey de Francia y, una vez que se hizo con el poder, este reclamó su precio: que Inglaterra se pusiese de su lado en un nuevo conflicto entre Francia y Borgoña. A Warwick no le quedó más remedio que proclamar públicamente este compromiso y eso hizo que Carlos de Borgoña, que había recibido con tibieza a Eduardo en sus dominios, cambiase radicalmente de actitud hacia su cuñado, repentinamente interesado en que recobrase el poder en Inglaterra.

Eduardo IV retornó del exilio con el apoyo financiero del duque de Borgoña. Clarence abandonó a Warwick y volvió junto a su hermano. El 14 de abril de 1471, Eduardo se enfrentó y derrotó en Barnet a Richard Neville, que falleció en la batalla.

Después se dispuso a hacer frente a Margarita de Anjou y su hijo Eduardo, que habían desembarcado en Inglaterra sin conocer la muerte de Warwick. Las esperanzas de las fuerzas lancasterianas cuando llegaron a Inglaterra se habían visto duramente golpeadas al enterarse de lo ocurrido en Barnet. Margarita forzaba a sus hombres hacia el norte con la esperanza de reunirse con Jasper Tudor y más hombres fieles a su causa o

alcanzar Lancashire, donde contaba con que un contingente de leales y letales arqueros se les uniera. Por su parte, Eduardo, tras reunir un nuevo ejército después de su victoria en Barnet se lanzó en su persecución. Sabía que no podía permitir que Margarita y sus hombres cruzaran el río Severn, pues eso les dejaría abierto el camino al norte y a Gales. Dio instrucciones de cerrar las puertas de Gloucester al ejército lancasteriano, lo que les obligaba a buscar el siguiente lugar de paso del río, que era la ciudad de Tewkesbury.

El día 3 de mayo de 1471, tres semanas después de desembarcar en Inglaterra, el ejército lancasteriano se dirigió a Tewkesbury huyendo de la persecución a la que les sometía Eduardo IV. En una muestra de liderazgo militar, el rey forzó la marcha de su agotada tropa, privándose de descansar y avituallarse y logró llegar a Tekwesbury antes que los lancasterianos, que se vieron forzados a un enfrentamiento armado sin llegar a recibir refuerzos.

La victoria yorkista fue, esta vez sí, definitiva. En el bando lancasteriano la baja más importante fue la de Eduardo, príncipe de Gales, que dejaba descabezada a su rama familiar y viuda a Anne Neville. En Tewkesbury también cayeron lord Wenlock, el conde de Devon y John Beaufort, hermano de Somerset. El hecho de refugiarse en la abadía de Tewkesbury solo salvó la vida del conde de Somerset y otros líderes lancasterianos momentáneamente, por la intervención de un sacerdote que recordó el carácter sagrado del lugar. Dos días después fueron sacados por la fuerza de la iglesia, sometidos a un juicio sumarísimo por un tribunal presidido por Ricardo de Gloucester, considerados culpables de traición y ejecutados.

Jasper Tudor huyó a Bretaña junto a su sobrino Enrique. En cuanto a Margaret Beaufort, quedó en Inglaterra en una situación precaria, pues tanta muerte en el bando lancasteriano había hecho que su hijo subiera de golpe varios puestos en el escalafón de candidatos al trono y al encontrarse exiliado se convirtió en un peligro latente para el rey de la casa de York. Además, el tercer esposo de Margaret, Henry Sttaford, resultó herido en la batalla de Barnet combatiendo por Eduardo IV y falleció poco después, lo que le obligó a buscar una nueva alianza matrimonial que le garantizase la supervivencia y cierta protección. El elegido fue *sir* Thomas Stanley, una decisión que se demostraría muy acertada a largo plazo para la suerte de su hijo.

Los Stanley eran una poderosa familia noble con grandes propiedades y, lo que es más importante, un numeroso contingente armado bajo sus órdenes. Además, se daba en ellos una curiosa circunstancia de la que nadie más en Inglaterra podía presumir. Los cabezas de familia de los Stanley eran reyes, concretamente reyes de la Isla de Mann. Se trataba de un reino creado en 1237, que hasta 1265 había sido vasallo del reino de Noruega, pero que en 1265 pasó a serlo del de Inglaterra. Llegó a ser independiente entre 1333 y 1399, pero desde entonces volvía a ser un dominio que dependía del rey de Inglaterra. El título había pertenecido a la familia Stanley desde 1405, y en la época que nos interesa lo ostentaba Thomas Stanley, el cuarto marido de Margaret Beaufort. Pero solo tenía de rey el nombre. Thomas no era soberano de ningún reino.

15.2. La muerte de Enrique VI y el aparente fin de la guerra de las Rosas

Restaba un último foco de resistencia lancasteriana, dirigido por Thomas Neville, primo de Warwick. Era un experimentado marino y una gran amenaza, pues lideraba un ejército de casi quince mil hombres. Cuando se le negó la entrada en Londres trató de tomar la ciudad y rescatar a Enrique VI, llegando a prender fuego al Puente de Londres y a numerosos edificios. Pero fue rechazado por lord Rivers y por los londinenses, que

devolvieron el fuego a los asaltantes con sus propios cañones. Al verse contestados de forma tan contundente, los atacantes fueron presa del pánico y se disgregaron. Thomas fue capturado y ejecutado tras varios meses de cautiverio. Este intento de rescate fue fatal para el depuesto y encarcelado Enrique VI.

Eduardo IV estaba decidido a evitar que su rival se convirtiera en un objetivo para cualquiera que decidiera oponerse a su gobierno. Esa misma noche Enrique VI moría en la Torre de Londres. La versión oficial fue que el dolor que le produjo conocer la suerte de su hijo y de su partido fue demasiado doloroso para él y murió de pena.

Wakefield Tower (Torre de Londres) en la que murió Enrique VI

Varias fuentes apuntan a que fue Ricardo de Gloucester quien puso fin a la vida de Enrique VI, aunque se trata de autores que escribieron ya en la época Tudor, por lo que su testimonio debe tomarse con cautela. Además, alguna de esas fuentes se preocupa de aclarar que lo que transcribe son exclusivamente los rumores que circulaban en la capital cuando se hizo pública la muerte de Enrique VI.

Sin embargo, el hecho de que Ricardo de Gloucester estuviese esa noche en la Torre sugiere que lo que ocurrió fue que el rey ordenó que Enrique VI fuese ejecutado y su hermano se encargó de que se cumpliese la voluntad del monarca. Matthew Lewis es de esta opinión y señala que la orden tuvo que provenir de Eduardo IV y que muy probablemente fue el propio Ricardo quien llevó a cabo el regicidio, argumentando que la tarea de asesinar a un rey consagrado es algo muy delicado que no puede confiarse a cualquiera que luego pueda irse de la lengua o pensar que puede repetirlo con otro monarca. Solo una persona de la máxima confianza de Eduardo pudo ejecutar sus órdenes y Ricardo de Gloucester era esa persona, además de condestable del reino y presente en la Torre esa noche.

Lauren Johnson concluye el relato del reinado de Enrique VI indicando que «es una tremenda ironía que un hombre tan partidario de la paz fuese el causante de la batalla más sangrienta en la historia de Inglaterra[52]».

En cuanto a Margarita de Anjou, después de todo lo ocurrido decidió que ya no tenía sentido seguir luchando. Tras pasar un tiempo como prisionera en la Torre, en enero de 1472 fue trasladada a Wallingford, donde quedó a cargo de Alice Chaucer, la viuda del duque de Suffolk que había llevado a Margarita a Inglaterra en 1445. Allí permaneció en un arresto domiciliario no demasiado estricto hasta que en 1475 Luis XI de Francia pagó un rescate de 50.000 libras por ella y viajó a Francia, donde murió en agosto de 1482. La más firme defensora de la causa lancasteriana, mucho más incluso que el propio rey Enrique VI, fue enterrada en la catedral de Angers. Con ello se ponía fin a la primera fase de la guerra de las Rosas.

Según Nathen Amin:

> Margarita de Anjou era una mujer orgullosa, dedicada en cuerpo y alma a su hijo Eduardo que se negó a permanecer ociosa mientras el príncipe era apartado de la sucesión. Injustamente retratada por la propaganda yorkista como una implacable partidaria de la guerra que

dominaba a su débil esposo de manera antinatural, Margarita sufrió prejuicios xenófobos y misóginos y fue criticada por desviarse del papel que la corte esperaba de una reina consorte.

En realidad hay pocas pruebas de que Margarita se implicase en asuntos políticos antes de que la enfermedad del rey lo hiciese necesario. Por el contrario, confió en los favoritos reales como Suffolk o Somerset para que guiaran a su marido. Contrariamente a acusaciones posteriores, no fue Margarita quien condujo a Inglaterra a la guerra civil; más bien se limitó a responder a los ataques dirigidos contra su condición, el estatus de su hijo y la corona de su esposo con un coraje del que careció su frustrantemente pasivo marido[53].

Helen Castor glosa así la figura de Margarita de Anjou:

Margarita había sido una mujer de voluntad férrea y de buen juicio, «más juiciosa que el rey», escribió un cronista, aunque ese era un elogio algo ambiguo debido a las claras limitaciones de su ingenuo y frágil marido. Se le denegó la regencia de su tierra natal en Francia, por lo que dedicó toda su feroz energía a la tarea de encarnar, de reconstituir por otros medios, la autoridad real que su marido no había sido capaz de ejercer. La importancia de su papel era evidente para los que la habían visto trabajar. […] Pero la importancia de su autoridad había sido su propia ruina. Al dar un paso adelante para defender la causa de su marido, había expuesto la autoridad compuesta que había construido en su nombre ante el público, y a ella misma, a una virulenta desaprobación. Cuanto más luchaba —y luchó duro, con una tenacidad implacable y devota—, más patentes eran las tensiones que provocaba el hecho de que una reina francesa actuara en nombre de un incompetente rey inglés. Y, poco a poco, el poder que ella ostentaba se fragmentó y derrumbó[54].

Dan Jones resume de esta forma lo ocurrido en los primeros cinco meses del convulso año 1471: «La década de Eduardo como rey le había hecho ver por fin el valor de la falta de escrúpulos. En once semanas y contra los más adversos pronósticos invadió Inglaterra, reclutó un ejército, rescató a su hijo y heredero de su santuario, luchó dos grandes, crueles y mortales batallas, aplastó una rebelión, mató o capturó a virtualmente todos y cada uno de sus enemigos, asesinó a su rey rival y al sucesor de este y volvió a conquistar la corona[55]».

15.3. El reinado de Eduardo IV: la familia del monarca

Concluida aparentemente la guerra de las Rosas con la muerte del cabeza de la casa de Lancaster y de su heredero, y terminada también la sempiterna disputa por las posesiones de los

Plantagenet en Francia, el país necesitaba un período para asentarse y curar sus heridas y para ello precisaba de un rey fuerte y firmemente asentado en el trono. Eduardo IV parecía el hombre adecuado para llevar a cabo ese proceso y, muertos Enrique VI y su hijo, nadie parecía estar en condiciones de disputarle el trono; tras devolver a Francia a Margarita de Anjou, del desarbolado partido lancasteriano solo quedaba la joven Margaret Beaufort y su exiliado hijo Enrique Tudor.

Hay que tener en cuenta que, a pesar del sangriento relato de las batallas y asesinatos de la guerra de las Rosas, que afectaron especialmente a las familias nobles, buena parte del reino y de sus súbditos (así como la Iglesia) no se vieron afectados por el conflicto. Por ello, Inglaterra estaba preparada para vivir unos años de boyante florecimiento comercial y participar de la corriente cultural renacentista que dominaba Europa, favorecida por la difusión que supuso la invención de la imprenta.

La corte real estaba rodeada del lujo y la parafernalia que se suponían a un rey de Inglaterra y pronto se encontró también llena de niños, pues Isabel Woodville dio diez hijos al monarca. Los dos mayores, Eduardo (nacido en 1470) y Ricardo (nacido en 1473) aseguraban la continuidad dinástica.

Eduardo anunció que no tenía intención de sangrar a sus súbditos a impuestos y cumplió su palabra. Fue el primer rey en más de doscientos años que no dejó deudas a su muerte. Se dedicó a lucrativas actividades comerciales. Además, la salud financiera del país estaba asegurada por un acuerdo alcanzado con el rey de Francia. Tras un fallido intento de atacar el continente (que no pasó de Calais) el rey francés aceptó pagar una generosa cantidad anual a cambio del compromiso de Eduardo de olvidarse de cualquier expedición militar al otro lado del Canal. Eso no evitó que el rey también extorsionara a las ciudades que habían apoyado a los Lancaster y a Warwick contra él en la guerra (privó a Coventry y a York de sus libertades y les obligó a pagar una altísima multa por recuperarlas).

Para compensar el sinsabor de la traición de su hermano Jorge de Clarence (que el monarca había perdonado pero no olvidado), el rey tenía un fiel servidor en su otro hermano, Ricardo de Gloucester, que había estado a su lado durante todos los vaivenes de la guerra de las Rosas (desde la huida a Holanda hasta la victoria en Tekwesbury, donde lideró un ala del ejército), y que administraba competentemente los intereses reales en el norte del país y al que el rey concedió el puesto de gran Chambelán que una vez ostentó Warwick.

Entre los dos hermanos del rey no existía una buena relación desde la apostasía de Clarence y las cosas empeoraron cuando Jorge, que estaba casado con la hija mayor del fallecido conde de Warwick, trató de impedir que su hermano Ricardo se casara con la hija más joven, Anne Neville, alegando que le correspondía a él decidir el futuro de la hermana menor de su esposa. Puso a la joven bajo su tutela ocultándosela a su hermano. La reacción del duque de Gloucester fue averiguar dónde tenía Jorge a Anne y secuestrarla para luego pedir su mano al rey, que terminó concediéndosela, a pesar de las airadas protestas de Clarence, que llegaron hasta el Parlamento.

Finalmente los continuos desaires y problemas ocasionados por Jorge de Clarence agotaron la paciencia del rey, que nunca se había fiado de su hermano desde su alianza con Warwick contra él. En 1477, uno de los seguidores de Jorge fue condenado por practicar la nigromancia para tratar de conseguir la muerte del rey. Poco antes, ambos hermanos habían vuelto a enfrentarse; Clarence había enviudado y pretendía volver a casarse, pero Eduardo IV vetó tanto a la hija del duque de Borgoña como a la hermana del rey de Escocia, temiendo que su hermano se hiciera demasiado poderoso.

Eduardo IV acabó deteniendo a Clarence y sometiéndolo a juicio en el Parlamento acusado de traición. Una muestra del grado al que habían llegado las relaciones entre los dos hermanos es que la acusación fue dirigida en persona por el rey, mientras que la defensa la asumió también Clarence directamente.

A nadie le cabía ninguna duda de cuál sería el resultado del juicio. Clarence fue condenado por «conspirar contra el rey, la reina, su hijo y heredero y una buena parte de la nobleza del reino». Se recordaba en la sentencia que Eduardo «siempre había amado y recompensado generosamente» a su hermano, a pesar de lo cual este «ofendió gravemente al rey en el pasado, intentando que fuera expulsado del reino y trabajando en el Parlamento para excluirle a él y sus hijos del derecho al trono. Todo eso lo perdonó el rey, pero el duque siguió conspirando contra él buscando su destrucción asociándose con poderes tanto internos como externos». Continuaba la sentencia con una detallada e individualizada lista de ofensas y delitos cometidos por Clarence y concluía condenándole por alta traición. Firmaba la condena el rey de su puño y letra.

El 18 de febrero de 1478 Jorge de Clarence fue ejecutado en la Torre de Londres. El método concreto se desconoce, aunque pronto circuló el rumor de que fue ahogado en un tonel de vino.

Este hecho fue uno de los que posteriormente cimentó la leyenda negra de su otro hermano, Ricardo, que fue acusado de perpetrar personalmente el asesinato de su hermano Jorge.

No parece probable que Ricardo de Gloucester fuera el responsable de la ejecución de su hermano mayor, con quien antes de enemistarse por la herencia de los Neville debió estar unido por lazos más íntimos que con Eduardo, pues compartieron muchos más momentos durante la época dura que siguió a la muerte de su padre en Wakefield.

En todo caso, la relación entre Ricardo y Eduardo no se vio afectada por esta decisión, pues Gloucester siguió desempeñando normalmente sus funciones sin que conste que se alejase de la corte o de su hermano. Algún documento posterior parece dar a entender que Ricardo culpaba a Isabel Woodville de ser la responsable final de la ejecución de Clarence.

15.4. Los últimos años y la muerte de Eduardo IV

A partir de 1479, el rey trató de retomar las viejas aspiraciones de los reyes ingleses en Escocia y Francia. En este último país, sin embargo, el rey y el duque de Borgoña firmaron en 1482 la Paz de Arras, que dejaba sin margen de maniobra alguna al monarca.

En Escocia las operaciones fueron dirigidas por el hermano del rey, Ricardo de Gloucester. Eduardo ya no era el joven y esbelto príncipe que participó en las principales batallas de la guerra de las Rosas. Su afición a la comida y a la bebida había pasado factura a su estado físico y no se encontraba en condiciones de dirigir una campaña militar en el norte. En todo caso, su hermano Ricardo tenía la experiencia y el carisma necesario para hacerse cargo de la tarea. En 1481 realizó una primera campaña de incursiones en el país con intención de lanzar la gran ofensiva al año siguiente. El objetivo era colocar en el trono escocés al duque de Albany, hermano del rey Jacobo III. Albany había prometido devolver Berwick al dominio inglés y renovar el juramento de obediencia feudal de Escocia a Inglaterra. Pero, como pasó en Francia y aunque Ricardo llegó a tomar Edimburgo, las dos facciones escocesas solventaron sus diferencias y la campaña inglesa quedó en nada. Aun así, Eduardo nombró a su hermano Protector del Reino y de su hijo el príncipe de Gales. Esto no

gustó a la reina y a la numerosa familia Woodville, que hubieran sido felices si Gloucester hubiera tenido el mismo destino que Clarence.

Muy pronto, la afición a la buena vida de Eduardo IV terminó pasándole factura y el rey falleció el 9 de abril de 1483. Dejaba a un hijo de doce años, a un hermano enemistado con su familia y la brumosa pero viva amenaza de los lancasterianos Margaret Beaufort y su hijo Enrique que, tras un intento fallido de invadir Inglaterra en 1475, permanecía en Francia a la espera de acontecimientos.

15.5. Los planes de Margaret Beaufort frustrados por la muerte de Eduardo IV

En los años siguientes, Margaret Beaufort inició una sorda pero constante tarea. Poco a poco fue ganándose la confianza de la pareja real (especialmente de la reina) y se le fueron concediendo honores, a la par que negociaba con Eduardo IV un perdón para su hijo que incluiría su matrimonio con la hija mayor del rey, Isabel de York. La ejecución de Jorge de Clarence también contribuyó a despejar el terreno, pues dejaba libre el título de conde de Richmond que había pertenecido al padre de Enrique, Edmund Tudor.

Las negociaciones estaban muy avanzadas y el 3 de junio de 1482 el rey firmó un documento relativo a las propiedades heredadas por Margaret Beaufort de su madre; como parte del mismo se establecía que Enrique Tudor podría heredar dichas tierras siempre que retornase a Inglaterra para «situarse dentro del favor y la gracia del rey». Era otro paso más que parecía allanar la solución al problema del joven exiliado en Bretaña.

Todo se vino abajo el 9 de abril de 1483 cuando Eduardo IV falleció. Su muerte trastocó la situación en Inglaterra, que en dos años sufriría un violento rebrote de la guerra de las Rosas.

Según Roy Strong:

> Eduardo IV salvó al país, llevándolo del desastre más absoluto a la prosperidad. Aunque dirigió una campaña contra Francia y se vio obligado a involucrarse en una guerra en Escocia, su instinto le llevaba a buscar la paz. Como resultado de ello, la monarquía había vuelto a ser el garante del orden y la justicia en el reino y la fuente del poder político. La tragedia que sucedió después de su reinado convirtió a Eduardo IV en

uno de los grandes reyes olvidados de Inglaterra[56].

Matthew Lewis no está del todo de acuerdo con esta valoración. En conversación con el autor de este libro indicó lo siguiente: «no tengo nada claro que Eduardo fuese un campeón de la justicia y su prosperidad se debía a que fomentó el comercio como una forma de sortear al parlamento (para obtener fondos). Sí es cierto, sin embargo, que aportó estabilidad al reino».

En una intervención en un programa de radio se le preguntó a Dan Jones cuál de los numerosos «y si…» que se dieron durante la guerra de la Rosas era para él el que más decisivamente hubiera cambiado la historia de Inglaterra. Jones contestó que, sin duda, el hecho que más hubiera modificado el devenir de los acontecimientos hubiese sido que Eduardo IV hubiera vivido cinco años más. En ese intervalo, su hijo Eduardo hubiera alcanzado la edad adulta y hubiera estado en condiciones de heredar la corona de su padre sin interferencias de su madre ni de su tío Ricardo. Además, las conversaciones con Margaret Beaufort hubieran terminado dando fruto y su hijo Enrique Tudor se hubiese casado con Isabel de York, hubiese vuelto del exilio y se hubiese incorporado a la familia real, pero sin pretensiones al trono.

Pero Eduardo IV falleció en 1483 y las cosas sucedieron de manera muy diferente. En efecto, su muerte dio paso a dos años intensísimos en acontecimientos, en los que sucedieron hechos que todavía siguen estando de actualidad más de quinientos años después y al finalizar los cuales la dinastía Plantagenet había sido desalojada para siempre del trono de Inglaterra, que había ocupado desde 1154.

Capítulo 16

Ricardo III: el último Plantagenet

16.1. La lucha por el poder, la subida al trono de Ricardo III y el enigma de los príncipes de la Torre de Londres

Tras el fallecimiento de Eduardo IV, su hijo del mismo nombre, menor de edad, se dirigió desde Ludlow a Londres para su coronación. Le acompañaba su tío, el conde de Rivers, Anthony Woodville. Por su parte, Ricardo de Gloucester se encontraba en su castillo de Middleham. Allí recibió aviso de un noble fiel a su hermano y a la casa de York, lord Hastings. Este hizo saber que Isabel Woodville había urgido a su hermano a que llevara al niño a Londres lo más rápidamente posible y con tantos soldados como pudiera reunir. Ricardo, a su vez, reunió a sus hombres y se dispuso a encontrarse con el príncipe antes de que llegara a la capital. En Northampton se le unió otro de los apoyos de la casa de York: el duque de Buckingham.

Ambos partidos habían levantado sus cartas. Mientras Gloucester quería hacerse cargo de la custodia de su sobrino como protector del reino y del propio príncipe, los Woodville no se fiaban del futuro del heredero (ni del suyo propio) y pretendían llegar antes a Londres y formar un consejo de regencia, privando así a Ricardo de su condición de regente único.

Cuando Rivers y el príncipe se encontraban camino de Londres, en Stony Stratford, Ricardo se unió a ellos. La noche siguiente, mientras descansaban en una posada, se hizo cargo de la custodia de su joven sobrino y detuvo al conde, que fue

enviado al castillo de Pontefract. Tras ese golpe de mano, continuó viaje hacia Londres. Al llegar a la capital instaló al futuro Eduardo V en la Torre (en esa época la Torre no solo se usaba como prisión, sino como residencia real, que fue el carácter en el que Eduardo empezó a residir allí). El resto de hijos e hijas de Eduardo IV, junto con su viuda, Isabel Woodville, se acogieron a sagrado en Westminster, al desconfiar de las intenciones del regente hacia ellos.

El 10 de junio de 1483 Ricardo de Gloucester despachó cartas hacia el norte reclamando que le fueran enviados refuerzos militares al haber detectado, según él, una conspiración de la reina y su entorno para asesinarlos a él y a Buckingham. No hay pruebas de este complot, pero lo que sí es cierto es que la actitud de Gloucester y el envío de tropas leales a él a Londres alarmó a más de uno en el consejo real, incluso a hombres que hasta entonces le habían apoyado por lealtad a Eduardo IV.

Fue el caso de William Hastings, que se reunió con otros dos leales al fallecido rey, el arzobispo de York y el obispo de Ely. Sus maniobras no pasaron desapercibidas y los tres hombres fueron detenidos el 13 de junio, acusados de conspirar para asesinar a Gloucester. Hastings fue ejecutado, mientras que a sus dos acompañantes su condición religiosa les salvó la vida, aunque fueron detenidos. Desde ese momento, el obispo de Ely, John Morton, se convirtió en unos de los grandes enemigos de Ricardo de Gloucester.

La muerte de William Hastings fue una prueba de lo desesperado que se encontraba Gloucester y de la influencia que iba ganando sobre él el duque de Buckingham, a cuyas ambiciones venían muy bien la caída de los Woodville y Hastings. Por otro lado, si Ricardo ya estaba planeando hacerse con el trono, necesitaba librarse de Hastings, que nunca permitiría que la herencia de su adorado Eduardo IV le fuera arrebatada a su hijo.

Matthew Lewis ofrece una posible interpretación alternativa de estos hechos. En primer lugar señala que la petición de refuerzos a la ciudad de York pudo obedecer a que Ricardo percibiera alguna amenaza del todavía activo partido de Isabel Woodville hacia su persona. También indica que esa petición de refuerzos fue objeto de posteriores relatos apocalípticos sobre una horda de salvajes norteños dispuestos a desplegarse sobre Londres asesinando a mansalva. Ni la fuerza reclamada era de grandes proporciones ni tampoco fue un movimiento que se tomara con excesiva urgencia. De hecho, no se produjo llegada a Londres de

ninguna tropa procedente del norte en esas semanas.

Y respecto del juicio sumarísimo de William Hastings, lo primero que pone de manifiesto Lewis es la discrepancia entre las diferentes fuentes sobre lo realmente acaecido. Lewis destaca que incluso Mancini (una fuente no excesivamente fiable y siempre contraria a Ricardo III) reconoce que Hastings y los obispos habían celebrado diversas reuniones esos días, por lo que era perfectamente posible que estuviesen tramando un complot contra Gloucester.

Además, aunque Mancini narra que Hastings murió en una reyerta en los aposentos reales, otras fuentes hablan de que fue decapitado y sugieren que hubo un previo sometimiento a juicio en el que seguramente se presentarían pruebas de la alegada traición. El que esas pruebas no hayan llegado a nosotros, indica Lewis, no significa que no existieran y fueran presentadas en su momento. Y termina apuntando el significativo detalle de que los londinenses no provocaron ningún altercado como consecuencia de lo sucedido con Hastings (una figura muy popular en la capital), lo que constituye un indicio de que las pruebas y argumentos que se les presentaron eran convincentes.

A partir de entonces los acontecimientos se precipitaron. El 16 de junio, el arzobispo de Canterbury, Thomas Bourchier, viejo partidario de los York, convenció a la reina de que permitiera a su hijo menor, Ricardo de York, unirse a su hermano en la Torre para preparar la inminente coronación. Lo ocurrido con los dos jóvenes, los príncipes de la Torre de Londres, es un misterio que sigue siendo objeto de encendidas polémicas en Inglaterra todavía hoy, y a ello dedicaremos el último capítulo del libro.

Al día siguiente, Gloucester anunciaba la suspensión de la ceremonia de coronación de Eduardo V y del Parlamento que iba a reunirse a continuación. Y el 22 de junio llegó el bombazo. Robert Stillington, obispo de Bath y Wells, se presentó y contó que cuando Eduardo IV había contraído matrimonio con Isabel Woodville ya estaba casado (en una ceremonia secreta con una mujer llamada Eleanor Butler). La sensacional consecuencia de esta historia era que la unión con Woodville sería nula y, por tanto, sus descendientes ilegítimos. Eso significaba que no podían acceder al trono de Inglaterra. El doctor y teólogo Ralph Shaa repitió esta historia en un sermón que corrió como la pólvora por Londres.

Varias cuestiones se plantean a este respecto. La primera (por qué se le otorgó credibilidad a esta historia del compromiso de Eduardo IV previo al de Woodville), se responde con el carácter

del rey que ha quedado detallado y en el hecho de que el propio compromiso con Isabel (mantenido en secreto durante meses) guarda mucha semejanza con el relato de su actuación con Butler. La segunda (por qué, si esto era cierto, no había trascendido antes), parece que estriba en el riesgo que corría quien osase levantar la liebre mientras Eduardo IV estuviese vivo. La mención entre los motivos que llevaron a la ejecución de Jorge de Clarence a que este estuvo «trabajando en el Parlamento para excluirle a él (Eduardo IV) y sus hijos del derecho al trono» parece dar a entender que la historia ya circulaba años antes por Inglaterra y que, en efecto, era muy peligroso intentar sacar a colación esta cuestión en vida de Eduardo IV.

El 24 de junio tenían lugar dos acontecimientos, uno en Londres y otro en el castillo de Pontefract. En el ayuntamiento de Londres, Buckingham pronunciaba un discurso, luego repetido en otros lugares de la capital, en el que argumentaba que, al ser ilegítimos los hijos de Eduardo IV y al estar afectado el hijo de Clarence por la sentencia dictada contra este por traición, el único descendiente de la casa de York que ostentaba derecho al trono era Ricardo de Gloucester. Y en Pontefract, el conde de Rivers y Richard Grey eran juzgados sumariamente ante el conde de Northumbria, hallados culpables de traición y ejecutados.

El discurso pronunciado por Buckingham lo había sido ante los oficiales de la ciudad y los representantes de la nobleza, el clero y los Comunes que se encontraban en Londres para la proyectada reunión del Parlamento. El 26 de junio una delegación de este colectivo se presentó en la residencia londinense de Gloucester y le ofreció la corona. Ricardo aceptó y se dirigió a Westminster donde se sentó en el trono. Había empezado el reinado de Ricardo III. La ceremonia oficial tuvo lugar el 6 de julio de 1483, en la que fue coronado junto con su esposa Anne Neville.

Mucho se ha discutido sobre los motivos que llevaron a Ricardo de Gloucester, que siempre había sido un fiel servidor de su hermano, a dar este golpe de timón y suplantar a su sobrino en el trono En palabras de Dan Jones, Ricardo fue «elegido por un grupo de nobles, obispos y londinenses reunidos a toda prisa y dirigidos por su mano derecha el duque de Buckingham. Consintieron dócilmente a su ridícula pretensión de que los jóvenes príncipes eran bastardos y él aceptó su elección por aclamación como rey de Inglaterra[57]».

Derek Wilson sostiene lo siguiente:

> Sus motivos fueron probablemente una mezcla de ambición, desprecio hacia los Woodvile y preocupación por el buen gobierno del reino. Otorgar el poder a un niño controlado por un grupo de

advenedizos que no tenían el apoyo de los magnates del país parecía un modo seguro de devolver a Inglaterra a los peores días del reinado de Enrique VI. Ricardo podía justificar su usurpación, si no frente a los demás, al menos frente a sí mismo[58].

Por su parte, Matthew Lewis ofrece otros argumentos:

Hay muchas alternativas a la teoría aceptada de que Ricardo III no era más que un malvado usurpador. Incluso si desde el principio buscaba el trono debe recordarse que para ganarlo murieron únicamente cuatro personas, comparadas con los miles sacrificados para que Eduardo IV fuese coronado, Enrique VI repuesto en el trono y Eduardo nuevamente proclamado rey. Resulta extraño que Ricardo III sea recordado como un asesino sediento de sangre cuando su cuenta asciende a un total de cuatro muertos. Incluso si fuese culpable de la muerte de sus sobrinos, esta llegó cuando ya estaba en el trono. Y los cuatro hombres ejecutados podían haberlo sido incluso si en ese momento Ricardo solo buscase coronar a su sobrino. Ricardo fue llamado a Londres por las irreconciliables diferencias entre Hastings y los Woodville. Si hubiese cortado las dos cabezas de esa peligrosa hidra, hubiese sido probablemente la mejor solución posible. ¿Se hubiera opuesto Eduardo IV a la muerte de su amigo y su cuñado si con eso hubiese asegurado el trono de su hijo? Quizás no. Para algunos, Ricardo siempre será un malvado y asesino usurpador. Para otros, un buen hombre tratando de cumplir con su deber en circunstancias complicadas. La verdad probablemente se encuentre en un término medio entre ambos extremos.

Existen tres versiones de Ricardo. La del Ricardo implacable que conspira para hacerse con el trono quizás incluso desde antes de la muerte de su hermano y que asesina a todo el que se interpone en su camino. La del Ricardo romántico, víctima de los acontecimientos de 1483 que camina hacia su destino obligado por el sentido del deber. Y la del Ricardo reactivo, que va dando tumbos de una decisión forzada a la siguiente mientras las crisis lo engullen. Cada una de estas tres versiones puede graduarse en una escala entre la moderación y el extremismo en la que alguna o todas de ellas se mezclan. Probablemente es en algún lugar de estas intersecciones donde late el corazón del verdadero Ricardo; ni una víctima ni un malvado manipulador, sino un hombre retratado incorrectamente por la historia como consecuencia de los relatos posteriores de narradores de cuentos deseosos de explotar la imagen del perverso tío al que la codicia por el poder lleva a cometer actos horribles. Muchas de las narraciones posteriores alteran los detalles para adaptarlos a su discurso. Así, muchos sitúan la separación de Ricardo de York de su madre y su envío a la Torre de Londres antes de la ejecución de Hastings para crear la apariencia de que Ricardo quiso reunir a sus sobrinos antes de actuar. Esto no es verdad[59].

16. 2. La fallida invasión de 1483

Los apenas dos años en los que Ricardo III ciñó la corona

constituyen uno de los períodos más convulsos y controvertidos, todavía hoy, de la historia de Inglaterra.

Durante su reinado viajó constantemente rodeado de una lujosa corte y siempre con su mujer Anne Neville y su hijo de 9 años, Eduardo de Middleham, que había sido proclamado príncipe de Gales. En sus viajes, Ricardo hacía ostentación de ser un gobernante justo, procurando mejoras públicas y rehusando los presentes económicos con que las ciudades le agasajaban. Repartía insignias con su símbolo, un jabalí, y tuvo una especial relación con la ciudad norteña de York. Precisamente el jabalí era una de las insignias que se identificaban con esa ciudad y con ello Ricardo pretendía resaltar sus vínculos con esa zona del norte del país donde había residido y por la que había luchado.

Aun así, seguía teniendo enemigos poderosos. En julio de 1483 estalló en Londres un motín destinado a liberar a los príncipes de la Torre. Ricardo respondió mandando ejecutar al cabecilla, un antiguo componente del séquito de la casa de Eduardo IV que trabajaba como oficial en la Torre. También dio órdenes de que sus tropas rodearan Westminster para evitar la huida o el rescate de Isabel Woodville y sus hijas.

Matthew Lewis considera que estos movimientos se produjeron porque Ricardo cometió el error de abandonar Londres apenas coronado. Era un desconocido en la ciudad, pues había pasado los últimos años en el norte. De hecho «Ricardo es único en la historia inglesa en el sentido de poder ser considerado como un rey norteño». Su decisión de dejar Londres tan pronto y después de todo lo ocurrido puso en bandeja la oportunidad a quienes buscaban destronarlo.

También llama la atención Lewis sobre otro aspecto de este episodio. Ricardo ni siquiera se desplazó a Londres personalmente para hacer frente a esta amenaza, sino que se tomó la misma con mucha calma y delegó su resolución en su canciller John Russell. Según Lewis, «su relajada reacción y la delegación no son las respuestas propias de un hombre a punto de asesinar a sus sobrinos por miedo a perder la corona».

Entre los hombres inicialmente detenidos por el nuevo monarca se encontraba Thomas Stanley, pero tras protestas de lealtad a Ricardo fue puesto en libertad. Margaret Beaufort fue distinguida con los mayores honores, por ejemplo durante la ceremonia de coronación de Ricardo y su esposa Anne Neville, a pesar de la obvia amenaza que su hijo suponía como banderín de enganche para los descontentos con la situación.

Esta prominente situación no constituyó un freno para

Margaret, que ya se encontraba urdiendo un complot contra el rey y en favor de su hijo con el fin de que este ciñera la corona. Dan Jones explica con mucha claridad lo extraordinaria que tenía que ser la situación para que su pretensión contara con apoyos:

> Era una señal de la aflicción que había recaído sobre la corona inglesa el hecho de que alguien se plantease siquiera a Enrique Tudor como posible candidato al trono. Su padre Edmund fue un medio hermano de Enrique VI y su madre Margaret Beaufort tenía una pequeña parte de sangre Plantagenet. En circunstancias ordinarias estos hechos difícilmente hubieran podido cimentar una pretensión dinástica lo suficientemente consistente para reclamar la corona. En 1483 Enrique era esencialmente el heredero de una pequeña y desacreditada familia galesa lancasteriana, había pasado su vida en los castillos del sur de Gales y de Bretaña desconocido para la mayoría del pueblo inglés. Pero la usurpación de la corona por parte de Ricardo III había roto todas las reglas de la corrección política y había abierto nuevas y previamente implanteables posibilidades[60].

Otro elemento de las comparaciones históricas con monarcas anteriores destronados jugaba en contra de Ricardo III. Mientras que reyes como Eduardo II y Ricardo II habían cometido actos durante su reinado como reyes adultos que podían hacer comprensible que alguien tratara de deponerlos, y mientras que en el caso de Enrique VI fue su inane actitud que había llevado a la guerra civil lo que provocó su destitución, en el caso de Eduardo V no había nada que justificase su expulsión del trono, más allá de que tenía doce años. No había cometido falta alguna que constituyese un argumento para apoyar lo que Ricardo III había hecho con él. Y eso puso en su contra a mucha gente en Inglaterra.

Margaret Beaufort era plenamente consciente de ello y se dispuso a jugar sus cartas. Contó con el apoyo del sobrino de su anterior marido, Henry Stafford, duque de Buckingham, y descendiente del quinto hijo de Eduardo III. Buckingham podía esgrimir un derecho al trono al menos tan bueno, si no mejor, que el de Enrique Tudor. Era descendiente por parte de madre de Juan de Gante y Katherine Swynford y por parte de padre de Thomas de Woodstock y, en teoría, era un fiel aliado y partidario de Ricardo III, de quien se había convertido en mano derecha. ¿Por qué apoyar a un enemigo de su rey con un derecho no superior al suyo al trono?

Los autores especulan sobre los motivos que le llevaron a aliarse con la facción Tudor, desde que se le negó el título de conde de Hertford hasta que Ricardo desestimó su propuesta de prometer a la hija de Stafford con el hijo y heredero del rey, pasando por un ataque de celos por no haber sido él el elegido

para subir al trono tras la muerte de Eduardo IV. También hay quien apunta que fue convencido por un furibundo enemigo de Ricardo III que se encontraba bajo su custodia, John Morton, obispo de Ely.

Cabe la posibilidad, apunta Matthew Lewis, de que no se tratara de un solo complot coordinado para deponer a Ricardo III, sino de varias conjuras independientes entre sí y que simplemente coincidieran en el tiempo y acabaron confluyendo. Y no puede descartarse que, incluso en el momento en que se unieron las dos conspiraciones, la intención de Buckingham fuese colaborar con Enrique Tudor solo hasta el momento de la deposición de Ricardo III, para después luchar por ser él quien se sentara en el trono. Hay incluso quien liga esta ambición del duque de Buckingham por la corona con la desaparición de los príncipes de la Torre y apunta a Stafford como responsable de la muerte de los jóvenes hijos de Eduardo IV, bien directamente, bien convenciendo a Ricardo III para asesinarlos.

Margaret Beaufort, muy consciente de la necesidad de contar con apoyos internos, había contactado con la reina viuda Isabel Woodville. Ambas mujeres fueron capaces de buscar el mutuo interés. Woodville podía ejercer cierta influencia sobre los leales a Eduardo IV para que renegaran de Ricardo III y se pusieran del lado del hijo de Margaret Beaufort.

Se acordó que, si Enrique Tudor conseguía llegar al trono, contraería matrimonio con la hija mayor de Eduardo IV y Woodville, Isabel de York. Este enlace uniría a las dos ramas de los York y los Lancaster y simbolizaría el final de la guerra de las Rosas. Además, no hay que olvidar que Enrique llevaba casi media vida exiliado en el continente y que era un desconocido en Inglaterra. Unir a su causa a la heredera de Eduardo IV (si, como parecía, los príncipes de la Torre habían sido asesinados), dotaba al pretendiente de una pátina de legitimidad y aseguraba la simpatía de un importante número de notables indecisos.

El intento de invasión de Inglaterra se produjo en octubre de 1483 y fue un rotundo fracaso. La flota que transportaba a Enrique y sus hombres, financiada por el duque de Bretaña, estaba compuesta por 15 barcos que cargaban con mil quinientos hombres, más que suficientes para iniciar una invasión. Pero sufrió las inclemencias del tiempo y se vio desperdigada sin poder llegar a Inglaterra. Solo dos barcos, el de Enrique y otro, avistaron la costa inglesa. En tierra había hombres armados que dijeron ser fuerzas enviadas por Buckingham y le invitaron a desembarcar. Tudor pensó, con razón, que se trataba de una trampa y puso

rumbo nuevamente al continente.

Entretanto, el principal apoyo interior de la invasión, el duque de Buckingham, veía como entre la descoordinación de los diferentes ataques previstos, el mal tiempo, la falta de apoyo por parte del resto de magnates del reino y las deserciones de sus hombres su fuerza se diluía como un azucarillo. Con su cabeza puesta a precio, Stafford fue traicionado por dinero, detenido y ejecutado. Era el 2 de noviembre de 1483.

Lo ocurrido no contribuyó a mejorar la poca popularidad que Enrique Tudor tenía entre los magnates de Inglaterra. Habría que esperar a una ocasión mejor y, sobre todo, preparada más concienzudamente.

Lo que los sucesos de octubre de 1483 pusieron de manifiesto es que la amenaza contra el trono de Ricardo III era más que seria. El número de condados implicados, así como la importancia de los personajes que participaron (un duque, dos obispos, un marqués y varios nobles lancasterianos que habían servido a Eduardo IV pero no habían trasladado su fidelidad a Ricardo III) eran una prueba de la existencia de una importante falta de imposición de la autoridad del nuevo rey.

16.3. El proyecto político de Ricardo III: el Parlamento de 1484

En la única sesión del Parlamento celebrada durante el reinado de Ricardo se aprobaron diversas normas que merece la pena reseñar. En primer lugar, como no podía ser de otra forma, era necesario que se ratificase la designación de Ricardo como rey de Inglaterra. A requerimiento del monarca, el Parlamento dictó una resolución que no se conserva, pero cuyo contenido se conoce al haberse transcrito en un documento llamado *Titulus Regius*. La resolución declaraba nula la unión entre Eduardo y Woodville y apartaba del derecho al trono a sus hijos, incluido Eduardo V.

En segundo lugar, Ricardo hizo aprobar por el Parlamento una serie de disposiciones legales que constituyen un verdadero programa político de lo que pretendía que fuese su reinado. En honor del monarca hay que decir que estas resoluciones demostraban que se trataba de un gobernante preocupado por que en el reino imperara la justicia y que miraba por mejorar las condiciones de los más desfavorecidos. Es reseñable también que en sus viajes a diversas ciudades del sur del país había vuelto a

rechazar que se le entregaran costosísimos regalos y donaciones, destinándolos a fines sociales.

Matthew Lewis resume de esta forma el resultado del cuerpo legislativo que emanó del Parlamento de 1484: «Cuando concluyeron las sesiones, Ricardo había dado promesa de vivir con la cantidad presupuestada para él, de trabajar con los lores y los Comunes en el Parlamento, había presentado reformas que beneficiaban a aquellos más desfavorecidos en la escala social y había corregido injusticias en las leyes sobre herencias[61]».

El mismo autor especula con la posibilidad de que estas medidas en favor de los más humildes, que lógicamente iban en perjuicio de los más poderosos magnates del reino, contribuyeran a que el nuevo complot que se estaba gestando contra Ricardo III contara con los mayores apoyos dentro de la nobleza.

Hay otro aspecto de las disposiciones tomadas por el nuevo rey que pudo influir en poner en su contra a parte del país. Se trata en este caso de una cuestión esencialmente geográfica. Ya hemos indicado que Ricardo podía ser calificado como un rey «norteño». Pues bien, a la hora de proveer las vacantes dejadas en algunos puestos por los implicados en la rebelión de octubre de 1483, resultó que la mayoría de estos sujetos eran servidores de Eduardo IV que desempeñaban sus puestos en condados del sur del país. Ricardo decidió sustituirlos con hombres de su confianza, que en su mayoría eran jóvenes procedentes del norte.

Lo que intentaba era más poner un parche a una situación de vacío de poder en un segundo escalón que imponer deliberadamente al norte sobre el sur, pero eso no impidió que entre la baja nobleza y el pueblo de los condados sureños se viese como una intrusión contraria a sus intereses y que no contribuyese precisamente a ganar el apoyo al nuevo rey por parte de esos condados. Matthew Lewis considera que esta circunstancia tuvo mayor importancia en la pérdida de apoyos a la casa de York que la forma en que Ricardo subió al trono.

Por último, el rey no se olvidó de lo que había ocurrido el año anterior e hizo que el Parlamento condenara a todos los implicados en la rebelión como traidores. Esto no frenaría las pretensiones del partido de los Tudor.

16.4. Consecuencias de la fallida invasión de 1483

La sentencia del Parlamento condenando a los implicados en la invasión de 1483 incluía a Margaret Beaufort, pero no a Stanley, que había permanecido al margen de las maniobras de Buckingham. Alguno de los declarados traidores, como Thomas Grey, marqués de Dorset y los obispos de Ely (John Morton), Salisbury (Lionel Woodville) y Exeter huyeron al continente y reforzaron el «gobierno en el exilio» de Enrique Tudor en el que ya se encontraban numerosos antiguos amigos y servidores de Eduardo IV y de William Hastings. Se trataba de hombres que lo habían perdido todo y que dependían del éxito de una nueva aventura del Tudor para recuperar sus bienes y su posición en Inglaterra.

Entre los personajes que huyeron de Inglaterra para engrosar las filas del partido Tudor destacaba John de Vere, conde de Oxford, quien añadía un componente de amplia experiencia militar que faltaba al resto de compañeros del pretendiente. Además, Oxford acumulaba un largo historial de viejas rencillas contra los York.

En cuanto a Thomas Stanley, el deseo de no perder a tan poderoso aliado (y a su nada despreciable contingente militar) hizo que el rey no fuera más contundente en sus acciones contra Margaret Beaufort. En vez de ser condenada a muerte y sus bienes confiscados por la corona (que hubiese sido lo normal vistos los hechos), Ricardo decidió someterla a una especie de arresto domiciliario perpetuo bajo la tutela de su esposo, a quien se adjudicaban todos los bienes de Margaret que, a la muerte de Stanley, pasarían a la corona. Es decir, que Enrique Tudor se veía privado de su herencia, aunque de momento el marido de su madre seguiría en posesión de esta.

Entretanto, el rey se lanzó a una ofensiva diplomática para conseguir que el duque de Bretaña le entregara a Enrique Tudor. Avisada Margaret Beaufort a través de su esposo, tuvo el tiempo justo de advertir a su hijo para que huyera a Francia horas antes de ser detenido por los bretones.

El rey consiguió también un acercamiento con su cuñada Isabel Woodville a quien convenció de que abandonara la insostenible situación en la que ella y sus hijas se encontraban en su acogimiento a sagrado en Westminster y se incorporaran a la corte. De hecho, Woodville llegó a escribir a uno de sus hermanos para que abandonase a Enrique Tudor y regresase a Inglaterra con Ricardo.

A pesar de estos esfuerzos por ganar apoyos, la situación del monarca en Inglaterra no era fácil. Había perdido a su hijo y

heredero en abril de 1484, lo que suponía un durísimo golpe a la estabilidad de su reinado, que dependía de garantizar la continuidad dinástica de su familia.

Por otro lado, la baja popularidad del rey estaba cimentada por la forma en que subió al trono, las ejecuciones que había llevado a cabo y los rumores sobre la suerte de los príncipes de la Torre. A ello había que sumar las habladurías sobre su intención de casarse con su propia sobrina Isabel de York después de que su esposa, Anne Neville, falleciese en marzo de 1485. Hubo quien afirmó que el rey la hizo envenenar, lo que le obligó a hacer una declaración pública negando que fuese a casarse con su sobrina. No hay prueba alguna que sustente estas acusaciones, pues Ricardo llegó a contactar con el reino de Portugal para tratar de cerrar un compromiso matrimonial para sí mismo.

Todas estas circunstancias creaban una imagen impopular de Ricardo, que el partido Tudor aprovechó como propaganda para lograr apoyos de cara a un nuevo asalto al trono. Y falta les hacía. En su exilio francés, Enrique Tudor se encontró con el político Philippe de Commynes, quien describió al pretendiente como un hombre sin un penique, desgastado por años de destierro y con un discurso más propio de alguien resignado a su triste destino que de un rey en el exilio dispuesto a luchar por su derecho al trono.

16.5. Nueva invasión

Enrique volvió a invadir Inglaterra a través de Gales el 7 de agosto de 1485 al mando de un heterogéneo grupo de mercenarios franceses, galeses, exiliados ingleses y un puñado de escoceses. Lucía diversas insignias y banderas: la Cruz de San Jorge, el estandarte de la familia Beaufort y un dragón rojo sobre fondo verde que recordaba los vínculos de sus antepasados galeses con los viejos reyes britanos y las leyendas artúricas de las que todavía hablaban los poemas épicos y las canciones de los bardos.

Las fuerzas de un bando y otro se encontraban muy equilibradas. Y aquí fue donde, trece años después, se demostró el acierto (o la suerte) de Margaret Beaufort al elegir como marido a Thomas Stanley.

Ricardo, ansioso por poner fin a los rumores que le acusaban de querer casarse con su sobrina, había enviado a Isabel de York a la casa londinense de Thomas Stanley. Fue un error. Aunque

Margaret Beaufort no se encontraba allí, rápidamente se iniciaron conversaciones para implicar en la causa Tudor al poderoso partido de los Stanley (se estima que podían aportar un contingente armado de entre tres mil y cinco mil hombres). Cuando Ricardo reaccionó y envió a Isabel a un castillo en Yorkshire ya era tarde para evitar el daño.

Al saber del desembarco de Enrique Tudor en Milford Haven, Ricardo exigió que el hijo mayor de Thomas Stanley le fuera entregado como rehén para tratar de asegurar el apoyo de su padre. Enrique fue sumando aliados (especialmente en Gales, debido a la presencia de Jasper Tudor) a la fuerza de mercenarios con la que arribó. En las cartas que enviaba pidiendo apoyos se nota cómo la confianza en su suerte había aumentado notablemente. Utilizaba el lenguaje propio de un rey coronado: «Nos os pedimos a vosotros y vuestros allegados que con la mayor presteza posibles os reunáis y, pertrechados para la guerra, vengáis en nuestra ayuda para la recuperación de nuestro reino de Inglaterra que nos pertenece por derecho».

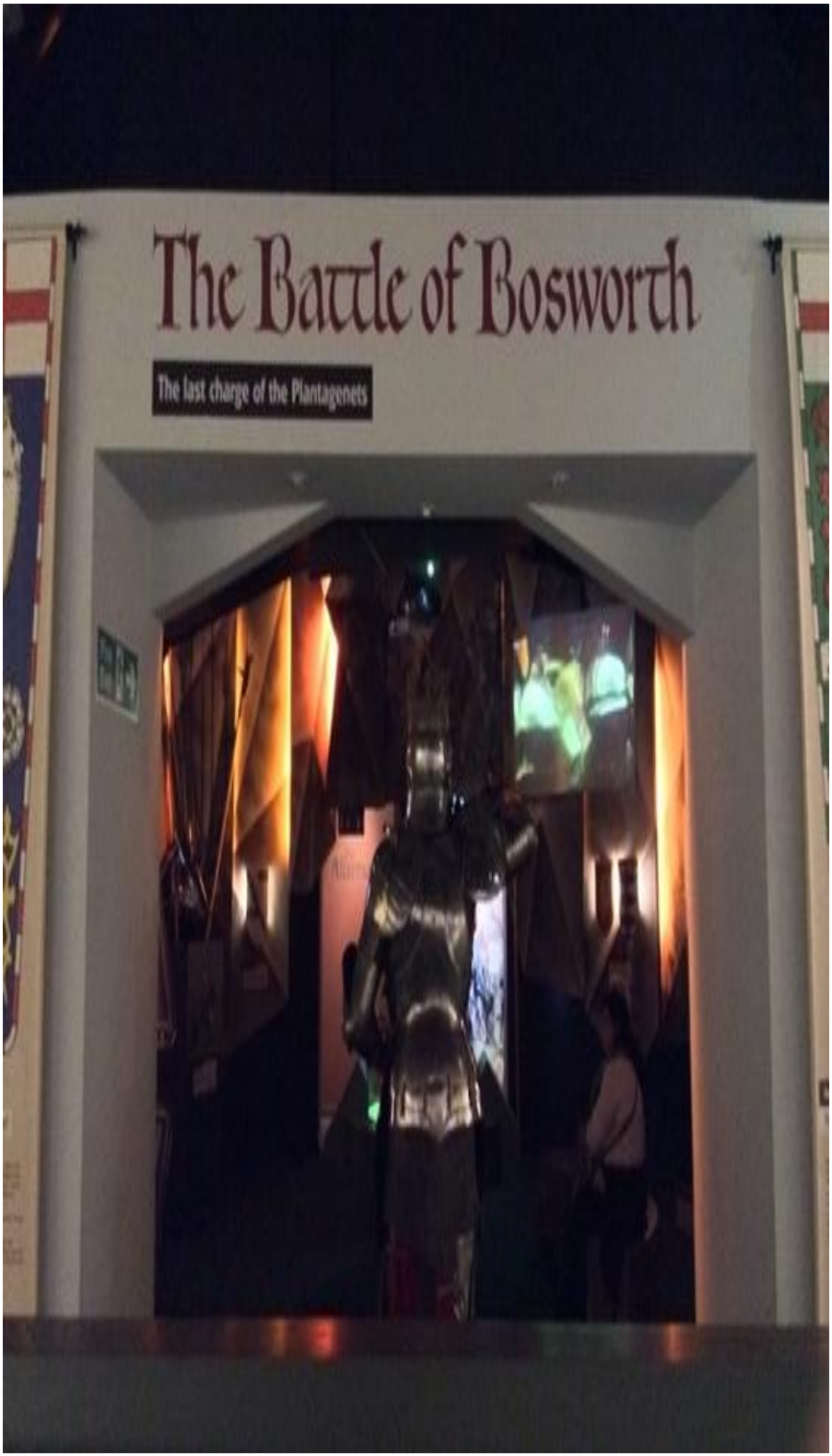
Ricardo convocó a todos los magnates del reino en Nottingham. Ya en diciembre de 1484 había publicado una proclama en la que hacía ver al país la amenaza de una invasión liderada por Enrique Tudor, con un detallado relato de las circunstancias que habían llevado a esa situación. Hacía hincapié en calificar ese movimiento como una invasión francesa que tenía como objetivo destruir Inglaterra, cambiar las leyes del país y privar al pueblo de todas sus posesiones. También aseguraba que Enrique había prometido al rey de Francia en pago por su apoyo la entrega de Calais.

Entre los magnates convocados estaba Thomas Stanley quien, volviendo a jugar la carta de la ambigüedad en la que se había hecho maestro durante todo el conflicto, rehusó acudir alegando encontrarse enfermo, pero tampoco se decidió a apoyar abiertamente al Tudor, preocupado por la suerte de su hijo.

El hermano de Stanley, William, a cargo del importante contingente militar que la familia controlaba, tampoco acudió a la llamada del rey, sino que fue directamente al lugar donde iba a tener lugar el enfrentamiento. Su ejército fue siguiendo una ruta paralela a la del invasor manteniéndose cerca de este de manera que, llegado el momento, pudiera enfrentarse bien a las tropas de Enrique, bien a las de Ricardo. Sean Cunningham, aclarando que se trata de una opinión estrictamente personal, señala que «posiblemente lord Stanley estaba maniobrando de forma que se asegurase estar del lado vencedor en vez de posicionarse

públicamente del lado de Enrique antes de que no hubiera opción alguna de que Ricardo saliera vencedor del envite; una forma de proceder coherente con su actuación en la mayoría de las crisis políticas desde 1459[62]».

16.6. La batalla de Bosworth, la última carga de los Plantagenet


The Battle of Bosworth
The last charge of the Plantagenets

Los ejércitos de Ricardo III y Enrique Tudor se encontraron en Bosworth el 22 de agosto de 1485. Se estima que el rey tenía unos 10.000 hombres y Tudor unos 5.000. En los primeros momentos de la batalla las fuerzas de William Stanley, alrededor de 6.000 soldados, permanecieron al margen del choque, sin unirse ni al ejército de Ricardo ni al de Enrique.

Cuando Ricardo vio que su vanguardia cedía y que el encargado de dirigirla, el duque de Norfolk había muerto, dio instrucciones al conde de Northumbria, Henry Percy, de acudir en refuerzo de la descabezada vanguardia. Percy desobedeció la orden y permaneció inmóvil. Se desconoce si lo hizo porque consideró que el terreno no le permitía hacer ese movimiento o porque se alineó con el bando de Enrique Tudor. Al fin y al cabo, los Percy siempre habían apoyado al bando lancasteriano. Lo que se puede afirmar es que después de la batalla permaneció un tiempo preso en la Torre de Londres, lo que implica que Enrique no confiaba totalmente en él.

Ricardo estaba ansioso por enfrentarse por fin al hombre que hasta entonces nunca había entrado en batalla, a diferencia de él, que se había curtido en multitud de enfrentamientos. Al verse finalmente cerca de su rival, lideró una brutal y algo desesperada carga que esperaba le librara definitivamente del último obstáculo para un reinado en paz. Llegó a estar tan cerca del Tudor que descabalgó a su portaestandarte, pero su movimiento provocó que *sir* William Stanley finalmente pusiera en marcha a su tropa.

Recreación de la batalla de Bosworth (2014). Arriba, Ricardo III llega al campo de batalla

Y lo hizo para sumarse al bando del hijastro de su hermano, al que veía en graves dificultades. 6.000 hombres frescos irrumpiendo de repente en un campo de batalla entre dos ejércitos ya cansados eran una fuerza claramente desequilibrante. El rey dio instrucciones de que el hijo de Thomas Stanley fuera ejecutado, pero en la confusión reinante sus órdenes no se cumplieron.

Viéndose perdidos, los servidores de Ricardo le ofrecieron un caballo para huir, pero el monarca respondió que ese día viviría o moriría como rey. Y efectivamente ese día Ricardo III, el último Plantagenet, se dejó la corona y la vida en el campo de batalla de Bosworth. Hasta sus enemigos reconocieron que en esa jornada lucho corajudamente y con bizarría. La dinastía que había gobernado Inglaterra desde 1154 y que había dado reyes tan importantes como Enrique II, Ricardo Corazón de León, Juan sin Tierra o Eduardo I dejaba paso a una nueva familia real.

Richard the last
Plantagenet King of
England was slain here
22nd August 1485

On the 22nd of August 1485 over a thousand
men lost their lives on Bosworth Field
This monument commemorates them and the many
thousands who were killed during the Wars of the Roses.

Dos monolitos recuerdan el lugar donde cayó Ricardo III en Bosworth y a los fallecidos durante la guerra de las Rosas

Lord Stanley, que no se encontraba lejos, llegó al campo de batalla, donde localizó la corona del fallecido Ricardo III y la colocó sobre la cabeza de Enrique Tudor, como si este fuese ya rey coronado de pleno derecho. Después, el nuevo rey hizo proclamar como fecha de inicio de su reinado la del 21 de agosto, es decir un día antes de la batalla. De esta forma, Ricardo III y todos sus seguidores fueron declarados traidores. Thomas Stanley fue recompensado con el título de conde de Derby, que sus descendientes siguen ostentando hoy.

Roy Strong resume el corto e intenso reinado del último Plantagenet: «Incluso si algún día se demostrase que Ricardo era inocente de infanticidio, seguiría siendo un monarca fallido[63]».

Por su parte, Simon Schama señala lo siguiente:

> Ricardo III fue mucho más interesante, pero también mucho más siniestro que los estereotipos que le han retratado bien como la encarnación de un villano impío o como un héroe del norte vilmente vilipendiado por la propaganda Tudor. No era impío, sino muy al contrario un fanático religioso decidido a acabar con los que consideraba indignos, empezando con los familiares políticos de Eduardo IV y siguiendo con sus propios e incómodos sobrinos, de tal forma que pudiera instaurar el reinado de la piedad y la justicia en Inglaterra. Cuando Ricardo III encontró la muerte en Bosworth, el reino se libró no de un monstruo corrupto y depravado, sino de un fanático puritano[64].

Matthew Lewis, que admite ser un ricardista, señala que eso «no significa que crea que era un santo incapaz de hacer nada malo, sino que era un ser humano recorriendo su camino en un mundo brutal y complejo. Creo que los hechos de su vida, desprovistos de las posteriores adiciones y adornos, no se corresponden con el cruel tirano de las historias tradicionales. En el norte, era un hombre dedicado en cuerpo y alma a proporcionar un gobierno justo y un acceso equitativo para todos a la justicia y a las oportunidades. No hay motivo para dudar de que pretendía mantener esa línea de actuación como rey […]. Era humano. Cometió fallos y juicios erróneos. Tenía sus defectos, como todos, pero bajo la mugre de siglos de calumnias y rumores, se pueden descubrir los hechos de forma que nos muestren a un hombre mucho más definido e interesante, con ideas nuevas adelantadas a su tiempo. Desde luego que estaba dispuesto a hacer lo que estuviera en su mano para proteger a su familia y su posición. Era un noble del siglo XV, en una época en que estos eran brutales y codiciosos […]. Posiblemente, lo que le hace

único entre los monarcas y nobles medievales es la antítesis de lo que la historia nos ha transmitido de él. No era un mezquino tirano dedicado a asesinar a todos en su camino. Era un reformador con visión de futuro que trató de atajar los problemas reales que detectó en la sociedad medieval inglesa y pagó el precio por pensar que podía resolverlos[65]».

16.7. La subida al trono de Enrique Tudor

El 30 de octubre de 1485 Enrique VII fue coronado en Westminster. Allí se reencontró con la madre a la que llevaba catorce años sin ver. Margaret Beaufort no pudo contener las lágrimas ante la culminación feliz del improbable proyecto de convertir a su hijo en rey de Inglaterra. El nuevo soberano era consciente de que para los ingleses era un completo desconocido y necesitaba demostrar que era un monarca digno de tal cargo, por lo que no escatimó gastos para convertir su ceremonia de coronación en una brillante exhibición de magnificencia.

Quedaba un último acto que era absolutamente necesario llevar a cabo para afianzar la corona en la cabeza de Enrique VII. Todo el mundo, él el primero, era consciente de que su derecho al trono como heredero de Enrique VI era muy débil. Además, en 1483, en su exilio, había jurado solemnemente contraer matrimonio con Isabel de York, la hija de Eduardo IV.

Aunque Enrique fue proclamado rey de pleno derecho y como heredero de sus ancestros, la unión con Isabel le dotaba de una pátina de legitimidad de cara al pueblo inglés y los remanentes de partidarios yorkistas. A pesar de eso, el nuevo monarca se preocupó de marcar claramente los tiempos para que no cupiera la menor duda de que subía al trono por derecho propio. Por eso, su boda con Isabel de York no tuvo lugar hasta varios meses después de la coronación, cuando él ya era rey de Inglaterra.

La ceremonia se celebró el 18 de enero de 1486. Enrique VII rescató una vieja leyenda que asociaba al primer rey de la rama de los Lancaster, Enrique IV, con el uso de una rosa roja. Ello le permitió escenificar la unión entre los Lancaster y los York creando la rosa Tudor, en la que se entrelazaban los pétalos de la rosa roja de los Lancaster a los que él representaba, con los blancos de la rosa blanca de los York, usados por Eduardo IV y a los que representaba su esposa Isabel de York. Y el 20 de

septiembre de 1486 la pareja real dio un heredero al reino, al que pusieron el significativo nombre de Arturo. Con ello parecía que la nueva dinastía estaba ya plenamente asentada en el trono.

Hay otro detalle que demuestra hasta qué punto a Enrique le preocupaba dar el mensaje de que quien se sentaba en el trono era él. La costumbre habitual era que, cuando un monarca coronado contraía matrimonio, su esposa fuera coronada como reina poco después de la boda y antes del nacimiento de su primer hijo. Pero este no fue el caso de Isabel de York, que no fue coronada hasta el 25 de noviembre de 1487.

16.8. El descubrimiento de los restos de Ricardo III

Tras la batalla de Bosworth el cadáver de Ricardo III se trasladó a Leicester, donde fue enterrado sin ninguna ceremonia. Durante más de quinientos años se perdió el rastro de sus restos, hasta que fueron encontrados en 2012 en una fascinante investigación de la Universidad de Leicester dirigida por Richard Buckley, que sorprendió al mundo con la noticia: habían localizado los restos del rey en un aparcamiento.

Aunque pueda llamar la atención el hecho, hay que aclarar que esta circunstancia no es tan sorprendente ni se produjo por casualidad. El aparcamiento en cuestión se encontraba enfrente de la catedral de Leicester y en los terrenos que ocupaba en tiempos de Ricardo III un convento de franciscanos al que, según diversas crónicas, se había trasladado el cadáver del rey, aunque otras fuentes afirmaban que su cadáver fue arrojado al río tras su muerte en Bosworth. Lo que sí es un detalle irónico es que los restos de Ricardo III aparecieran justo debajo de una plaza del aparcamiento que estaba rotulada con la letra «R».

El problema no era tanto determinar el emplazamiento de estos como acometer una tarea seria para llevarlo a cabo. Y en ello jugó un papel esencial Philippa Langley, que fue quien consiguió convencer a la Universidad de Leicester de realizar las excavaciones necesarias para localizar sus restos. Lanzó una campaña de financiación entre los miembros de las sociedades de Ricardo III en todo el mundo y consiguió las diez mil libras que el proyecto requería… en menos de dos semanas.

Los investigadores de la Universidad de Leicester cotejaron las informaciones que afirmaban que Ricardo fue trasladado al

convento de los franciscanos con planos antiguos de la ciudad para determinar la ubicación de ese desaparecido convento y excavaron en el aparcamiento. Las imágenes de la emoción del equipo al descubrir los restos de un hombre enterrados bajo la plaza marcada con la letra «R» son dignas de ver.

Lugar exacto en el que fueron encontrados los restos de Ricardo III

Las primeras impresiones de los investigadores apuntaban claramente a que el esqueleto pertenecía a Ricardo III. Shakespeare y otras fuentes relataban que el rey era jorobado. Y el cadáver encontrado tenía una deformación de la columna vertebral que cuadraba con esa descripción.

Evidentemente, este dato no bastaba para afirmar que los restos eran los de Ricardo III. Una primera prueba era determinar la antigüedad del esqueleto. El equipo que lideraba Richard Barkley estableció la fecha de su muerte entre 1450 y 1540. El primer obstáculo estaba superado.

A partir de ahí la Universidad de Leicester acometió la ardua tarea de rastrear los antecedentes familiares del monarca (que murió sin descendencia) para tratar de realizar un análisis de ADN que confirmara su hipótesis. Tras meses de labor, localizaron a un hombre, un noruego llamado Michael Ibsen, que era descendiente del padre de Ricardo III. Tras la sorpresa inicial por el hecho de ser un Plantagenet, Ibsen accedió a someterse a una prueba de ADN, que determinó tal grado de coincidencia con el ADN de los restos del aparcamiento de Leicester que llevó al equipo de la Universidad a certificar que ese esqueleto encontrado tras la plaza marcada con la letra «R», era el de Ricardo III.

Otros dos equipos habían estado trabajando simultáneamente. El primero, liderado por la profesora Caroline Wilkinson, realizó una reconstrucción facial de Ricardo III a partir de sus restos.

El segundo, dirigido por Jo Appleby y Bob Woosnam-Savage, establecía las causas de su muerte y, sobre todo, si pudieron ser causadas por armas que existían en el siglo XV. Su conclusión fue positiva.

Tras una larga batalla judicial entre la Universidad de Leicester y un grupo de supuestos descendientes de Ricardo que pretendían enterrarlo en York, los tribunales dieron la razón a la Universidad y los restos de Ricardo III fueron enterrados en la catedral de Leicester en un solemne acto.

RII

Entrada al museo construido en el lugar donde se encontraron los restos de

Ricardo III y estatua erigida en su honor en ese lugar y frente a la catedral de Leicester en la que ahora reposan sus restos

Capítulo 17

Los príncipes de la Torre de Londres

17.1. La suerte de los príncipes: los hechos conocidos

Recordemos que Ricardo III había instalado a su sobrino Eduardo V en la Torre de Londres y que poco después se le unió su hermano Ricardo de York. Lo ocurrido con los dos jóvenes príncipes es todavía hoy un misterio y sigue levantando pasiones en Inglaterra, con arduos debates sobre lo que pudo pasarles y sobre quién fue el responsable de su desaparición.

Bloody Tower (Torre de Londres), en la que se produjo la desaparición y posible asesinato de los príncipes de la Torre

Lo que se conoce es que después de la ejecución de William Hastings, los sirvientes habituales de Eduardo V y Ricardo de York fueron relevados de sus tareas y se les abonó su última paga el 9 de julio de 1483. La *London's Great Chronicle* relata que al menos hasta el 29 de septiembre de 1483 los chicos fueron vistos jugando y disparando en los jardines de la Torre.

Hay una fuente, el dominico italiano Mancini, que escribió que los príncipes fueron confinados en estancias cada vez más interiores de la Torre y que su servidumbre fue disminuyendo paulatinamente. Cuando se preguntaba a los sirvientes por Eduardo V rompían a llorar, pero según Mancini «si se deshicieron de él y de qué forma, no lo he podido descubrir». Sobre Mancini y su fiabilidad como fuente histórica volveremos más adelante.

El doctor Argentine, que acudía regularmente a visitar a los príncipes, narró como Eduardo V solicitaba diariamente la confesión y el perdón de sus pecados, porque creía que iba a morir. Seguramente, a sus doce años y después de todo lo que había vivido y conocido de la reciente historia inglesa, el joven era plenamente consciente de que los reyes depuestos y encerrados no sobreviven largo tiempo.

Desde noviembre de 1483 las crónicas empiezan a reflejar que la creencia general en Londres era que los príncipes no volverían a ser vistos con vida. Aun así, no existe una prueba indubitada sobre la muerte de los jóvenes ni, lógicamente, sobre el responsable de la misma. En este capítulo analizaremos críticamente las fuentes que trataron la cuestión y presentaremos las teorías que apuntan a uno u otro como responsable de su asesinato. También las posibilidades, que ya anticipamos que no son en absoluto concluyentes, que apuntan a la teoría de que sobrevivieran.

17.2. Argumentos en favor de la autoría de Ricardo III

Tradicionalmente, se ha considerado a Ricardo III responsable del asesinato de sus sobrinos, al tiempo que se le ha retratado como un monarca cruel, taimado, tiránico y acomplejado por su

joroba y sus taras físicas. Sin embargo, las principales fuentes que han contribuido a crear esta imagen (Tomás Moro y William Shakespeare) escribieron en plena época de apogeo de la dinastía Tudor. Y ya quedó explicado que el derecho al trono del primer monarca de la dinastía era tangencial. Para los sucesores de Enrique VII era importante dotar al origen de su reinado de una pátina de respetabilidad alegando que lo que lideró fue un movimiento plenamente justificado por la necesidad de derrocar a un tirano monstruoso, asesino de sus propios sobrinos.

Es indudable que Ricardo dio un golpe para hacerse con el poder en lugar de su sobrino y que en el camino al trono ordenó ejecutar a quienes podían oponerse a él (como Rivers o William Hastings). También lo es que los príncipes se hallaban bajo su custodia y que tenía la oportunidad y el motivo para asesinarlos u ordenar hacerlo. Ya quedó narrado que en julio de 1483 hubo un intento en Londres de liberar a los príncipes. El momento coincide con el que algunos apuntan como el de la desaparición de los muchachos y, desde luego, no sería la primera vez que un rey depuesto era asesinado para evitar convertirse en banderín de enganche de los rebeldes contra su sucesor.

También se apunta al pacto alcanzado entre la madre de Enrique Tudor, Margaret Beaufort, e Isabel Woodville por el cual ambas mujeres acordaron que si Enrique conseguía derrocar a Ricardo y subía al trono se casaría con la hija de Isabel, de su mismo nombre, uniendo así a las casas de York y Lancaster. Ya sabemos que cuando Enrique Tudor acabó subiendo al trono, efectivamente se casó con Isabel de York. Esta es una clara prueba, señalan los defensores de la culpabilidad de Ricardo, de que Woodville ya sabía, cuando cerró el acuerdo con Beaufort, que sus dos hijos mayores habían fallecido: ¿por qué si no iba a conceder la mano de su hija y su apoyo para que Enrique Tudor fuera rey pasando por encima de Eduardo V?

Hay otro aspecto que a mí me parece significativo. Hemos visto que antes del fallecimiento de Ricardo en 1485 ya existían rumores de que los príncipes habían muerto e incluso la propaganda de la invasión de Enrique Tudor así lo insinuaba. Ricardo, que sin duda conocía estos rumores, podía haberles puesto fácilmente fin exhibiendo a los jóvenes vivos. Al no hacerlo alimentaba las sospechas y ponía las cosas más fáciles a sus rivales. Salvo, claro está, que le fuese imposible mostrar a los príncipes. Y la única razón para que no pudiese hacerlo es que no hubiera príncipes a los que mostrar, es decir que estuviesen muertos.

17.3. Teorías en contra de la culpabilidad de Ricardo III

Desde hace años han surgido varios movimientos de reivindicación de la figura de Ricardo III que ponen en duda la historia de los escritores de la época Tudor. De entrada, apuntan sus defensores, incluso sus mayores detractores reconocen que, hasta la muerte de su hermano, Ricardo era un administrador capaz y honrado, un contrastado líder militar y un servidor fiel y completamente leal de Eduardo.

Si por algo destacó frente a sus súbditos durante su breve reinado fue por su estricta observancia de las leyes y por una religiosidad y moralidad extremas, rayanas en la pacatería. ¿Cómo pudo de repente transformarse en el personaje que retratan Moro y Shakespeare? A continuación señalan varios aspectos de la desaparición de los príncipes de la Torre que no cuadran con la autoría de Ricardo III y que parecen más bien apuntar a su sucesor, Enrique Tudor.

El primer y principal punto de discrepancia con la teoría oficial se centra en que cuando Enrique VII tomó posesión de la Corona hizo que el Parlamento aprobase una ley de suspensión de derechos civiles (*Act of Attainder*) considerando traidores a Ricardo y a sus seguidores en Bosworth, en la que acusaba a su predecesor de crueldad y tiranía. Sin embargo, en esta declaración no se menciona en ningún momento a los príncipes de la Torre. Para los defensores de Ricardo III resulta inconcebible que un crimen tan execrable como la muerte de dos niños, sobrinos además de su presunto asesino, no se incluyese en esta proclama. De hecho, la única explicación razonable para ellos es que en ese momento los príncipes se encontrasen todavía sanos y salvos en la Torre y que su desaparición fuese posterior a la muerte de Ricardo III.

El segundo aspecto que destacan deriva de la respuesta a la pregunta clave de todo asesinato: ¿quién se beneficiaba del crimen? Los hijos del hermano de Ricardo III habían sido declarados ilegítimos. Apartados de la línea sucesoria, los príncipes no suponían ya amenaza alguna para él (al menos, no una amenaza mayor que otros nueve posibles herederos de la casa de York, cuya vida Ricardo respetó).

Enrique VII, por su parte, se había prometido con la hermana de los príncipes, Isabel de York, en un intento de dar legitimidad a su acceso al trono. Por ello, derogó el Titulus Regius de forma

que Isabel volvía a figurar en la línea de sucesión al trono. Pero en ese caso también lo estarían sus hermanos, los príncipes de la Torre, que como varones (y si estaban vivos) la precedían en la línea sucesoria. Evidentemente, apuntan los «ricardistas», Enrique VII tenía un motivo muy poderoso para provocar la desaparición de sus cuñados.

Alicia Carter cita a Helen Maurer, que sostiene que «Margaret Beaufort pudo haber ordenado el asesinato. Maurer argumenta que estaba motivada por el miedo de una madre por la vida de su hijo y que había permanecido en contacto con los involucrados en la rebelión de Buckingham. Tenía el motivo y la oportunidad de mover los hilos adecuados para hacer que los príncipes fuesen asesinados. Sin embargo, el mayor argumento contra la culpabilidad de Margaret es que no se la menciona en ninguna fuente contemporánea en conexión con la muerte de los príncipes. George Buck un escritor del siglo XVII sostenía haber leído en "un viejo manuscrito" que el doctor Morton y cierta condesa conspiraron para que los hijos de Eduardo IV y otros fuesen ejecutados con veneno y brujería. Pero esa declaración basada en haber visto "viejos manuscritos" no es suficiente para aceptar la noción de la culpabilidad de Margaret[66]».

En tercer lugar, destacan los defensores de Ricardo III otro aspecto del comportamiento de la madre de los príncipes, Isabel Woodville. De entrada, aceptó sin rechistar que el pequeño Ricardo abandonara la seguridad del recinto sagrado de Westminster para unirse a su hermano en la Torre; además, al cabo de un tiempo, ella y sus hijas abandonaron el refugio de Westminster, asistieron a diversas fiestas y recepciones organizadas por Ricardo III y cobraron una pensión concedida por él. También envió un mensaje al hijo de su primer matrimonio, exiliado junto a Enrique Tudor, para que le abandonase y regresase a Inglaterra con Ricardo. Todo ello parece incompatible con cualquier sospecha o noticia de que sus hijos no se encontrasen perfectamente a salvo y localizados en la Torre Matthew Lewis ofrece la siguiente explicación a la decisión de Isabel Woodville de abandonar su acogimiento a sagrado e incorporarse con sus hijas a la corte de Ricardo III.

> Una explicación más satisfactoria es que Ricardo fue capaz de convencer a Isabel Woodville de que los rumores eran falsos, quizás incluso de que Margaret Beaufort le había mentido. Pudo mostrarle pruebas de que Buckingham u otra persona estaba tras sus asesinatos o incluso de que no estaban muertos. Solo esta explicación puede dar sentido a la entrega de las hijas de Eduardo IV a Ricardo III y a su continua presencia en la corte de Ricardo desde entonces[67].

Amy Licence da otra explicación alternativa a esta decisión:

> En realidad Isabel no tenía muchas opciones. No gozaba del don de la clarividencia y, hasta donde ella sabía, Ricardo podía reinar otros treinta años o más. No podía mantener a sus hijas escondidas para siempre ni tampoco podía hacer nada por ayudar a los hijos que había perdido[68].

Matthew Lewis es de la opinión de que Isabel Woodville sí sabía que Enrique Tudor iba a actuar más tarde que temprano y que se casaría con Isabel si triunfaba. También cree que nada justifica que Woodville entregara a sus hijas a Ricardo si sabía positivamente que era el responsable de la muerte de los príncipes, no importa el juramento que Ricardo hubiese prestado al respecto.

No opina igual Alicia Carter, que lanza varias preguntas y da su respuesta.

> Si Isabel creía que Ricardo III era inocente de matar a sus dos hijos, ¿por qué dudó tanto tiempo antes de decidirse finalmente a dejar el santuario? Si creía que Ricardo era inocente del crimen, ¿por qué le forzó a pronunciar un juramento tan explícito sobre que sus hijas no iban a ser encarceladas y que sus vidas no corrían peligro? La explicación más razonable es que Isabel Woodville, sabiendo que sus hijas no tenían futuro si permanecían en el santuario decidiese dejar a un lado sus agravios personales y dejar atrás lo sucedido, a pesar de lo doloroso que fuera personalmente para ella[69].

Otra de las cuestiones principales es que en 1502 uno de los servidores de Ricardo III llamado James Tyrrell fue ejecutado tras confesar haber asesinado a los príncipes a instancias del monarca. Los movimientos de reivindicación de Ricardo III señalan que su confesión fue obtenida bajo tortura y que no fue capaz de detallar el lugar en que se encontraban sus cadáveres, lo que desacreditaría (según ellos) su testimonio. También cuestionan que esta confesión tardara diecisiete años en producirse y que Enrique no presentara pruebas antes de su ejecución.

Hay una reflexión añadida que realiza Matthew Lewis al respecto y que me parece interesante y significativa: si Ricardo III obtenía provecho de la muerte de los príncipes, este se derivaba de la eliminación de la amenaza que especialmente Eduardo V podía suponer como banderín de enganche para los descontentos con el gobierno de Ricardo. Pero para que Eduardo V dejara de representar esta amenaza, a Ricardo no le bastaba con matar a los príncipes, sino que NECESITABA que su fallecimiento se supiera. Solo evitaba que se utilizara a sus sobrinos contra él si no había sobrinos por los que luchar. Sin embargo, Ricardo en ningún momento hizo público un fallecimiento que le hubiera evitado un

serio problema.

Se puede esgrimir que el rey no quería provocar el malestar o incluso una rebelión de sus súbditos en el caso de que comunicase que habían muerto y que se extendiese la opinión de que él los había asesinado. Más allá de que con la duda sobre las causas de la muerte de Eduardo V pero con la certeza de que había fallecido era un riesgo que probablemente se podía permitir y que sería en todo caso menor que el de un pretendiente al trono vivo, lo cierto es que a Ricardo se le presentó una ocasión inmejorable de cargar el muerto (nunca mejor dicho) a otro.

Ya vimos cómo en octubre de 1483 Ricardo tuvo que hacer frente a un intento de deponerlo del trono y colocar en su lugar a Enrique Tudor. Ricardo acusó al duque de Buckingham de ser un vil traidor y fue condenado a muerte y ejecutado. Es muy significativo el silencio de Ricardo en ese momento sobre los príncipes. Si hubieran estado muertos por entonces (fuese quien fuese el responsable) hubiera sido sencillísimo liberarse de sospechas acusando a Buckingham del crimen y a Enrique Tudor de ser el instigador (no hubiese resultado muy complicado obtener una confesión y un par de cuerpos). Que no lo hiciera puede sugerir que estaban vivos por entonces.

Un estudio reciente ahonda en la posibilidad de que los príncipes no murieran en la Torre, sino que sobrevivieran y que se presentasen a la luz pública años después en las figuras de dos pretendientes al trono llamados Lambert Simnel y Perkin Warbeck. Pero esta teoría tropieza con un problema que puede ser puesto de manifiesto por cualquiera que haya visitado la abadía de Westminster. Efectivamente, allí hay una urna en la que figura una leyenda según la cual en ella están enterrados los príncipes de la Torre. Por ello, antes de acometer el estudio sobre la posible supervivencia de ambos jóvenes, es preciso responder a una pregunta: ¿están los príncipes de la Torre de Londres enterrados en Westminster?

17.4. El descubrimiento de «los restos de los príncipes de la Torre» y su enterramiento en Westminster

Una urna en la zona de la abadía de Westminster en la que reposan diversos miembros de la realeza inglesa está reservada al

rey Eduardo V y su hermano Ricardo, duque de York. Hasta aquí, nada anormal: dos personas de la familia real enterrados entre tantos familiares y compañeros.

La cuestión empieza a ser más sorprendente cuando se lee la leyenda que reza en la lápida en la que reposan:

> Aquí yacen los restos de Eduardo V, rey de Inglaterra y de Ricardo, duque de York. Estos hermanos fueron confinados en la Torre de Londres y allí fueron asfixiados con cojines y enterrados sin ninguna ceremonia por orden de su pérfido tío Ricardo III el Usurpador. Sus huesos, largamente buscados y anhelados, fueron encontrados e identificados sin lugar a duda, el 17 de julio de 1674, 191 años después, en los escombros de las escaleras (que posteriormente conducirían a la Torre Blanca) profundamente enterrados en ese lugar. El muy compasivo príncipe Carlos II, lamentando su trágico destino, dispuso que los desafortunados príncipes descansaran entre los monumentos de sus predecesores en 1678, en el trigésimo año de su reinado.

¿Cómo es posible que quinientos años después siga provocando una encendida polémica lo que sucedió con dos príncipes que aparentemente están enterrados desde hace más de trescientos años en la abadía de Westminster?

Para dar respuesta a esta pregunta es preciso desentrañar lo ocurrido en el año 1674 para determinar si los restos entonces encontrados son o no los de los dos muchachos. Diversas fuentes de la época se refieren a este singular acontecimiento.

Un funcionario de la Torre, de nombre John Gibbon, relata que el 17 de julio de 1674 fueron descubiertos los restos de Eduardo V y su hermano y que él mismo manipuló el cráneo del rey y otro más pequeño. Por su parte, el cirujano principal del rey Carlos II, John Knight escribió: «Mientras se excavaban dos escaleras de piedra en la Torre Blanca que conducen desde los aposentos del rey hasta la capilla fueron encontrados los cuerpos de dos muchachos en lo que parecía un cofre de madera, asumiéndose que contenía los huesos del rey Eduardo y su hermano Ricardo, duque de York. Por orden del rey Carlos II fueron colocados en una urna de mármol y depositados entre la familia real junto a los de Enrique VII en Westminster».

Otro relato, anónimo, cita a Knight como su fuente, reitera lo dicho por este y añade que los huesos parecían proporcionales a los de la edad de los príncipes (trece y once años). El cráneo de uno de ellos estaba intacto y el otro roto, como lo estaban muchos de los demás huesos y el propio cofre, por la violencia de los trabajadores, que manipularon los escombros y los huesos indiscriminadamente.

Una última fuente, también anónima y sin fecha, sostiene

haber presenciado el descubrimiento de los huesos de los príncipes «criminalmente asesinados por Ricardo III» y señala que se trataba de huesos pequeños de niños en su adolescencia, mezclados con trozos de harapos y de terciopelo. Concluye que al ser totalmente identificados con los restos de los príncipes, fueron cuidadosamente apartados en un recipiente de piedra.

De los relatos transcritos se deduce que, a pesar de que el descubrimiento de los huesos de lo que aparentemente eran dos muchachos debió ser todo un acontecimiento que levantó interés, al principio fueron arrojados a los escombros y solo después fueron recuperados, por lo que muchos de los huesos pudieron haberse perdido o resultar destrozados.

La propia descripción de la forma en que los huesos fueron descubiertos pone al menos en cuarentena que se tratara «indubitadamente» de los restos de los príncipes. Pero hay otros elementos que tampoco ayudan a dar credibilidad a la historia. Por ejemplo, dos relatos cercanos en el tiempo a la desaparición de los muchachos, el de Tomás Moro y el de John Rastell narran cómo los restos de los príncipes fueron sacados de la Torre después de muertos y enterrados en otro lugar o arrojados al canal de la Mancha. Otras fuentes apuntan a que los príncipes fueron liberados en secreto y sobrevivieron, lo que, a más de confirmar que no serían sus restos los que están en Westminster, añadiría más picante a su enigma.

Quizá queriendo resolver definitivamente el misterio, en el año 1933 se procedió a desenterrar los huesos para tratar de proceder a su identificación. Se encargó el estudio al eminente profesor William Wright, asistido de Lawrence Tanner quien, a diferencia de las impresionantes credenciales del profesor, carecía de cualquier cualificación para la tarea encomendada. Entre los restos que contenía la urna se encontraron escombros y huesos de animales, pero también identificaron dos esqueletos humanos incompletos. Es posible que algunos de los restos humanos desaparecieran o fueran robados como reliquias y sustituidos por huesos de animales, pero en todo caso Wright y Tanner concluyeron que se trataba de los restos de los príncipes de la Torre de Londres y los devolvieron a su urna.

En 1955 se encargó otro estudio a un equipo de antropólogos y ortodoncistas. Aunque el equipo no tuvo acceso a los restos sino solo a los datos y anotaciones de Wright, con ello les fue suficiente para establecer que no solo no se había podido demostrar la edad de los fallecidos, sino que ni siquiera se había realizado un intento serio para determinar su sexo. Pusieron de

manifiesto otras deficiencias en el estudio de 1933 y concluyeron que del mismo no se podía ni afirmar ni descartar que se tratara de los príncipes.

En los últimos años, mientras muchas voces claman pidiendo que se vuelvan a desenterrar los restos para realizar un estudio con los más modernos métodos (incluyendo un examen de ADN), Philippa Langley, impulsora del proceso para encontrar a Ricardo III se ha ofrecido para poner en marcha un proyecto similar con los príncipes de la Torre de Londres, pero de momento esa iniciativa tendrá que esperar.

Lo que se puede concluir de lo expuesto es que no existe hasta el momento ninguna evidencia que acredite que los restos enterrados en Westminster son los de los príncipes. Eso nos vuelve a llevar a la pregunta de si es posible que los jóvenes sobrevivieran y nos obliga a poner el foco en las figuras de Lambert Simnel y Perkin Warbeck.

17.5. La posible supervivencia de los príncipes de la Torre de Londres

Como dice Matthew Lewis, la aproximación a la posible supervivencia de los príncipes de la Torre tiene que hacerse despejando la mente de siglos de prejuicios y analizando con espíritu crítico lo que ha sido una verdad asumida: que los príncipes murieron durante su estancia en la Torre (decir cautiverio sería incorrecto, pues no estaban presos).

Añado que lo que este apartado contiene es un análisis de las fuentes que trataron el tema y de actos de los personajes que vivieron la historia de Perkin Warbeck, pero que quien las lea con la esperanza de obtener una respuesta definitiva al enigma de los príncipes puede sentirse decepcionado. Es más, hay alguna de las reflexiones realizadas por el propio Lewis con las que no coincido, y así lo indicaré en cada caso.

Lo cierto es que no existe ninguna evidencia que acredite sin lugar a duda que los dos jóvenes perecieron (ni violenta ni naturalmente). Ya hemos hablado de los restos que reposan en Westminster y que presuntamente corresponden a los de los príncipes de la Torre. La conclusión fue que no se puede afirmar (al menos hasta hoy, a la espera de un análisis de ADN) que

dichos restos pertenezcan a los dos jóvenes hijos de Eduardo IV.

Sí hay diversas fuentes (algunas contemporáneas) que afirman que los príncipes fallecieron, y alguna que apunta a su tío Ricardo III como responsable, pero dichas fuentes deben ser analizadas para estudiar su credibilidad. William Shakespeare no puede ser tenido en cuenta, pues no era historiador sino dramaturgo y lo que escribía eran obras de ficción, no tratados históricos. La otra gran fuente de la que emana la historia del asesinato de los príncipes es, en apariencia, mucho más fiable, pues se trata de Santo Tomás Moro, autor de *Utopía* y mártir de la Iglesia Católica por su oposición al cisma anglicano de Enrique VIII.

Sin embargo, hay varias cuestiones que ponen en duda esta versión. La primera es que Tomás Moro, que empezó a escribir en 1513, no terminó su biografía de Ricardo III, sino que se quedó precisamente en la muerte de los príncipes. Además, su obra no fue publicada en vida del santo. La publicó y completó su sobrino William Rastell veinte años después de la ejecución de Moro (en 1557) y hubo una continuación, escrita por el anticuario Richard Grafton. Es muy difícil saber qué parte de lo escrito corresponde a Moro y qué parte fue añadida por Rastell, que es una fuente poco fiable.

Hay además partes de la narración de Moro que no se corresponden con los hechos. Por ejemplo, su relato del arresto, confesión y ejecución de *sir* James Tyrell (según Moro fue detenido en 1501 y confesó haber asesinado a los príncipes siguiendo órdenes de Ricardo III). Pero Tyrell no fue detenido por ninguna acusación relacionada con los príncipes, sino por ayudar a escapar a Edmund de la Pole (sobrino de Ricardo III).

No hay constancia de su confesión, ni siquiera de que se le preguntara por los príncipes (otra de las fuentes casi contemporáneas, Polidore Vergil, empezó a escribir su obra en 1505 y, aunque también apunta a que Tyrell fue responsable de la muerte de los príncipes no menciona ninguna confesión de este sobre el crimen). Según Moro, fue John Dighton quien confesó que él y Tyrell mataron a los príncipes; pero Dighton fue puesto en libertad y seguía vivo diez años después cuando Moro empezó a escribir. No parece muy lógico que el asesino de dos príncipes quedara libre sin que nadie, ni siquiera la hermana de los jóvenes (y reina de Inglaterra) hiciera nada al respecto.

Otro aspecto que no termina de cuadrar del relato de Moro es el relativo a la suerte de los cuerpos de los muchachos. El padre de William Rastell (John, casado con la hermana de Moro) publicó una obra en 1529, en la que narró que le habían contado

que, tras matar a los niños, los asesinos (entre, los que por cierto no cita a James Tyrell) los metieron en un cofre, embarcaron en una nave con un solo tripulante y lanzaron el cadáver al Canal.

Por su parte, en la obra de Moro se indica que los cuerpos fueron retirados por un monje a un lugar secreto y que no se sabía dónde estaban. Es raro que dos cuñados, ambos abogados, y que escribieron en la misma época difieran sobre este tema, pues debían haberse documentado muy a fondo como para aceptar cada uno una versión tan dispar de la otra. Incluso lo normal es que siendo familia y compañeros de profesión hubieran hablado sobre un asunto tan conocido y sobre el que los dos estaban escribiendo. Llama especialmente la atención que Rastell desconociera lo relativo a la confesión de James Tyrell.

El embajador de Castilla y Aragón en Inglaterra, Diego de Valera, en una fecha tan cercana a los hechos como 1486, escribió lo siguiente a los Reyes Católicos: «Es un hecho suficientemente bien conocido por vuestras majestades que este Ricardo asesinó a sus dos inocentes sobrinos a los que pertenecía el reino tras la muerte de su hermano». Y por la misma época, un informe presentado por Guillaume de Rochefort a los Estados Generales de Francia apuntaba que los hijos de Eduardo IV habían sido ejecutados con impunidad y que su asesino, con el apoyo del pueblo, había recibido la corona.

Matthew Lewis argumenta que estos informes podían obedecer a intereses políticos. Los reyes españoles por interés en que Enrique VII estuviese asentado firmemente en el trono al estar negociando la boda de su hija Catalina con el príncipe de Gales. Y en Francia, porque acababa de subir al trono Carlos VIII, de solo trece años, e interesaba proteger a su figura de quien pensase hacer algo parecido a lo que Ricardo hizo con su sobrino Eduardo V, dibujando al rey inglés como un monstruo.

No comparto la opinión de Lewis; a mi juicio dos informes de dos reinos europeos tan cercanos en el tiempo a los hechos me parecen una prueba bastante a tener en cuenta sobre que, al menos, la creencia general es que los príncipes estaban muertos y que el responsable de su asesinato era Ricardo III.

Y no son los únicos. Ya hemos citado en alguna ocasión a Philippe de Commynes, un diplomático borgoñón al servicio de Francia. Este autor también apunta que esa era la opinión general en Borgoña en 1490 (aunque es cierto que nunca estuvo en Inglaterra), como lo hace un tal Casper Weinrich, de Danzig, en una crónica sobre los hechos de 1483 escrita antes de 1496.

Dentro de Inglaterra también reseñan que los príncipes habían

muerto John Rous (anticuario y biógrafo de los condes de Warwick) al inicio del reinado de Enrique VII o Robert Ricort (cronista de Bristol) en su crónica sobre los hechos ocurridos en 1483 (aunque no se sabe cuándo la escribió y solo señala que se les silenció, sin identificar a Ricardo como responsable).

Una de las fuentes más conocidas y que más se suele citar para apoyar la tesis de la muerte de los príncipes durante el reinado de Ricardo III es el dominico italiano Domenico Mancini, que visitó Londres en 1483, partiendo de allí en julio y que narró sus vivencias en tan crucial momento antes del final de ese año. Mancini escribió que los príncipes fueron confinados en estancias cada vez más interiores de la Torre, que día a día empezaron a ser vistos con menos frecuencia tras los barrotes y las ventanas hasta que dejaron de aparecer completamente. También señala, como ya se reseñó más arriba, que su servidumbre fue disminuyendo paulatinamente y que cuando se preguntaba a los sirvientes por Eduardo V rompían a llorar, pero según Mancini «si se deshicieron de él y de qué forma, no lo he podido descubrir».

Sin embargo, Mancini no hablaba inglés, había dejado Inglaterra cuando sucedieron los hechos y entre sus pocas fuentes cita al doctor Argentine, a quien también hicimos mención en su momento. Este había sido médico de Eduardo V, pero había huido de Inglaterra y estaba en el exilio con Enrique Tudor (llegó a ser médico de su hijo Arturo).

Por ello, está claro que sus comentarios debían ir en la línea de culpar a Ricardo. Además, en su testimonio solo señala que Eduardo temía por su vida, no por la de su hermano, por lo que el problema no sería que temía a su tío, sino su estado de salud. Y la traducción de la obra de Mancini del latín al inglés no fue muy afortunada. Por ejemplo, el propio título de su libro, que en latín rezaba *De Occupatione Regni Anglie per Riccardum Tercium,* se tradujo al inglés como *The Usurpation of Richard III*. Según Matthew Lewis: «todo junto arroja una larga sombra sobre la fiabilidad en un hombre que no conocía el país, no hablaba la lengua, bebía de fuentes completamente hostiles a Ricardo III y ha sido erróneamente traducido[70]».

Una fuente también muy importante de los hechos de la época es la conocida como *Crowland Chronicle*. Empezó a escribirse en 1486 cuando su autor, desconocido pero probablemente un abogado que trabajaba para Eduardo IV, ya nada tenía que temer de Ricardo III, con el que es abiertamente hostil. Sin embargo, esta crónica se limita a señalar que «se extendió el rumor de que (los príncipes) habían sufrido una muerte violenta, pero no se

sabía cómo» y añade que este fue uno de los factores que hizo que un grupo de nobles escribiera a Enrique Tudor para que acudiera a Inglaterra, depusiera a Ricardo, se casara con Isabel de York y ambos tomaran posesión del trono.

Llama la atención en una fuente por lo demás demoledora contra Ricardo III la falta de concreción y de acusación al rey (solo señala que se extendió el rumor de que habían fallecido, no lo afirma y mucho menos indica que los matara Ricardo III). La que podía ser la más fiable y completa fuente contemporánea a los hechos guarda silencio casi total al respecto. El rumor al que se refiere cabe interpretarlo como propaganda para preparar el terreno a la invasión del Tudor, pero si los chicos estaban muertos ¿por qué no lo afirmaba?

Matthew Lewis apunta que puede que fuese porque una fuente tan bien informada posiblemente sabía que no habían muerto y si estaban vivos en los primeros meses de Enrique Tudor, ya no eran legalmente ilegítimos y podían suponer una amenaza para su proyecto de casarse con su hermana Isabel de York y unir así a las dos casas contendientes en la guerra de las Rosas.

Hay que hacer también mención a que diversas fuentes, en algún caso de manera incidental y poco menos que inadvertida, apuntan a la posibilidad de que los príncipes sobrevivieron. Es significativo que estas fuentes escribieran en la época de reinado de los Tudor y al servicio de sus reyes, por lo que no se les puede acusar de ser amables hacia la figura de Ricardo III y hacia la suerte de los príncipes.

Destaca Polidore Vergil, que escribía para Enrique VII, que señaló que era una creencia general que los príncipes habían sobrevivido y que habían sido ocultados en algún lugar secreto. No dice que sea verdad ni tampoco quién o dónde los escondió, pero es un testimonio realmente significativo. Volveremos sobre él al hablar de Lambert Simnel.

También apunta en el mismo sentido Francis Bacon en su Historia del reinado de Enrique VII (escrita en 1621) «tras la subida al trono de Enrique VII, existían secretos rumores que después ganaron fuerza y causaron graves problemas al rey, que indicaban que los hijos de Eduardo IV o uno de ellos, que se decía que habían sido muertos en la Torre, no habían sido asesinados sino que se organizó su huida en secreto y que todavía vivían».

Sir George Buck, otro autor de la primera época del siglo xvii escribió que «hay quien sostiene que los príncipes fueron embarcados en un bajel en el muelle de la Torre y que navegaron ocultos hacia el mar donde fueron ahogados. Pero otros dicen que

no fueron ahogados, sino que tomaron tierra sanos y salvos más allá de los mares». Y una fuente holandesa fechada en el año 1500 sostiene que fueron muertos por el duque de Buckingham, pero que circulaba una historia según la cual este perdonó la vida a uno de los dos príncipes y lo sacó en secreto del país.

Como conclusión de este apartado cabe concluir que la mayoría de las fuentes afirman que los príncipes de la Torre de Londres fallecieron, aunque ni lo hacen de manera unánime, ni son absolutamente fiables como para poder afirmarlo sin lugar a dudas. Ello nos vuelve a llevar al análisis de las dos figuras que aparecieron durante los años siguientes y que hay quien apunta que pudieron ser los príncipes de la Torre.

17.6. La historia «oficial» de Lambert Simnel: hijo de Jorge de Clarence y conde de Warwick

La batalla de Bosworth se identifica generalmente con el final de la guerra de las Rosas. ¿Por qué entonces menos de dos años después tuvo Enrique Tudor que volver al campo de batalla y enfrentar a un ejército que agrupaba a los que habían sido leales a la casa de York?

La historia tradicionalmente aceptada es que el ejército que se enfrentó y fue derrotado por Enrique Tudor en Stoke Field el 16 de junio de 1487 estaba liderado por un joven que poco antes había sido coronado como rey de Inglaterra en Dublín y que decía ser Eduardo, conde de Warwick. Warwick era hijo del hermano de Eduardo IV y Ricardo III, Jorge de Clarence, quien fue juzgado y ejecutado por traición en 1478, durante el reinado de Eduardo IV.

Sin embargo, Enrique VII afirmaba que el hombre que se había hecho coronar en Dublín era un impostor al que identificaba con el hijo de un molinero de nombre Lambert Simnel (aunque el nombre y las circunstancias fueron añadidas posteriormente por las fuentes cercanas al Tudor) y recordaba a todo el mundo que el conde de Warwick, que había estado bajo la tutela de Ricardo III, se encontraba preso en la Torre de Londres desde la batalla de Bosworth.

Que lo ocurrido en Dublín preocupara enormemente a Enrique VII es comprensible. Si el joven coronado en Irlanda era quien decía ser, podría esgrimir sus derechos de heredero de la casa de

York como descendiente del hermano de los reyes Eduardo IV y Ricardo III y también de la casa de Lancaster, ya que en 1470 su padre Jorge de Clarence llegó a ser designado heredero de dicha rama por Enrique VI en caso de que él y su hijo fallecieran sin descendencia, como así ocurrió.

Aun así hay algo que no cuadra con la historia de que el hombre coronado en Dublín fuese el hijo de Clarence. No parece muy probable que un burdo intento de suplantar a un joven ostensiblemente instalado en la Torre contase con el apoyo de personajes tan significativos para la causa yorkista como John de la Pole, conde de Lincoln y sobrino de Eduardo IV y Ricardo III (y primo, por tanto, del conde de Warwick), Francis Lovell, íntimo amigo y leal servidor de Ricardo III o por un contingente de dos mil mercenarios suizos financiados por Margarita, duquesa viuda de Borgoña y hermana también de Eduardo IV, Clarence y Ricardo III.

Esto obliga a seguir la pista del joven que oficialmente era el conde de Warwick. Tras la ejecución de su padre fue puesto bajo la custodia de su tío, Ricardo III. Este preparó para él una esmerada educación, previendo que desempeñase algún cargo importante cuando llegase el momento (como demuestra el que le concediera el importante título de conde de Warwick). Es significativo que lo enviase al norte del país, donde él mismo había dado sus primeros pasos durante el reinado de Eduardo IV y donde los asuntos del consejo real (y la educación de Warwick) estaban a cargo de uno de sus más fieles seguidores, el ya citado John de la Pole (hijo de otras de las hermanas de Ricardo III y Eduardo IV) al que todos señalaban como heredero de Ricardo si este moría sin descendencia.

La derrota y muerte de Ricardo III en Bosworth trastocó todos los planes que este pudiera haber previsto para el conde de Warwick. Consciente de la amenaza que el posible heredero de las casas de York y Lancaster suponía para él, Enrique VII exigió a De la Pole que le fuera entregado el joven y lo encerró en la Torre de Londres. Cuando tuvo conocimiento de la coronación como rey de Inglaterra de un muchacho que decía ser el conde de Warwick, exhibió al preso públicamente durante un consejo real en enero de 1487 y lo confrontó con el hombre que había sido su guardián, John de la Pole, para observar la reacción de ambos. No se sabe qué ocurrió durante ese encuentro, pero lo cierto es que después del mismo De la Pole huyó de Inglaterra, se refugió en el continente junto a Margarita de Borgoña y ambos empezaron a planificar la invasión de Inglaterra.

17.7. La coronación en Dublín y la batalla de Stoke Field

El 5 de mayo de 1487, el conde de Lincoln John de la Pole, Francis Lovell, dos mil mercenarios suizos pagados por Margarita de Borgoña y el que pretendía ser el conde de Warwick desembarcaron en Irlanda, donde fueron recibidos cordialmente, especialmente por la intervención del conde de Kildare, viejo partidario de la casa de York. El 24 de mayo era coronado como rey Eduardo de Inglaterra en la catedral de Dublín en una ceremonia en la que intervinieron cinco de los principales obispos irlandeses, entre ellos el de Dublín.

El 4 de junio el pretendiente y sus partidarios, a los que se habían unido unos cinco mil irlandeses (mal armados y peor pertrechados) proporcionados por el conde de Kildare desembarcaron en Furness Falls, al noroeste de Inglaterra. No encontraron mucho apoyo en suelo inglés, posiblemente por el aspecto terrorífico y desaliñado del contingente irlandés. El pretendiente al trono escribió una carta a la ciudad de York pidiendo que se proveyese a su ejército de provisiones y ayuda. Pero la ciudad cerró sus puertas a los rebeldes.

Tras varias escaramuzas ambos ejércitos se enfrentaron en Stoke Field el 16 de junio de 1487. Las tropas reales, al mando del conde de Oxford, derrotaron a los rebeldes. El conde de Lincoln, buena parte de los irlandeses y el líder del contingente suizo murieron. El leal a Ricardo III Francis Lovell huyó del campo de batalla y muchos otros, entre ellos el propio pretendiente, fueron hechos prisioneros y conducidos a presencia del rey Enrique VII. El vencedor dispuso para él que pasara el resto de sus días trabajando como pinche de cocina primero y halconero después bajo estrecha vigilancia.

Respecto del conde de Warwick que se encontraba preso en la Torre de Londres, permaneció en ella hasta su ejecución en 1499. ¿Por qué fue mantenido con vida durante doce años y ejecutado precisamente en 1499? Todo indica que en esta decisión tuvieron mucho que ver los Reyes Católicos. Estaban en tratos con Enrique VII para concertar el matrimonio entre su hija Catalina de Aragón y el príncipe de Gales Arturo Tudor.

A los monarcas españoles les preocupaba que la inestabilidad causada por la lucha por el trono inglés de los últimos años acabase salpicando a su hija y pidieron garantías de que nadie disputaría el derecho al trono de Arturo y Catalina cuando el

padre de él muriera. Y una de las amenazas para ese derecho al trono (no la única) era el hombre que respondía al nombre de Eduardo y al título de conde de Warwick y que se encontraba preso en Londres. Warwick fue juzgado y ejecutado en 1499. El matrimonio entre Arturo y Catalina se llevó a cabo en 1501.

Parece que la muerte del conde de Warwick podía suponer el final de esta rocambolesca historia, aunque deja en el aire saber quién de los dos personajes implicados era en realidad el hijo de Clarence. Pero hay quien sostiene que el hombre que fue coronado en Dublín y derrotado en Stoke Field no era ni Lambert Simnel ni el conde de Warwick y apunta a un misterio aún mayor y más importante: el de los príncipes de la Torre de Londres.

17.8. ¿Era Lambert Simnel en realidad Eduardo V?

Las fuentes irlandesas que relatan la coronación de Lambert Simnel hablan del rey Eduardo, pero no añaden un ordinal al nombre, por lo que no sabemos (salvo por las fuentes inglesas a las que luego me referiré) si el Eduardo coronado allí se presentó como Eduardo V (el príncipe de la Torre de Londres) o como Eduardo VI (como sería si se tratase del conde de Warwick).

Pero algunos indicios (indicios, no pruebas) podrían apuntar al primero de ellos. Son datos puestos de manifiesto en el libro que ha servido de fuente a este capítulo y ni para su autor Matthew Lewis pretenden ser concluyentes ni yo considero que lo sean, mas sí suficientemente intrigantes para presentarlos y que el lector extraiga sus propias conclusiones.

Para empezar hay que referirse a lo ocurrido con la madre de Eduardo V, Isabel Woodville. Recordemos que se acogió a sagrado con sus hijas durante los primeros meses del reinado de Ricardo III, aunque después tanto ella como sus hijas dejaron el santuario y se incorporaron a la corte del rey, que les proveyó de una generosa dotación económica. Su hija Isabel de York se casó con Enrique VII, por lo que podría esperarse que la suerte de una mujer que podía esgrimir el título de reina viuda y que era la madre de la actual, mejoraría todavía más.

Sin embargo, en febrero de 1487 (poco después de conocerse la historia del pretendiente al trono que osaba desafiar a Enrique VII) se produjo un sustancial cambio (a peor) en la suerte de Isabel Woodville. Su yerno la desposeyó de todos sus bienes y la

forzó a retirarse a la abadía de Bermonsdey, en la que permaneció hasta su muerte en 1492.

También en febrero de 1487 el hijo mayor del primer matrimonio de Isabel Woodville, de nombre Thomas Grey y título marqués de Dorset, era encarcelado en la Torre de Londres. El historiador contemporáneo Polidore Vergil apunta a que Enrique pretendía de esa forma castigar a Woodville por haber puesto en riesgo a sus hijas al dejar el santuario de Westminster. Pero cabe recordar que Enrique VII subió al trono tras su victoria en Bosworth el 22 de agosto de 1485 y que el cambio en la suerte de Woodville no se produjo hasta febrero de 1487. Como dice Matthew Lewis parece demasiado tiempo para estar rumiando un enfado. ¿Podría ser otra la causa, más vinculada con algo ocurrido por las mismas fechas?

Relacionar este golpe de timón en la fortuna de Woodville con la simultánea aparición de un pretendiente al trono no tiene mucho sentido si este era el conde de Warwick. Isabel y Jorge de Clarence no habían sido precisamente amigos, Clarence acabó muriendo por sus repetidas traiciones hacia el esposo de Woodville, Eduardo IV, y sus pretensiones iban en contra de las de ella y sus numerosos familiares. Hubo incluso quien la consideró como principal responsable de su ejecución.

No parece probable que Isabel pusiera en riesgo su posición y la de su hija Isabel de York por apoyar al hijo de su traicionero cuñado. Pero la cosa cambia, y mucho, si el Eduardo que aspiraba a destronar a Enrique VII era el propio hijo de Isabel Woodville. Entonces sí que cobraría sentido que Enrique reaccionara en la forma en que lo hizo contra ella y contra el hermanastro mayor de Eduardo V.

También el apoyo de John de la Pole, conde de Lincoln, debe ser objeto de un mayor escrutinio. Notable miembro de la rama de los York hasta el punto de ser considerado como el principal candidato a heredero de Ricardo III cuando el hijo de este murió, había salido sorprendentemente bien librado de la batalla de Bosworth, conservando sus bienes y sus títulos, pero se sabía objeto de un constante escrutinio que podía cambiar su suerte en cualquier momento.

Warwick había estado bajo su custodia y es inconcebible que apoyase al rebelde de Dublín si supiese que era un impostor. Pero tampoco parece muy probable que apoyase al pretendiente aunque este fuese el hijo de Jorge de Clarence, que carecía de apoyo ninguno, cuyo nombre no arrastraba tampoco un entusiástico torrente de seguidores y cuyo derecho al trono no era

superior al del propio conde de Lincoln (aunque el de este era por línea femenina).

Solo parece comprensible que De la Pole pusiese en riesgo todo lo que tenía (incluso su vida) si la rebelión orquestada por su tía Margarita de Borgoña era en favor del único hombre que claramente ostentaba un derecho al trono superior al suyo: Eduardo V (Enrique VII tuvo que volver a reconocer la legitimidad de los hijos de Eduardo IV para así dotar de sentido a su matrimonio con Isabel de York).

Otros indicios que apuntan en el mismo sentido los revelan algunas fuentes contemporáneas a los hechos. La primera de ellas nos la ofrece un curioso personaje. Bernard André era un monje y poeta francés ciego que desempeñó el cargo de tutor del hijo mayor de Enrique VII, Arturo Tudor. Bernard escribió entre 1500 y 1502 una narración de lo ocurrido en los turbulentos primeros años del reinado del primer Tudor y, aunque afirma que los príncipes de la Torre de Londres fueron asesinados por Ricardo III, cuando se refiere a los acontecimientos relacionados con Lambert Simnel incurre en alguna curiosa contradicción.

Según él, los rebeldes derrotados en Stoke Field seguían a un joven que pretendía ser el mayor de los príncipes de la Torre de Londres (no el conde de Warwick). Posteriormente indica que a la corte llegaron rumores de que el joven coronado en Dublín era el segundo hijo de Eduardo IV (esto es sin duda un error, porque el rey dublinés se identificó en todo momento como Eduardo, no como Ricardo).

André continúa su narración señalando que se envió a Dublín a un heraldo con instrucciones de verificar la identidad del joven (lo que implicaría que ese hombre, al que no nombra, conocía a los príncipes de la Torre). Lo curioso es que André reconoce que el muchacho tenía a todo el mundo convencido (no queda claro si incluso al propio heraldo) de ser el hijo de Eduardo IV, lo que achaca a la maldad de los consejeros que le habían enseñado a desempeñar su papel y a reproducir la historia del príncipe de la Torre. Es muy significativo que un hombre que escribía en pleno reinado de Enrique VII, al servicio de su hijo y en tono panegírico sobre el primer Tudor, reconociese que el muchacho coronado en Dublín en 1487 era generalmente reconocido como uno de los hijos desaparecidos de Eduardo IV.

Otro historiador contemporáneo, Polidore Vergil, se refiere a la rebelión de 1487 y cuando habla de la coronación en Dublín del pretendiente Eduardo utiliza el verbo «restituir». Esta expresión no tiene ningún sentido si el coronado fuese el conde de

Warwick, al que se hubiese en todo caso instituido como rey. Solo cobra significado el uso de ese término si el restituido en el trono hubiese sido anteriormente considerado como rey, es decir si se tratase de Eduardo V quien, por cierto, había sido reconocido como monarca a la muerte de su padre en 1483 pero no había llegado a ser coronado, lo que daría sentido a una ceremonia de coronación en 1487.

La carta que el pretendiente al trono escribió a la ciudad de York pidiendo ayuda y provisiones fue registrada en el *York House Book* como enviada por Eduardo VI, pero en el mismo escrito no se señala nada al respecto de la identidad del firmante más allá de «El Rey», por lo que el ordinal que un funcionario desconocedor de la verdadera identidad del pretendiente hiciese constar no constituye un elemento decisivo ni en un sentido ni en otro.

17.9. Si el rey de Dublín era Eduardo V, ¿por qué ninguna fuente lo menciona?

La pregunta que surge de manera casi inmediata es: si el joven coronado en Dublín pretendía ser Eduardo V, ¿por qué la historia que ha llegado hasta nosotros se refiere al mismo como un pretendido conde de Warwick identificado como Lambert Simnel? Lo mencionado hasta ahora sobre la historia de los príncipes de la Torre y sobre la del pretendiente coronado en Dublín constituye suficiente prueba de la confusión en las fuentes de una muy convulsa época de la historia inglesa.

Buena parte de culpa puede achacarse a la propaganda y desinformación que las personas más cercanas al primer rey Tudor estimaron necesarias para tratar de borrar las muchas amenazas provocadas por la dudosa legitimidad de Enrique VII para ceñir la corona tras su victoria en Bosworth.

Otro aspecto que llama la atención es el referente a la edad de Lambert Simnel. Según la sentencia contra el conde de Lincoln se trataba de un niño de diez años. En 1487 Eduardo de Warwick tenía doce años, y los príncipes de la Torre tendrían trece (Ricardo de York) y dieciséis (Eduardo V). El manuscrito en latín de Polidore Vergil contiene una corrección al describir al chico pasando de *puer* (niño) a *adolescens*, lo que le situaría en una edad

más cercana a la de los príncipes (concretamente Eduardo V). Francis Bacon (que escribió ya en el siglo XVII) le atribuye una edad de dieciséis años en el momento de su coronación.

Lo que estos y otros detalles ponen de manifiesto, apunta Lewis es que el relato oficial de Simnel y de la invasión de 1487 tardó en cristalizar y que, incluso entre las fuentes en la nómina del primer Tudor, existen variaciones sustanciales sobre el contenido de la historia. No hay ninguna fuente contemporánea que relate que el joven de Dublín pretendía ser Eduardo V, pero lo lógico es que si había alguna que lo apuntara, fuese debidamente silenciada, (Enrique VII ordenó, bajo pena de traición, que los registros del Parlamento de Irlanda de 1487 fuesen destruidos) como cualquier otro indicio de que la principal amenaza para el reinado de Enrique VII seguía viva.

Las contradicciones reseñadas muestran que no es fácil decir quién era el chico coronado en Dublín, quién pretendía ser, o incluso qué edad tenía. Lo que está claro es que si los príncipes de la Torre sobrevivieron a 1485, Eduardo V era el candidato natural a ser coronado y a liderar una invasión con fuerte apoyo yorkista. Solo así se entendería el apoyo de su madre y la renuncia del conde de Lincoln a sus propios derechos y propiedades e, incluso, la pérdida de su vida.

No opina lo mismo Dan Jones, para quien, simple y llanamente «Lambert Simnel era un impostor[71]». Sostiene que se trató de un complot urdido por tres seguidores de Ricardo III, Francis Lovell, el obispo de Bath Robert Stillington y John de la Pole, con el apoyo de Margarita de Borgoña. El objetivo era únicamente deponer al primer rey Tudor, enemigo común de todos los implicados y responsable de la muerte del monarca al que debían lealtad.

En todo caso, Enrique VII había lidiado con éxito la amenaza del joven coronado en Dublín. Pero si pensaba que había terminado definitivamente con los fantasmas de los príncipes de la Torre de Londres estaba muy equivocado.

17.10. La aparición de Perkin Warbeck en la historia

La figura de Perkin Warbeck sigue envuelta en el misterio más de quinientos años después de su breve, pero intenso, papel en la Europa de finales del siglo XV. Apareció por primera vez en Cork

(Irlanda) en el otoño de 1491. Llamó la atención de los locales por los lujosos vestidos que portaba, por sus nobles modales y, muy especialmente, porque pronto se empezó a rumorear que guardaba mucha semejanza con algunos miembros de la casa de York, que había estado muy vinculada a Irlanda desde que el padre de Eduardo IV y Ricardo III, Ricardo Plantagenet, duque de York, había sido Lord lugarteniente del Reino en Irlanda en la década de 1440.

La historia de este personaje pronto se materializó en un nombre concreto: Ricardo de York, el más pequeño de los príncipes de la Torre. Enrique VII denunció desde el principio que el joven era un impostor y con el tiempo fue construyendo una biografía completa sobre quién era realmente este pretendiente y de dónde venía. Pero, como no podía ser de otra manera, el personaje llamó la atención en Europa de los enemigos de Inglaterra, que vieron en Warbeck la oportunidad de crear problemas al rey inglés (aunque algunos, como también veremos, creyeron realmente que el joven era quien decía ser).

El primer mandatario europeo en abrir sus puertas a Warbeck/Ricardo de York fue, como no podía ser de otra manera, el principal rival de la Inglaterra de la época: el rey de Francia. En mayo de 1492, el pretendiente fue recibido en París por Carlos VIII como Ricardo duque de York, hijo de Eduardo IV y legítimo rey de Inglaterra (curiosamente en 1485, cuando no era más que un exiliado, Enrique Tudor tuvo una recepción parecida como legítimo heredero de la casa Lancaster).

La reacción de Enrique VII es una muestra de lo que fue una constante mientras duró la aventura de Perkin Warbeck. Aunque el rey inglés aireaba a diestro y siniestro que «el chico» no le ocasionaba ninguna preocupación, la verdad es que fue una pesadilla para él y que se tomó su amenaza mucho más en serio de lo que aparentaba. Enrique VII se lanzó a primeros de agosto a organizar una invasión de Francia, una empresa de enorme coste económico y logístico que, además, se inició a finales de agosto, una época muy tardía del año para lo habitual en una maniobra militar de este calibre.

El titánico esfuerzo que supuso poner en marcha y ejecutar esta invasión hacía suponer que Enrique VII se planteaba muy en serio retomar la reclamación del trono de Francia que los reyes ingleses iniciaron en 1337 y que no abandonaron hasta bien entrado el siglo XIX. Sin embargo, solo unos meses después y sin que hubiera habido ningún enfrentamiento militar serio, Enrique VII firmó un tratado de paz con Carlos VIII de Francia y regresó a

Inglaterra.

Significativamente, una de las cláusulas de dicho tratado, además de una compensación económica por los gastos en que había incurrido Inglaterra, señalaba que Francia se comprometía a no prestar ningún apoyo al pretendiente Perkin Warbeck. El que Enrique abandonara tan rápidamente una invasión en la que no había obtenido ninguna ganancia militar parece apuntar que el verdadero motivo que perseguía el monarca inglés era cortar las alas al pretendiente a su trono.

Sean Cunningham no es de la misma opinión y sostiene que Enrique sí tenía intención de invadir Francia, un proyecto al que dedicó mucho tiempo, esfuerzo y medios. Incluso se coordinó con el emperador Maximiliano para atacar conjuntamente a Francia. Lo que ocurrió, según este autor, fue que una serie de circunstancias provocaron en primer lugar que la invasión se retrasase, lo que ya hacía difícil su éxito, y en segundo lugar que los hechos no se desarrollaron como los planeó Enrique, lo que no le dejó más remedio que negociar la mejor paz posible con Francia.

Warbeck fue efectivamente expulsado de Francia, pero si con ello Enrique pensaba que había puesto fin a la amenaza del pretendiente, estaba muy equivocado. Warbeck/Ricardo se dirigió a Borgoña, donde residía la mujer que más intensamente odiaba a Enrique VII. Margarita, duquesa viuda de Borgoña, era hermana de Eduardo IV y de Ricardo III y consagró su vida a apoyar a todo el que pudiera poner en dificultades al hombre que destronó a su familia.

Margarita se había casado con el duque de Borgoña, Carlos el Temerario. A la muerte de este en 1477 el ducado había sido heredada por la hija del duque (de una unión anterior) María de Borgoña. En su papel de duquesa viuda Margarita conservó cierta influencia con María y con el esposo de esta, que se convertiría en el más firme y duradero partidario del pretendiente, incluso en los momentos más desesperados para este. Y era un apoyo de mucho peso en la Europa de la época, ya que María de Borgoña estaba casada con Maximiliano, emperador del Sacro Imperio.

El 24 de agosto de 1494 Warbeck/Ricardo, vestido con ropajes reales y con los colores de la casa de York, acompañó a Maximiliano y su hijo Felipe (el futuro esposo de Juana I de Castilla) a la catedral en el día de San Bartolomé. Previamente el pretendiente y Margarita de Borgoña habían escrito una carta a Isabel de Castilla exponiendo su caso y buscando el apoyo de una reina que, además de la fuerza que Castilla tenía en el panorama

europeo de la época, llevaba también sangre Plantagenet (su abuela Catalina de Lancaster, primera princesa de Asturias, era hija de Juan de Gante y Constanza de Castilla).

Mientras tanto, las preocupaciones del rey de Inglaterra aumentaron cuando descubrió que el pretendiente iba obteniendo apoyos en su propio país. *Sir* Robert Clifford, que había sido uno de los primeros en posicionarse en favor de Warbeck decidió finalmente traicionar su causa y revelar a Enrique VII quién apoyaba al pretendiente.

El mayor golpe para el monarca fue cuando descubrió que uno de los nombres era ni más ni menos que el de *sir* William Stanley. Recordemos que este no solo había sido el hombre clave en la victoria en la batalla de Bosworth que dio al trono a Enrique, sino que su hermano Thomas estaba casado con la madre del propio Tudor, Margaret Beaufort.

No se guardan registros del interrogatorio de *sir* William Stanley, pero sí parece que manifestó que no levantaría una mano contra el pretendiente si se demostraba que este era un hijo de Eduardo IV. *Sir* William Stanley fue ahorcado el 16 de febrero de 1495. Sean Cunningham señala que la implicación de varios sirvientes de Stanley demuestra una genuina voluntad de ayudar al príncipe Ricardo y no solo una vaga declaración de que no se opondría a él si probaba ser quien decía ser.

Alrededor de doscientas personas fueron ejecutadas en esas fechas como sospechosas de apoyar a Warbeck, lo que demuestra hasta qué punto Enrique VII estaba preocupado por la amenaza que el pretendiente suponía. Incluso llegó a nombrar duque de York a su hijo de tres años (el futuro Enrique VIII) en un intento de demostrar que el anterior duque estaba muerto

17.11. Reivindicación del trono y muerte de Perkin Warbeck

El 24 de enero de 1495 el pretendiente firmó en Malinas un documento en el que proclamó: «Yo, Ricardo, por la Gracia De Dios rey de Inglaterra y de Francia, duque de York, Señor de Irlanda y príncipe de Gales, único hijo del rey Eduardo IV y heredero legítimo de todos los reinos, ducados, señoríos y principados antes mencionados». En el documento se designaba a Maximiliano y sus herederos como herederos de los títulos del pretendiente si este moría sin descendencia. El documento ataba

de pies y manos al pretendiente a no echarse nunca atrás de su contenido ante nadie (ni ante el papa) ni por ningún motivo (ni siquiera alegando que era menor de edad).

Probablemente fue la firma de este documento lo que hizo que se pusieran definitivamente en marcha los planes de Warbeck para hacerse con la corona inglesa. La flota del pretendiente tomó tierra en Deal (Kent) el 3 de julio de 1495. Algunos de sus hombres desembarcaron, pero Warbeck permaneció a bordo, no muy seguro de cómo iba a ser recibido. Los hombres de Kent atacaron a los que habían desembarcado y, según alguna crónica mataron a 150 hombres e hicieron prisioneros a 80 que luego fueron ahorcados. Otras fuentes elevan la cifra a 400. Lo cierto es que la invasión fue un fracaso. El pretendiente dio la vuelta y se dirigió a Irlanda, donde su intento de desembarcar en Waterford supuso también un fiasco.

El panorama para el pretendiente y sus desmoralizadas tropas se puso más negro cuando Enrique Tudor firmó un tratado con Felipe el Hermoso por el que ambos renunciaban a apoyar a los enemigos del otro. Por su parte, los Reyes Católicos iniciaron negociaciones con Enrique para casar a su hija Catalina con el príncipe de Gales. A los monarcas españoles les interesaba que el monarca inglés gozara de estabilidad y Warbeck era un impedimento para ello.

La desesperada situación de Warbeck/Ricardo se vio aliviada al recibir refugio del único rey que tenía más motivos para enfrentarse a Inglaterra que el de Francia: Jacobo IV de Escocia. Acogió al joven en su reino en noviembre de 1495, lo casó con Catherine Gordon, uno de los mejores partidos de Escocia (y con sangre Plantagenet) y se lanzó con Warbeck a invadir Inglaterra el 17 de septiembre de 1496. El resultado fue un nuevo fracaso. El pretendiente no obtuvo apoyo alguno en Inglaterra y dio marcha atrás al ver que los escoceses se lanzaban al pillaje y a la destrucción de los objetivos que encontraban en su marcha.

El último intento de Warbeck de capturar el trono se produjo cuando desembarcó en White Sand Bay (Cornwall) el 7 de septiembre de 1497. Cuando Warbeck llegó a Cornwall no contó con los apoyos que esperaba de la población, no fue capaz de tomar Exeter y finalmente se dio por vencido. Se refugió en la abadía de Beaulieu y allí fue arrestado por las fuerzas de Enrique VII.

En los días siguientes, tras ser sometido a interrogatorios donde se le deformó la cara, terminó firmando una confesión en la que declaraba ser un joven de Tournai (Borgoña) que había

sido adiestrado para hacerse pasar por Ricardo de York. Volveremos sobre esta confesión y su credibilidad. Inicialmente Enrique les permitió a él y a su esposa residir en la corte en un aire de semilibertad. Un primer intento de fuga hizo que se le encerrase en la Torre de Londres.

Allí entró en contacto con Eduardo, conde de Warwick (el hombre por el que, recordemos, se había hecho pasar Lambert Simnel). Los dos planificaron (o alguien hizo que así lo pareciera) un nuevo intento de fuga, ante lo que Enrique cortó por lo sano. Ambos fueron rápidamente juzgados, hallados culpables y ejecutados. Warbeck fue juzgado como plebeyo y ahorcado el 23 de noviembre. Warwick fue juzgado por sus pares y decapitado el 28 de noviembre. De esa forma Enrique dejaba clara la diferencia entre un plebeyo impostor y un noble de sangre real.

Hasta aquí la historia. Ahora toca preguntarse quién era realmente Perkin Warbeck. Aunque no hay ninguna prueba definitiva al respecto, analizaremos las teorías que apuntan a que era un impostor y las que sostienen que era el duque Ricardo de York.

17.12. ¿Perkin Warbeck o Ricardo de York?

Para Dan Jones, Perkin Warbeck (Pierrechon de Werbecque) era un joven nacido en Tournai, en la zona fronteriza entre Francia y los Países Bajos que llegó a Irlanda cuando tenía 17 años en 1491. Irlanda era en la época un hervidero de simpatizantes yorkistas que buscaban cualquier modo de perjudicar al que consideraban usurpador del trono de Inglaterra. Uno de ellos era el alcalde de Cork, John Altwater, que por la apariencia física y el dominio del inglés de joven decidió que sería el personaje ideal para hacerse pasar por Ricardo de York y tratar de conseguir con esta impostura el trono de Inglaterra.

Sean Cunningham señala que el que, cuando llegó a Cork y se le empezó a proclamar como Ricardo de York, el joven se mostrase remolón y dubitativo no parece una muestra de confianza propia de un príncipe de sangre real que pretende hacer pública su identidad.

Queda otro aspecto a analizar que puede arrojar luz sobre el misterio de los príncipes y la figura de Perkin Warbeck: los hechos protagonizados por los actores de la época relacionados

con el asunto.

Ya hemos narrado cómo Perkin Warbeck fue apoyado en sus pretensiones por diferentes dirigentes europeos como los reyes de Francia y Escocia o el emperador Maximiliano. Matthew Lewis argumenta que hubiese sido imposible que un joven flamenco hijo de un comerciante hubiese sido capaz de engañar a tantos miembros de la nobleza europea sobre una identidad falsa y muy especialmente que consiguiera en tan poco tiempo dominar el inglés de una forma que le hiciera pasar como nativo frente a sus interlocutores.

Este argumento tropieza para mí con un error de base: suponer que Warbeck no hubiera sido apoyado por estos reyes y emperadores si supieran que era un impostor. Creo que a los reyes de Francia y Escocia (tradicionales enemigos de Inglaterra) no les hubiese importado que el joven fuese o no quien decía ser, si con ello podían dañar a la odiada Inglaterra.

Caso distinto es el de Maximiliano. Es cierto que su mujer era la duquesa de Borgoña y que allí residía la anterior titular del título, Margarita, hermana de Ricardo III y enemiga jurada de Enrique Tudor. Pero dudo que la influencia de Margarita sobre Maximiliano fuera tan poderosa como para explicar el sostenido apoyo que el emperador dio a Warbeck hasta el último momento. Matthew Lewis también pone en duda que una testa coronada del siglo XV, imbuida del carácter divino de las monarquías, cometiera el sacrilegio de tratar de elevar a sabiendas a un plebeyo impostor a la dignidad real, ni siquiera si de esta forma ponía en jaque a un reino rival. Aquí vuelvo a discrepar de Lewis; creo que los monarcas europeos de finales del siglo XV eran bastante menos escrupulosos y más pragmáticos de lo que él apunta y que al caballo regalado de un pretendiente que contribuyera a su posición en el tablero internacional, no le mirarían el diente de su origen plebeyo o no.

Matthew Lewis apunta un curiosísimo y poco conocido dato que en su opinión podría apuntar a que el pretendiente Warbeck era quien decía ser y no un impostor. Hace un tiempo apareció una copia del libro que contenía los códigos de los mensajes cifrados que los Reyes Católicos intercambiaban con sus embajadores. En este libro solo figuraban personajes de la realeza europea y lo hacían con sus verdaderos nombres, pues era un libro destinado no a ser leído por el público, sino solo por los reyes y sus servidores más destacados.

El código DCCCCCVII, al que se identificaba con Ricardo, duque de York, segundo hijo de Eduardo IV, coincide con el que

en los informes oficiales se usaba para informar de las andanzas de Perkin Warbeck. Nuevamente discrepo de Lewis sobre la importancia de este curioso dato como revelador de que los reyes españoles sabían que el pretendiente era quien decía ser. Aunque es cierto que en dicho documento no tenían por qué actuar con disimulo, no me parece que su objetivo fuera otro que el dar un nombre a un protagonista del momento, sin siquiera plantearse si era o no quien decía ser (dato que, por otro lado, posiblemente los reyes tampoco supieran con certeza).

No quiero concluir este capítulo sin transcribir un texto que a mí sí me parece muy relevante. Maximiliano fue con toda seguridad el más firme y leal partidario del pretendiente Perkin Warbeck. No tenía el mismo componente de odio ancestral a Inglaterra que los reyes de Francia y Escocia y sus apoyos fueron en todo momento constantes y sinceros.

Pues bien, el documento que a continuación transcribo demuestra que al menos Maximiliano consideró hasta el final y de buena fe que el pretendiente era el auténtico hijo de Eduardo IV. Escrito en noviembre de 1497, después del arresto y confesión de Warbeck sobre su impostura (es decir, cuando el emperador ya no tenía ningún interés político en seguir defendiendo al joven cuya carrera había llegado a su fin), está dirigido a su hijo Felipe el Hermoso y dice así:

Querido hijo: ha llegado a nuestros oídos que nuestro querido y bien amado primo el duque de York acaba de ser hecho prisionero y entregado al rey de Inglaterra, su enemigo y tememos mucho que, por las razones que tú conoces más que bien, este decida darle muerte. Y porque tenemos al susodicho duque de York en alta estima y le profesamos nuestro amor porque es nuestro igual y nuestro aliado, estamos amargamente apenados por su triste destino y su desgracia y lo estaríamos mucho más por su muerte y nos sentimos atados y obligados en defensa de nuestro honor y en descargo de nuestra conciencia a ayudarle y consolarle con todas nuestras fuerzas[72].

A continuación, daba las siguientes instrucciones a su embajador para tratar directamente con Enrique VII y decirle que «aunque él insista y mantenga que el susodicho primo nuestro y duque de York es un farsante y no el hijo del fallecido rey Eduardo IV, sin embargo toda la Cristiandad está convencida de que él es, y seguirá siendo, el hijo de Eduardo IV y que por eso, si le da muerte, estará matando a su propio cuñado, lo que será constitutivo de vergüenza, deshonor y le será reprochado para siempre incluso por su propio pueblo, porque él (el duque) ya no podrá causarle ningún problema más, vivo o muerto».

Con la muerte de Perkin Warbeck Enrique VII pudo por fin respirar tranquilo durante el resto de su reinado. Aun así, la alargada sombra de la casa de York y las reales o supuestas amenazas que sus miembros pudieran suponer para los monarcas de la dinastía Tudor llegaría a afectar también al hijo de Enrique VII, el celebérrimo Enrique VIII… pero esa es otra historia.

Bibliografía

Ackroyd, P. (2011). *A History of England. Volume I (Foundations)*. Londres, Ed. McMillan.

Amin, N. (2017). *The House of Beaufort. The Bastard Line that Captured the Crown.* Stroud, Amberley Publishing.

Asimov, I. (2004). *La formación de Inglaterra*. 3.ª edición. Madrid, Alianza Editorial.

Aurell, M. (2012). El Imperio Plantagenet (1154-1224). Madrid, Sílex Ediciones.

Bendriss, E. (2013). Breve historia de los Capetos. Madrid, Editorial Dilema.

Carter, A. (2013). *The women of the Wars of the Roses.* Edición Ebook, Editor Alicia Carter.

Castor, H. (2020). *Lobas. Las vidas de cuatro grandes reinas medievales.* Barcelona, Ático de los Libros.

Connoly, S.B. (2017). *Heroines of the Medieval World.* Stroud, Amberley Publishing.

Contamine, P. (2016). *La guerra de los Cien Años*. 2.ª edición. Madrid, RIALP.

Cunningham, S. (2017) *Henry VII.* Abingdon. Routledge.

Duby, G. (1995). *Guillermo el Mariscal.* Madrid, Alianza Editorial.

Fernández de Lis, D. (2020) *Lo que Shakespeare no te contó de la guerra de las Rosas*. Madrid, Libros.com.

Flori, J. (2002). *Ricardo Corazón de León*. El rey cruzado. Barcelona, Edhasa.

Howard, I. (2003). *Sweyn Forkbeard's invasions and the Danish conquest of England (991-1017)*. Nueva York, Boydell & Brewer Ltd.

Johnson, L. (2019) *Shadow King: the Life and Death of Henry VI (English Edition)*. Edición Ebook, Apollo.

Jones, D. (2012). *Plantagenets, The Kings Who Made England.*

Londres, Ed. William Collins.

Jones, D. (2015). *The Hollow Crown. The Wars of the Roses and the rise of the Tudors.* Londres, Faber & Faber Limited.

Lauring, P. (1995). *A history of Denmark*. 3.ª edición. Copenhague, Host & Son.

Lewis, M. (2016). *Henry III. The son of Magna Carta*. Stroud, Amberley Publishing.

Lewis, M. (2016). *Richard, Duke of York: King by Rigth*. Stroud, Amberley Publishing.

Lewis, M. (2018). *Richard III. Loyalty Binds Me*. Stroud, Amberley Publishing.

Lewis, M. (2019). *Stephen and Matilda's Civil War: Cousins of Anarchy (English Edition)*. Pen & Sword Books Limited. Kindle Edition.

Lewis, M. (2017). *The Survival of the Princes in the Tower. Murder, Mystery and Myth*. Stroud, The History Press.

Lewis, M. (2015). *The Wars of the Roses: The Key Players in the Struggle for Supremacy*. Stroud, Amberley Publishing.

Licence, A (2015). *Cecily Neville, Mother of Kings*. Stroud, Amberley Publishing.

Linebaugh, P. (2013). *El manifiesto de la Carta Magna*. Madrid, Editorial Traficantes de Sueños.

Martínez Díez, G. (2007). *Alfonso VIII, rey de Castilla y Toledo (1158-1214)*. 2.ª edición. Gijón, Ediciones Trea, S. L.

Morris, M. (2009). *A Great and Terrible King, Edward I and the Forging of Britain*. Londres, Windmill Books.

Morris, M. (2015). *King John: Treachery, Tyranny, and the Road to Magna Carta*. Edición ebook, Cornerstone Digital.

Morris, M. (2013). *The Norman Conquest.* Londres, Windmill Books.

Nicolle, D. (2000). *Crécy 1346. Triumph of the Longbow*. Oxford, Osprey Publishing.

Norton, E. (2011). *Margaret Beaufort, Mother of the Tudor Dinasty*. Stroud, Amberley Publishing.

Penn, T. (2012) *Winter King, The Dawn of Tudor England*. Londres, Penguin Books.

Pernoud, R. (2013). *La reina Blanca de Castilla*. Barcelona, Acantilado.

Schama, S. (2000). *A History of Britain*. Londres, BBC Worldwide Limited.

Strong, R. (1998). *The Story of Britain*. Londres, Ed. Pimlico.

Trindade, A. (2016). *Berenguela de Navarra, reina de Inglaterra. Buscando a la consorte de Ricardo Corazón de León*. Pamplona, Editorial Mintzoa.

Wilson, D. (2014). *The Plantagenets, The Kings That Made Britain*. Edición ebook, Londres, Quercus Edition Ltd.

Terminóse de imprimir esta edición de *Los Plantagenet* en el 22 de agosto de 2021, quinientos treinta y seis años después de que Ricardo III, el último Plantagenet, se dejase la corona y la vida en el campo de batalla de
Bosworth.

1 Lewis, M. (2019). *Stephen and Matilda's Civil War: Cousins of Anarchy*. Pen & Sword Books Limited. Kindle Edition, p. 28.
2 Castor, H. (2020). *Lobas. Las vidas de cuatro grandes reinas medievales*. Barcelona, Ático de los Libros, p. 115.
3 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 118, 120.
4 Lewis, M. (2019), *op. cit.*, p. 101.
5 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 121.
6 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 121.
7 Lewis, M. (2019), *op. cit.* p. 218.
8 Strong, R. (1998). *The Story of Britain*. Londres, Ed. Pimlico, p. 59.
9 Aurell, M. (2012). *El Imperio Plantagenet (1154-1224)*. Madrid, Sílex Ediciones, pp. 117, 276.
10 Jones, D. (2012) *Plantagenets, The Kings Who Made England*. Londres, Ed. William Collins, p. 45.
11 Strong, R. (1998), op.cit., p. 59.
12 Aurell, M. (2012), op.cit., p. 53.
13 Aurell, M. (2012), *op.cit.*, p. 392.
14 Aurell, M. (2012), *op. cit.*, pp. 79, 80.
15 Wilson, D. (2014). *The Plantagenets, The Kings That Made Britain*. Edición ebook, Londres, Quercus Edition Ltd., p. 34.
16 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 209.
17 Flori, J. (2002). *Ricardo Corazón de León. El rey cruzado.* Barcelona, Edhasa, p. 107.
18 Flori, J. (2002), *op. cit.*, p. 119.
19 Aurell, Martin (2012), *op. cit.*, pp. 14, 44.
20 Flori, J. (2002), *op. cit.*, p. 176.
21 Flori, J. (2002), *op. cit.*, pp. 200, 201.
22 Flori, J. (2002), *op. cit.*, p. 222.
23 El *Forest Charter* era una regulación que establecía la prohibición de realizar cualquier tipo de actividad lucrativa en los terrenos conocidos como *Royal Forest,* es decir en los bosques reales. Se trataba de una legislación que establecía desde multas hasta la posibilidad de una sentencia de muerte para quien la vulnerase si, por ejemplo, era sorprendido cazando un ciervo en estos terrenos. No existía posibilidad de apelación ante la justicia ordinaria.
24 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 191.
25 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 195.
26 Schama, S. (2000). *A History of Britain*. Londres, BBC Worldwide Limited, p. 162.
27 Aurell, M. (2012), *op. cit.*, pp. 260, 261.
28 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 217.
29 Lewis, M. (2016). *Henry III. The son of Magna Carta. Stroud*, Amberley Publishing, pp. 34, 35.
30 Lewis, M. (2016), *op. cit.*, pp. 44, 45.
31 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 285.
32 Ambler, S.T. (2019). *The Song of Simon de Montfort*, Picador, Londres. pp.185, 186, 187.
33 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 289.
34 Ackroyd, P. (2011). *A History of England. Volume I (Foundations)*. Londres, Ed. McMillan, p. 185.
35 Lewis, M. (2016), *op. cit.*, p. 209.
36 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 304.
37 Schama, S. (2000), *op. cit.*, p. 179.
38 Lewis, M. (2016), *op. cit.*, pp. 219, 228.
39 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 387.

40 Castor, H, (2020), *op. cit.*, p. 260.
41 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 258.
42 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 303.
43 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 427.
44 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 452.
45 Jones, D. (2012), *op. cit.*, p. 583.
46 Schama, S. (2000), *op. cit.*, p. 256.
47 Sng, R. (1998), *op. cit.*, p. 133.
48 Johnson, L (2019). *Shadow King: the Life and Death of Henry VI (English Edition)*. Edición Ebook, Apollo. p. 117.
49 La mujer del duque de Gloucester, Leonor Cobham, estaba tan convencida de que su esposo sucedería a Enrique VI que ejercía en sociedad prácticamente como si fuera la reina. Pero su ansia de hacer realidad su sueño le llevó a integrarse en un círculo de nigromantes para tratar de averiguar la fecha en que moriría el rey. La historia se hizo pública y los integrantes del círculo sometidos a un juicio que levantó mucha expectación, incluida la del monarca que era muy sensible a toda cuestión espiritual. Leonor fue hallada culpable y Gloucester tuvo que divorciarse de ella, que pasó el resto de su vida en diversas prisiones.
50 Johnson, L. (2019), *op. cit.*, p. 302.
51 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 378.
52 Johnson, L. (2019), *op. cit.*, p. 529.
53 Amin, N. (2017). *The House of Beaufort. The Bastard Line that Captured the Crown.* Stroud, Amberley Publishing, p. 252.
54 Castor, H. (2020), *op. cit.*, p. 410.
55 Jones, D. (2014), *op. cit.*, p. 260.
56 Strong, R. (1998), *op. cit.*, p. 144.
57 Jones, D. (2014), *op. cit.*, p. 298.
58 Wilson, D. (2014), *op. cit.*, p. 180
59 Lewis, M. (2018). *Richard III. Loyalty Binds Me*. Stroud, Amberley Publishing, p. 280.
60 Jones, D. (2014), *op. cit.*, p. 304.
61 Lewis, M. (2018), *op. cit.*, p. 356.
62 Cunningham, S. *Henry VII.* Abingdon. Routledge. 2007, pp. 33 y 34.
63 Strong, R. (1998), *op.cit.*, p. 149.
64 Schama, S. (2000), *op. cit.*, p. 268.
65 Lewis, M. (2018), *op. cit.*, p. 389.
66 Carter, A. (2013).*The women of the Wars of the Roses.* Edición Ebook, Editor Alicia Carter, p. 119.
67 Lewis, M. (2017). *The Survival of the Princes in the Tower. Murder, Mystery and Myth*. Stroud, The History Press, p. 60.
68 Licence, A (2015).*Cecily Neville, Mother of Kings*. Stroud, Amberley Publishing, p. 251.
69 Carter, A. (2013), *op. cit.*, p. 85.
70 Lewis, M. (2017), *op. cit.*, p. 43.
71 Jones, D. (2015), *op. cit.*, p. 334.
72 Lewis, M. (2017), *op. cit.*, p. 199.